SAGA DEL JURAMENTO ETERNO



El Juramento Carmesí del Alfa

JAYMIN SNOW

El Juramento Carmesí del Alfa

Un Romance de Hombres Lobo con Pareja Destinada Rechazada

(Saga del Juramento Eterno)

Jaymin Snow

Copyright © 2025 por Jaymin Snow

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin permiso por escrito del editor o autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Índice

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho

Capítulo Uno

Katherine

Chris Winters ya está sentado cuando llego al restaurante. Se pone de pie cuando me acerco: un tipo alto, de aspecto decente pero de una manera insulsa y olvidable. Quizás un metro ochenta, con cabello rubio perfectamente recortado y un rostro que sugiere una batalla perdida por dejarse crecer la barba.

Bastante educado, supongo, mientras rodea la mesa para retirar mi silla. Pero no hay calidez en el gesto, solo un aire ensayado, como si estuviera siguiendo algún tipo de manual sobre "Cómo impresionar a una mujer".

—Sr. Winters. Buenas noches —digo, manteniendo mi tono neutral, con mis defensas ya en alerta máxima. Hombres como él siempre sacan ese lado de mí.

Hay algo en la forma en que me mira, como si todo por lo que he trabajado, todos mis logros, incluso ser la directora ejecutiva de Pinnacle Group, de alguna manera no importara. Como si solo fuera algo para mirar, algo para estimular sus fantasías.

Antes de esta cita, investigué sobre él, y no es el tipo de hombre con el que alguna vez me emocionaría sentarme a cenar.

Sonríe, pero es más una exhibición que una expresión genuina. —No seamos tan formales. Solo Chris estará bien, Katherine.

Asiento y tomo asiento. Antes de que pueda acomodarme, Chris chasquea los dedos a un camarero cercano como si estuviera llamando a un perro. El camarero se acerca rápidamente, pero aparentemente no lo suficientemente rápido para el gusto de Chris.

—¡Apúrate! —ladra, su tono agudo haciendo que mi ceja se levante ligeramente. No digo nada, sin embargo.

—Vamos a tomar la Lasaña a la Boloñesa y una botella de vino —dice Chris.

El camarero anota su pedido, luego se vuelve hacia mí con una sonrisa profesional. —¿Y para usted, señora?

Alcanzo el menú, pero antes de que pueda abrirlo, Chris interviene. —Ya dije que tomaremos la Lasaña a la Boloñesa. ¿No me escuchaste la primera vez?

El camarero hace una pausa, claramente desconcertado por la brusquedad pero todavía tratando de mantener la compostura. —Disculpe, señor —dice con una ligera reverencia antes de marcharse.

Miro a Chris, con una mezcla de diversión e irritación burbujeando bajo la superficie. —No me dejaste ordenar —digo, con voz firme pero directa.

Chris se encoge de hombros, mostrando una sonrisa incómoda. —Confía en mí. Te encantará.

El camarero regresa poco después con el vino, sirviendo primero a Chris. Cuando se mueve para servir el mío, levanto una mano para detenerlo. —No, gracias. Solo tomaré agua.

El camarero asiente y se va, regresando momentos después con un vaso de agua que sirve cuidadosamente.

Chris observa el intercambio, luego se recuesta en su silla, con una expresión presumida que aparece en su rostro. —Me pareces el tipo de chica a la que no le gusta que le digan qué hacer... o hacer lo que se le dice —dice, con una leve risa en su voz como si estuviera tratando de parecer juguetón.

—Evidentemente —respondo, mi tono plano, sin molestarme en entretener cualquier broma que él crea estar haciendo.

—Debe ser abrumador —dice, girando su vino—. Una empresa tan grande para alguien tan... inexperta.

Tomo un sorbo de agua, deseando que fuera algo más fuerte. —Te aseguro que soy bastante capaz.

—Por supuesto, por supuesto. —Su sonrisa se siente falsa—. Pero seguramente entiendes la necesidad de una mano fuerte que te guíe. Alguien que te ayude a navegar por las complejidades del liderazgo.

—¿Te refieres a alguien como tú? —Arqueo una ceja.

—Bueno —se pavonea—, tengo una amplia experiencia en liderazgo corporativo. Mi padre siempre decía que las mujeres en los negocios necesitan...

—Déjame detenerte ahí mismo —interrumpo, colocando mi servilleta sobre la mesa—. No necesito orientación, Christopher. Necesito respeto. Y claramente no eres capaz de proporcionar eso.

—Una mujer en tu posición necesita a alguien que maneje los verdaderos desafíos para que puedas... concentrarte en lo que se te da bien —continúa, sus ojos recorriéndome de esa manera familiar que me hace estremecer.

He visto esa mirada mil veces. Hombres que piensan que mis rasgos dignos de modelo de alguna manera niegan mi MBA de Harvard.

—¿Lo que se me da bien? —repito, inclinándome hacia adelante—. ¿Y qué podría ser eso, Sr. Winters?

—Gestionar los detalles. Socializar. Verse bonita.

El vaso en mi mano está peligrosamente cerca de romperse. Respiro profundamente, forzando una sonrisa. —Eso es fascinante. Dime, ¿exactamente qué aportas tú?

Su sonrisa vacila, pero se recupera rápidamente. —Conexiones. Influencia. El tipo de poder que tu familia quiere en una asociación.

—Bueno —digo, agarrando mi cartera—. Ha sido esclarecedor. Pero no creo que tú y yo seamos una buena combinación. Así que me temo que tu "asociación" queda descartada.

Abre la boca para decir algo, pero me pongo de pie. —Lo que quise decir con eso, Sr. Winters, es que esta tonta cita ha terminado.

La finalidad y el mando en mi tono lo dejan en un silencio boquiabierto. Casi sonrío. Se ve mejor cuando no tiene nada que decir.

Dejo un par de billetes de cien en la mesa y me alejo, mis louboutins haciendo clic-clac contra el suelo de mármol mientras me voy.

—¡Esa perra arrogante! ¡¿Quién demonios se casaría con una mujer que piensa que puede actuar como un hombre?!

Escucho sus furiosas quejas al salir, pero no podría importarme menos mientras salgo a paso firme del restaurante.

Qué pérdida total de mi tiempo.

Ni siquiera sé cómo he logrado soportar toda esta tontería. Está tomando cada onza de paciencia que tengo. El mundo parece estar invadido por hombres como Chris Winters, y honestamente, es patético.

¿Y yo? Últimamente he tenido el disgusto de cruzarme con tipos como él mucho más a menudo de lo que mi estómago puede

soportar, todo porque los ancianos de la familia no dejan de respirar en mi nuca. Siempre están insistiendo en la importancia del matrimonio: que "no me estoy haciendo más joven" y lo crucial que es para alguien en mi posición "asegurar el legado familiar".

Chris Winters es solo otro de sus pretendientes escogidos a dedo, otro de sus patos dorados que han sacado para que yo soporte un encuentro incómodo. De alguna manera, lo entiendo: en papel, tiene sentido. La familia Winters ha sido un socio sólido de Pinnacle Group durante años, y Chris es el heredero de su imperio. Por supuesto que los ancianos lo ven como la pareja perfecta.

Lo que no están considerando, sin embargo, es que es un absoluto imbécil.

Es agotador. Solo han pasado seis meses desde que mamá y papá fallecieron, seis meses desde que me hice cargo de la empresa. Y en ese tiempo, los ancianos ni siquiera me han dejado respirar. Ni una semana de paz sin sus constantes quejas sobre esta aparente necesidad de que me case urgentemente. Parece que les encantaría tener control total sobre cada aspecto de mi vida profesional y personal.

Inhalo profundamente, tratando de sacudirme la tormenta de pensamientos que giran en mi cabeza mientras conduzco por las calles de la ciudad, su brillo suavizado por la neblina dorada de las farolas. Una rápida mirada al elegante reloj en mi muñeca me indica que son casi las 9 PM. Una risa seca escapa de mis labios.

Qué broma. Esa supuesta "cita de cena" ya era bastante molesta por sí sola. Pero el hecho de que podría haber estado preparándome

para la reunión de la junta de mañana o terminando algún trabajo me irrita aún más.

El viaje de regreso a la oficina es tranquilo, mis pensamientos un poco menos caóticos mientras entro en el estacionamiento casi vacío. El aire fresco de la noche me saluda cuando salgo. Sin dudarlo, me dirijo directamente al edificio.

Las puertas automáticas se abren con su zumbido familiar, y entro a grandes pasos, ofreciendo un rápido gesto con la cabeza al personal de recepción mientras recogen sus cosas para irse por la noche.

—Buenas noches —digo, mi tono educado pero cortante.

—Buenas noches, señora —responde una de ellas, su voz cálida pero cautelosa.

Sigo caminando, mis labios curvándose en una leve sonrisa. Me alegro por ellos, que se dirigen a casa con sus familias o a cualquier vida tranquila que hayan construido para sí mismos. ¿Yo? Prefiero estar aquí. Trabajando.

El hogar no es muy atractivo para mí estos días. Claro, tengo un apartamento espacioso, más lujoso de lo que jamás necesitaría, pero se siente más como una sala de exposición que un hogar. Incluso he comenzado a mantener una rotación de ropa en mi oficina. La mayoría de las noches, me desplomo en el sofá de cuero en la esquina, encontrando su firmeza familiar extrañamente reconfortante durante esas breves horas que me permito dormir.

Es mejor así. Estar en casa solo amplifica la soledad, aunque realmente no es algo que no pueda manejar; estoy acostumbrada a eso desde hace años. Es la quietud improductiva lo que me molesta,

esa sensación persistente de perder el tiempo cuando siempre hay algo que debe hacerse.

Y siempre hay algo. Entre las implacables demandas de dirigir la empresa, los interminables planes de los ancianos de la familia para casarme, y las dudas sutiles pero inconfundibles que veo en los ojos de ciertos miembros de la junta, no hay margen para el error.

No para mí.

No puedo titubear. No puedo resbalar. Cada movimiento debe ser calculado, cada decisión precisa. Porque cualquier indicio de un error de mi parte seguramente será visto como debilidad.

Paso junto a la escalera, mis ojos deteniéndose en los peldaños por solo un segundo, el tiempo suficiente para llevarme de vuelta a esa noche. Esa única noche cuando todo era demasiado. Esa noche cuando no pude ser fuerte y las emociones se clavaron en mi corazón.

Acababa de enterarme del accidente de mis padres. Las palabras todavía resonaban en mis oídos. Había tratado de mantenerme entera, tratado de salir del edificio sin ser notada, pero no llegué muy lejos. La escalera se convirtió en mi refugio, y me derrumbé allí, sollozando más fuerte de lo que jamás había hecho en mi vida.

Pensé que estaba sola. Necesitaba estar sola. Pero entonces alguien me vio.

Ese conserje.

No dijo mucho. Solo se sentó allí, en silencio, como si entendiera. En un momento, me ofreció una palabra suave que ni siquiera recuerdo ahora, y luego, curiosamente, su sándwich. Fue lo más extraño, pero

en ese momento, se sintió tan real, tan humano: un acto de bondad de alguien que no tenía razón para ser amable.

El mundo podría usar más gente así, recuerdo haber pensado ese día. Personas que no quieren nada, que solo... se preocupan. Pero el mundo no está lleno de personas como él. El mundo está lleno de política de sala de juntas, trabajo interminable y ancianos de la familia que no me dejan respirar.

El pensamiento de ese conserje, el que nunca volví a ver después de esa noche, persiste por un momento antes de desvanecerse cuando llego al ascensor. Un nudo se forma en mi garganta, pero lo trago, concentrándome en la fría sensación del botón bajo mi dedo mientras lo presiono.

Odio los ascensores. Estar atrapada en una caja de metal, las paredes siempre sintiéndose un poco demasiado cerca, nunca ha sido algo con lo que me sienta cómoda. Pero me las arreglo. Siempre lo hago.

Son solo unos segundos, me recuerdo. Aun así, cada vez sin falta, hay ese destello de inquietud, esa voz silenciosa en mi cabeza susurrando nervios.

Cuando las puertas comienzan a cerrarse, una voz corta la quietud.

—Por favor, detenga la puerta.

Las palabras son educadas, pero hay algo más en la voz que hace que mi mano salga disparada para detener las puertas sin dudarlo. Algo familiar.

Él aparece a la vista, mis ojos se ensanchan con sorpresa ante lo que veo.

El conserje.

Llena el espacio con una presencia tan imponente, tan poderosa, que me siento momentáneamente empequeñecida. No tiene sentido que un hombre así sea un conserje. Sus anchos hombros casi rozan los lados del ascensor, y sus ojos oscuros y penetrantes se dirigen brevemente a los míos antes de apartarse. Su complexión es imponente, pero hay una tranquila delicadeza en la forma en que se mueve, como si fuera profundamente consciente de cuánto espacio ocupa.

—Lo siento, Srta. Lockhart —dice, su voz baja, casi vacilante, como si no quisiera entrometerse. Y luego está ese acento que no puedo ubicar. Tanto su voz como su apariencia no corresponden a su trabajo.

Logro esbozar una pequeña sonrisa. —No hay problema.

Asiente, entrando al ascensor, y las puertas se cierran suavemente.

Una parte de mí agradece su presencia; al menos no estoy sola aquí.

Mi mirada se dirige a él brevemente. La primera vez que lo vi, realmente no lo había observado bien, demasiado consumida por mi propio torbellino de emociones para notar mucho. Pero ahora, por un momento, me permito realmente mirarlo.

Su rostro es todo ángulos afilados y fuerza tosca. Probablemente podría ser modelo si quisiera, con esa mandíbula cincelada y esos ojos firmes y pensativos.

Mis ojos se deslizan hasta la pequeña etiqueta prendida en su pecho, captando el nombre impreso allí.

Alex.

Así que ese es su nombre.

—¿Día largo? —pregunta, su voz rompiendo el silencio.

Parpadeo. —Se podría decir eso.

Asiente, como si entendiera más de lo que deja ver. —Siempre son los días largos los que nos recuerdan que debemos descansar —dice, su tono simple pero extrañamente profundo.

Y entonces, justo cuando estoy formando una respuesta, el suelo debajo de mí se sacude violentamente.

Las luces sobre nosotros parpadean salvajemente, bañando el pequeño ascensor en un estrobo de destellos brillantes y sombras afiladas. Mi estómago se agita.

Los ojos de Alex se agrandan, una mirada de sorpresa cruza su rostro, pero no se compara con el puro terror que se apodera de mí. Mis manos salen disparadas, agarrándose a las paredes frías y lisas del ascensor, arañando cualquier cosa sólida a la que aferrarme mientras la caja de acero a nuestro alrededor se sacude como si estuviera atrapada en un terremoto.

El ascensor se detiene de repente, y todo queda quieto.

El pequeño espacio cerrado es sofocante, el único sonido es el jadeo irregular de mi respiración mientras me derrumbo en el suelo. Mi mente está dando vueltas, mi cuerpo temblando. Las paredes parecen cerrarse, centímetro a centímetro, hasta que siento que están presionando contra mi pecho, robándome el aire de los pulmones.

Mi garganta se tensa. Mi visión se nubla. No puedo respirar.

Los espacios estrechos siempre han sido mi peor pesadilla, mi único miedo inquebrantable desde la infancia. Es irracional, lo sé, pero saberlo no ayuda cuando el pánico es tan abrumador. Los recuerdos

pasan por mi mente: encerrada en armarios por ser obligada a jugar a las escondidas con mi primo, los sentimientos de estar atrapada, la impotencia... y me siento como esa niña asustada otra vez.

Mi mente se descontrola, aferrándose al miedo, alimentándolo hasta que siento que va a tragarme por completo.

¿Así es como muero?

Mis respiraciones se vuelven más rápidas, más erráticas, hasta que estoy al borde de hiperventilar.

Y entonces, su mano agarra la mía.

Es cálida, áspera y firme, pero no de una manera que duela. Es estabilizadora, constante y tan imposiblemente real que me aleja del borde de ese oscuro abismo en espiral.

—Srta. Lockhart —dice Alex, su voz profunda y acentuada cortando la niebla en mi mente—. Está bien. Usted está bien. Solo respire.

Su tono es tranquilo pero autoritario, el tipo de voz que no puedes ignorar, sin importar cuán perdida estés en tu propio pánico. Lo miro, y su rostro se enfoca a través de mi visión borrosa. Está agachado ahora, su alta figura de alguna manera doblándose en el espacio reducido.

—Míreme —dice, su voz más suave ahora—. Respire conmigo. Inhale por la nariz, exhale por la boca. Así.

Él respira profundamente, su pecho subiendo y bajando lentamente, y no puedo evitar tratar de imitarlo. Mi primer intento es tembloroso, mi respiración entrecortándose a la mitad.

—De nuevo —urge suavemente—. Inhale por la nariz, exhale por la boca. Usted puede hacerlo.

Lo intento de nuevo, y esta vez es un poco más fácil. Sus ojos permanecen fijos en los míos todo el tiempo. El peso aplastante en mi pecho comienza a aliviarse, solo un poco. Las paredes ya no se sienten tan cercanas.

—Eso es —dice, un indicio de sonrisa tirando de la comisura de su boca—. Lo está haciendo muy bien. Siga.

Me concentro en el ritmo de sus respiraciones, igualándolas, hasta que el pánico comienza a disminuir. Mis manos dejan de temblar, y la banda apretada alrededor de mi pecho se afloja.

En ese momento, una voz estruendosa suena desde fuera de los sofocantes confines del ascensor. —¡Oigan! ¿Hay alguien ahí?

—¡Sí! —la voz de Alex se abre paso—. La Srta. Lockhart está aquí. ¿Pueden abrir las puertas?

El ambiente exterior cambia inmediatamente, el ruido de pasos apresurados y el tintineo de herramientas llega a mis oídos tan pronto como se menciona mi nombre. Puedo escuchar la urgencia en sus movimientos, el sonido del metal raspando contra metal.

Pronto, hay un hueco, ya que las puertas de acero son forzadas para abrirse. Es lo suficientemente pequeño como para que los trabajadores puedan encajar dos palancas para mantener el hueco abierto. Uno de los trabajadores se asoma a través de la puerta ligeramente abierta para verme.

—No se preocupe, Srta. Lockhart, arreglaremos esto en un momento —dice.

Esto no me trae ningún consuelo. Las puertas apenas están abiertas y se siente como si hubiera pasado demasiado tiempo ya.

—Déjenme intentar ayudar —dice Alex mientras se pone de pie. Se sube las mangas y desliza sus dedos en el espacio entre las puertas. Así, comienza a tensarse, trabajando con los dos de afuera para forzar la apertura de las puertas.

Observo cómo los músculos de su espalda y brazos se tensan a través de su uniforme mientras separa las puertas. Es ridículo, pero hay algo en la forma en que se mueve su cuerpo, el poder controlado en cada uno de sus movimientos. Como si se estuviera conteniendo, como si fuera capaz de mucho más.

Sus antebrazos se flexionan mientras agarra el metal, sus hombros flexionándose debajo de la tela de su mono. Un fuerte chirrido llena el aire, y las puertas finalmente se separan.

Alex se vuelve hacia mí, su mano extendida. —Venga, Srta. Lockhart —dice, su voz firme y tranquila, como si no acabáramos de sobrevivir a una experiencia que pone en peligro la vida—. Salgamos de aquí.

Su agarre en mi mano es lo suficientemente firme para mantenerme anclada, pero lo suficientemente suave como para no lastimarme.

Salgo rápidamente, exhalando un suspiro profundo cuando mis pies tocan suelo firme. El alivio me inunda. Los técnicos murmuran sus disculpas, pero apenas las registro. Asiento distraídamente, mi atención ya está en alejarme de la caja metálica traqueteante que casi me empuja al límite.

Mientras se mueven hacia el ascensor con sus herramientas, me giro y camino hacia mi oficina, sintiendo la presencia de Alex justo detrás de mí. Su voz corta la quietud.

—Lo siento por eso, Srta. Lockhart. ¿Está bien?

Se disculpa como si fuera su culpa que el ascensor tuviera mente propia. Exhalo de nuevo, estabilizándome. —Estoy bien. Solo hambrienta —digo, sorprendiéndome incluso a mí misma. Normalmente, solo habría dicho que estoy bien y lo habría dejado así.

Su respuesta, sin embargo, me sorprende aún más. —Podría conseguirle algo de la máquina expendedora —ofrece, su tono sincero.

Por un momento, estoy atónita. La amabilidad en su oferta me recuerda a esa noche cuando me dio su sándwich. Es un gesto simple, como lo fue aquel, pero de alguna manera se siente significativo.

—Lo agradecería —respondo, mi voz firme, quizás incluso demasiado formal.

Cuando llegamos a la puerta de mi oficina, él se queda, con su mirada sobre mí como si todavía estuviera preocupado de que pudiera tropezar o colapsar. Es extrañamente entrañable. Lindo, incluso.

La verdad es que todavía estoy conmocionada. Mis dedos tiemblan ligeramente, y mi corazón no ha reducido su ritmo al normal. Todo lo que quiero es hundirme en el sofá y respirar por un minuto. Pero mantengo mi habitual frente fuerte.

—Volveré pronto —dice Alex, su tono ligero pero tranquilizador—. Solo tomará un segundo.

Lo observo mientras camina por el pasillo hacia las máquinas expendedoras, su figura desapareciendo al doblar la esquina. Luego

giro el picaporte, entro a mi oficina y me dejo caer inmediatamente en el sofá.

Los suaves cojines de cuero parecen absorber mi tensión mientras dejo escapar un largo suspiro, recostándome y cerrando los ojos por un momento.

Siento un tranquilo florecer de gratitud. Alex había estado tranquilo cuando comencé a descontrolarme. Al igual que esa noche en la escalera, su presencia se sentía reconfortante de una manera que no me había dado cuenta que necesitaba.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—Adelante —digo, mi voz ya más suave, sabiendo exactamente quién es.

Alex entra silenciosamente, sosteniendo un paquete humeante de ramen en una mano y una bebida energética en la otra.

Hago un gesto hacia la pequeña mesa frente a mí, y él coloca todo cuidadosamente, el vapor elevándose en suaves ondas desde el ramen.

Se endereza y asiente, su expresión breve pero cálida, como si estuviera genuinamente complacido de que voy a comer algo. Sin palabras, sin charla innecesaria. Solo esa presencia tranquila y constante. Se gira hacia la puerta, claramente con la intención de dejarme en paz.

Pero algo me detiene. Tal vez sean los nervios persistentes de antes, la forma en que mis manos todavía se sienten inestables. O tal vez es la simple gratitud que surge en mí por lo amable que ha sido. Sea lo que sea, las palabras salen antes de que piense demasiado en ellas.

—¿Podría quedarse un momento? Me gustaría compartir —hago un gesto hacia la comida, mi voz suave pero audible.

Él hace una pausa, volviéndose hacia mí. Por un momento, sus ojos se detienen en los míos, como si estuviera sopesando la petición. Luego, una gentil sonrisa cruza su rostro. —Gracias, Srta. Lockhart —dice, acercándose y bajándose a la silla frente a mí.

El aire en la habitación parece cambiar cuando él se sienta. Es sutil, una especie de seguridad tranquila que me envuelve. Se siente cálido, reconfortante, como sentarse con un viejo amigo a pesar de que apenas lo conozco.

Tomo el ramen, separando los palillos del lado del paquete. Mientras le entrego la bebida energética, no puedo evitar reflexionar sobre la ironía.

Mi noche había comenzado con una cena elegante en un restaurante de lujo, donde me senté frente a un hombre que no podría haber estado más lejos de la definición de "caballero". Y ahora aquí estoy, compartiendo una caja de ramen instantáneo con un conserje que apenas conozco.

Y, sin embargo, este momento se siente más real, más humano. Chris Winters y su traje de diseñador no son nada comparados con Alex y su simple amabilidad. Una amabilidad que, en este momento, una pequeña parte de mí espera tener la oportunidad de ver más.

Capítulo Dos

Katherine

—Dama y caballeros.

Mi primo Frank se encuentra frente a la junta mientras comienza su presentación, sus astutos ojos verdes lanzándome una mirada burlona.

Puedo escuchar claramente la condescendencia en su tono cuando dice "dama", como si intentara recordarme que soy la única mujer aquí, tratando de intimidarme de alguna manera.

Pero tiene el efecto contrario. *Soy* la única mujer aquí. Y la única mujer presente es su jefa.

Continúa, señalando los gráficos en la pantalla del proyector mientras se dirige a la sala de juntas —como pueden ver aquí, la propuesta expansión hacia Asia puede sonar atractiva, pero simplemente no es algo para lo que estemos preparados... nuestra infraestructura actualmente no...

Sus palabras flotan hacia mí, pero no las registro por completo. —... riesgo significativo para nuestras operaciones actuales... volatilidad del mercado... erosión potencial del valor para los accionistas—. Apenas lo escucho. No necesito hacerlo. Es el mismo argumento cansado que ha estado promoviendo desde que propuse la expansión hacia Asia. Por supuesto, él está en contra.

Frank. Mi primo. Mi sangre. Ha deseado tanto mi silla que prácticamente babea por ella. Aprovecha cada oportunidad para socavarme, para encontrar fallas en mis planes, para sembrar dudas sobre mis decisiones. Es patético, realmente.

Pongo los ojos en blanco con sutileza. Él sigue hablando, su voz elevándose en intensidad como si estuviera predicando a una congregación. Quiere que la junta lo respalde, que se rebele contra mí.

Cruzo las piernas debajo de la mesa, alisando mi falda de tubo mientras me recuesto en mi silla. Me obligo a parecer interesada, mi mirada fija en él, pero mis pensamientos comienzan a divagar.

Esto es una pérdida de tiempo. Frank no entiende la visión, el potencial, la necesidad de esta expansión. Es demasiado estrecho de mente, demasiado centrado en proteger su zona de confort para ver el panorama más amplio.

El fuego de mi irritación se apaga por un momento, dando paso a algo más suave, más cálido. Mis pensamientos se inclinan, derivando hacia anoche.

Es casi cómico: el contraste entre esta sala de juntas estéril y el recuerdo de mi oficina, donde estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá, compartiendo un tazón de ramen instantáneo con Alex. La calidez de ese momento se cuela en mí como la luz del sol atravesando una nube de tormenta. Casi sonrío, pero me contengo y rápidamente ajusto mi expresión, inclinando la cabeza como si estuviera considerando el último gráfico de Frank.

No fue la comida, por Dios, no. Era demasiado salada. Pero no importaba. Por primera vez en... no sé cuánto tiempo, me sentí plena. No en el sentido literal, sino algo más profundo. Sentada allí, sobre un paquete de ramen que apenas tenía sabor, y una lata de bebida energética, sentí algo que se ha vuelto cada vez más raro para mí: tranquilidad.

Con Alex, no sentía que tuviera que mantener la guardia alta. No tenía que medir cada palabra, calcular cada movimiento o superar la agenda de alguien. Simplemente podía ser. El pensamiento es aterrador y emocionante a la vez.

Puedo escuchar mi propia voz de anoche, rápida y sin filtros, soltando anécdotas, pensamientos a medio formar e incluso algunas tangentes ridículas sobre el último drama de la junta. Recuerdo la manera en que él estaba sentado allí, callado pero atento, sus ojos cálidos y firmes. No interrumpió, no intentó redirigir la conversación, ni siquiera pareció aburrido. Solo... escuchó.

Y yo hablé. Dios, cómo hablé. No creo haber dicho tanto a nadie en una sola conversación. Pero con él, se sentía natural. Como si las palabras brotaran de mí porque habían estado esperando a alguien como él para escucharlas. Alguien que no necesitaba desafiarme, sino simplemente verme.

La voz de Frank me devuelve al presente, su tono ahora insistente, como si estuviera ganando impulso. —... y si procedemos, los riesgos financieros sin duda superarán los beneficios potenciales—. Su mirada se dirige hacia mí, aguda y calculadora.

Encuentro su mirada, mis labios curvándose en el más leve indicio de una sonrisa. No es cálida. No pretende serlo. Es la sonrisa de alguien que ya está diez movimientos por delante, que sabe exactamente cómo terminará esta reunión, sin importar cuánto ruido haga mientras tanto.

—Frank —mi voz corta su monólogo como una cuchilla. Él vacila por medio segundo, pero rápidamente lo disimula.

—La expansión a Asia —digo, con un tono firme, dominante, que no deja espacio para debate—, seguirá adelante.

Silencio.

Cubre la sala tras mis palabras. Puedo sentir sus ojos sobre mí, evaluando, calculando. No me inmuto. No parpadeo. Dejo que el silencio se extienda lo suficiente para dejar claro mi punto.

Frank parpadea rápidamente, su compostura deslizándose como una máscara a punto de caer. Por un momento fugaz, lo saboreo, pero mantengo mi expresión tallada en piedra.

Se aclara la garganta, su voz llevando ese tono cuidadosamente medido de falsa confianza. —Señorita CEO —comienza—, creo que de todo lo que acabo de decir, hay un argumento muy convincente de que simplemente no podemos ejecutar adecuadamente una expansión de la magnitud que estás proponiendo.

Ahí está de nuevo. La burla incrustada en esas dos palabras: Señorita CEO. Lo dice como un insulto envuelto en cortesía, como si el título no me perteneciera, como si mi posición aún estuviera en debate. Pero ahora no es el momento de detenerse en su mezquina falta de respeto.

—Todo lo que acabas de decir —respondo, con voz firme e inflexible —, es lo mismo que dijiste en la última reunión, Frank. Así que voy a reiterar las cosas que ya dije anteriormente. Ciertamente tenemos los medios, especialmente financieros, para ejecutar adecuadamente mi plan de expansión.

No pierde el ritmo. —¿Pero qué hay de la infraestructura? No tenemos ninguna infraestructura en Asia.

—La tendremos pronto —contrarresto con suavidad—. Ya destaqué las áreas específicas donde estamos buscando realizar compras de terrenos. También puse al día a la junta sobre las conversaciones iniciales para finalizar esas compras.

—Katherine —dice, su tono ahora más tenso—, las compras que sugeriste son caras.

Siempre se frustra cuando no puede salirse con la suya.

—Bueno... —inclino ligeramente la cabeza, con un leve toque de diversión en mi tono—. Señor Director Financiero, me sorprende que pienses que es caro. Considerando que durante el último trimestre hemos generado ingresos récord, gracias a mi estrategia de expansión dentro del país, por cierto. Estoy segura de que eres consciente de que podemos permitirnos fácilmente este nuevo plan.

Su mandíbula se tensa visiblemente, y noto el latido de una vena en su cuello. Los otros miembros de la junta están observando, sus ojos moviéndose entre nosotros como espectadores en un partido de tenis.

—No me dejaste terminar. El aumento de ingresos del proyecto anterior fue maravilloso porque iba a generarnos grandes ganancias a todos. Expandirse a Asia es un gran gasto y, según mis cálculos, la mayor parte de nuestras ganancias actuales se convertirían en capital para eso. ¿Qué ganancia nos quedaría en ese caso?

Mi ceja se arquea antes de que pueda evitarlo. Los miembros de la junta a nuestro alrededor se vuelven hacia mí ahora.

Él continúa, más confiado ahora que ha conseguido una reacción de todos. —Tu expansión en el país ha dado algunos resultados, sí. Y creo que sería más beneficioso para la moral si aumentáramos

primero los dividendos de todos los miembros de esta junta, en lugar de embarcarnos en otra expansión que es un riesgo y podría llevar a pérdidas.

Está tratando de influir en la junta con este intento hilarante.

—Entonces... —me inclino ligeramente hacia adelante, fijándolo con una mirada de puro acero—. Por lo que entiendo, Frank, no has podido presentar ningún argumento creíble contra nuestras capacidades para la expansión... más allá de sugerir que desviemos fondos a los dividendos de los miembros de la junta?

Frank se eriza. —¡Estamos en esto para ganar dinero! —comienza.

Agito mi mano, deteniendo lo que sea que pretenda decir después. —Si tu respuesta a un pequeño éxito es malgastar inmediatamente las ganancias, no llegarás muy lejos.

Su cara se pone roja. Me dirijo a la junta.

—No quiero una rebanada. Quiero todo el pastel. En lugar de compartir una rebanada entre nosotros, ¿no estaríamos todos más satisfechos si tuviéramos todo el pastel para compartir? —pregunto.

Los miembros de la junta tienen que estar de acuerdo conmigo. Incluso ellos lo ven a estas alturas. A pesar de las dudas que tienen sobre mí, las que veo tan claramente en sus ojos, saben que tengo razón.

—Aunque podría tomar un poco más de tiempo, esperen el pastel completo —ordeno.

Silencio. Del tipo que se extiende y roe los bordes de la habitación. Los ojos de Frank se dirigen a los demás, buscando respaldo, pero ninguno habla. Mi autoridad es absoluta, y él lo sabe.

—La expansión seguirá adelante según lo planeado —declaro con un aire de finalidad.

Frank está ahí parado como si prefiriera derretirse en el suelo, con la cara sonrojada.

Empujo mi silla hacia atrás con deliberada lentitud.

—Bueno —empiezo, manteniendo mi tono incisivo—, si eso es todo... —Antes de que pueda terminar, una voz vieja y áspera interrumpe—. En realidad, hay un asunto más que tratar.

Me detengo a mitad de frase, estrechando los ojos mientras me vuelvo hacia la fuente de la interrupción. Lawrence. Mi tío. La persona más anciana en esta sala. Se sienta a mi izquierda, su figura encorvada irradiando un aire de gravedad que exige atención, incluso mientras sus frágiles manos descansan ligeramente sobre la mesa.

Hay algo en él, la forma en que se mueve, lenta y deliberada, cada movimiento preciso. Si no lo conociera mejor, podría haberlo confundido con algo sobrenatural, un cambiante de lobo, tal vez. No hace mucho, la simple noción habría parecido absurda. Pero en los últimos meses, he aprendido que este mundo es mucho más de lo que parece. Los seres sobrenaturales existen.

Pero Lawrence es humano. Es su título lo que lo hace formidable. Es el líder de los ancianos de la familia. El portavoz de un grupo de tradicionalistas que ven a Pinnacle Group menos como una corporación y más como una dinastía familiar. Y, por supuesto, tiene algo que decir.

Me hundo de nuevo en mi silla, controlando mis rasgos hacia la neutralidad. Ya sé lo que viene. Lawrence no habla a menos que sea

para hacer un punto, generalmente diseñado para socavarme.

—Tengo que decir, Katherine —comienza, sus palabras lentas—, que yo, así como los otros ancianos, estamos bastante decepcionados con cómo fueron las cosas con el Sr. Chris Winters.

El nombre envía una leve ola de molestia a través de mí, pero la aparto, recostándome en mi silla. Dejo escapar un suspiro lento y medido. —Eso no parece un asunto urgente que merezca discusión en esta reunión, tío Lawrence —digo, con un tono glacial.

—Oh, pero lo es —responde, su voz llevando una calma inquietante —. Verás, hemos dejado muy claro cómo tu estado como mujer soltera es... problemático, dada la posición que ahora ocupas.

Mis dedos se curvan contra los reposabrazos de mi silla, pero no me encojo. —Y creo que he dejado abundantemente claro —digo con firmeza—, que mis asuntos privados no tienen relación con mi capacidad para desempeñarme como CEO.

Sus ojos, agudos e inflexibles a pesar de su edad, se fijan en los míos. Hay algo inquietante en la forma en que me mira, no es intimidante, pero desconcertante en la manera en que solo alguien acostumbrado a la autoridad incuestionable puede serlo. Me está poniendo a prueba, esperando que me doble bajo la presión. Pero no lo hago.

Los otros miembros de la junta se agitan en sus asientos, su incomodidad palpable. Capto algunas de sus miradas, con los ojos muy abiertos, vacilantes, como si me estuvieran rogando silenciosamente que ceda. Pero no me importa. No seré intimidada por Lawrence.

Él suspira y se endereza ligeramente. —La gala anual de Pinnacle Group es este viernes —dice, su voz adoptando ese tono irritantemente paciente suyo, como si estuviera hablando con un niño.

—Estoy al tanto —respondo fríamente.

Él continúa. —Los ancianos se han tomado la libertad de compilar una lista de citas adecuadas para que asistas con ellos. Puedes seleccionar cualquier nombre de la lista. —Desliza un trozo de papel a través de la mesa. Se detiene frente a mí, y lo miro de reojo.

La lista es exactamente lo que esperaba: nombres de hijos de miembros de la junta, cada uno más predecible que el anterior. Veo el nombre final y casi me río. Es tan transparente que resulta insultante. Una selección cuidadosamente curada de hombres "apropiados" para desfilar a mi lado como una especie de trofeo, todo bajo el pretexto de preservar la imagen de la empresa.

Lawrence se inclina hacia adelante. —Como CEO, se requiere que asistas. Y debes asistir con una cita. Así que por favor, Katherine, no nos avergüences.

Lentamente me levanto de mi asiento, negándome a dignificar su orden con algo más que una sola mirada fulminante.

—Eso será todo. —Me alejo de la mesa, el sonido de mis tacones contra el suelo mientras salgo de la sala de juntas.

El resto del día pasa en un borrón, las horas se funden entre sí mientras me entierro en la comodidad del trabajo. Mi escritorio es una fortaleza, las hojas de cálculo y los correos electrónicos son mi escudo contra el recuerdo de esa irritante reunión de la junta. Las palabras de Lawrence resuenan en mi cabeza como un zumbido

molesto que no puedo disipar. Me concentro más intensamente en la pantalla, los números se difuminan ligeramente mientras escribo furiosamente, como si trabajar lo suficientemente rápido borrara las irritaciones del día.

Ni siquiera noto lo tarde que se ha hecho hasta que mis ojos se desvían hacia la ventana. El oscuro cielo negro afuera se refleja débilmente contra el vidrio, interrumpido solo por el suave resplandor de las luces de la ciudad. Miro mi reloj. 8 p.m. El silencio en mi oficina solo es roto por el suave clic de mi teclado mientras redacto otro correo electrónico más.

El golpe en la puerta interrumpe mi ritmo, el sonido sacándome de mi aturdimiento. Ni siquiera levanto la vista mientras exclamo, mi voz fuerte, impregnada de la frustración que se ha adherido a mí todo el día. —¡Adelante!

La puerta cruje al abrirse, y levanto la vista, mi brusquedad suavizándose inmediatamente cuando Alex entra con cuidado en la habitación. Sus anchos hombros parecen casi demasiado grandes para la entrada, su enorme figura moviéndose con una vacilación entrañable, como si no estuviera seguro de estar entrometiéndose. Se asoma primero, su expresión cautelosa, casi pidiendo permiso antes de entrar completamente.

—Oh, Alex —digo, mi tono ahora más suave—. Pasa. —Hago un gesto hacia el espacio frente a mi escritorio, mi irritación ya se está desvaneciendo.

Él entra por completo, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic. Una cálida sonrisa ilumina su rostro mientras extiende una taza

de café en una de sus grandes manos. —Buenas noches, Sra. Lockhart. Pensé en traerle un café.

Inclino ligeramente la cabeza, mis ojos fijos en él mientras proceso el gesto. Es inesperado, dulce de una manera a la que no estoy acostumbrada. Mi sorpresa debe estar escrita por toda mi cara, porque él se aclara la garganta —Solo sabía que le gusta trabajar hasta tarde. Y pensé que podría necesitar el impulso de la cafeína.

La simplicidad de ello, la consideración, es desarmante. Se ve tan sincero, parado ahí como un niño ansioso por ayudar, y me envía una calidez. No puedo evitar sonreír. No la educada y practicada que doy durante las reuniones, sino una sonrisa real y genuina. —Gracias, Alex —digo suavemente.

Él asiente, su propia sonrisa ensanchándose mientras se acerca y coloca la taza en mi escritorio. La calidez de su presencia persiste en el aire, evocando recuerdos de esa noche con el ramen, la forma en que me sentí tan ligera, tan a gusto, tan completamente yo misma en su compañía. El pensamiento me hace dudar, observándolo mientras comienza a retirarse, y antes de que pueda pensarlo mejor, las palabras se me escapan.

—¿Qué tal cenar de nuevo? —pregunto.

Él se detiene, volviéndose para mirarme. Hay algo en su expresión, algo que no puedo precisar del todo. Un aire de tranquila confianza, casi como si estuviera guardando algún secreto que no tiene intención de compartir. Luego, como si decidiera algo, sus rasgos se suavizan y asiente lentamente. —Supongo que iré a buscar más ramen —dice, ya dirigiéndose hacia la puerta.

—Oh no. Dios, no —digo rápidamente, riendo mientras sacudo la cabeza—. Pediré algo mejor esta vez.

—Bueno... el ramen era, admitámoslo, bastante salado —reconoce, sus labios curvándose en una sonrisa juguetona.

—Ajá —respondo, con una risa burbujeando fuera de mí antes de que pueda detenerla. La ligereza del momento me inunda, un contraste bienvenido con la pesadez del día.

La pizza llega rápidamente, el aroma flota a través de la oficina mientras coloco la caja en la pequeña mesa en la esquina. Abro una botella de vino y nos sirvo a ambos generosas copas. La primera porción de pizza desaparece fácilmente, y la comida se siente más ligera, más agradable que el salado ramen de la otra noche.

Alex se sienta frente a mí, su enorme figura haciendo que la silla que ha elegido parezca ridículamente pequeña. Come con tranquilo entusiasmo, mientras yo me recuesto en mi asiento, gesticulando con mi copa de vino mientras mis palabras brotan. El vino me calienta, aflojando mi guardia de una manera que no suelo permitir. Pero es fácil con Alex. Demasiado fácil.

La conversación fluye como el vino, suave y sin prisa. Alex escucha atentamente, su presencia tranquila anclándome. No necesita llenar el silencio con palabras innecesarias, y respeto eso de él. Me da espacio para respirar, para hablar, para desahogarme. Y hablo, vaya si hablo.

—Estuve a medio segundo de hacer trizas toda la lista allí mismo en la reunión —digo, puntuando mis palabras con un suspiro mientras lanzo una corteza de pizza a mi plato.

—Eso habría sido bastante dramático —dice, con un toque de diversión en su tono.

Tomo otra porción, dando un mordisco antes de responder. —Sí, bueno, no tan dramático como ser forzada a salir con uno de los hijos de los miembros de la junta. Todos son mocosos mimados y engreídos, justo como Chris Winters.

Hay algo entrañable en cómo escucha mis frustraciones como si las entendiera. Alcanza la botella y rellena mi copa, el gesto tan simple pero tan considerado.

Doy un sorbo. Las palabras se me escapan antes de que pueda pensarlo mejor, nacidas del momento y de la reconfortante facilidad de la compañía de Alex. —Sabes... honestamente, desearía poder llevarte a ti.

La habitación se siente quieta por un momento, mi declaración descuidada asentándose entre nosotros. Mis ojos se desvían a su rostro, buscando su reacción. Pero Alex solo sonríe de nuevo, la misma sonrisa cálida y genuina.

—Debe ser mucha presión —dice pensativo—. Pero creo que deberías hacer lo que crees que es correcto.

Sus palabras caen con más peso del que esperaba. No insiste, no ofrece consejos más allá de eso. Solo un suave recordatorio para confiar en mí misma.

Asiento, reflexionando sobre sus palabras mientras doy otro bocado a la pizza. Tiene razón, por supuesto. Pero por ahora, dejo el pensamiento a un lado. La gala, la lista, la presión de todo, puede esperar.

Esta noche se trata de pizza, vino y conversación. Esta noche, puedo olvidarme de todas mis preocupaciones por un momento.

Aunque sea solo por un momento.

Capítulo Tres

Katherine

Los días han pasado volando esta semana. Quizás sea porque el viernes es la gala del Grupo Pinnacle, y el tiempo siempre parece volar cuando se aproxima una fecha en la que tienes que hacer algo que no te entusiasma precisamente. Pero también, tal vez sea por el trabajo.

Hay un proyecto que debe completarse esta semana. Con la gala acercándose, he adelantado la fecha de finalización, así que todos están alerta.

Para mañana al mediodía, todo el proyecto debe estar terminado, y el habitual zumbido de la oficina se ha intensificado hasta convertirse en un frenesí. Son las 7 de la tarde de un miércoles, y en lugar del silencio habitual, la oficina sigue bullendo de actividad. Puedo oír conversaciones amortiguadas desde el pasillo, el rápido repiqueteo de los teclados, el ocasional revuelo de papeles. Todos se esfuerzan por llegar a la meta.

Yo también estoy inmersa en mi trabajo, el familiar ritmo de mis dedos golpeando el teclado llena mi oficina. Auditorías, archivos e informes departamentales se desplazan por mi pantalla, cada uno exigiendo mi atención. Un pequeño pinchazo de simpatía me invade por el personal que aún sigue trabajando, pero lo reprimo rápidamente. Esto es parte del trabajo, una parte a la que me he acostumbrado.

Un golpe en la puerta me saca de mi concentración. No me molesto en levantar la mirada, mis ojos pegados a la hoja de cálculo en mi

pantalla. —Adelante —digo, con tono enérgico.

La puerta cruje al abrirse, y levanto la vista justo a tiempo para ver a Alex entrar, vestido con su uniforme de conserje y llevando sus artículos de limpieza. Su presencia me arranca una sonrisa inmediata.

—Buenas tardes, Sra. Lockhart —dice, su voz educada como siempre —. ¿Estaría bien si vuelvo más tarde? Estoy haciendo las rondas de limpieza.

Hago un gesto desestimándolo con la mano, sintiendo ya una pequeña chispa de alegría al verlo. —Oh, está bien, Alex. Puedes hacerlo ahora. No voy a salir de aquí por un buen rato.

Él asiente, su expresión compuesta mientras responde: —Sí, señora. —Luego se pone a trabajar, moviéndose hacia la puerta con su fregona y cubo mientras se coloca la máscara de limpieza sobre la cara.

Lo observo por un momento, sin poder evitarlo. Hay algo casi absurdamente entrañable en la imagen de él con un palo de fregona en la mano, sus anchos hombros encorvándose ligeramente mientras lo maniobra por el suelo. La fregona parece cómicamente pequeña en sus manos, más como una ramita que una herramienta. Reprimo una sonrisa, sacudiendo la cabeza y volviendo a mirar mi pantalla.

Pero entonces, otro golpe suena en la puerta. Esta vez, dudo. —Adelante —digo de nuevo, aunque mi tono es más cauteloso ahora.

La puerta se abre. Es Frank. Entra a zancadas en la habitación. Su presencia hace que mi estómago se tense, el ambiente agradable que Alex había provocado en mí se disipa como humo.

Miro brevemente a Alex, que continúa fregando como si no hubiera notado la llegada de Frank.

—Frank —digo fríamente, recostándome en mi silla y cruzando las manos sobre el escritorio—. ¿Qué te trae por aquí a esta hora?

—Pensé que podrías necesitar algo de café. Va a ser una noche larga con la fecha límite acercándose —dice, su tono un poco demasiado suave, la taza extendida como una rama de olivo.

Me quedo inmóvil, levantando una ceja instintivamente.

¿Frank? ¿Trayéndome café? Mi mente da vueltas ante la rareza de esto. Este hombre ha pasado cada momento posible haciendo mi vida más difícil desde que me convertí en CEO. Constantemente me está socavando. ¿Y ahora me trae café? No tiene sentido.

Antes de que pueda expresar mi escepticismo, Alex se mueve. Está de pie cerca de la puerta con su fregona, sus grandes manos agarrando el palo torpemente, sus ojos fijos en el suelo. Da un paso atrás, y su corpulento cuerpo choca directamente con Frank.

Es como ver un desastre a cámara lenta. La taza de café se escapa de la mano de Frank, girando en el aire antes de estrellarse contra el suelo. El líquido oscuro y rico salpica por todas partes, formando un charco alrededor de los zapatos pulidos de Frank.

—Oh Dios... —dice Alex, su voz profunda transmitiendo sorpresa pero aún conservando ese extraño aire de confianza que siempre parece seguirlo—. Lo siento mucho, señor. No quería...

—i¿Qué diablos te pasa?! —La voz de Frank explota. Su cara se pone roja en un instante.

Alex, a pesar de su tamaño, se encoge ligeramente bajo la mirada fulminante de Frank. Inclina la cabeza y se mueve inmediatamente

para limpiar el derrame, la fregona ya en movimiento. —Lo siento mucho, señor. Limpiaré eso de inmediato y traeré otra taza —dice, su voz arrepentida.

—¡Torpe idiota! —ladra Frank de nuevo, su voz elevándose. El veneno en su tono es palpable y hace que mi estómago se retuerza incómodamente.

Empujo mi silla hacia atrás y me pongo de pie. —Ya basta, Frank. Es suficiente —digo con firmeza.

Frank ni siquiera me reconoce al principio. Su mirada permanece fija en Alex, su mandíbula apretada, las venas de su cuello tensas. —¡¿Cómo diablos es que estás empleado, gran torpe imbécil?! —escupe.

—¡Dije que es suficiente! —repito, más fuerte esta vez, dando un paso adelante. Frank finalmente se vuelve hacia mí, sus ojos entrecerrados. Hay rabia allí, cruda y sin filtrar, y me impacta. Esto es por café, por el amor de Dios. —Gracias por el café, Frank. Me conseguiré otro. Está bien —añado, tratando de sonar tranquila, aunque mi corazón está latiendo con fuerza.

Por un momento, parece que podría discutir, pero luego resopla, su pecho subiendo y bajando pesadamente. Le lanza a Alex una última mirada fulminante antes de girar sobre sus talones y salir furioso, cerrando la puerta de golpe detrás de él.

Alex no dice una palabra. Simplemente sigue fregando, con la cabeza gacha, movimientos constantes y concentrados. Le echo un vistazo, tratando de captar un indicio de su expresión, la inquietud enroscándose en mi pecho. *¿Le afectó la diatriba de Frank?*

Pero su rostro no revela nada, nada que pueda ver con su máscara de limpieza cubriendo la mitad de su cara. Es un lienzo en blanco, tranquilo e ilegible, como si las palabras nunca lo hubieran alcanzado.

Me siento lentamente, mis manos suspendidas sobre el teclado, pero no puedo concentrarme en la pantalla frente a mí. Mi mirada sigue desviándose hacia Alex. Quiero decir algo, consolarlo, disculparme por el comportamiento de Frank, pero las palabras no salen.

Alex termina de limpiar el suelo y continúa con el resto de la oficina, sus movimientos eficientes y practicados. No se demora, no hace ningún ruido innecesario. Y cuando termina, comienza a guardar sus artículos de limpieza. Pero entonces se detiene.

Está de pie junto a la puerta, su mano en el pomo, su rostro tenso con algo que no puedo ubicar. ¿Conflicto, tal vez? ¿Vacilación? Finalmente, se vuelve hacia mí, y hay una seriedad en sus ojos que hace que se me apriete el pecho.

—Sra. Lockhart —dice, su voz baja—. Me gustaría decirle algo.

Me enderezo, mi atención completamente en él ahora. —¿Qué es, Alex? —pregunto.

Mira alrededor, aunque solo estamos nosotros dos en la habitación. Luego, con unos rápidos pasos, está justo frente a mi escritorio. Se inclina, su enorme cuerpo doblándose mientras baja su cabeza a mi oído. —Por favor... no beba nada, ni coma nada que el Sr. Frank le dé —dice, su voz apenas por encima de un susurro, pero cada palabra cae con el peso de un martillo.

Y luego se endereza de nuevo, sus ojos teñidos de preocupación. Asiente una vez, un reconocimiento silencioso, y sale de la

habitación sin decir otra palabra.

Por un momento, no puedo moverme. Me quedo sentada allí, mirando la puerta cerrada, mi mente acelerada. Mi piel se eriza y un escalofrío recorre mi espalda.

Así que no fue un accidente. Alex chocó con Frank a propósito. Derramó ese café intencionadamente. ¿Y la razón? Porque me estaba protegiendo. Pensó, no, sabía que algo andaba mal con ese café. Que Frank le había hecho algo.

Mi respiración se entrecorta y mi pecho se aprieta mientras la realización se hunde. Frank siempre me ha odiado, siempre ha querido mi posición. ¿Pero envenenarme? La idea se siente irreal, como algo sacado de una mala película de suspense. Y, sin embargo, Alex claramente lo creía lo suficiente como para actuar.

Un escalofrío me recorre, pero debajo del miedo hay algo más. Gratitud. Si Frank realmente estaba planeando algo, Alex podría haberme salvado la vida.

*

Para cuando llega el jueves, las palabras de Alex siguen reproduciéndose en bucle en mi cabeza, como una campana de advertencia que se niega a dejar de sonar. Es un nuevo tipo de tensión, uno que no había sentido antes. Siempre he tenido que mantenerme en guardia; ser la CEO del Grupo Pinnacle prácticamente lo requiere. Cada movimiento que hago, cada decisión, cada palabra, todo se examina bajo un microscopio. La junta no confía en mí. Nunca lo han hecho. Demonios, lucharon con uñas y dientes para evitar que obtuviera este papel en primer lugar.

¿Y los ancianos de la familia? Digamos que tampoco estaban exactamente encantados.

¿Pero esto? Esto es diferente. Se trata de mi seguridad, mi vida. Paso la mano por mi sien, tratando de apartar la ansiedad.

Mis ojos vuelven a la pantalla del ordenador, revisando los datos del proyecto una última vez. Todo está en orden. Mañana por la noche, todos podrán descansar y relajarse en la gala.

La gala. Uf.

Ni siquiera quiero pensar en ello. Esa maldita lista que Lawrence me entregó todavía está en la esquina de mi escritorio. Tengo que presentarme con una cita. No permita Dios que vaya sola. Aparentemente, un CEO asistiendo solo es una especie de pecado capital a los ojos de los ancianos.

Justo cuando mi irritación está a punto de desbordarse, hay un golpe en la puerta. Es un golpe suave y familiar, uno que he llegado a reconocer. Mi estado de ánimo mejora casi inmediatamente, una chispa de anticipación atravesándome. Es Alex.

Esto se ha convertido en nuestra cosa desde aquel día con el ramen. Él aparece en mi oficina y compartimos la cena con conversaciones fáciles y sin prisas. Es la mejor parte de mi día, un respiro de todo lo demás. —Adelante —digo, sintiendo ya que un peso se levanta de mi pecho.

Alex entra, el aire de mi oficina parece cambiar cuando su gran figura atraviesa la puerta. En cada mano, sostiene lo que parecen recipientes de comida. —Buenas noches, Sra. Katherine —dice, su voz profunda es cálida, sus ojos constantes mientras me mira—. Esta vez yo preparé la cena.

Una sonrisa se forma en mi rostro. Me conmueve lo considerado que es. Su compañía es como un soplo de aire fresco. ¿Y desahogarme con él? Es tan fácil. Probablemente más fácil de lo que debería ser.

Esta noche, la comida es pasta con albóndigas, sencilla pero deliciosa. La hizo él mismo, y cuando elogio el sabor, una sonrisa presumida se extiende por su rostro. No es exagerada, lo justo para mostrar que está orgulloso, y no puedo evitar encontrarlo extrañamente entrañable. Hay algo en la tranquila confianza que muestra en este momento que me atrae, haciendo que la comida, y su compañía, se sientan aún mejor. La conversación fluye fácilmente, como siempre lo hace.

Pero la nube sigue ahí, suspendida sobre mí. Incluso mientras terminamos de comer y Alex comienza a guardar los recipientes vacíos, puedo sentirla. Mis pensamientos vuelven a la noche de mañana, a esa estúpida lista, y mi humor se agria de nuevo.

Alex lo nota. —Sra. Katherine —dice suavemente—, ¿está todo bien?

Suspiro, recostándome en mi silla. —Es esa gala, Alex. Es mañana por la noche —admito, con irritación clara en mi tono.

Él asiente lentamente, su expresión pensativa. —Es cierto —dice, como si esperara que elaborara.

—No he elegido a nadie de esa abominable lista —continúo, con la frustración burbujeanb—. Y no quiero hacerlo.

Alex me observa por un momento. Luego habla. —¿Y si simplemente no va con ninguno de ellos? —sugiere, su tono cuidadoso pero sincero—. ¿Y si va completamente sola?

Una risa amarga se me escapa. —Sí, eso sería muy bien recibido —digo sarcásticamente—. Los ancianos de la familia nunca me

dejarían olvidarlo.

Él inclina ligeramente la cabeza, considerando. —¿Harán algo más que hablar? —pregunta, su voz incisiva, casi desafiante.

La pregunta me toma por sorpresa. Es tan simple, tan directa, pero golpea fuerte. *¿Realmente harán algo más que hablar?*

Antes de que pueda responder, continúa, su voz firme y alentadora. —No creo que debería ir con alguien con quien no quiera ir —dice, sus ojos fijos en los míos—. Y confío en usted. Puede manejar cualquier cosa que le lancen.

La forma en que me mira, la forma en que me habla, enciende algo profundo dentro de mí.

Tiene razón.

Al diablo con la lista de Lawrence. Iré sola a la gala.

Capítulo Cuatro

Katherine

"Puedes manejar cualquier cosa que te lancen". Las palabras de Alex se repiten en mi cabeza como un mantra. Incluso cuando mis ojos se encuentran con los de Lawrence al otro lado del salón de baile.

Está sentado en una mesa redonda con los otros ancianos de la familia, luciendo como el patriarca seguro de sí mismo que es, bebiendo su whisky y susurrando a los demás. Sus ojos se desvían hacia mí, y no paso por alto la sutil sonrisa burlona que se dibuja en las comisuras de su boca. Sabe que vine sola, y está disfrutando cada segundo.

Bien. Que lo haga.

No elegí a nadie de su ridícula lista de posibles citas. Y me niego a arrepentirme, aunque sienta que todos los reflectores están sobre mí por las razones equivocadas.

Un camarero pasa con una bandeja de copas de champán, y tomo una sin romper mi paso. El burbujeante líquido es fresco, una bienvenida distracción mientras me muevo por el lujosamente decorado salón de baile. Las arañas de cristal en lo alto proyectan un resplandor dorado, y la sala zumba con risas y conversaciones. Los hombres lucen impecables en sus afilados esmoquines negros, y las mujeres flotan alrededor en elegantes vestidos que brillan bajo la luz.

Capto mi reflejo en una alta pared de espejos y, por un fugaz segundo, me detengo. Me veo impresionante, aunque lo diga yo misma. Mi vestido negro se ciñe en todos los lugares correctos, su

silueta elegante irradia poder y sofisticación. Los tirantes descansan delicadamente sobre mis hombros, y el escote se hunde lo justo para hacer girar cabezas sin cruzar al territorio de lo vulgar. Mi collar incrustado de diamantes destella bajo las luces, añadiendo la cantidad perfecta de brillo.

Pero el reflejo también cuenta otra historia. Estoy sola. Todos los demás parecen haber llegado con alguien del brazo. Tomo otro sorbo de champán, tragando la amargura que se arrastra junto con las burbujas.

Al girarme, veo a Frank y al tío Lawrence. Se dirigen directamente hacia mí, con la sonrisa presumida de Frank liderando el ataque. Su brazo está enlazado alrededor de una mujer que vagamente reconozco—una de sus muchas ex esposas, creo.

Me alcanzan en segundos, y Lawrence no pierde el tiempo.

—Katherine —dice, su voz baja pero mordaz—, te advertí que no asistieras sin una cita.

Las palabras golpean como un latigazo, pero me mantengo erguida, enfrentando su mirada directamente.

—Bueno, tío Lawrence, la lista que me diste no estaba precisamente rebosante de opciones estelares —respondo, manteniendo mi tono tranquilo, incluso agradable.

—Esa lista tenía hombres excepcionales —contraataca—. Hombres que habrían sido buenos para ti, y particularmente buenos para este evento.

—Bueno... —dejo que la palabra flote en el aire, con una sonrisa desafiante tirando de mis labios—. Qué lástima.

Me giro ligeramente, lista para alejarme y dejar esta conversación atrás, pero las siguientes palabras de Lawrence me dejan helada.

—No darás el discurso de apertura esta noche.

Me toma un segundo asimilar las palabras. Cuando lo hago, me giro hacia él, con el corazón latiendo más fuerte ahora, una mezcla de incredulidad y furia burbujeando a la superficie.

—El CEO de esta compañía siempre da el discurso de apertura en la gala anual —digo, manteniendo mi voz firme aunque la ira aumenta.

—Y el CEO —interrumpe Lawrence, enfatizando el título como si fuera una corona que está tentado a arrancar de mi cabeza— siempre ha tenido a su pareja a su lado durante ese discurso. Como no tienes una, no lo harás.

Hace un gesto hacia Frank, que ha estado de pie en silencio, luciendo demasiado complacido consigo mismo.

—Frank tomará tu lugar.

Las palabras caen como una bofetada, y de repente soy demasiado consciente de la sala a mi alrededor. Este momento, este privilegio, es mío. Está reservado para el CEO. Es mi oportunidad de pararme frente a inversores, funcionarios del gobierno y empleados como la líder de esta empresa.

Y me lo está quitando. Entregándoselo a Frank.

—Frank no hará tal cosa —espeto, entrecerrando los ojos mientras miro a Frank, con su sonrisa prácticamente rezumando de su cara, antes de fijar mi mirada de nuevo en Lawrence.

—Si te paras en ese podio sin una pareja, avergonzarás a la empresa —dice Lawrence, con un tono lo suficientemente afilado como para

cortar acero—. No es lo que tu padre habría querido.

La mención de mi padre se siente como un cuchillo retorciéndose en mis entrañas.

Lawrence no espera una respuesta. Se da la vuelta y se aleja a grandes zancadas, dejándome allí, hirviendo de rabia. Frank da un paso adelante, su sonrisa de alguna manera logrando ensancharse más.

—No te preocupes, prima —dice, su voz goteando satisfacción presumida—. Daré un excelente discurso.

Y con eso, él también se aleja, dejándome sola, con mi agarre apretándose alrededor de la copa de champán mientras lucho contra el impulso de romperla aquí mismo en mi mano.

Vuelven a la mesa donde los otros ancianos están sentados, regodeándose en su pequeña victoria como una manada de hienas después de una caza exitosa. Mis ojos los siguen, captando las expresiones petulantes en sus rostros mientras uno de los ancianos sirve una bebida a Frank.

Frank levanta su copa en un falso brindis, la sala captando débiles ecos de sus risas. Luego se pone de pie, enderezando su esmoquin con un floreo exagerado, y se lanza a una burlona imitación de un discurso.

El fuego dentro de mí ruge. Es furia y humillación, todo mezclado en un hirviente caldero de rabia listo para derramarse.

No sé cuál será mi próximo movimiento, pero de una cosa estoy segura: si creen que simplemente voy a rendirme y dejar que me hagan esto, les espera un duro despertar.

Entonces, como un cambio en el viento, la atmósfera en la sala cambia. Es sutil al principio. Pero luego crece, la energía volviéndose eléctrica, y murmullos ondean por la multitud como una corriente.

Mi mirada se dirige hacia la fuente del disturbio—la entrada del salón de baile.

Una figura avanza. Es alto, elevándose sobre los demás cerca de la puerta, y ancho de una manera que exige atención. Sus hombros se mueven con un ritmo natural, cada paso decidido. Incluso desde el otro lado de la sala, puedo ver cómo su esmoquin le queda perfectamente, la tela a medida abrazando cada línea y contorno de su poderosa figura.

Los murmullos crecen mientras las cabezas giran, las personas lanzan miradas furtivas o lo miran abiertamente. Las mujeres intercambian miradas, susurrándose con sonrisas tirando de sus labios. Algunas incluso ríen suavemente, sus ojos siguiéndolo mientras se adentra en la sala.

Pero él parece no notarlo, o si lo hace, no le importa. Hay una intensidad en su andar, un propósito inquebrantable que lo distingue.

Mis ojos se entrecierran, una chispa de incredulidad parpadea en mi pecho mientras la figura se acerca.

Mi respiración se detiene.

¿Es ese... Alex?

Sus ojos se mueven alrededor, escaneando el salón como si estuviera tratando de localizar algo—o a alguien.

Parpadeo, apenas creyendo lo que veo.

—¿Alex? —El nombre escapa de mis labios, vacilante, como si tratara de asegurarme de que realmente es él.

Al sonido de mi voz, su cabeza gira bruscamente en mi dirección. Por un momento, su rostro es indescifrable mientras me mira de arriba abajo, como sorprendido de verme tan arreglada. Luego, sus facciones se suavizan y se acerca.

—Señorita Lockhart —saluda, su voz cálida y familiar—. Esto es impulsivo, lo sé, pero pensé que debía asumir la responsabilidad de haberla convencido de venir sola, poniéndome a disposición para ser su acompañante esta noche. En caso de que realmente lo necesitara.

Ni siquiera lo pienso—mis pies se mueven antes de que mi mente los alcance, y de repente, mis brazos están a su alrededor, atrayéndolo a un abrazo. El alivio inunda mi pecho, abrumador en su intensidad. Es increíble cómo siempre es tan atento, tan protector.

Un recuerdo enterrado hace mucho tiempo se agita en mi cabeza, tan aleatorio y sin embargo tan cálido—un deseo de infancia de tener un cachorro, algo pequeño y precioso, algo que habría dado cualquier cosa por proteger y ser protegida por él. Y de alguna manera, en este momento, él extrae ese recuerdo de las profundidades de mi ser.

El abrazo se prolonga lo suficiente para transmitir mi gratitud, pero no tanto como para que parezca poco profesional. Cuando me aparto, sus ojos están fijos en mí con esa expresión indescifrable que tiene tan a menudo.

—Alex —respiro, tratando de estabilizarme—. Eres un salvavidas.

Me da un breve asentimiento.

—Feliz de ayudar, señorita Lockhart —dice, con un tono tan educado que me dan ganas de reír.

Por un momento, solo me quedo allí, observándolo. Es realmente él, aquí, luciendo absolutamente... increíble. Su cabello está perfectamente peinado—elegante, con solo un toque de desorden que lo hace parecer sin esfuerzo. Su mandíbula afilada se acentúa con la suave iluminación, ¿y su esmoquin? Bueno, es como si hubiera sido hecho a medida para resaltar sus anchos hombros y su cintura esbelta. Se ajusta a él en todos los lugares correctos, y no puedo evitar sentir que mi respiración se entrecorta.

Me doy cuenta demasiado tarde de que estoy mirando fijamente, completamente hipnotizada, hasta que su voz rompe mi aturdimiento.

—¿Señorita Lockhart? ¿Está bien? —Su tono está impregnado de genuina preocupación, y eso solo lo hace peor.

—Sí —digo rápidamente, sintiendo que el calor sube a mi rostro—. Estoy bien. De verdad. —Sonrío, principalmente para tranquilizarme a mí misma, antes de deslizar mi brazo por el suyo—. Ven conmigo.

Lo llevo a una mesa cerca del escenario, y nos acomodamos justo cuando la sala comienza a zumbar con anticipación. El evento está por comenzar. El maestro de ceremonias sube al escenario, micrófono en mano, su voz suave y profesional mientras se dirige a la multitud.

—Damas y caballeros, bienvenidos a la Gala Anual del Grupo Pinnacle. —Su tono es cálido, ensayado, y vagamente reminiscente de un presentador de programa de entrevistas nocturno—. Como siempre, comenzaremos con las palabras de apertura. —Mira sus

notas y hace una pausa—. Se me ha informado que las palabras serán dadas por el Director Financiero de la empresa esta noche, en lugar de la Directora General.

Oh, no. Absolutamente no.

—Alex —digo, mi voz baja pero firme—, ven conmigo.

Él no duda, levantándose conmigo en un movimiento suave. Enlazo mi brazo con el suyo nuevamente, y juntos nos dirigimos al escenario. La sala parece contener la respiración mientras subimos los escalones, todos los ojos girándose para seguir cada uno de nuestros movimientos.

Los ojos del maestro de ceremonias se ensanchan ligeramente, pero se recupera rápidamente, su voz retumbando a través del micrófono.

—¡Parece que escucharemos a la propia Directora General después de todo! —Hay una ola de aplausos educados y murmullos de aprobación de la multitud—. Por favor, demos la bienvenida a la señorita Katherine Lockhart, Directora General del Grupo Pinnacle.

Alex me sostiene mientras me acerco al podio, su mano un peso reconfortante en mi brazo. Mi mirada recorre la sala, y mis ojos se posan en Frank. Está congelado a medio camino, atravesando el salón con esa ex esposa suya del brazo. Sus ojos verdes arden con ira, su mandíbula tensa por la vergüenza. Me cuesta todo no sonreír con malicia.

Entonces veo a los ancianos de la familia. Están sentados en su mesa, pareciendo un grupo colectivo de hombres que acaban de perder una apuesta de alto riesgo. Su decepción es palpable, y me alimenta.

Aprieto ligeramente el brazo de Alex antes de inclinarme hacia el micrófono y dar mi discurso. Mis palabras fluyen fácilmente, y mantengo mi tono firme y confiado, declarando la gala oficialmente abierta y dando la bienvenida a todos para que disfruten de la velada.

El resto de la noche es un borrón de apretones de manos, sonrisas y conversaciones educadas. Invitados y asociados se me acercan uno tras otro, y cada vez, presento a Alex como mi novio. Él sigue la corriente sin esfuerzo, encantando a todos con su comportamiento desenvuelto. Es casi demasiado perfecto.

Por el rabillo del ojo, veo a Frank observándonos desde el otro lado de la sala, su rostro tenso con furia contenida. No se me acerca. Tampoco lo hacen los ancianos. No se atreverían.

Y es entonces cuando me golpea—como un rayo en medio de un cielo despejado.

¿Y si sigo con esto?

Si creen que Alex es mi novio, ya no pueden usar mi estado de soltera para socavarme. Es genial.

Me giro hacia Alex, que actualmente asiente educadamente a algo que uno de los invitados está diciendo. Es tan ajeno, tan absolutamente íntegro en su disposición a ayudar, que casi me siento mal por lo que estoy a punto de pedirle. Casi.

El invitado se aleja y me vuelvo hacia Alex.

—Alex —digo suavemente, esperando hasta que su atención esté completamente en mí.

—¿Sí, señorita Lockhart? —Su ceño se frunce ligeramente, la curiosidad parpadeando en sus ojos.

—Hay algo que me gustaría preguntarte. En realidad, necesito tu ayuda con algo.

—Por supuesto, señorita Lockhart —responde, su figura inclinándose ligeramente con atención.

Tomo un respiro para estabilizarme, mi voz calmada y medida.

—Me gustaría ofrecerte un contrato.

Su cabeza se inclina, la confusión inundando su rostro.

—¿Un... contrato?

—Sí. —Asiento, sosteniendo su mirada—. Quiero que seas mi novio por contrato.

Capítulo Cinco

Katherine

El aire en la oficina se siente más pesado hoy, cargado con algo no pronunciado pero palpable. No es un tipo malo de tensión, solo... diferente. Incluso la disposición se siente extraña. Normalmente, cuando Alex está aquí, yo estaría posada en el sofá, relajada, mientras él ocuparía el sillón frente a mí. ¿Pero hoy? Hoy, está sentado frente a mí en mi escritorio, mi espacio de trabajo habitual, y no puedo sacudirme la sensación de que la habitación está conteniendo la respiración.

Levanto la mirada brevemente, captando cómo sus ojos se detienen en mí. Está tranquilo, paciente, pero su presencia se siente amplificada. Es distractivo, casi como si la energía entre nosotros hubiera cambiado ligeramente, asentándose en algo nuevo. Me obligo a concentrarme, revisando el contrato frente a mí una última vez. Mis dedos recorren los bordes del documento, mis ojos repasando los puntos clave:

- No se requiere intimidad.

- Un compromiso de interpretar el papel de mi novio en cualquier evento público donde se espere una pareja.

- Un estricto acuerdo de confidencialidad.

- Y, por supuesto, un pago mensual muy generoso para que valga la pena su tiempo.

Todo está ahí. Limpio, profesional, hermético. Es perfecto.

Satisfecha, deslizo el contrato por el escritorio, observando cómo se detiene ordenadamente frente a él. —Échale un vistazo —digo, con

voz firme pero suave—. Dime si hay algo que no te parezca bien.

Por un momento, solo me mira, y hay algo casi juguetón en su expresión. No burlón, ni siquiera cerca, solo esta silenciosa diversión que me deja saber que está cómodo. Relajado. Es el tipo de mirada que podría hacer que alguien se sintiera cálido sin saber por qué.

Toma el contrato, sus largos dedos sosteniéndolo delicadamente mientras sus ojos recorren las páginas. No tarda mucho para que sus cejas se arqueen, con la más leve expresión de sorpresa cruzando su rostro. —Eso es... bastante dinero, Sra. Lockhart.

Aclaro mi garganta, girándome ligeramente en mi silla. —Es justo —respondo, tratando de mantener un tono neutral—. Me preocupaba que no fuera suficiente.

—Es más que justo. Honestamente, habría hecho esto solo para ayudarte. —Sus ojos permanecen en el contrato mientras habla—. En realidad, parece que el trato es más favorable para mí que para ti.

No puedo evitar sonreír ante sus palabras. Es pequeña, pero genuina, e inclino ligeramente la cabeza al responder. —Oh, y Alex —digo, sintiendo que un toque de ligereza se cuela en mi voz—, puedes llamarme Katherine. Especialmente cuando...

—...estemos en personaje —termina por mí, con una chispa de entusiasmo iluminando sus ojos—. Me aseguraré de no hacerlo cuando solo sea yo mismo. En el trabajo, quiero decir.

Asiento, agradecida por su comprensión natural de los límites, pero un pensamiento me viene inmediatamente. —Sobre eso —añado, con tono pensativo—. No tendrás que seguir trabajando como conserje. Puedo encontrarte otro puesto dentro de la empresa.

El cambio en su expresión es inmediato. Su sonrisa se desvanece, reemplazada por un leve ceño fruncido mientras se sienta más erguido. —Pero me gusta mi trabajo —dice simplemente, con voz firme.

Parpadeo, momentáneamente desconcertada. —Oh... —La palabra se escapa antes de que pueda detenerla, y por un segundo, no estoy segura de qué decir.

Parece notar mi vacilación y continúa. —Lo disfruto, especialmente trabajando por la noche. Es pacífico. Realmente preferiría seguir haciéndolo. Pero no te preocupes, no haré nada que haga sospechar a la gente. Fuera del trabajo, me transformaré en personaje, sin problema. ¿Está bien? —Su tono es sincero, sus ojos fijos en los míos, como si realmente le importara hacer funcionar este acuerdo.

Siento que una lenta sonrisa tira de mis labios. —Creo que tenemos un trato —digo.

Asiente lentamente y me mira con una pequeña expresión de aprobación. Sin dudarlo, hace clic con el bolígrafo en su mano y se inclina sobre el escritorio, firmando su nombre con un gesto confiado. Una vez terminado, desliza el contrato de vuelta hacia mí, y me levanto instintivamente de mi silla.

Él refleja el movimiento, poniéndose de pie en toda su estatura. En el momento en que lo hace, su presencia se siente más grande que la vida misma, sus anchos hombros y su figura alta haciéndome sentir inusualmente pequeña. Inclino la cabeza hacia arriba, encontrando su mirada, y él inclina la suya hacia abajo para encontrar la mía.

Extiendo mi mano, con voz firme y sincera. —Gracias por hacer esto, Alex.

Su gran mano estrecha la mía en un firme apretón. —Por supuesto, Katherine.

La forma en que dice mi nombre —suave, casi posesivamente— envía una ondulación inesperada a través de mí. Se siente... diferente. Como si me hubiera estado llamando así desde siempre, como si siempre hubiera debido llamarme así.

El apretón de manos se prolonga, mucho más de lo que debería, pero ninguno de los dos parece ansioso por soltar. Hay algo reconfortante en el contacto, algo para lo que no tengo palabras pasando entre nosotros.

—Sabes —dice, con una sonrisa juguetona tirando de las comisuras de su boca—, si vamos a hacer esto convincente, creo que vamos a necesitar un poco más que simples apretones de manos. Especialmente en eventos públicos.

Sus palabras me toman por sorpresa, y siento calor subiendo por mi cuello y asentándose en mis mejillas. —Yo... tengo que ponerme a trabajar ahora —logro decir, con la voz más baja de lo que pretendía mientras me fuerzo a romper el contacto visual.

—Por supuesto —responde con facilidad, su tono ligero mientras se dirige hacia la puerta. Se detiene justo antes de salir, mirando por encima de su hombro—. ¿Cena aquí otra vez esta noche? —Su voz es cálida, la pregunta impregnada de sinceridad, como si quisiera asegurarse de que esta nueva dinámica no nos impida tener nuestras amistosas conversaciones nocturnas sobre pizza o pasta o ramen, o lo que se nos ocurra.

Lo miro, con el más leve indicio de una sonrisa en mis labios. —Sí. Definitivamente.

Asiente de nuevo, lanzándome esa misma mirada conocedora y aprobadora. Es una expresión extraña, que irradia una tranquila autoridad, como si siempre estuviera en control. —Perfecto —dice, su voz firme y segura.

Y así sin más, se ha ido, con la puerta cerrándose tras él.

El día fluye como una brisa. Mis dedos bailan sobre el teclado, eficientes como siempre, pero hay algo más ligero en el aire hoy. Lo siento en el rebote de mis pasos cuando me muevo por la oficina, en la forma en que mis labios se curvan en una pequeña sonrisa sin razón particular. Diablos, incluso me sorprendo tarareando en un momento —alguna melodía aleatoria que no reconozco— y no me detengo.

No recuerdo la última vez que tuve un día de trabajo así. Es productivo, seguro —cada informe archivado, cada tarea marcada— pero hay una energía debajo de todo, como un manantial oculto burbujeando justo debajo de la superficie.

Para cuando la noche comienza a acercarse, con el cálido naranja del atardecer derramándose a través de la ventana de mi oficina, todavía estoy cabalgando la ola. Miro hacia afuera, observando cómo la luz dorada proyecta suaves sombras a través de la habitación. El día está terminando, pero sé que estaré aquí más tarde que nadie más. Siempre lo estoy. Aun así, esta noche terminará en una nota alta —cena con Alex. Solo pensar en ello envía un destello de calor a través de mí, y ya puedo imaginar la charla casual sobre cualquier comida que consigamos.

Soy arrancada de mis pensamientos por un fuerte golpe en la puerta. Mis cejas se levantan ligeramente, con la curiosidad despertada. —¿Sí? —respondo, con voz firme pero inquisitiva.

La puerta cruje al abrirse, y mi curiosidad rápidamente se transforma en sorpresa cuando él entra. Tío Lawrence. Compongo mi expresión rápidamente, transformando mis facciones en algo neutral, aunque mi mente corre.

¿Qué está haciendo aquí? Rara vez viene a mi oficina, especialmente sin avisar.

Al principio se queda junto a la puerta, con la mano aún en el pomo. —Katherine, ¿puedo pasar?

Hay una rareza en la forma en que hace la pregunta, como si no fuera realmente una pregunta en absoluto. Es más una afirmación, como si ya asumiera que diré que sí. No me molesto en ocultar mi escepticismo. —Tío Lawrence —digo lentamente, reclinándome en mi silla—. No esperaba verte aquí hoy.

Avanza más hacia el interior, moviéndose deliberadamente, sus zapatos pulidos haciendo leves sonidos contra el suelo. —Sí, bueno... —Su tono es medido, casi excesivamente—. Es importante que hablemos.

Cuando llega a la silla frente a mi escritorio, se acomoda como un hombre en una misión. Me quedo callada, estudiándolo, el recuerdo de nuestra última interacción reproduciéndose vívidamente en mi mente. La gala. La forma en que había estado tan ansioso por hacerme a un lado, por hacer a Frank el centro de atención aunque yo era la legítima oradora. Pero más que eso, recuerdo su cara cuando subí a ese escenario de todos modos, con Alex a mi lado. La

mirada de decepción grabada tan claramente en sus facciones. Ese recuerdo por sí solo es suficiente para mejorar mi estado de ánimo, incluso ahora.

—Espero que hayas disfrutado de la gala, tío Lawrence —digo, con mis labios curvándose en una leve sonrisa que no me molesto en ocultar. Hay un filo agudo de satisfacción en mi tono, y ni siquiera estoy tratando de ocultarlo.

Se gira en su asiento, sus ojos desviándose brevemente antes de volver a los míos. —Sí —dice cuidadosamente, con tono cortante—. Precisamente por eso estoy aquí, Katherine. —Su mirada se agudiza —. El hombre con el que estabas en la gala. ¿Quién es?

Levanto una ceja ante lo directo de la pregunta, pero no me inmuto. —¿Te refieres a mi novio?

Su expresión se tensa, con sorpresa clara en su rostro. —¿Tu novio? —repite la palabra—. Hasta donde yo sé —y los ancianos también— no has estado cortejando a nadie.

Me reclino ligeramente, estirando mis palabras mientras respondo. —Bueno, quizás los sabios ancianos no saben tanto como les gusta pensar. —Mi tono es ligero, casi desdeñoso, mientras vuelvo los ojos a la pantalla de mi ordenador, como si esta conversación apenas mereciera mi tiempo.

El silencio se extiende. Puedo sentir sus ojos sobre mí, pesados y calculadores, los engranajes en su mente girando a toda velocidad.

—¿De dónde es ese hombre? —pregunta, con voz rígida e inquisitiva.

No respondo, mi atención fijada deliberadamente en el monitor brillante frente a mí.

—¿De qué familia viene? —insiste de nuevo, su tono adquiriendo un borde más afilado.

Aún así, no le doy la satisfacción de una respuesta. Mi silencio habla por sí solo, y prácticamente puedo escuchar la frustración acumulándose en su respiración.

Finalmente, suspira, con exasperación filtrándose en sus palabras. —Katherine, necesitamos saber quién es este hombre. De dónde viene. El hombre con quien aparentemente estás saliendo...

Lo interrumpo con el agudo chasquido de mi dedo golpeando la barra espaciadora. Girando mi silla para enfrentarlo, lo miro directamente a los ojos, con voz baja pero firme. —Lo que necesitas hacer, querido tío, es ocuparte de tus propios asuntos.

Sus ojos se estrechan, su frustración ardiendo. —Este es nuestro asunto —replica, su voz elevándose—. Es nuestro asunto saber con quién estás. Es nuestro asunto asegurar que el Grupo Pinnacle estará en buenas manos. Necesitamos saber... Necesitamos asegurar que estás con alguien que pueda gestionar la empresa.

Me burlo, el sonido agudo y amargo mientras escapa de mis labios. —La persona que gestiona esta empresa soy yo, tío Lawrence —digo firmemente, mi tono sin dejar espacio para discusión—. La persona que continuará gestionándola soy yo. No el hombre con quien me case. No nadie más. Yo. —Dejo que las palabras queden suspendidas en el aire, pesadas e inflexibles, antes de continuar—. Así que te sugiero —y al resto de los ancianos— que dejen de husmear en mi vida privada. ¿No les gustaba que estuviera soltera? Bien. No estoy soltera. Eso es todo lo que necesitan saber.

Vuelvo a mi ordenador, despidiéndolo tan efectivamente como si lo hubiera echado de la habitación.

El silencio que sigue es espeso, pero no levanto la mirada. No tengo que hacerlo. Sé exactamente cómo luce su expresión —la mandíbula tensa, los ojos entrecerrados, la frustración controlada.

Después de un momento, escucho el suave rasguño de su silla al levantarse. Sus pasos son lentos mientras se mueve hacia la puerta. Se detiene brevemente, como si considerara decir algo más, pero luego piensa mejor.

La puerta se cierra tras él, y la habitación vuelve a sumirse en silencio.

Exhalo lentamente, pero mi alivio está entrelazado con una fuerte corriente subyacente de desafío. Los ancianos no tienen nada contra mí ahora. Ni una sola carta para jugar. He trabajado demasiado duro para demostrar mi valía —demasiado competente, demasiado motivada para dejar que sus críticas se peguen. Y ahora, con Alex como mi novio por contrato, no pueden esgrimir el argumento de "soltera" contra mí nunca más.

Solo tenemos que mantener la actuación.

*****

Los días y semanas han estado inusualmente tranquilos, pero no puedo quejarme. Es como si la aparición de Alex en la gala y mi acalorado intercambio con el tío Lawrence hubieran frenado toda la habitual intromisión familiar. Los ancianos finalmente han retrocedido, sus narices ya no husmeando en mi vida privada. No hay reuniones de emergencia de la junta, ni interrogatorios susurrados disfrazados de conversación educada, e incluso las

reuniones necesarias de la junta han sido tranquilas. Frank, de entre todas las personas, ha estado notablemente callado también, guardándose sus habituales comentarios mordaces.

Me siento... más ligera. Como si un peso que no me di cuenta que llevaba hubiera sido levantado. Ahora estoy caminando por el pasillo del supermercado, empujando un carrito medio lleno frente a mí, y hay una facilidad en mi paso que no ha estado ahí en mucho tiempo.

Mi carrito traquetea ligeramente mientras lo maniobro hacia la caja, las ruedas chirriando suavemente contra el linóleo. El rítmico pitido del escáner me saca de mis pensamientos mientras el cajero comienza a registrar mis artículos.

Mientras entrego mi tarjeta, lista para pagar, un repentino y fuerte estruendo detrás de mí me hace girar. El ruido agudo reverbera por la tienda, atrayendo miradas curiosas de los otros compradores. Detrás de mí, una joven está agachada, apresurándose a recoger un paquete de latas de refresco que han caído al suelo. Están rodando en todas direcciones.

Sin dudarlo, me acerco a ella, agachándome para ayudar a corralizar las latas que escapan. —Déjame echarte una mano —digo, recogiendo algunas en mis brazos.

—Gracias —responde la mujer suavemente, su voz casi perdida en el ruido que nos rodea. Pero hay algo en esa voz —una chispa de familiaridad que me hace pausar.

Levanto la mirada, tratando de ver mejor su rostro. Lleva una gorra de béisbol bajada sobre su frente, y la capucha de su sudadera cuelga flojamente alrededor de su cara. Pero incluso con la mayoría de sus rasgos ocultos, lo sé.

—¿Annie?

Ella levanta la mirada, sus grandes ojos encontrándose con los míos. —Hola, Sra. Lockhart —dice, con tono educado pero vacilante, como si no estuviera segura de cómo reaccionaré al verla aquí.

Sonrío levemente, poniéndome de pie y colocando las latas en el mostrador. —No sabía que comprabas aquí. —Mi voz es tranquila, casual, aunque mi mente ya se está preguntando qué hace una de las brillantes becarias de Pinnacle en el mismo supermercado que yo.

Annie también se endereza, abrazando las latas restantes contra su pecho. Es una chica trabajadora —callada, pero decidida. La he notado en la oficina, siempre concentrada, siempre tratando de demostrar su valía. No he tenido mucho tiempo para mentorizarla directamente, pero es agradable verla fuera de la burbuja corporativa.

—Vamos —digo, señalando hacia el mostrador—. Escaneemos estas. Ponlas en mi cuenta.

Ella duda, sus labios separándose como para protestar, pero el cajero ya está escaneando las latas, y no le doy la oportunidad de discutir.

—¿Adónde te diriges? —pregunto mientras el cajero termina de empacar sus artículos.

—Solo regreso a casa —dice en voz baja, con tono tímido y reservado. Es un contraste tan marcado con los ejecutivos de lengua afilada con los que trato diariamente, y me hace suavizarme un poco.

Asiento, mi decisión tomada antes de que tenga oportunidad de discutir. —Genial. Te llevaré.

Sus cejas se levantan ligeramente, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza mientras debate si aceptar. Entrecierro los ojos lo suficiente para dejar claro que no tiene mucha elección. Finalmente, esboza una pequeña sonrisa y murmura, —Gracias.

El viaje es tranquilo en su mayor parte. El zumbido del motor llena el silencio, y el leve aroma de su refresco persiste en el aire entre nosotras. La miro ocasionalmente, ofreciendo algunas palabras de aliento sobre su ética de trabajo y cuánto he notado sus esfuerzos. Ella murmura su agradecimiento, su voz aún pequeña, y dejo que la conversación se disipe en silencio.

Cuando finalmente nos detenemos frente a su edificio de apartamentos, ella alcanza la manija de la puerta, pero luego duda. Su mano se cierne allí por un momento antes de retirarla, volteándose para enfrentarme.

Noto cómo su garganta se tensa al tragar, sus ojos oscilando entre mí y el tablero. —Sra. Lockhart, hay... hay algo que debería decirle —dice, su voz apenas por encima de un susurro.

Me siento más recta, mi curiosidad despertada. —¿Qué pasa, Annie?

Ella duda nuevamente, su mirada cayendo a su regazo. —Yo... no estaba realmente solo comprando en el supermercado —admite, su voz teñida con algo parecido a la culpa.

—¿Oh? —La palabra se escapa, y siento un extraño nudo formarse en mi estómago.

—En realidad estaba... bueno... —Toma un respiro profundo, como si se obligara a decirlo—. La estaba observando.

Mis cejas se disparan hacia arriba, y siento que el nudo se aprieta. —¿Me estabas observando?

—Sí —murmura, apenas capaz de encontrar mis ojos. Se mueve incómodamente en su asiento antes de continuar—. El Sr. Frank me lo pidió. Dijo que necesitaba que me mantuviera fuera de vista y la vigilara por un tiempo. Para ver si usted estaba con alguien... algún hombre.

El nudo en mi estómago se desenreda en algo más caliente, más afilado. Mi mandíbula se tensa.

Frank.

La voz de Annie vacila mientras continúa. —Dijo que si lo hacía —y le informaba— podría ayudarme a conseguir un buen puesto en la empresa. Pero... —Niega con la cabeza, su voz fortaleciéndose ligeramente—. Esto no se siente correcto.

Asiento lentamente, con ira burbujeando bajo la superficie. *Frank. ¿Cómo se atreve?*

Ella me mira de nuevo, sus ojos firmes esta vez. —Sra. Lockhart, no sé qué está pasando, pero... creo que usted es una buena persona. Solo... tenga cuidado.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire por un momento, y me obligo a sonreír levemente. —Gracias, Annie —digo, con voz más calmada de lo que me siento.

Ella asiente, aferrando su bolsa con fuerza mientras sale del coche. La observo desaparecer en el edificio.

Exhalo, el tipo de exhalación larga y profunda que parece venir de algún lugar enterrado en lo profundo.

¿A quién estaba engañando? ¿En serio? Me reclino en el asiento del conductor, dejando que mi cabeza descanse contra el reposacabezas mientras mis dedos se aprietan alrededor del volante. Nunca iba a ser tan fácil. Frank. Los ancianos. Todos ellos. Por supuesto que no iban a dejarlo pasar.

Necesito hacer algo.

Capítulo Seis

Katherine

El suave zumbido del motor de mi coche en marcha es el único sonido que oigo. Mis ojos descansan sobre el edificio de apartamentos en el que Annie acaba de entrar, pero mi mente está lejos de pensar en la arquitectura.

Puedo sentir la frustración burbujeando justo bajo la superficie, pero la reprimo. Bien. Si este es el juego que quieren jugar, entonces yo lo jugaré mejor. Seré más minuciosa, más precisa, más calculadora que nunca.

Metiendo la mano en mi bolso, agarro mi teléfono y llamo a Alex. Apenas suena dos veces antes de que su voz llegue.

—Katherine —me saluda.

—Hola —digo, tratando de mantener mi voz uniforme—. Necesito contarte lo que acaba de pasar.

Me sumerjo en ello, narrando todo el extraño encuentro con Annie. Recuento cada detalle. No me contengo, dejando que las palabras fluyan mientras revivo toda la desfachatez.

Alex escucha sin interrumpir, y cuando termino, su voz llega a través del altavoz, baja y pensativa.

—Parece que no te están dando ni un momento para respirar.

—Sí —murmuro, sacudiendo la cabeza aunque él no pueda verme—. Ni un poco.

Hago una pausa, un nuevo pensamiento se desliza en mi mente. Mi tono se eleva ligeramente.

—Alex —digo—, vamos a tener que empezar a salir en algunas citas para mantener esto.

—¿Qué tal esta noche?

Sus palabras quedan suspendidas por un momento, y siento que una pequeña sonrisa tira de la comisura de mis labios.

—Esta noche es un buen momento para empezar —respondo, mi voz más suave ahora, más relajada.

Cuelgo el teléfono, el peso en mi pecho aligerándose un poco. Si quieren vigilarme, bien. Que me vigilen.

La noche llega en lo que parece un chasquido de dedos. Antes de darme cuenta, estoy entrando en el restaurante que elegí, un lugar elegante y discreto. Es cálido en el interior, el bajo murmullo de conversaciones y la suave iluminación crean un ambiente que se siente íntimo sin esfuerzo.

Mi mirada recorre la sala, y localizo a Alex casi inmediatamente. Ya está en la mesa, y no puedo evitar la pequeña sonrisa cómplice que se desliza en mi rostro cuando sus ojos se posan en mí. La mirada que me da lo es todo: igual partes de sorpresa, admiración y algo más profundo que me hace estremecer.

Me dirijo hacia él. Mi vestido —un maxi ajustado al cuerpo en un tono profundo y sensual— se mueve conmigo. Sé que me queda perfectamente, y la tranquila confianza que siento se refleja en mi postura. Mi maquillaje es ligero, discreto, pero el lápiz labial rojo es un toque atrevido, justo lo suficiente para atraer la mirada y mantenerla.

Alex parpadea, casi como si estuviera recalibrando, antes de levantarse de su silla. La forma en que me mira es suficiente para

hacer que mi corazón se salte un latido, aunque mantengo mi expresión serena. Da un paso adelante, su mano buscando la mía, y su toque es tan suave como siempre. Como si estuviera sosteniendo algo delicado, algo precioso.

Y entonces, baja la cabeza, sus labios rozando el dorso de mi mano en el beso más suave. El gesto es simple, pero envía calor a mis mejillas, y sé que me estoy sonrojando. Sus labios permanecen un segundo más de lo necesario, y luego se endereza, inclinándose cerca.

Su voz es baja, su aliento cálido contra mi oído.

—Si alguien nos está observando esta noche —murmura—, vamos a ser muy convincentes.

La forma en que sus palabras rozan mi piel es suficiente para que se me erice el vello de la nuca.

Mientras me aparto ligeramente, me permito observarlo completamente por primera vez. Está vestido con elegancia, pero con un estilo casual y sin esfuerzo. Un traje negro, a medida perfecta, combinado con una camiseta negra ajustada metida pulcramente en su chaqueta y pantalones de corte slim. Se ve pulido pero no rígido, justo la mezcla correcta de relajado y refinado.

Su mano descansa ligeramente en la parte baja de mi espalda mientras se coloca a mi lado, guiándome hacia mi asiento. El toque apenas está ahí, pero se siente íntimo. Se mueve con facilidad, sus acciones fluidas y sin prisa, y cuando me acomodo en la silla, su mano se desliza tan gentilmente como llegó.

Alex toma asiento frente a mí, y por un momento, se siente como si el resto de la habitación se hubiera difuminado en la nada. Somos

solo nosotros, el magnetismo silencioso entre nosotros palpable, y no puedo evitar preguntarme cuánto de esto es solo para aparentar, y cuánto es algo completamente distinto.

El camarero llega, educado y profesional, y Alex se vuelve hacia mí con una sonrisa que hace algo en mi estómago.

—Las damas primero —dice, con tono cálido y juguetón.

Ordeno, manteniéndolo simple pero elegante, y Alex sigue con su elección. Su voz es suave, segura, y la manera en que maneja el intercambio con el camarero me hace detenerme un instante. No hay vacilación, ni torpeza, solo facilidad. Me sorprendo mirándolo un segundo más de lo que debería, antes de ocuparme con mi vaso de agua.

Cuando llega la comida, mis nervios comienzan a agitarse. La Langosta Thermidor no es exactamente un plato casual. Alex es dulce, increíblemente guapo y magnético en todos los sentidos, pero es un conserje. Mi mente divaga hacia noches de ramen o pasta para llevar, el tipo de comidas que no vienen con utensilios complicados o guarniciones que necesitan un título culinario para identificar.

Le echo un vistazo por encima del borde de mi plato, esperando completamente algún nivel de incomodidad, alguna señal reveladora de malestar. Pero lo que veo en su lugar me hace parpadear.

Él es... impecable.

La forma en que sostiene su tenedor y cuchillo, la precisión con la que corta su langosta, la manera sin esfuerzo en que hace pausas entre bocados para sorber su vino... es como si hubiera estado comiendo en restaurantes de cinco estrellas toda su vida. Cuando

dobla su servilleta en su regazo con un gesto casual o asiente al camarero para que rellene su copa, es difícil no mirarlo fijamente.

¿Cómo?

Tal vez he sido yo quien ha estado proyectando estereotipos sobre él. La tranquila confianza en sus movimientos me deja preguntándome si soy yo la extraña aquí por asumir que un conserje tendría dificultades con la alta cocina.

La cena transcurre con facilidad, sin el menor contratiempo. La conversación fluye naturalmente, igual que las que compartimos sobre cenas para llevar en mi oficina.

En algún momento, él mira su reloj y coloca su servilleta en la mesa.

—Se está haciendo tarde —dice, levantándose suavemente y viniendo hacia mi lado de la mesa—. Vamos a llevarte a casa.

Retira mi silla con la misma elegancia pulida con la que ha hecho todo esta noche, y dejo que mi brazo se deslice por el suyo sin dudarlo. Su calidez es reconfortante mientras salimos del restaurante, hacia el aire fresco de la noche.

Él tenía razón. Si alguien nos estaba observando esta noche, no tendrían ninguna duda. Fuimos perfectamente convincentes.

El viaje a mi apartamento es silencioso, pero no es el tipo de silencio que se siente incómodo. Es el tipo que es cómodo, como si las palabras no fueran necesarias. Le pido a Alex que conduzca, entregándole las llaves con una pequeña sonrisa. Las toma sin dudar, deslizándose en el asiento del conductor.

Hay algo en la forma en que sus manos descansan sobre el volante, relajadas pero en control, que me hace mirarlo más a menudo de lo que debería.

Cuando finalmente nos detenemos frente a mi edificio, Alex sale primero, rodeando el coche para abrir mi puerta antes de que siquiera alcance la manija.

Salgo, el aire fresco de la noche roza mi piel.

—Esta fue una buena noche —dice, su voz baja, casi casual, pero hay una honestidad en ella que me hace detenerme. Miro en sus ojos, y la sinceridad allí me hace algo—. Realmente lo disfruté.

Miro mi reloj; son poco menos de las 10 PM. La ciudad está tranquila ahora, una especie de zumbido pacífico en el fondo.

—Es tarde —digo, mi tono firme—. Deberías quedarte a pasar la noche.

Sus cejas se levantan ligeramente, y por un momento, parece que está a punto de protestar.

—Katherine, estoy bien...

—Alex —lo interrumpo, acercándome—. Me sentiría mejor si te quedaras.

Duda, su mirada vacilando entre mí y el edificio detrás de mí. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza, el educado rechazo formándose en sus labios, pero no le doy la oportunidad.

—Por favor —añado, más suavemente esta vez, pero no menos insistente—. Es tarde, y dormiré mejor sabiendo que no estás ahí fuera tratando de conseguir un taxi a esta hora.

Su vacilación se desvanece, y asiente.

—De acuerdo —dice, su voz más baja ahora, casi resignada—. Si te ayudará a dormir mejor.

Una pequeña sonrisa tira de mis labios mientras guío el camino hacia adentro.

Cuando entramos en mi apartamento, me quito los tacones y lanzo mis llaves sobre el mostrador.

—Ponte cómodo —digo por encima del hombro, ya dirigiéndome hacia la cocina—. ¿Quieres algo? ¿Agua? ¿Café?

—El agua está bien —responde, su voz viniendo de algún lugar detrás de mí.

Agarro dos vasos, llenándolos en el fregadero, y cuando me doy la vuelta, él está apoyado contra el respaldo de mi sofá, su chaqueta colgada sobre el reposabrazos. Se ve tan a gusto, como si perteneciera aquí. La imagen hace que mi estómago dé un vuelco de una manera que no estoy completamente lista para analizar.

Le entrego un vaso, y él lo toma, nuestros dedos rozándose por un segundo demasiado largo. Sus ojos se detienen en mí, y me encuentro clavada en el lugar, el vaso en mi mano de repente sintiéndose demasiado pesado.

—Este es un buen lugar —dice, pero sus ojos siguen fijos en mí.

—Gracias —logro decir, dejando mi vaso sobre el mostrador.

Es como si el aire hubiera sido succionado de la habitación. Mi corazón late con fuerza, lo suficientemente fuerte como para preguntarme si él puede oírlo. Estoy congelada, anclada, completamente impotente bajo la intensidad de su mirada.

Alex está ahí de pie con esa camiseta negra que se adhiere a cada centímetro de su cuerpo. Su pecho es masivo, amplio, y sus bíceps tensan la tela... es abrumador.

Y sin embargo, no puedo apartar la mirada. Mi respiración se queda atrapada en mi garganta, y el espacio entre nosotros se siente cargado, como estática antes de una tormenta.

Entonces él aclara su garganta, un sonido suave que corta el pesado silencio.

—Te veías increíble esta noche —dice, su voz baja, un poco áspera.

Asiento, mi voz atrapada en algún lugar de mi pecho.

—Gracias, Alex —mi tono es suave, pero mis ojos, mis ojos lo están absorbiendo.

Su expresión se retuerce, su mandíbula se tensa, sus ojos se oscurecen. Cuando habla de nuevo, su voz es más profunda, más silenciosa, casi un gruñido.

—No podía quitarte los ojos de encima.

Las palabras envían una sacudida a través de mí, y siento que mi respiración se entrecorta. Mis rodillas se sienten débiles, y apenas registro que me estoy acercando a él hasta que estoy a solo un suspiro de distancia.

Y entonces él se mueve, solo un ligero paso, cerrando el espacio entre nosotros. Sus ojos están fijos en los míos, buscando, esperando. La habitación está tan silenciosa ahora que puedo escuchar cada sonido, su respiración, y el calor que emana de él hace que mi piel hormiguee.

—¿Puedo... abrazarte? —Su voz es áspera, casi vacilante.

—Sí —susurro.

Su brazo se desliza alrededor de mi cintura, su palma presionando firmemente contra mi espalda baja, atrayéndome contra él. El calor

de su cuerpo contra el mío es embriagador, y siento su fuerza en la forma en que me sostiene, firme pero suave, como si estuviera acunando algo precioso.

—¿Puedo besarte?

—Sí —respiro de nuevo, mi voz temblando.

Y entonces lo hace.

El primer toque de sus labios es tentativo, ligero como una pluma, como si estuviera probando las aguas. Pero en el momento en que se encuentran con los míos, es como si algo se encendiera. Me inclino hacia él, presionándome más cerca, y el beso se profundiza. Sus labios son suaves, pero exigentes, moviéndose contra los míos con una especie de pasión contenida que me deja mareada.

Su otra mano sube, acunando mi rostro, su pulgar acariciando mi mejilla mientras inclina mi cabeza ligeramente. El beso se vuelve más fervoroso, y puedo sentir las chispas viajando por cada centímetro de mí, acumulándose en mi vientre.

El tiempo parece detenerse. Somos solo nosotros, envueltos en este momento, en este beso que se siente como si hubiera estado acumulándose para siempre.

Mi lengua recorre su boca mientras él se presiona más profundamente contra mí. Puedo sentir su erección palpitando contra mi abdomen, y envía una excitación ondulando a través de mí.

Su mano se desliza hacia abajo, levantando mi vestido por encima de mis rodillas hasta que puede deslizar sus dedos entre mis muslos.

Comienza a girar su dedo sobre mi centro caliente y jadeo en su boca. La sensación es un placer inimaginablemente agonizante...

Como disfrutar del aroma de una comida deliciosa, pero queriendo comerla. Su toque se siente tan bien, pero lo único que hace es volverme loca por más.

Sus dedos se mueven más rápido, frotando mi clítoris, haciéndome estar aún más húmeda. Cuando desliza su dedo dentro de mí, mi rodilla tiembla, y no puedo contenerme.

Grito.

Alex se inclina y me levanta en un movimiento fluido, y soy como un trozo de papel en sus brazos. Me lleva al sofá, dejándome en él mientras mi corazón se acelera ante la pura fuerza de sus movimientos. Mi vestido se desliza en un borrón, y separa mis piernas, arrodillándose ante mí sin decir palabra... mi cerebro se siente como electrocutado cuando su lengua se hunde en mí.

Es lento al principio, suave, tentativo, como si estuviera absorbiendo el momento. Su lengua roza mi núcleo húmedo, arrancándome jadeos agudos. Acaricia mis portales con su boca, y luego aumenta la presión.

Me besa completamente allí abajo, justo en el lugar donde mi cuerpo está anhelando que lo haga. Su lengua se sumerge en mí, lamiéndome como si estuviera adorando mi sexo. Mueve su lengua dentro de mí como si estuviera decidido a probar cada pared que tengo.

Su nombre cae de mis labios, una y otra vez como un himno.

—No tienes idea de cuánto tiempo he querido hacer esto —dice, su voz es un sonido ronco, amortiguado mientras su cabeza está enterrada entre mis muslos. Quiero responder, decir algo, pero no puedo pensar ni formar palabras ahora mismo. Es como si estuviera

absorbiendo el oxígeno de mis pulmones de la mejor manera posible.

Añade sus dedos a la diversión, y juro que casi me desmorono justo ahí. Estoy tan húmeda ahora que sus dos dedos se deslizan fácilmente cuando los empuja dentro de mí, y eleva su lengua ahora, centrándose en mi clítoris pulsante y necesitado. Aletea su lengua sobre él, igualando el tempo con sus dedos sumergiéndose dentro y fuera de mí.

Mis piernas comienzan a temblar y estremecerse, mi respiración entrando y saliendo en rápidas ráfagas. Toma todo mi clítoris en su boca, chupándolo suavemente con tanta pasión que es casi aterrador. Para cuando finalmente puedo encontrar mi voz para decir algo coherente, mis muslos son un desastre, cubiertos con el residuo de mi deseo, un deseo que él ha avivado hasta que es un fuego brillante y ardiente.

—Alex. Te necesito ahora. Por favor —digo con urgencia, necesito sacar las palabras porque si no, no sé cuándo encontraré mi aliento de nuevo para poder hablar, con todo lo que me está haciendo.

Alex se demora un poco más, los dedos acariciando la parte superior de mis paredes y aletea su lengua implacablemente sobre mi clítoris. Me vuelve loca y mis piernas tiemblan más fuerte que antes, sacudiéndose completamente fuera de mi control.

Justo entonces, retira sus labios, sus dedos deslizándose fuera de mí con una agonizante caricia final de placer.

—Yo también te necesito, Katherine —se quita los pantalones, su rígido pene cuelga ante mí, venoso y ansioso. Saca un condón de

algún lugar en sus pantalones, dándome apenas el tiempo suficiente antes de inclinarse para tomarme.

—¡Oh, Dios mío... Alex!

Su miembro se hunde en mí, llenándome hasta el borde absoluto.

Me muerdo el labio inferior y logro mirarlo.

Sus ojos. Dios. Sus ojos.

Me atrapan en un encantamiento que parece atraparlo a él también. Es como estar perdida en un trance. Pegada al momento... a él.

Es tan intenso que siento que estoy al borde de un precipicio. Un orgasmo hirviendo justo debajo de la superficie, listo para erupcionar.

Mi cuerpo se tensa, siento que se me pone la piel de gallina por todas partes. Mis ojos no dejan los suyos, no pueden. Es como si estuvieran fijos en su lugar.

No puedo pensar en nada.

Me estoy corriendo.

Y mientras el éxtasis abrumador me hace pedazos, capto un vistazo de algo extraño.

Es fugaz, como una alucinación, una visión que dura solo un latido. Un hilo dorado, radiante y impresionante, más hermoso que cualquier cosa que haya visto. Brilla por un momento antes de desvanecerse, dejándome jadeando e insegura de si alguna vez fue real.

Pero luego mis ojos se fijan en algo igual de hipnotizante.

Los ojos de Alex.

Arden con una intensidad que coincide con el ritmo de sus apasionadas embestidas, consumiéndome.

Otro día de trabajo. Otro largo y monótono tramo de enviar correos electrónicos, examinar facturas y mirar archivos de trabajo hasta que las palabras comienzan a difuminarse. Es la misma rutina, la misma monotonía. Pero hoy es diferente. No porque la carga de trabajo haya cambiado o porque mis tareas requieran más esfuerzo, sino porque mi mente simplemente no se mantiene en el juego.

No importa cuánto lo intente, mis pensamientos siguen vagando.

Vagando hacia Alex.

Comienza como un destello, un recuerdo que se cuela mientras estoy escribiendo otro correo electrónico seco o firmando otro informe más. Luego se apodera, vívido y completamente absorbente, como una película que se repite en mi cabeza. Ese primer beso. La forma en que sus labios se encontraron con los míos: suaves, seguros y sin prisa. Y luego la forma en que su toque siguió, encendiendo una chispa que me atravesó como un rayo, iluminando cada nervio.

No es como si esto fuera parte del plan. Ni por asomo. Demonios, teníamos un contrato, por el amor de Dios. Un contrato muy claro, muy profesional, muy lleno de límites. Uno que establecía explícitamente que no había necesidad de nada físico entre nosotros. No se requería intimidad. Sin ataduras. Se suponía que sería simple: solo un arreglo para quitarme a los ancianos de encima.

Pero ¿esa noche? Eso no fue por necesidad. No fue por cumplir alguna obligación tácita o marcar una casilla en una lista de verificación.

No.

Tuvimos sexo porque quisimos.

Porque en ese momento, nada más importaba. Ni el contrato, ni las reglas, ni los límites cuidadosamente construidos que ambos habíamos acordado. Éramos solo nosotros: dos personas arrastradas por algo que se sentía más grande de lo que cualquiera de nosotros podría haber planeado.

Hay este magnetismo entre nosotros que no puedo explicar del todo. Es como si mi cuerpo estuviera adicto a la forma en que él se siente. Y Alex, él es... increíble. Considerado de maneras que me toman por sorpresa, como el hecho de que fue él quien se aseguró de que usáramos protección. Es dulce, honestamente. Pensarías que, dadas las circunstancias, estaría buscando una forma de atarme, tal vez un bebé para asegurarse un buen futuro financiero. Pero no es así. Es genuino, desinteresado de una manera que nunca he visto antes.

Y hace que mantener las apariencias con los ancianos sea mucho más fácil. Si Frank, el tío Lawrence o cualquiera de la vieja guardia han estado observando —y seamos sinceros, siempre lo están— verían exactamente lo que quiero que vean. Citas frecuentes, sonrisas afectuosas, mi mano descansando casualmente en el brazo de Alex mientras entramos a un restaurante.

Pero hoy, mi mente no está completamente en Alex.

Miro el reloj en mi escritorio, mi pie tamborileando impacientemente contra el suelo. Alice está en la ciudad. Esta noche, nos reuniremos para tomar unas copas, y solo pensarlo me hace sentir más ligera.

Alice no es solo una amiga; es como una hermana. Nos conocimos hace unos años cuando era nuestra representante legal en un caso. Conectamos casi inmediatamente, y desde entonces, ha sido una de las pocas personas en las que realmente puedo confiar.

Pienso en todo lo que ha sucedido con ella. Todavía se siente surrealista. Recuerdo cuando descubrí que era una cambiante de Lobo. Eso fue bastante impactante, pero luego se convirtió en Reina del Reino de los Lobos, y eso? Eso estaba en un nivel completamente diferente.

Es curioso cómo lo extraordinario se vuelve ordinario rápidamente. Ahora, cuando pienso en Alice, no veo a una cambiante de lobo o a una reina. Solo veo a mi amiga. Mi feroz y leal amiga que también resulta gobernar todo un reino.

Me recuesto en mi silla, mis labios curvándose en una sonrisa mientras imagino su reacción cuando le cuente sobre Alex. Se va a divertir mucho con esta, ya puedo oírla burlándose de mí, exigiendo cada último detalle.

Con un solo clic, apago mi computadora, el zumbido de la pantalla desvaneciéndose en silencio.

Llego al restaurante a los pocos minutos de salir de la oficina. Es un lugar acogedor, encantadoramente elegante sin ser ostentoso; clásico de Alice. A pesar del hecho de ser Reina del Reino de los Lobos, Alice siempre ha preferido lo discreto y lo simple.

En el momento en que entro, ella me ve. Está fuera de su silla en un instante, serpenteando graciosamente entre las mesas como si fuera dueña del lugar, lo cual, honestamente, podría serlo si quisiera.

—Katherine —me saluda, su voz cálida y familiar, como el primer sorbo de café en una mañana fría.

Antes de que pueda responder, me atrae a un abrazo, uno real. Del tipo que no te das cuenta de que has estado anhelando hasta que te envuelve. Me permito hundirme en él, mis hombros relajándose un poco.

Pero cuando se aparta, hay algo en su expresión que no estaba allí antes. Un destello de curiosidad, tal vez incluso cautela. Su cabeza se inclina ligeramente, sus ojos se estrechan en silenciosa observación. Su nariz se ensancha, solo un poco, como si estuviera captando algo que no puede ubicar del todo.

—Oye... —digo suavemente, dándole un suave tirón en el brazo para llamar su atención.

Parpadea, su atención volviendo a fijarse en mí, su cuerpo relajándose como si hubiera descartado lo que sea que le llamó la atención.

—¿Estás bien? —pregunto, mi tono cuidadoso, pero hay un borde de preocupación que no puedo ocultar del todo.

Su mirada se desliza sobre mí, rápida y evaluadora, antes de que una pequeña sonrisa se curve en las comisuras de sus labios.

—Sí... estoy bien —dice, las palabras suaves pero lo suficientemente convincentes. Luego sus ojos brillan con una calidez juguetona mientras gesticula vagamente en mi dirección—. Te ves bien. ¿Vestido nuevo? ¿O es ese el brillo de alguien completamente enamorada?

Su tono se aligera, juguetón ahora, y me hace sonreír a pesar de mí misma. Cualquier momento que acaba de tener, parece haber

pasado.

Nos sentamos, y el personal trae cócteles como un reloj. Envuelvo mis manos alrededor del vaso, pero apenas doy un sorbo antes de que las palabras comiencen a derramarse.

Le cuento todo: sobre Alex, el contrato, la presión de mi familia. Le cuento sobre la forma en que me mira, la forma en que me hace sentir vista, como si no fuera solo otra pieza en algún tablero de ajedrez corporativo.

Alice escucha sin interrumpir, su expresión pensativa e inquebrantable.

Para cuando termino de contarle todo a Alice, ella asiente lentamente, una profunda mirada de consideración cruzando sus rasgos.

—Vaya —dice, sacudiendo la cabeza con una pequeña sonrisa—. Nunca te había visto así antes. Nunca te había escuchado hablar de nadie así.

Agito la bebida en mi vaso.

—Supongo que he estado divagando un poco, ¿eh?

Ella inclina la cabeza, la diversión bailando en sus ojos.

—¿Un poco? Es adorable.

—Bueno —digo, encogiéndome de hombros con una leve sonrisa—, sigo siendo minuciosa, sin embargo. Incluso hice que mis investigadores privados lo investigaran.

Sus cejas se disparan.

—Inteligente —dice, asintiendo en aprobación.

—No voy a lanzarme de cabeza en algo sin saber en qué me estoy metiendo —respondo firmemente—. Hice que lo investigaran inmediatamente después de ofrecer el contrato. Necesitaba saber con quién estaba tratando.

—¿Y? —me anima, inclinándose hacia adelante como si estuviera pendiente de cada palabra mía.

—No encontraron mucho —admito, golpeando un dedo contra el borde de mi vaso.

La expresión de Alice se suaviza.

—Me gusta este lado tuyo —dice suavemente—. Pareces tan... feliz.

Sus palabras me hacen pausar, y siento una sonrisa tirando de las comisuras de mi boca. Feliz. Es una palabra tan simple, pero lleva tanto significado. Pero justo cuando estoy disfrutando de la calidez de su aprobación, una vieja y familiar preocupación se abre camino en mis pensamientos.

Agito mi bebida distraídamente, viendo cómo el líquido atrapa la luz.

—Sí, bueno... —me detengo, suspirando—. Los ancianos han estado vigilándome de cerca. Frank también, de hecho ha visto a Alex en el trabajo antes, pero tenía una máscara de conserje. Sé que están observando. Y si alguna vez descubren que Alex es solo el conserje del trabajo...

—¿Qué harás si se enteran? —pregunta, cortando directamente a través de mi frase con ese tono directo y sin rodeos suyo.

Dejo escapar un suspiro profundo, sintiendo el peso de su pregunta asentarse.

—No lo sé —respondo, mi voz franca y honesta. Es la verdad, realmente no tengo una respuesta.

Sostiene mi mirada por un momento. El silencio se extiende, pero no es incómodo. Hay un entendimiento silencioso entre nosotras, y debajo de él, puedo sentir la preocupación que está ocultando detrás de su comportamiento tranquilo.

—Bueno, entonces querríamos asegurarnos de que no se enteren —dice, casi alentadoramente, como si estuviera tratando de tranquilizarme, de aligerar la carga sin realmente decirlo directamente.

Otro silencio cae, pero este se siente más pesado, mis pensamientos ya girando. Si Lawrence o Frank alguna vez descubrieran que Alex, el conserje del trabajo, es el novio que he estado mostrando, ni siquiera puedo imaginar el lío que causaría.

Alice debe notar la preocupación comenzando a grabarse en mi rostro, porque se vuelve, su tono de repente más ligero.

—Así que... este Príncipe Encantador tuyo. No puedo esperar para conocerlo —dice con una sonrisa, claramente tratando de alegrar el ambiente.

Sus palabras me hacen sentir una chispa de emoción ante la idea.

—En realidad me encantaría presentarlos a los dos —digo, ya imaginando el encuentro en mi cabeza.

—Invítalo —dice rápidamente, casi demasiado rápido. Su entusiasmo me hace sonreír ligeramente, y alcanzo mi teléfono sin pensarlo dos veces.

Marco a Alex, y responde después de solo un par de tonos.

—Hola, Katherine.

—Hola, Alex —digo, mi tono brillante—. Quiero que me encuentres en algún lugar.

—Oh. ¿Ahora? —pregunta—. ¿Dónde estás? ¿Está todo bien?

—Te enviaré la dirección por mensaje —digo, mirando a Alice con una sonrisa—. Y no pasa nada malo. Estoy con una amiga a la que me gustaría que conocieras.

—¿Será una amiga del trabajo? Ya sabes, para saber si debo traer mi mejor traje.

¿Es una broma? ¿Está haciendo bromas ahora?

Me río, sacudiendo la cabeza, el sonido ligero y fácil.

—Oh, esta amiga es muy importante. Es como una hermana para mí. Su nombre es Alice Kassel, y le he hablado mucho de ti —digo en el teléfono, mi mirada desviándose hacia Alice, que me está observando. Le sonrío, solo un poco, mientras hablo.

Hay un silencio al otro lado del teléfono. Alex no responde de inmediato, y se queda ahí, extraño y abrupto. Mis cejas se fruncen, pero lo descarto, sin querer darle demasiada importancia.

—Muy bien. Te veo pronto —digo.

—En realidad... —comienza, su voz bajando, más vacilante—. No sé si puedo hacerlo.

Frunzo el ceño, el cambio en su tono inmediatamente poniéndome en alerta.

—¿Oh?

—Sí —dice, su voz más silenciosa ahora—. No creo que me sienta tan bien. Podría estar enfermándome.

Tose ligeramente, el sonido débil y forzado. Mi preocupación aumenta.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, suavizando mi voz.

—No —responde rápidamente, casi demasiado rápido—. Solo... necesito tomar algunos medicamentos y descansar. Estaré bien.

—De acuerdo —digo con reluctancia—. Cuídate.

Cuelga, y miro mi teléfono, mis cejas frunciéndose mientras la inquietud se arrastra. Algo en la forma en que sonó no me pareció bien.

—¿Todo bien? —la voz de Alice me devuelve al presente.

Levanto la mirada, encontrándome con su mirada.

—No podrá venir. Dice que está resfriándose o algo así —digo, tratando de mantener mi tono ligero.

Pero la expresión de Alice vuelve a cambiar. Hay algo allí, algo reservado que hace que mi estómago se apriete.

—Alice... —comienzo, estrechando mis ojos hacia ella—. ¿Está todo bien?

Ella fuerza una sonrisa, pero parece tensa, casi antinatural.

—Sí —dice suavemente—. Todo está bien.

Pero sus ojos, fijos en los míos, cuentan una historia diferente.

Capítulo Siete

Alex

Alice Kassel.

El nombre resuena en mi cabeza como una estridente alarma. Es fuerte, persistente, arañando los bordes de mis pensamientos. En cuanto Katherine lo mencionó durante nuestra llamada telefónica, supe que no podría reunirme con ella esa noche. Necesitaba una salida, y rápido.

—Creo que no me siento muy bien —le dije, manteniendo mi voz baja y áspera, añadiendo una tos poco convincente para dar credibilidad. Quizás fue convincente, quizás no. De cualquier manera, no iba a quedarme en la llamada para averiguarlo.

Ahora, sentado solo con una copa de whisky, me quedo desenredando los nudos en mi pecho. Hago girar el líquido en círculos perezosos. Mi otra mano se mueve casi automáticamente, pasando por mi cabello como si de alguna manera pudiera desenredar también los pensamientos en mi cabeza.

¿Cómo es que ellas se conocen? Katherine no es una cambiante, lo habría olido en ella si lo fuera. Parece una broma cruel, como si el universo estuviera retorciendo el cuchillo solo para verme retorcerme. Ya es bastante malo tener que lidiar con el hecho de que Katherine es mi pareja destinada, una prueba en sí misma en la que apenas puedo permitirme pensar en medio de mi misión.

¿Pero conoce a Alice? ¿Son amigas? ¿Es amiga de la Reina del Reino Lobo Americano?

Alice sabe quién soy. Realmente lo sabe. No el conserje, no el tipo con los ojos caídos y el comportamiento silencioso. El verdadero yo. Y eso es un problema, uno grande. He trabajado demasiado duro, he llegado demasiado lejos, como para dejar que todo se desmorone ahora. No cuando estoy tan cerca de terminar lo que empecé.

El pensamiento envía un nudo apretado y ardiente de frustración a través de mi pecho. Inclino el vaso hacia mis labios y tomo un trago lento y deliberado. El whisky quema al bajar, una picadura que agradezco. Es reconfortante, una distracción del ruido en mi cabeza.

La leve vibración de mi teléfono en la mesa interrumpe mis pensamientos, golpeando contra la madera con un zumbido sordo. Es un sonido discordante en el silencio, pero no me muevo de inmediato. Miro fijamente la pantalla, viendo cómo el nombre se ilumina en letras negritas.

Jack.

Mi mejor amigo. Mi confidente. Otra persona que me conoce... realmente me conoce. Pero a diferencia de Alice Kassel, no hay motivo de alarma con Jack. Es la única persona en quien puedo confiar para que me apoye durante esta misión que me consume.

—Jack —digo, mi voz un poco más áspera de lo habitual—. ¿Qué pasa?

El teléfono está caliente contra mi oreja, y me recuesto en mi silla, dejando que mi cabeza se incline contra la fría pared detrás de mí.

Jack se ríe suavemente, un sonido bajo y genuino, como si estuviera conteniendo una risa más fuerte. Persiste lo suficiente como para meterse bajo mi piel, y antes de que pueda preguntarle si me llamó solo para divertirse, su voz interviene.

—Mi príncipe —dice, su tono aún ligero con diversión—, estás empezando a sonar muy americano.

Hago una pausa, frunciendo el ceño por un segundo antes de darme cuenta de lo que está hablando. Mi tono. Mi acento. Me doy cuenta de que había caído en ese arrastre pulido y neutral que he estado perfeccionando durante meses. A estas alturas es mi segunda naturaleza, una máscara que uso todos los días, una que he tenido que esforzarme en crear. Mezclarme ha sido esencial, no solo en Pinnacle Group sino en cada interacción.

No ha sido fácil. Ha habido momentos en los que la mirada curiosa de Katherine se detuvo en mí un instante demasiado largo, o cuando alguien en el trabajo levantó una ceja ante la cadencia sutil e indefinible en mi voz. Siempre ha sido caminar sobre una cuerda floja. Pero si Jack me está bromeando al respecto ahora, debe significar que lo estoy haciendo mejor de lo que pensaba.

Exhalo suavemente, la tensión abandona mis hombros. Hay algo en escuchar la voz de Jack que hace que sea más fácil dejar caer la actuación. Incluso mi postura cambia, enderezándose naturalmente, mis hombros elevándose de la manera en que siempre lo hacen cuando me recuerdan quién soy realmente.

—Muy gracioso —digo secamente—. Jack. ¿Tienes noticias o solo estás aquí para criticar mi forma de hablar?

El tono de Jack cambia en un instante, el humor desapareciendo mientras algo más pesado toma su lugar. —Me disculpo, mi príncipe —dice, volviendo al borde formal, un respeto silencioso entrelazando sus palabras—. Pero ha habido un desarrollo en el reino allá en Europa.

La caída en su voz me provoca un sobresalto. Mi agarre en el teléfono se aprieta instintivamente, mi pulso acelerándose.

—¿Qué desarrollo? —pregunto, mi voz firme.

—El Usurpador —comienza Jack, puedo escuchar la amargura en su voz, es una amargura que se refleja profundamente en mi corazón —. Ha tomado el control de toda la infraestructura dirigida por las comunidades locales de manadas. Emitió un decreto real esta mañana. Todo... agua corriente, ferrocarriles, líneas de comunicación... todo está bajo su control ahora.

Maldita sea.

Mi mandíbula se tensa mientras Jack continúa, las palabras cortándome.

—Ha calificado cualquier resistencia como traición. Esta mañana, tres familias líderes de manadas juraron su lealtad hacia él. No tenían elección, mi Príncipe. Tienen las manos atadas, o sus cuellos estarán en el patíbulo.

Aprieto los puños tan fuertemente que mis uñas se clavan en las palmas, el leve escozor me mantiene anclado. Un pulso late en mi cabeza, mi visión se estrecha.

—Tu tío tiene el pie plantado sobre el cuello de todos —finaliza Jack, su voz llena de frustración.

Tío Valerian. Ese cerdo.

Su nombre solo envía una nueva ola de ira surgiendo a través de mí. Mi corazón golpea contra mis costillas, cada latido un recordatorio de lo que ha sido arrebatado. Esto... este despiadado afán de poder, es algo que mi padre nunca habría hecho. Va en contra de todo lo que mi familia representaba. Mi padre creía en el equilibrio, en la

asociación con las manadas locales. El control sobre esas infraestructuras estaba destinado a empoderarlos, a sostener medios de vida, a fomentar la unidad. Pero Valerian? Él solo ve poder.

Mis manos tiemblan mientras me obligo a respirar, la furia dentro de mí amenazando con desbordarse.

—Mi príncipe... —la voz de Jack me saca de la tormenta de rabia que se agita dentro de mí—. ...tu misión... ¿estás más cerca de conseguir todo lo que necesitas?

—Sí, Jack —respondo, mi voz firme, resuelta—. Pronto, tendré todo lo que necesitamos. No falta mucho ahora. Todos van a pagar.

Hay una pausa al otro lado de la línea y puedo imaginar la expresión de alivio en el rostro de Jack antes de que hable de nuevo. —Eso espero —dice, su voz impregnada de humor seco—. Al menos entonces no tendrás que seguir usando ese ridículo uniforme de conserje.

El comentario me arranca una débil sonrisa, casi contra mi voluntad. Las comisuras de mi boca se curvan hacia arriba, pero rápidamente las bajo, manteniendo mi tono uniforme. —Este trabajo de conserje ha sido esencial, Jack. Me ha permitido acceder a lugares a los que nunca habría podido entrar de otra manera.

—Por supuesto —responde Jack suavemente, el sonido de su sonrisa prácticamente audible—. El trabajo de conserje. Y... tu novia por contrato.

La mención de ella cae más pesada de lo que me gustaría. Un nudo se aprieta en mi estómago, retorciéndose de una manera que no me agrada particularmente. Paso una mano por mi cabello como si eso fuera a aflojar la tensión. —Toda la relación contractual fue...

inesperada —digo, manteniendo mi voz medida, controlada—. Pero ha sido efectiva. Estar cerca de ella me ha permitido descubrir más, más rápido de lo que nunca podría haciéndome pasar solo por un conserje.

—¿Inesperada, eh? —La voz de Jack adquiere un tono burlón que me dan ganas de gruñir—. Y yo pensando que era parte de tu plan... con todas las cenas a altas horas de la noche que has tenido con ella.

Me pellizco el puente de la nariz. —Sabes por qué he estado haciendo eso —digo, la irritación se filtra en mi voz a pesar de mis esfuerzos por contenerla—. Era para acercarme a ella. Para tener acceso a los archivos.

Hay una pausa en el otro extremo de la línea. Casi puedo oír a Jack procesando mis palabras, dejando que se hundan. Luego habla, su tono cauteloso, como si estuviera tratando de pisar con cuidado pero no pudiera ocultar del todo el filo por debajo.

—Entonces... ¿ella es solo un medio para un fin?

Aprieto mi agarre en el teléfono y fuerzo la respuesta rápidamente, limpiamente, como arrancando una tirita. —Precisamente. —Mi voz es cortante, afilada, sin dejar espacio para argumentos.

Y sin embargo... hay ese demasiado familiar leve pinchazo, un molesto gruñido sordo de mi lobo, que inmediatamente aparto. No tengo tiempo ni el lujo de entretenerme con eso ahora.

—Solo necesito seguir el juego un poco más —digo, el filo en mi voz endureciéndose en resolución—. Entonces Valerian pagará. —El nombre solo enciende un fuego en mí, crudo y todo lo que consume, y lo siento filtrarse en mi tono.

Hay un latido antes de que Jack responda, su voz más suave ahora, casi apagada. —Sí, mi Príncipe.

No respondo. Simplemente cuelgo, el clic del teléfono cortando el silencio como un cuchillo.

Pero el silencio que sigue no es mucho mejor. Es pesado, presionándome mientras mis propias palabras hacen eco en mi cabeza, una y otra vez como un disco rayado. *Ella es solo un medio para un fin.*

Si solo fuera tan simple. Simplemente compartimentar, mantener las cosas limpias y seguir adelante. Pero no lo es, el hilo dorado lo demuestra.

Está ahí entre nosotros, innegable, vinculante. Y sé que ella también lo ve. Puede que no lo entienda, aún no, pero lo siente.

Lo veo en la mirada de sus ojos cuando hacemos el amor. Por un latido, su guardia cae, y me mira como si acabara de ver algo extraordinario. Algo inexplicable. El hilo dorado, parpadeando en sus ojos antes de que el momento se desvanezca y la realidad vuelva a inundar.

Ella es más que un medio para un fin. De eso estoy seguro.

Pero no puedo permitirme pensar en eso. Es un territorio peligroso, y sé que es mejor no acercarme demasiado. Si empiezo a pensar en lo que ella significa para mí, en lo que podría significar para mí, corro el riesgo de perder el enfoque. Y no puedo permitirme eso. No ahora.

Tengo que pensar en ella como un medio para un fin.

Porque la alternativa es impensable.

No importa lo que sienta, no importa lo que el hilo dorado susurre en los momentos de silencio, no pondré en peligro mi misión.

Agarro la botella de whisky, sirviendo otro vaso con mano firme, y lo trago de un solo movimiento brusco. El amargo ardor se extiende por mi pecho, sacándome de mi cabeza lo suficiente como para recordarme dónde estoy y qué tengo que hacer a continuación.

Mis ojos se fijan en el reloj de mi muñeca. La hora me mira fijamente, un duro recordatorio de que no puedo quedarme aquí lamentándome mucho más tiempo. El trabajo no espera a nadie, ni siquiera a un hombre que intenta desmantelar a sus enemigos desde dentro.

Con un profundo suspiro, me levanto del sofá, mis articulaciones rígidas por sentarme demasiado tiempo. Miro alrededor del pequeño y estrecho apartamento: la pintura descascarada en las paredes, el sofá hundido que parece haber visto días mejores, la única bombilla en lo alto proyectando todo en un opaco resplandor amarillo. Apenas es habitable, pero es perfecto para lo que necesita ser: un disfraz. Un conserje no vive en el lujo.

Me muevo a través de mi rutina habitual, los pasos casi mecánicos ahora. Paso mis dedos por mi cabello, estilizándolo lo suficiente para lucir arreglado pero no llamativo. La ropa más simple de mi armario se pone: jeans desgastados y una camisa de botones descolorida que parece venir directamente de una tienda de segunda mano. Encojo mis hombros, ajusto mi postura, encorvándome ligeramente para hacerme menos notable.

Para cuando salgo por la puerta, la transformación está completa. El hombre que era hace unos minutos ha desaparecido, reemplazado

por alguien que el mundo apenas nota. Alguien que no levanta cejas ni invita preguntas.

Solo otro tipo dirigiéndose a otro día de trabajo. Y eso es exactamente como necesito que siga.

El viaje en taxi a las oficinas de Pinnacle Group es tan poco eventful como siempre. La ciudad se difumina en una racha de luces y colores apagados, el zumbido del motor proporcionando una especie de ruido blanco que asienta mis pensamientos. El conductor no entabla conversación, y yo no lo animo. El silencio es bueno. El silencio me mantiene en mi cabeza, donde puedo pensar, o no pensar, si eso es lo que necesito.

Cuando llegamos al edificio, me deslizo fuera, asintiendo rápidamente en agradecimiento antes de entrar. El vestíbulo es tan estéril como siempre: brillante, limpio y pulido hasta el punto de ser artificialmente impecable. Me dirijo directamente a la sala de conserjes, intercambiando solo algunos saludos corteses con los otros empleados que me cruzo. Esa es toda la interacción que me permito. He aprendido que cuanto menos hablas, menos te nota la gente. Sin alboroto, sin atención.

La sala de conserjes es pequeña y tenue, el leve olor a productos de limpieza flotando en el aire. Me cambio a mi mono sin prisa, una rutina bien practicada que se siente como un mecanismo de relojería a estas alturas.

Una vez que estoy en el piso, el tiempo hace lo que siempre hace: se me escurre entre los dedos. La limpieza es un trabajo que no requiere pensar. Mis manos frotan, trapean y limpian. Me ha llevado un tiempo acostumbrarme a esto, la limpieza no era algo que alguna

vez hiciera en el palacio. Pero estoy en un punto ahora que puedo hacerlo sin recibir miradas curiosas.

Mientras la tarde se convierte en noche, una tranquila anticipación comienza a construirse en mi pecho. Son casi las 9 p.m., la hora que he llegado a conocer como nuestra. Cada noche, voy a la oficina de Katherine a esta hora. Cada noche, nos sentamos y hablamos durante la cena, un ritual que de alguna manera ha tallado un pequeño espacio en mi vida.

He llegado a esperarlo con ansias de una manera que no esperaba. Escucharla hablar, oír cómo su voz se suaviza mientras se libera del estrés del día. Habla sobre su trabajo, sus pensamientos, sus frustraciones, y yo solo escucho. A veces se ríe, y es un sonido que he comenzado a llevar conmigo mucho después de que la conversación termina. No puedo evitar la sonrisa que tira de mi cara incluso ahora, pensando en ello.

Pero esta noche podría ser diferente. Es la primera vez que la veré desde que usé la carta de "Estoy enfermo". Tendré que suavizar eso, pero no es nada que una rápida explicación no pueda manejar.

Termino mis tareas, pongo las herramientas de vuelta en su lugar y arreglo mi mono. Mis manos cepillan la tela distraídamente mientras me dirijo a su oficina. Cuando llego a la puerta, golpeo, el sonido firme pero familiar. Ella siempre sabe que soy yo.

Solo que esta vez, no hay respuesta.

Hago una pausa, frunciendo un poco el ceño. Eso es... extraño. Ella siempre responde al primer golpe.

Lo intento de nuevo, golpeando más fuerte esta vez.

Todavía nada.

Un sentimiento incómodo se arrastra en mi pecho, lento pero insistente. No sé por qué, pero está ahí. Golpeo una vez más, mis nudillos presionando más fuerte contra la madera. El silencio al otro lado es ensordecedor ahora, del tipo que hace que tu garganta se seque y tu pulso se acelere.

Finalmente, giro el pomo y entro, mis movimientos cuidadosos, como si estuviera esperando que algo saltara sobre mí.

Lo que veo me hace detenerme justo dentro del marco de la puerta, un silencioso suspiro escapando de mis labios. Alivio, sí, pero hay algo más mezclado, algo más suave.

Katherine está ahí, pero su cabeza está descansando sobre su escritorio, su cuerpo inmóvil excepto por el constante ascenso y descenso de su respiración. La habitación está en silencio, salvo por el débil sonido de ella, suave y rítmico.

La pobre está dormida. Agotada.

Doy un paso más cerca, la tensión en mi pecho aliviándose mientras la observo. Incluso así, hay algo en ella que me atrae: su cabello derramándose sobre sus hombros, su rostro relajado de una manera que la hace parecer casi frágil.

Trabaja demasiado duro. Siempre lo hace.

Por un momento, me quedo allí en su puerta, observándola mientras duerme. Una parte de mí quiere despertarla. Solo para escuchar su voz, para verla mirarme con esa mirada aguda pero de alguna manera suave suya. Pero me detengo. Ella necesita esto. Está claramente agotada, y despertarla ahora sería egoísta.

Así que la dejo descansar. Se merece al menos eso.

En silencio, retrocedo, cerrando la puerta tras de mí con toda la suavidad que puedo. El sonido apenas se registra, y ya estoy caminando por el pasillo hacia la sala de conserjes, mi mente dando vueltas con pensamientos que se niegan a asentarse.

Katherine trabaja más duro que cualquier persona que haya conocido. No solo dirige la empresa; la carga. Cada decisión, cada plan, cada desafío, todo cae directamente sobre sus hombros. La mayoría de las personas se derrumbarían bajo ese peso, pero ella no. De alguna manera, ella sigue adelante, incluso con todas las dudas que debe enfrentar.

Es de lo que más habla cuando tenemos esas cenas a altas horas de la noche: la presión constante, el escrutinio interminable. Cada movimiento que hace, cada palabra que dice, es analizada, criticada, diseccionada, profesional y personalmente. Y, sin embargo, ella sigue luchando. Sigue ganando.

Pero esa no es la parte que retuerce mis entrañas.

Es el peligro en el que se encuentra. Las personas a su alrededor que no solo quieren que fracase, sino que se vaya. Personas como Frank, su primo serpiente, o Lawrence. Harían cualquier cosa para derribarla, y ella lo sabe.

Llego a la puerta de la sala de conserjes, mi mano descansando en la fría manija de metal. Mi turno ha terminado y no hay nada más para mí que hacer aquí esta noche. Podría volver al apartamento, sentarme en ese sofá desgastado, servirme otra copa y dejar que pase la noche.

Pero algo tira de mí. Un peso en mi pecho, una voz en mi cabeza que me dice que no puedo simplemente irme. No esta noche. No

después de verla así, con la cabeza sobre su escritorio, completamente vulnerable. No con todo lo que sé sobre las personas que la rodean como buitres.

Suelto la manija y doy un paso atrás, exhalando lentamente. Me quedo. Puede que no haya peligro para ella, o puede que sí. Honestamente, no lo sé. Lo que sí sé es que no puedo obligarme a irme. Me quedaré un poco más. Por si acaso.

Mis pensamientos se agitan mientras camino, una corriente subterránea de inquietud entretejida a través de ellos. No siempre estaré aquí para protegerla. Esa es la realidad, ¿no? Cuando esta misión termine, cuando deje este lugar para siempre, Katherine estará aquí sola, enfrentando todo y a todos sin mí. El pensamiento envía un hueco dolor directamente a través de mí. Si no hubiera estado allí el día que Frank mezcló su café, si no hubiera estado en su oficina en ese momento exacto, ¿qué habría pasado? Ni siquiera quiero imaginarlo.

Espero que esté bien cuando me vaya.

Al llegar al vestíbulo fuera del piso de su oficina, ralentizo mis pasos, mis ojos escaneando el espacio. Está tranquilo, el tipo de tranquilidad que hace que tus oídos se esfuercen por escuchar sonidos que ni siquiera podrían estar ahí. Camino por el perímetro lentamente, deliberadamente, manteniéndome lo más discreto posible. Mi mirada se dirige ocasionalmente hacia la puerta de la oficina de Katherine, manteniéndola siempre a la vista. Si Frank, o cualquier otra persona, intenta algo, estaré aquí.

El débil clic de tacones contra el suelo corta el silencio.

Mi pulso se acelera, no del todo rápido, pero firme y agudo. Algo cambia en el aire a mi alrededor, como una presión que no puedo definir bien. Los clics se vuelven más fuertes, más cercanos, cada uno llevando un peso extraño.

Y luego, doblando la esquina con un paso tranquilo y deliberado, está Alice Kassel.

¿Qué demonios está haciendo aquí?

El vestíbulo, una vez meramente silencioso, ahora se siente completamente quieto. Solo nosotros dos, sus tacones marcando el tiempo mientras camina, su presencia llenando el espacio vacío. Agacho la cabeza instintivamente, manteniendo mi rostro bajo mientras me muevo para pasarla rápidamente, mis pasos rápidos pero controlados.

Nos cruzamos. Ella se dirige hacia la oficina de Katherine, y yo me muevo hacia el pasillo lejano, pensando, esperando, que he esquivado esta.

Pero entonces ella llama, su voz nítida y clara.

—Alex Valkov.

Me detengo en seco, mi cuerpo tensándose como por instinto. Pasa un segundo, tal vez dos. Puedo sentir su mirada taladrándome desde atrás. Lentamente, me giro para enfrentarla.

—¿Qué está haciendo aquí, su majestad? —digo, el acento que normalmente finjo cayendo completamente. No tiene sentido ahora.

Alice da un paso adelante, sus ojos escaneándome con una precisión aguda. —Estoy aquí para una noche más de salida con mi amiga antes de regresar al reino.

—Está descansando —respondo, mi voz cortante.

Inclina ligeramente la cabeza, su mirada implacable. —Acabo de hablar con ella por teléfono. Se está preparando.

Asiento, sin decir nada, pero Alice da otro paso más cerca.

—Y tú —continúa, su voz baja pero firme—. ¿Qué estás haciendo aquí... su alteza?

El aire entre nosotros se tensa, la tensión palpable. Sus ojos se fijan en los míos, inquebrantables, desafiantes. No me inmuto.

—Consiguiendo justicia —respondo, mi voz firme, sin temblar.

Por un momento, su expresión no cambia. Pero luego parpadea, y sé que entiende. Ella sabe exactamente lo que me han quitado. Pero no voy a explicarle exactamente cómo planeo recuperarlo.

Me giro a medias, listo para irme, pero su mano se dispara, agarrando mi brazo. Su toque es firme, y cuando miro en sus ojos de nuevo, veo algo feroz, algo peligroso.

—No sé qué estás tramando, Alex —dice, su tono bajo y cortante. Su voz baja aún más, una advertencia entrelazada en cada palabra —. Pero si lo que sea que estás haciendo la lastima, si lastimas a mi amiga, te haré daño.

Sus palabras caen pesadamente, y sé que las dice en serio. Esto no es una amenaza vacía. Es una promesa.

Por un momento fugaz, siento una extraña sensación de alivio. Al menos, incluso cuando me haya ido, Katherine tendrá a alguien como Alice cuidando de ella. Y Alice Kassel no es alguien con quien se deba jugar.

Me inclino ligeramente, mi voz firme mientras respondo. —No pretendo hacerle daño. Y le doy mi palabra: ningún daño le sucederá.

Hay un momento de silencio. Sus ojos buscan en los míos, y es como si un acuerdo tácito pasara entre nosotros. Finalmente, suelta mi brazo, su agarre aflojándose mientras retrocede.

Asiento una vez, reconociéndola. —Su majestad —digo en voz baja antes de girarme y caminar por el pasillo.

La tensión persiste en el aire mientras me dirijo hacia la sala de conserjes, mis pensamientos girando una vez más. Puedo irme ahora, dirigirme a mi apartamento.

Pero la repentina aparición de Alice trae una cosa a un enfoque nítido: necesito terminar esta misión. Y necesito terminarla pronto.

Capítulo Ocho

Katherine

Hay una cita que recuerdo haber escuchado cuando era niña. Algo sobre cómo el tiempo vuela cuando te diviertes.

Creo que esa cita es cierta. Quizás no diversión en el sentido más puro, necesariamente —no risas y juegos— sino cuando tienes algo de paz. Cuando la vida se siente un poco más ligera y, me atrevo a decir, cuando has encontrado un pedazo de felicidad.

Los días han estado pasando rápidamente últimamente. Dos meses desde aquella primera noche con Alex. Lo que comenzó como una movida calculada, una cita diseñada para darme espacio de Frank y Lawrence, se ha convertido en algo completamente distinto.

Dos meses llenos de citas que dejé de fingir que eran solo para aparentar. Noches que realmente espero con ansias. Sentarme en mi oficina compartiendo la cena con él, riéndome de alguna pequeña cosa ridícula, o simplemente disfrutando de la seguridad de su presencia. Y es difícil no notar el sentimiento que crece dentro de mí.

Esta noche, sin embargo, no será una de esas noches tranquilas e íntimas. No habrá cenas acogedoras en la oficina hoy. La cena de esta noche es un evento corporativo. Una oportunidad para que la junta se relacione con algunos de nuestros posibles socios para la expansión en Asia —un poco menos formal, pero igual de importante.

Por supuesto, este es uno de esos eventos donde los ancianos insistirían en que llegara con una cita, alguien refinado, alguien que

encaje en el papel. Y sonrío ante la idea de Alex allí conmigo.

El trabajo del día transcurre como en una neblina, todo avanzando más fácilmente de lo habitual. Apago mi computadora más temprano de lo normal; la cena de esta noche requiere un poco más de tiempo para prepararme.

El viaje a casa es rápido, solo unos minutos, pero la anticipación burbujea mientras me dirijo a mi apartamento. Alex se ha estado quedando más a menudo últimamente, especialmente en las noches que salimos. Es... nuevo. Un sentimiento que ni siquiera sabía que quería pero que he llegado a apreciar. Hay algo especial en saber que alguien está ahí cuando abres la puerta.

Cuando entro al edificio y abro la puerta de mi apartamento, una ola de calidez me recibe. No solo la calidez del hogar, sino una calidez real. Un aroma sabroso y dulce flota en el aire, envolviéndome. Mi estómago gruñe como si estuviera programado.

—¿Alex? —llamo, con mi curiosidad despertada, pero antes de poder dar otro paso, él sale de la cocina, sus pesadas pisadas resonando sobre el suelo de madera.

Está ahí parado, alto y ancho, vistiendo un delantal negro que parece cómicamente pequeño contra su complexión musculosa. Tiene las mangas remangadas, revelando esos fuertes antebrazos, el tipo que parece hacer que los gestos ordinarios —como secarse las manos con un paño de cocina— se vean absurdamente cautivadores.

—Preparé un pequeño tentempié —dice casualmente, su voz baja y calmada, el tipo de tono que tiene la manera de calmar mis nervios —. Algo para picar antes de que salgamos.

Miro hacia la cocina, tratando de concentrarme en el dulce aroma y no en lo injustamente bien que se ve. —Debe ser un tentempié especial —respondo, incapaz de ocultar la sonrisa que tira de mis labios—. Huele increíble.

Él se encoge de hombros, pero hay un brillo en sus ojos. —No es nada sofisticado. Solo pensé que te gustaría comer algo antes de esta noche.

Asiento, pero mi mirada se detiene, absorbiendo los detalles: la manera en que su cabello está ligeramente despeinado, como si hubiera pasado sus dedos a través de él demasiadas veces. Y tengo que apartar la mirada antes de que mi mente divague hacia algún lugar inapropiado porque esta cena es importante, y no tengo tiempo para perderme en pensamientos sobre él.

Desaparece en la cocina, y cuando regresa, lo hace con un pequeño plato y un tenedor en la mano. —Es tarta —dice, ofreciéndome el plato, su tono casual, como si no acabara de convertir mi apartamento en un bistró de cinco estrellas.

Acepto el plato y tomo un bocado, y vaya... esto no es solo tarta. Es perfección. Masa hojaldrada, relleno dulce y ácido —cada bocado se siente como si hubiera sido elaborado con cuidado. Pero a estas alturas, no me sorprende. Es una de las muchas cosas que he llegado a aprender sobre Alex durante los últimos dos meses. Sabe tanto. No solo cosas superficiales, sino el tipo de conocimiento que te hace detenerte y preguntarte. Etiqueta de alta cocina, cómo preparar comidas de nivel gourmet, sutiles señales que insinúan un pasado al que aún no me ha dejado entrar.

Tomo otro bocado, saboreándolo, pero me obligo a dejar el tenedor antes de que el plato esté vacío. —Si no paro ahora, no tendré espacio para la cena de esta noche —digo, riendo suavemente mientras empujo el plato de vuelta hacia él.

Sonríe, esa sonrisa sutil y conocedora que siempre tiene. —Supongo que deberíamos prepararnos, entonces.

Arreglarme no toma mucho tiempo. Tenía mi vestido y joyas escogidos desde hace días —un elegante modelo negro que se ajusta como un guante, combinado con accesorios delicados y discretos. Es un look clásico, elegante pero no demasiado llamativo, justo el equilibrio adecuado para el evento de esta noche.

Cuando salgo de mi habitación, encuentro a Alex ya esperando en la sala de estar.

Y Dios me ayude, el hombre se ve increíble.

Lleva un traje perfectamente a medida, la tela abrazando sus anchos hombros y su figura esbelta como si hubiera sido hecho solo para él. La camisa blanca y crujiente bajo su chaqueta está desabrochada lo justo para insinuar un toque más casual, y la forma en que su cabello está peinado hacia atrás le da un aire de sofisticación sin esfuerzo. Parece que hubiera salido directamente de un sueño.

Se acerca a mí. No dice una palabra al principio, solo me observa, como si me estuviera viendo por primera vez. Luego extiende su mano, con la palma abierta, su voz baja y suave mientras pregunta: —¿Me permites?

Coloco mi mano en la suya, sintiendo el calor de su piel contra la mía. Sus dedos se curvan alrededor de los míos suave pero firmemente, y no puedo evitar sonreír.

Podría acostumbrarme a esto.

El viaje en coche hasta el lugar se siente tranquilo, pero no de manera negativa. Hay algo en verlo conducir, algo que tira de una parte más profunda de mí. Es un momento simple, pero se siente como mucho más. Tal vez sea la tranquila fuerza que emana, o tal vez sea la realización de que una pequeña parte egoísta de mí desea que esto no fuera solo un acuerdo.

Cuando llegamos al lugar, el mundo exterior se siente más ruidoso y brillante. El gran salón de la cena no es menos que lujoso, una reluciente muestra de riqueza y poder. Las arañas proyectan un resplandor dorado sobre mesas adornadas con fina porcelana y copas de cristal. El aire está lleno del murmullo de conversaciones, risas y el leve tintineo de cubiertos.

Alex sale primero, dando la vuelta para abrirme la puerta. Deslizo mi mano en la suya mientras entramos, su tacto firme y cálido contra el mío. Se siente natural.

Dentro, la multitud ya está reunida. Rostros familiares se mezclan — miembros de la junta, posibles socios y, por supuesto, el tío Lawrence y Frank. Están haciendo lo que mejor saben hacer, saludando a los invitados con sonrisas que no llegan del todo a sus ojos.

Alex y yo caemos en el ritmo que hemos dominado durante los últimos dos meses. Lo presento como mi novio, y cada vez, él interpreta el papel perfectamente. Hay una naturalidad en la forma en que se relaciona con la gente, ya sea hablando de política, normativas o estrategias de negocio. Habla con confianza, e incluso

yo a veces me sorprendo maravillándome de cuánto sabe. Pero a estas alturas, he dejado de cuestionarlo. Es simplemente... Alex.

Entonces, el agudo tintineo de un vidrio interrumpe el zumbido de la sala. Mi cabeza instintivamente se vuelve hacia el sonido, y veo a Frank de pie cerca del centro del salón, una copa de vino en la mano, golpeándola ligeramente con una cuchara. Su expresión es de un encanto calculado, el tipo que siempre parece llevar un filo bajo la superficie.

Un brindis. Por supuesto.

La sala comienza a silenciarse mientras la atención se dirige hacia él.

—Damas y caballeros, me gustaría hacer un brindis para celebrar nuestra nueva asociación... —comienza Frank, su voz cálida y ensayada, irradiando la confianza de alguien que sabe que la sala es suya para tomarla. Se mantiene erguido, con su copa de vino alzada, y la sala vibra con una educada atención.

Las comisuras de su boca se curvan en una sonrisa autosatisfecha, y ya puedo decir que está disfrutando el momento. El centro de atención le sienta bien. Lástima que realmente no lo merezca. Puedo soportar su teatro, sin embargo. Si su pequeño espectáculo mantiene a los invitados entretenidos, bien.

—Aquí en Pinnacle Group, vemos posibilidades donde otros no —continúa Frank, su tono inflamado con falsa solemnidad—. Esta asociación y plan de expansión son un testimonio de eso. Hubo muchos escépticos, muchos que sintieron que esto no necesitaba suceder. Pero a través de pura determinación y el deseo de hacer posible lo imposible... aquí estamos.

Una suave ola de aplausos recorre la sala. Los invitados están asintiendo, sonriendo, tragándoselo todo como si él fuera el héroe de la historia. Casi me río en voz alta. La ironía es un poco demasiado rica para mi gusto. Frank —Frank de entre todas las personas— parado aquí y divagando poéticamente sobre posibilidades cuando hizo todo lo que estaba en su poder para matar el plan de expansión? Por favor. Pero su voz continúa zumbando, suave como la seda.

—Ya sea en los negocios, en la vida, o incluso en el amor —dice Frank, dejando que la palabra amor flote en el aire por un momento demasiado largo—, creemos en hacer posible lo imposible. Como crear una asociación que supere las barreras del idioma...

Lo siento antes de que suceda. Ese sutil cambio en su tono. La forma en que su voz baja lo suficiente para hacer que las siguientes palabras se sientan más pesadas, cargadas. Me siento más erguida, cada nervio en mi cuerpo en alerta.

—...o encontrar el amor con un conserje cuando eres la CEO de una empresa multimillonaria.

Mi corazón se detiene.

Los ojos de Frank se fijan en los míos, verdes y brillando con malicia, y sonríe como el mismo diablo. Ni siquiera es sutil. Sabe exactamente lo que está haciendo. Mi cuerpo se tensa, el calor inundando mi rostro, pero mantengo mi expresión neutral. Apenas.

Frank lo sabe.

—Creo que es justo también dedicar este brindis a nuestra querida CEO... mi querida prima —continúa, su voz goteando falso afecto. Se ríe suavemente, y el sonido raspa contra cada nervio de mi cuerpo

—. En un momento, todos comenzamos a preocuparnos un poco. Parecía que era demasiado buena para cualquier hombre. —Hace una pausa, su sonrisa ensanchándose—. Pero es reconfortante ver que ha encontrado el amor en el lugar más improbable... con un conserje que trabaja en nuestras oficinas.

La sala queda inmóvil.

Es el tipo de silencio que hace que tus oídos zumben, el tipo que es tan pesado que presiona contra tu pecho. Puedo sentir cada par de ojos en la sala girando hacia Alex y hacia mí. El aire se siente denso.

Frank está ahí parado, sonriendo como un gato que acaba de acorralar a su presa. Golpea su copa una vez más, como si necesitara la atención de vuelta en él para un gran final. —Así que, damas y caballeros —dice, su voz brillante y alegre—, por las oportunidades, por la asociación, por hacer que lo imposible suceda... y por el amor.

Levanta su copa, y la sala lo sigue, murmurando "salud" con diversos grados de incomodidad.

Agarro mi copa de champán más fuerte de lo que debería, con los nudillos blancos. Siento como si estuviera conteniendo una marea de emociones: ira, vergüenza.

Frank baja su copa, tomando un sorbo como si acabara de dar un brindis magistral, y la sala comienza a volver a su habitual murmullo de conversación. Pero el daño está hecho. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Me giro hacia Alex en ese momento, buscando en su rostro alguna pista, cualquier indicio de lo que está pensando. Pero su expresión es ilegible, encerrada en una capa de calma que solo insinúa la

tormenta debajo. No es vergüenza —puedo decir eso—. No, es algo más cercano a la ira. Una furia tranquila y ardiente, como la mirada de alguien que se siente profundamente agraviado pero ya sabe exactamente cómo lo manejará. Su mandíbula está tensa, sus hombros rígidos, pero sus ojos —esos ojos contienen algo resuelto.

Una ola de culpa me inunda tan fuerte que casi me marea. Esto es mi culpa. Soy yo quien lo trajo a este mundo, quien le ofreció el contrato y puso toda esta situación en movimiento. Estaba tan enfocada en protegerme a mí misma, que no me detuve a pensar en lo que podría costarle a él. Y ahora, por mi culpa, ha sido humillado públicamente, arrastrado por el barro frente a una sala llena de personas que ni siquiera lo ven como una persona. La idea aprieta algo en mi pecho.

El resto de la cena transcurre lentamente, cada segundo se siente como una eternidad. Las miradas incómodas de algunos de los invitados pesan sobre mí, sus susurros rozando mis oídos como pequeños cuchillos. Aprieto los dientes, forzándome a ignorarlo. Pero puedo sentir el calor de sus miradas, el juicio, la curiosidad.

Entonces, sin una palabra, Alex pone su mano sobre la mía. Solo eso. Un gesto pequeño y simple. Pero en este momento, se siente como todo. Sus dedos están cálidos, sosteniéndome cuando siento que me estoy deshilachando por los bordes. No dice una sola palabra, pero la tranquila fuerza en su toque es suficiente para estabilizar mi respiración. Es como si, de alguna manera, me estuviera protegiendo.

La noche se arrastra, y a medida que algunos de los invitados comienzan a irse, veo a Frank abriéndose camino hacia nosotros. Mis puños se aprietan instintivamente a mis costados. Cada paso que

da, cada línea presumida grabada en su rostro, hace que mi piel se erice. Puedo sentir mi pulso retumbando en mis oídos mientras finalmente se detiene frente a nosotros, esa insoportable sonrisa plasmada en su cara.

—Espero que hayáis disfrutado del discurso —dice, su voz rezumando falsa sinceridad.

—Te ves realmente orgulloso de ti mismo, Frank —respondo, manteniendo mi tono uniforme, aunque mis uñas se clavan en mis palmas.

—Oh, vamos —dice con una risa falsa, agitando una mano como si estuviéramos compartiendo alguna broma interna—. No seas tan aguafiestas, prima. Estoy feliz por ti. De verdad.

Se vuelve hacia Alex entonces, y siento una nueva ola de ira creciendo. —Oh, y yo me iría temprano a casa si fuera tú. Esos pisos no se van a fregar solos por la mañana, ¿sabes?

Y luego, como para clavar el cuchillo más profundo, le da una palmada a Alex en el hombro. Como si fuera un perro. Una cosa.

Estoy a punto de perderlo, todo mi cuerpo vibrando con rabia reprimida mientras Frank se aleja tranquilamente, complacido consigo mismo. Pero antes de que pueda decir algo, veo movimiento por el rabillo del ojo. Lawrence está caminando hacia nosotros ahora.

Alex lo nota también. Aprieta su agarre en mi mano —no demasiado, solo lo suficiente para que yo sepa que está ahí, que me tiene. Es como si me estuviera preparando para cualquier infierno fresco que esté por venir.

Lawrence se detiene frente a nosotros, su expresión indescifrable. No dice una palabra. Solo mira. Esa mirada afilada y evaluadora se mueve de mí a Alex y de vuelta, y puedo sentir todo lo no dicho flotando en el aire. Es una mirada que dice que mi breve respiro de su constante insistencia ha terminado. Cualquier paz que hubiera encontrado, se ha ido ahora.

Y entonces, sin una palabra, se da la vuelta y se aleja.

Dejo escapar un suspiro tembloroso que no me di cuenta que estaba conteniendo y me vuelvo hacia Alex, con la garganta apretada. —Lo siento —logro decir. Es lo único que puedo decir, pero se siente tan inadecuado.

Él me mira, su mirada suavizándose. Sus manos vienen a descansar sobre mis hombros, firmes y seguras. —No, Katherine. No has hecho nada malo.

Su voz es calmada, inquebrantable, y de alguna manera, suaviza los bordes irregulares de mi culpa. Luego se pone de pie, ofreciéndome su mano con una pequeña y tranquilizadora sonrisa.

—Vamos a casa.

Tomo su mano, aferrándome a él como si fuera lo único que me mantiene cuerda. Y en este momento, tal vez lo sea.

Capítulo Nueve

Katherine

Las últimas semanas han sido una tormenta, tal como predije en el momento en que Lawrence me clavó esa mirada penetrante durante la cena. Ni siquiera tuvo que decir una palabra; yo sabía exactamente lo que vendría. Y tenía razón.

El escrutinio por parte de él y los ancianos ha sido implacable. Han entretejido su desaprobación en cada rincón de mi vida. Las reuniones de directorio que debían tratar sobre proyecciones trimestrales se han convertido de alguna manera en intervenciones improvisadas sobre mi vida personal. Me han acorralado en mi oficina, incluso han organizado reuniones formales con Alex como si fuera una retorcida entrevista de trabajo.

Los discursos son siempre los mismos. Lo poco apropiado que es para alguien como yo estar con alguien como él. Cómo un conserje no es suficientemente bueno para el futuro de la empresa, y mucho menos para mi vida. La pura desfachatez hace que mi sangre hierva cada vez.

Malditos. Malditos todos.

Les he dicho repetidamente que se alejen, que no es asunto suyo. Estaba soltera, ahora no lo estoy; eso debería haber sido el fin del asunto. Pero su presión es implacable, y me está agotando más de lo que quisiera admitir.

Y luego está Frank. *Oh, Frank.*

Es como si se hubiera propuesto atormentar personalmente a Alex. Cada broma seca, cada pulla condescendiente, todo está diseñado

para provocarme. —Conserje, te has saltado un sitio —dirá mientras Alex pasa, haciendo sus rondas. Alex apenas lo reconoce. Simplemente continúa, tranquilo e imperturbable. Pero a mí me irrita tanto.

Respiro hondo, dejando que el ritmo de mis pasos me centre mientras me dirijo a mi oficina. Es el comienzo de otro día laboral, y lo único que quiero es pasarlo sin confrontaciones ni comentarios arrogantes de Frank o Lawrence.

Solo un día tranquilo, por favor.

Giro el pomo y entro, pero en cuanto lo hago, siento algo. La habitación no está vacía. Puedo sentirlo. Mi mano se mueve instintivamente hacia el interruptor de la luz, y las luces del techo cobran vida con un zumbido.

Allí, junto a mi escritorio, está Alex.

Arqueo una ceja sorprendida. Nos quedamos allí un momento, el silencio se alarga. Su rostro está sereno, ilegible por un instante, pero luego lo rompe con un suave: —Buenos días, Katherine.

—¿Alex? —Mi tono es más curioso que otra cosa—. Pensé que tu turno no empezaba hasta esta noche.

Él asiente, lento y deliberado. —No empieza. Olvidé mi teléfono aquí ayer, y cuando me di cuenta, era demasiado tarde para volver. Así que pensé en pasarme esta mañana.

—Y ordenar la oficina de paso —observo, notando lo impecable que se ve todo.

Una pequeña y cálida sensación se agita en mi pecho. Incluso cuando no tiene por qué, Alex se esfuerza por ser útil. Podría haber cogido su teléfono e irse, pero no; también arregló el espacio. Y a

pesar de todas las humillaciones que Frank le ha lanzado, ni siquiera se ha inmutado. Lo ha manejado con gracia, todo por una situación en la que yo lo metí.

Sonrío, el calor en mi pecho se extiende.

Alex asiente, alejándose del escritorio y dirigiéndose a la puerta. Pero justo cuando su mano roza el pomo, lo llamo. —Alex...

Se vuelve, sus ojos encontrándose con los míos con ese mismo calor constante.

—Gracias —digo suavemente—. Por ser amable. Por ser... tú.

Por un segundo, temo que las palabras no transmitan lo suficiente, que no expresen plenamente la gratitud que se arremolina dentro de mí. Pero su expresión cambia, y asiente, ofreciéndome una de esas raras sonrisas.

—¿Cena esta noche? —pregunta, con tono ligero.

—Siempre —respondo, con la comisura de mi boca curvándose hacia arriba.

Con un suave clic, la puerta se cierra tras él, dejándome sola. El espacio se siente más silencioso ahora, pero más ligero, como si solo verlo me hubiera aliviado un poco.

Me hundo en mi silla y enciendo mi computadora, deslizándome en mi rutina matutina habitual de clasificar correos electrónicos. La mayoría son estándar: facturas, informes, algunos memorandos que requieren aprobación. Pero entonces algo inusual llama mi atención.

Un archivo situado justo en mi escritorio, uno que no recuerdo haber puesto allí. El título dice Doc Depto Financiero.

La curiosidad se enciende, y hago clic en él sin dudarlo.

El archivo se abre, y mis ojos lo recorren. A primera vista, es documentación estándar del departamento financiero, el departamento que Frank supervisa. Una colección de presupuestos, asignaciones y aprobaciones, todos con mi firma al final. No hay nada fuera de lo común, nada que active una alerta inmediata.

Pero a medida que profundizo, algo cambia. Los detalles comienzan a formar una imagen que no esperaba. Mis ojos se entrecierran al encontrar el primer conjunto de anomalías: transacciones que parecen extrañas. Transferencias de dinero de la empresa a cuentas personales. Mi estómago se tensa mientras avanzo más, mis ojos captando el nombre asociado con estas cuentas.

Frank.

El presupuesto de viajes, el presupuesto de seguridad, incluso fondos del proyecto asiático... ha estado desviando dinero de todo esto. Transacciones disfrazadas como gastos legítimos, pero el rastro de papel es condenatorio.

Esto es robo.

Una ola caliente de ira me invade, aguda y abrasadora. Mis manos agarran el borde del escritorio mientras la realización se asienta por completo. Frank, con toda su arrogancia y prepotencia, ha estado llenándose los bolsillos a costa de la empresa. A costa de *mi* empresa.

Me tomo un momento para contrastar los números, comparando el archivo con nuestros registros actuales de gastos. Todo es preciso. Cada discrepancia coincide con las cifras del informe. No hay duda: Frank ha estado robando durante quién sabe cuánto tiempo.

Mi pecho se contrae, mi respiración se acelera mientras el peso de todo me golpea. No se trata solo del dinero. Se trata de la traición, de la audacia que tiene, lanzando golpes baratos a Alex, mientras roba a la empresa bajo mis narices.

Me muevo con determinación, mis dedos vuelan por el teclado mientras redacto un correo electrónico para los miembros de la junta. Sin vacilaciones. Sin dudas.

Asunto: Reunión de Emergencia de la Junta

Hora: 12:00 PM

Asistencia: Obligatoria

El mensaje es corto y al grano. No hay lugar para malinterpretaciones: todos deben estar allí.

Mientras presiono "Enviar", una nueva ola de resolución me estabiliza. Los juegos de Frank terminan hoy.

Las 12pm llegan en un instante.

La sala de juntas está viva con murmullos cuando entro, el sonido rebotando en la pulida mesa de roble y las elegantes paredes modernas. Todas las cabezas se giran hacia mí, las conversaciones se calman mientras mis tacones resuenan con fuerza contra el suelo. Puedo sentir sus miradas. No me molesta. Si acaso, me alimenta. Yo soy el poder en esta habitación, y hoy, todos lo sabrán.

Frank ya está sentado, por supuesto. Está recostado en su silla, un brazo colgando casualmente por el costado, su otra mano trazando círculos perezosos en la superficie de la mesa.

—Buenas tardes, caballeros —digo, mi voz firme mientras tomo asiento.

—Buenas tardes, Katherine —viene el coro de respuestas, la voz de Frank escandalosamente alta entre ellas. Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. Esto es toda una sorpresa. ¿Qué es tan urgente?

Encuentro su mirada, manteniendo mi expresión fría y serena. —Tengo algunas preguntas para ti, Frank.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

—Sobre las finanzas de la empresa —respondo suavemente, dejando que mis palabras floten en el aire por un momento antes de continuar—. Específicamente, algunas discrepancias que he notado en informes recientes.

La sala se vuelve más fría, más pesada. Las facciones de Frank son bañadas por un destello de incertidumbre. —¿Discrepancias? No estoy seguro de entender.

Me inclino hacia adelante, entrelazando mis manos sobre la mesa. —Permíteme simplificártelo. Estoy hablando de cientos de miles de dólares —fondos de la empresa— que has estado desviando a tus cuentas personales.

La reacción es instantánea. Jadeos ondean por la habitación, y todos los ojos se fijan en Frank. Su piel palidece, sus dedos se agitan contra la mesa como si buscaran algo a lo que aferrarse. Por un fugaz momento, parece genuinamente aturdido, pero se recupera rápidamente, su máscara de arrogancia volviendo a su lugar.

—Esa es una acusación seria —dice, su voz tensa pero firme.

—No es una acusación —digo, mi tono más frío ahora. Con unos pocos clics en la tableta frente a mí, la evidencia aparece en la gran pantalla detrás de mí—. Es un hecho.

La sala vuelve a quedarse en silencio, el único sonido es el débil zumbido del proyector. Línea tras línea de datos incriminatorios se muestra: transacciones, recibos, marcas de tiempo, todo meticulosamente documentado. El impacto es palpable. Los miembros de la junta se mueven incómodos en sus asientos, incluso el rostro de Lawrence revela su shock.

La máscara de Frank se agrieta aún más. Su boca se abre, luego se cierra como si buscara palabras. Finalmente, logra tartamudear. —Tú... tú no entiendes. Yo solo estaba...

—Basta —interrumpo, mi voz afilada. Me levanto de mi asiento, erguida mientras lo miro fijamente—. Has traicionado a esta empresa. Con efecto inmediato, quedas suspendido de tu posición como Director Financiero, pendiente de una investigación completa.

La sala parece contener la respiración. La mandíbula de Frank se tensa, sus dientes visiblemente apretados. —Esto es personal —suelta—. ¡Solo estás haciendo esto para vengarte de mí por señalar tu pequeño romance con ese conserje!

La puya golpea, pero no lo demuestro. He anticipado esto, me he preparado. —Esto no se trata de Alex —digo uniformemente, aunque mi voz lleva un filo de advertencia—. Esto se trata de tu robo, tus mentiras y tu absoluto desprecio por esta empresa. Tienes suerte de que no haya llamado a la policía. Todavía.

La cara de Frank se enrojece, y por un momento, parece listo para discutir. Pero no le doy la oportunidad. —Abandona el edificio —ordeno, mi tono definitivo—. O haré que seguridad te escolte fuera.

El silencio se extiende mientras todos observan, esperando ver si hará una escena. No lo hace. Con una mirada que podría despegar

la pintura, Frank empuja su silla hacia atrás y sale furioso de la habitación, la puerta cerrándose de golpe tras él.

Me quedo allí durante unos segundos, dejando que el momento se asiente. Nadie habla. Lentamente, recojo mis archivos y salgo de la sala de juntas.

Al entrar en el pasillo, la ira dentro de mí sigue ardiendo, pero se une a algo más: satisfacción. La arrogancia de Frank finalmente lo ha alcanzado. Y ahora, por primera vez en semanas, siento que puedo respirar. Alex ya no tendrá que soportar las burlas de Frank, y eso solo hace que esta victoria sea aún más dulce.

Esta semana ha sido más tranquila, y no tomo eso por sentado. El aire en la oficina se siente menos tenso sin los comentarios mordaces de Frank envenenando la atmósfera. Sin sus constantes pullas a Alex, he podido concentrarme un poco mejor, respirar un poco más fácilmente.

Pero ha habido... momentos extraños.

Como a principios de esta semana, cuando resbalé en un charco de agua en la escalera. Apareció de la nada; ni siquiera noté el charco hasta que mi tacón me traicionó, y me sentí inclinarme hacia atrás. Mi estómago se contrajo mientras la gravedad se apoderaba, pero antes de que pudiera golpear el suelo, la mano de Alex salió disparada y me atrapó.

Luego estuvo lo de ayer. Estaba caminando junto a uno de los grandes cuadros decorativos en el pasillo cuando, sin previo aviso, se cayó de la pared. El sonido del marco golpeando el suelo fue agudo, casi ensordecedor, pero nunca me golpeó. Alex me sacó de su trayectoria en la fracción de segundo antes de que pudiera.

Son solo contratiempos al azar, claro. Nada que analizar. Pero Alex no parece pensar lo mismo. No ha dicho mucho al respecto, pero puedo ver la preocupación grabada en su rostro. Está en la manera en que sus ojos escanean el entorno cada vez que estoy cerca, como si esperara que algo más saliera mal. Está en la forma en que se demora un poco más en una habitación después de que me he ido, como si estuviera comprobando algo.

Y es conmovedor, de verdad. Ni siquiera creo que se dé cuenta de lo protector que está siendo. A veces actúa como un perro guardián, siempre escaneando alrededor y vigilando el peligro.

Pero hoy es viernes, y por una vez, estoy deseando salir de la oficina. Alex ha empezado a quedarse en mi casa los fines de semana, y me encuentro contando las horas hasta que ambos podamos simplemente ser, sin reuniones de directorio, sin encuentros pasivo-agresivos, sin distracciones.

Cuando termina la jornada laboral, me pongo el abrigo y agarro mi bolso, marcando el número de Alex mientras me dirijo al ascensor.

—Hola —digo cuando contesta—. ¿Me encuentras en el estacionamiento?

—Ya estoy en camino —responde, y puedo escuchar el leve zumbido de movimiento en el fondo.

Cuelgo, la anticipación del fin de semana burbujeando en mi pecho.

El estacionamiento está tranquilo, las filas de coches brillan bajo la menguante luz del sol. Me apoyo contra mi coche, el frío metal me sostiene mientras espero.

Cuando Alex aparece, se me corta la respiración.

Lleva una camisa blanca impecable, las mangas enrolladas hasta los codos, revelando antebrazos fuertes y bronceados que se flexionan con cada movimiento. Sus jeans cuelgan bajos en sus caderas.

—¿De servicio como chófer hoy? —bromea mientras toma las llaves de mi mano, sus dedos rozando los míos.

El calor persiste, pero logro soltar una pequeña risa mientras me deslizo en el asiento del pasajero.

El viaje es suave, el paisaje urbano difuminándose tras las ventanas mientras Alex navega por las calles con práctica facilidad. No puedo evitar observarlo por el rabillo del ojo; la forma en que sus manos agarran el volante, firmes y estables, la manera en que los músculos de sus antebrazos se flexionan al girar, cómo su perfil parece imposiblemente perfecto en la luz dorada del sol poniente.

Trago saliva, tratando de desterrar los pensamientos que giran en mi mente.

Abro la boca para decir algo, cualquier cosa, en realidad. Cualquier cosa para mantener mi cerebro ocupado, para distraerme de los pensamientos que este hombre hermoso está causándome. Pero antes de que las palabras se formen, algo llama mi atención por el rabillo del ojo.

Un coche.

Pero no solo conduce. Se mueve. Rápido. Demasiado rápido. Mi estómago se tensa mientras el elegante jeep negro se acerca velozmente por detrás, adelantando a otros coches como si estuvieran quietos. Es robusto y oscuro, construido como un depredador sobre ruedas. Y entonces se pone a nuestra altura, justo

a nuestro lado, como si esto no fuera una coincidencia aleatoria. Como si nos estuviera observando.

El jeep se inclina ligeramente, un movimiento brusco y espasmódico, como si quien está detrás del volante estuviera ajustando su agarre. Luego se nivela, manteniendo un ritmo inquietantemente estable, su enorme estructura circulando un poco demasiado cerca de nuestro propio coche.

Algo va mal.

Mi pulso comienza a acelerarse, mi pecho se tensa con una mezcla de confusión e inquietud.

—Alex... —murmuro, mi voz apenas audible sobre el bajo zumbido de nuestro motor. Mis ojos están fijos en el jeep ahora, abiertos e inmóviles.

Siento que Alex me mira, pero no tiene oportunidad de decir nada. No antes de que suceda.

El jeep vira ligeramente hacia un lado, creando apenas el espacio suficiente entre nosotros para tomar impulso. Luego, en un movimiento violento y desgarrador, gira con fuerza.

Alex reacciona en un instante. Sus manos agarran el volante, tirando con fuerza. Los neumáticos chirrían, el coche da un viraje, y el jeep nos falla por centímetros, apenas.

—¿Qué demonios ha sido eso? —grito, mi voz quebrándose.

Él no responde. Su mandíbula se tensa, sus ojos miran rápidamente al espejo retrovisor. Sin decir una palabra, su pie pisa el acelerador, y nos lanzamos hacia adelante. El motor ruge mientras avanzamos por la carretera, dejando atrás al jeep, o eso creo.

Mi pulso retumba en mis oídos. *¿Fue un error? ¿Un susto? ¿Algún conductor imprudente que no prestaba atención?*

Obtengo mi respuesta segundos después.

El jeep cobra vida detrás de nosotros, cerrando la distancia rápidamente. Demasiado rápido. Mi estómago se retuerce mientras nos alcanza, con los faros brillando como un depredador fijado en su presa.

Y entonces... ¡bam!

Nos golpea. El metal cruje, el coche se sacude violentamente, y casi golpeo el tablero. Mi corazón salta a mi garganta.

—Alex...

—¡Agárrate! —Su voz corta el caos mientras pisa el acelerador a fondo, pero no sirve de nada. No los estamos dejando atrás.

El jeep avanza, su motor rugiendo, hasta que se pone junto a nosotros. Mi pecho se contrae, cada nervio de mi cuerpo grita.

Gira bruscamente... demasiado brusco.

¡Bang!

El impacto es ensordecedor. Metal golpea contra metal, y la fuerza de la colisión envía nuestro coche tambaleándose hacia un lado. Mi ventana se hace añicos en una explosión de cristales, afilados fragmentos volando frente a mi cara. Alex agarra el volante con fuerza, pero no sirve de nada. El coche resbala fuera de control, los neumáticos chirriando contra el asfalto, y antes de que pueda procesar lo que está pasando, estamos fuera de la carretera.

Estamos girando.

El mundo se difumina en un vertiginoso caleidoscopio de verde y marrón mientras el coche se precipita por una pendiente empinada, estrellándose a través de la densa maleza del bosque. El sonido es abrumador: ramas rompiéndose, el crujido del metal contra la tierra, el sordo rugido de la gravedad arrastrándanos cada vez más abajo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —grito, las palabras saliendo sin pensarlo, mi voz apenas audible sobre el caos.

El coche se sacude violentamente al golpear una roca, volcándose de lado. Mi estómago se revuelve junto con él, el cinturón de seguridad clavándose en mi pecho mientras soy lanzada hacia adelante.

Seguimos moviéndonos. Girando. Cayendo.

Voy a morir.

Así es como termina.

Y entonces, para mi horror, veo una rama de árbol sobresaliendo, afilada e implacable, apuntando directamente hacia mí mientras el coche cae violentamente.

Cierro los ojos con fuerza, preparándome para lo inevitable, mi corazón latiendo como un tambor en mis oídos.

Y todo se detiene.

La nada se apodera de mí.

Capítulo Diez

Katherine

¿Estoy muerta?

El pensamiento da vueltas en mi mente, agudo y aterrado, mientras intento moverme, o al menos lo intento. Primero mis dedos se estremecen, luego los dedos de mis pies. Puedo sentirlos. Eso es una buena señal, ¿verdad?

Mis ojos se abren con dificultad y parpadeo con fuerza, una, dos veces, deseando que el mundo vuelva a enfocarse.

¿No estoy muerta?

Me preparo para... ¿qué? ¿Un estallido de dolor insoportable? ¿Un entumecimiento aplastante que indique que estoy paralizada? Pero nada de eso llega. Solo un leve dolor y el sonido de mi respiración entrecortada.

El alivio me invade, tentativo pero real. Pero solo dura un momento hasta que giro la cabeza.

El parabrisas está destrozado, con bordes afilados que centellean. Pero eso no es lo que hace que mi estómago se hunda. No. Es la enorme rama de árbol, afilada e implacable, que atraviesa lo que solía ser la parte delantera del coche. El extremo grueso y astillado sobresale hacia adelante, a escasos centímetros de donde estoy sentada.

Y entonces mi mirada se inclina, y grito.

—¡Alex!

La palabra sale de mí en un alarido crudo que perfora incluso mis propios oídos, porque él está ahí, justo frente a mí, empalado. La rama no solo ha atravesado el parabrisas; lo ha atravesado a él. Directamente a través de su torso.

Alex está desplomado frente a mí, su cuerpo inquietantemente quieto. El borde afilado de la rama sobresale de su espalda, una prueba grotesca e innegable de lo que acaba de suceder. De alguna manera, en el caos, debe haberse lanzado de su asiento, justo frente a mí.

Mi respiración se entrecorta mientras la realización se hunde. Él es la única razón por la que esa rama no atravesó directamente mi cráneo. Sangre —hay tanta sangre— oscura y resbaladiza, manchando su camisa y acumulándose en el tablero destrozado. Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo desenganchar mi cinturón de seguridad, luchando con el cierre hasta que finalmente se libera.

Empujo la puerta con brazos temblorosos y prácticamente me caigo del coche, el suelo del bosque frío y húmedo bajo mis manos.

—¡Ayuda! —grito, con la voz quebrada—. ¡Alguien, por favor, ayuda!

Pero el bosque está en silencio. No hay coches pasando por la carretera de arriba, ni crujidos de animales en la maleza. Solo yo, el accidente y Alex.

Me vuelvo hacia él, desesperada. Y entonces...

Se mueve.

Al principio es sutil, solo un movimiento de sus dedos. Luego su pecho se eleva y aspira un aliento entrecortado y jadeante, como alguien que rompe la superficie del agua después de casi ahogarse. El sonido es tan repentino, tan inesperado, que me hace retroceder.

—¿Alex?

Apenas reconozco mi propia voz, aguda y temblorosa, atrapada en algún lugar entre la incredulidad y el puro terror.

Sus ojos se abren de golpe, grandes y salvajes.

Está vivo. Cómo es...

Pero entonces alcanza la rama.

—¡Alex, no! —grito, con la voz quebrada.

No se detiene. Sus manos —ensangrentadas y temblorosas— agarran la madera dentada y comienza a tirar. La visión es horrible. La rama es masiva, gruesa y áspera, y mientras la arrastra fuera de su cuerpo, la sangre brota de la herida, empapando su camisa ya arruinada. Su rostro se retuerce de dolor, con los dientes apretados tan fuertemente que puedo escuchar un leve rechinar.

Me siento enferma. El mundo se inclina a mi alrededor, las náuseas recorren mi estómago en oleadas, pero no puedo apartar la mirada.

Pero lo que sucede a continuación casi me hace perder el conocimiento.

Sus manos. La piel se ondula, como si algo se moviera debajo, y de repente ya no es solo piel. Pelo oscuro brota, grueso y áspero, cubriendo sus brazos en un instante. Sus dedos se estiran y retuercen, las uñas se afilan hasta convertirse en garras.

Estoy paralizada, mi mente en blanco.

Con un último rugido gutural, Alex arranca la rama como si no fuera más que una ramita quebradiza. El sonido retumba a través del bosque. La sangre brota del enorme agujero en su pecho, un desastre horrible y destrozado de carne desgarrada y vetas carmesí.

Mis piernas ceden y golpeo el suelo con fuerza, mis rodillas raspándose contra el suelo del bosque. No puedo respirar. No puedo pensar.

Él... no es humano.

—Alex —susurro, la palabra apenas audible sobre los latidos de mi corazón.

Se vuelve hacia mí, sus ojos brillando con algo salvaje y primitivo.

Es un cambiaformas de lobo.

Camina hacia mí, cada paso increíblemente firme, como si no acabara de ser empalado por una rama de árbol literal. Y con cada paso, su cuerpo... sana. No es gradual, como cuando ventas una herida y esperas semanas para que se forme una cicatriz. No. Esto es inmediato, sobrenatural. El sangrado se detiene como si alguien hubiera apretado un interruptor, y la carne desgarrada se cose a sí misma como si estuviera rebobinando en alguna cinta cósmica.

No puedo apartar la mirada. Mis ojos siguen la imposible transformación mientras el agujero en su pecho desaparece por completo. Para cuando está de pie sobre mí, no hay evidencia de que acabara de ser atravesado. Ni siquiera un rasguño.

—Katherine —dice, con voz baja y profunda, resonando con una extraña calma autoritaria que a la vez me ancla y me inquieta—. ¿Estás bien?

Parpadeo hacia él, con la mandíbula floja, las palabras atrapadas en algún lugar entre mi cerebro y mi boca.

Se agacha ligeramente, inclinándose más cerca, sus ojos afilados escaneándome. —¿Estás herida? ¿Estás bien? —Su tono se suaviza, pero la intensidad en su mirada no flaquea.

—Estoy bien —logro susurrar, aunque se siente como si mis cuerdas vocales estuvieran vadeando melaza. Las palabras suenan huecas incluso para mí, apenas rompiendo la bruma de mi shock.

No parece convencido. Sus ojos me recorren, revisando cada centímetro como si buscara algo que no he notado todavía: un corte, un moretón, un hueso roto. Cuando finalmente se endereza, sus hombros caen y exhala profundamente, el alivio evidente en la forma en que su pecho sube y baja.

—Bien —dice, su voz más tranquila ahora, más para sí mismo que para mí. Pero la calma no dura mucho. Su expresión se endurece de nuevo, su mandíbula se tensa—. Necesitamos salir de aquí. Ese accidente no fue casualidad. Quien lo hizo querrá asegurarse de que terminaron el trabajo.

Mi cuerpo se mueve en piloto automático cuando extiende su mano hacia mí. Su palma es cálida, áspera, reconfortante de una manera que no esperaba mientras me ayuda a ponerme de pie.

Pero en el momento en que estoy de pie, me golpea como un camión. La imagen de ese jeep negro invade mi mente, sus movimientos agresivos, la forma calculada en que nos embistió. Mi pulso se acelera, la ira y el terror burbujean bajo la superficie.

Mi cabeza da vueltas con todas las cosas extrañas que han estado sucediendo últimamente, todos los pequeños detalles que dejé de lado, las señales de advertencia a las que no presté atención. El charco de agua aleatorio en la escalera que casi me hizo caer un piso entero. La gran pintura decorativa que de alguna manera se soltó justo cuando pasaba por debajo.

Y ahora esto.

Alguien intentó matarme.

A mi lado, Alex ya está en movimiento. Su camisa empapada de sangre se adhiere a su pecho por un momento antes de que la arranque de un solo movimiento fluido, arrojándola a la maleza como si no fuera más que una molestia. La vista de su espalda desnuda, amplia y musculosa, envía un extraño e inexplicable calor que se acumula en mi vientre. Aparto el pensamiento y lo sigo.

Avanzamos a través del bosque, el crujido de hojas y ramitas bajo nuestros pies es el único sonido. El aire es espeso y fresco, un marcado contraste con la adrenalina que aún corre por mis venas. Cuando finalmente llegamos al borde de la carretera, las farolas cobran vida, iluminando el asfalto ahora empapado en el suave resplandor de la noche.

Por suerte nuestros teléfonos aún funcionan. Llamo a un taxi y llega en pocos minutos. El conductor nos mira, sus ojos se detienen en el torso desnudo de Alex antes de sonreír con suficiencia. —¿Noche difícil? —bromea, con un tono ligero y burlón.

Alex ni siquiera se inmuta. —Algo así —dice, con voz uniforme, aunque hay un filo en ella que silencia cualquier pregunta de seguimiento.

Subimos al asiento trasero, el fresco cuero presionando contra mi piel mientras finalmente dejo escapar un suspiro tembloroso. El viaje es tranquilo, el único sonido es el tenue zumbido del motor y la charla apagada de una emisora de radio distante. Mi mente, sin embargo, es cualquier cosa menos tranquila.

No puedo dejar de repetir todo. El accidente. El jeep. Alex y la rama del árbol. La forma en que su cuerpo se transformó. Se siente como

si me hubieran arrojado a alguna realidad alternativa donde nada tiene sentido ya.

Para cuando el taxi se detiene frente a mi casa, estoy tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera registro la parada hasta que la voz de Alex me trae de vuelta.

—Katherine —dice suavemente, inclinándose lo suficiente como para que pueda sentir el calor que irradia de él—. Ya llegamos. Vamos a entrar.

Asiento en silencio, mi cuerpo moviéndose antes de que mi cerebro se ponga al día. El mundo todavía se siente desequilibrado, como si estuviera caminando a través de un sueño del que no puedo despertar.

Una vez que estamos dentro, me permito respirar profundamente. El silencio se extiende entre nosotros, espeso y cargado de preguntas no formuladas.

Finalmente, encuentro mi voz. —¿Eres un cambiaformas de lobo?

Alex está junto a la ventana, de espaldas a mí. Asiente, volviéndose lentamente para encontrarse con mi mirada. —Sí... lo soy.

Mi respiración se entrecorta.

El momento se alarga, Alex permanece en silencio mientras lucho por procesar lo que acaba de decir.

En ese momento, habla de nuevo, sus ojos estrechándose en un pensamiento. —Ese jeep. ¿Conoces a alguien que podría querer hacerte daño?

Mi mente corre, buscando respuestas, pero solo un nombre surge. *Frank.*

¿Podría él haberlos enviado? ¿Podría estar tan desesperado?

No hablo, pero mis ojos deben revelar la preocupación que me invade. Nunca me he sentido así antes, nunca he tenido mi vida amenazada y la he visto pasar ante mis ojos. Es un tipo de sensación humillante que me paraliza.

Alex se acerca, su expresión suavizándose. —Lo que importa ahora es que estás a salvo —dice.

Su voz... tira de algo profundo dentro de mí. El miedo se relaja ligeramente, reemplazado por algo más... gratitud. Él me salvó. Si no fuera por él, esa rama de árbol me habría atravesado directamente, y a diferencia de él, yo no tengo exactamente superpoderes de curación.

—Gracias —digo, con voz baja—. Tú... me salvaste la vida.

Suspira, pasando una mano por su cabello. Su rostro es pensativo, casi conflictivo. —Es lo que se supone que debo hacer.

—No —replico, negando con la cabeza—. El contrato no decía nada sobre...

—No estoy hablando del contrato, Katherine.

Sus palabras me dejan helada.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, la confusión arremolinándose con algo más... una inexplicable atracción hacia él, una necesidad de entender.

Alex respira profundo, sus ojos fijándose en los míos. —Eres mi pareja destinada, Katherine.

¿Pareja destinada?

—¿Sabes lo que significa... parejas destinadas? —pregunta Alex, acercándose.

Niego con la cabeza, tratando de procesar sus palabras.

—Significa que estamos destinados a estar juntos, Katherine —dice, con voz firme, ojos fijos en los míos—. Tú y yo, estamos unidos el uno al otro.

—Pero... ¿cómo? —La pregunta sale de mis labios.

—Debes sentirlo también —dice, su voz más baja ahora, casi un susurro.

Está tan cerca que puedo sentir el calor que irradia de él, oler el leve aroma a madera y pino que se aferra a él.

—Esta... atracción inexplicable... este deseo de estar cerca... lo sientes igual que yo.

La intensidad de sus palabras, de su presencia... es abrumadora.

Asiento, incapaz de hablar.

Alex se acerca aún más, su mano extendiéndose para acunar mi mejilla. Levanta mi barbilla, y me permito mirar a sus ojos.

La visión sería aterradora si no fuera tan excitante. Sus ojos se hunden en los mismos océanos de deseo que me están arrastrando.

—Tú también lo ves, ¿verdad? El hilo dorado... —Dice, su aliento golpeando contra mis labios.

La imagen de ello destella en mi mente justo entonces.

Ese hilo... después de todo, no estoy viendo cosas.

Parecía aparecer siempre que él está cerca, especialmente cuando el momento es intenso.

—Sí... —digo.

El momento parece durar para siempre. Nosotros simplemente de pie aquí, la mano de Alex en mi mejilla, nuestros ojos fijos. Siento como si mi cuerpo se calentara, puedo sentir mi temperatura subiendo, mis mejillas deben estar volviéndose rojas.

Él se mueve, lentamente, como si alguna fuerza lo guiara suavemente hacia mí. Sea cual sea la fuerza, también me está guiando a mí; me muevo casi instintivamente, mis dedos de los pies empujándome más alto mientras nuestros labios se acercan.

El ritmo lento y constante de nuestros movimientos se abandona completamente en el momento en que nuestros labios se encuentran. Porque entonces, es frenético y feroz, es todo consumidor de una manera que envía un dolor salvaje entre mis piernas.

Me empujo más alto con los dedos de los pies, presionándome más profundamente contra él. A su vez, sus manos recorren mi espalda y mi trasero, y me empuja más profundamente contra él. Su agarre es tan salvaje y posesivo, como si se aferrara a lo único que lo mantiene vivo. Por un momento, somos como dos personas tratando de forzarnos en la piel del otro.

Gimo en su boca mientras me da una nalgada en el trasero y lo aprieta, su toque enviando escalofríos directamente a mis rodillas. El golpeteo áspero de nuestros labios y el choque de nuestros dientes llena el espacio. Nuestras lenguas se enredan, como dos almas separadas fuera de nuestros seres. Luchan, acarician, lamen y chupan con un frenesí que me deja sin aliento.

Me levanta entonces, ambas manos agarrando mi trasero y alzándome, mis piernas se envuelven alrededor de su cintura y nuestros labios nunca se separan. Ni siquiera sé cuánto tiempo me sostiene así, pero la sensación de ser llevada por él, de estar completamente ingrávida e indefensa ante su pura fuerza y deseo, envía un fuego abrasador a través de mi columna.

Y ese deseo, está en él también, mientras me sostiene en el aire puedo sentir ese enorme bulto en su entrepierna. Se frota contra mí delicadamente, tentadoramente, y comienzo a sentirme cada vez más húmeda.

Se aparta del beso, sus labios brillantes: —Joder, Katherine. Te necesito tanto —dice, sus ojos llenos de una intensidad cruda que me hace morder mi labio inferior. Verlo así aniquila cualquier forma de comportamiento civilizado en mí; este hombre, cuando me mira así, me reduce a mis instintos más básicos. La necesidad que me abruma me empuja y muerdo ligeramente su cuello. Gime mientras mis dientes rozan su piel, y lamo su cuello, probándolo.

Le gusta, puedo decirlo por la forma en que su agarre tiembla ligeramente, por la forma en que inclina su cuello aún más, dándome más espacio para pasear mi lengua. Y ver cuánto le gusta me alimenta, me hace querer complacerlo aún más.

Me muevo ligeramente y él capta el mensaje, dejándome con suavidad en el suelo. Al ponerme de pie, tiro de su camisa, arrancándosela de una manera que hace que la sorpresa parpadee en sus rasgos por un momento. Desabrocho su cinturón y bajo sus pantalones, y su miembro se sacude hacia fuera.

Apenas puede mantenerse quieto. Hago una pausa por un momento, solo mirando su miembro, memorizando cada detalle. Su glande es grueso, la longitud es áspera con venas, brilla ligeramente por la pura dureza y tiembla levemente. Lo miro, una pequeña sonrisa formándose en mi cara cuando lo veo completamente perdido, sus ojos pegados a mí como si se preguntara qué voy a hacer a continuación.

No lo hago esperar mucho para averiguarlo. Me dejo caer de rodillas y puedo oír cómo su respiración se acelera en el momento en que lo hago. Beso su miembro primero y tiembla ligeramente ante el contacto de mis labios, como si suplicara por más. Saco mi lengua y lo golpeo con su miembro, luego recorro su longitud con mi lengua. La forma en que gime, se siente como ganar una medalla.

Es entonces cuando lo tomo completamente en mi boca.

—¡Oh, joder! ¡Katherine!

Sus gemidos son todo lo que puedo escuchar mientras me pongo a trabajar, relajando mi garganta y dejando que su miembro se deslice dentro y fuera. Sus manos gentilmente encuentran la parte posterior de mi cabeza, sosteniéndome como si apreciara cada segundo de esto. Miro hacia arriba por un momento para captar la expresión en su rostro, y Alex está verdaderamente perdido, completamente absorto en el placer que claramente está chispeando a través de él.

—¿Se siente bien? —pregunto, tomando su miembro y golpeándolo ligeramente alrededor de mi cara y labios, la humedad pegándose a la piel de mis mejillas. Asiente, y abro mi boca de nuevo para continuar, pero él se agacha y presiona un dedo contra mis labios.

—Es mi turno ahora.

La emoción crece dentro de mí mientras me levanta de nuevo y me coloca suavemente en el sofá; su movimiento es gentil pero rápido y preciso, y mi ropa cae en un instante.

Empieza lento de nuevo, como si me estuviera provocando y saboreando al mismo tiempo. Pasa su rostro por mis muslos, hasta mis rodillas interiores, oliéndome como si fuera una comida humeante. El sonido de su nariz arrastrando cada bit de mi aroma crudo llena el aire por un momento, luego hace lo mismo de nuevo, pero ahora con su boca.

Besa mis muslos internos suavemente, sus labios y lengua acercándose cada vez más a mi centro, aumentando mi anticipación hasta las alturas. Su ritmo me atormenta, besa y lame mi muslo, subiendo más y más hasta que está justo alrededor de mi sexo, y se detiene, comenzando el ciclo de nuevo.

Mi espalda se arquea en el sofá, mis piernas temblando y empujándome hacia arriba mientras sube por mi muslo por tercera vez. Casi le suplico, pero él puede decir cuánto lo necesito por la forma en que mi cuerpo está respondiendo a su toque. Cuando su lengua se enraíza dentro de mi centro húmedo, casi envía un espasmo violento a través de mi cuerpo.

Los grandes brazos de Alex mantienen mis piernas separadas mientras me lame como un cachorro sobre un tazón de leche. Su lengua se mueve dentro de mí con una frecuencia que solo puedo describir como sobrehumana. Quiero decir, sé que no es humano, pero ¿es la capacidad de llevar el cuerpo de una mujer a un orgasmo alucinante uno de los poderes que tienen los cambiaformas de lobo? La lengua de Alex se mueve como una máquina.

Una y otra vez. Dentro de mis paredes, sobre mi clítoris. Mis manos se mueven frenéticamente sobre el sofá. Pero cuando me lleva al borde, mis brazos se mueven con enfoque.

Alcanzo y agarro su cabeza, mis dedos clavándose en su cuero cabelludo mientras me siento rompiendo. —¡Sí! Justo ahí, Alex. Por favor, no pares.

Como un perro tras un hueso, su ritmo solo aumenta. Su lengua golpea furiosamente, rápidamente, y entonces me deshago completamente.

Mis ojos se ponen en blanco mientras me siento fluir, el sonido de mis jugos empujando contra su cara y salpicando en el suelo los únicos otros sonidos fuera de mi grito penetrante. Logro mirar hacia abajo, y la vista de Alex lamiéndome mientras chorrea directamente en su cara casi duplica la fuerza del orgasmo que me destroza.

—Sabes tan jodidamente bien, Katherine —Su voz vibra a través del aire.

Me tomo un momento para recuperar el aliento, y mis siguientes palabras son precisas: —Fóllame, Alex.

Pasa un momento, y él se levanta. Se yergue sobre mí, proyectando su sombra mientras estoy tendida en el sofá. Su miembro sigue rígido, quizás incluso más duro que antes.

—Voy a buscar un condón —dice, ya dándose la vuelta.

—No.

Se detiene a medio paso al escuchar mi voz, como si no esperara que dijera eso. Para ser honesta, incluso yo estoy sorprendida de mí misma en este momento. No soy del tipo imprudente, pero maldita sea, lo quiero. Quiero que me folle con su duro y abultado miembro,

y quiero que lo haga en crudo. Quiero apretar las paredes de mi centro y sentirlas envolverse alrededor de la carne de su vara de placer.

—Por favor, Alex —digo, y mi voz suena sorprendentemente necesitada, incluso para mí.

Traga saliva, como si considerara algo en su mente, pero cuando se voltea para mirarme, es como si algo en él se rompiera. Sus facciones se endurecen, sus cejas se curvan hacia abajo, el deseo claro en su rostro.

Se acerca y sostiene mis piernas en alto, tomando una en cada mano y empujando hasta que mis rodillas presionan contra mi pecho. Mi corazón late tan rápido como nunca lo he sentido, y entonces se inclina, colocando sus labios cerca de mi oído. —Voy a disfrutar cada segundo de esto.

Así, su enorme vara de placer se hunde en mí. Mis ojos apenas pueden permanecer abiertos, parpadean cerrados y abiertos rápidamente, siguiendo el ritmo de sus profundas embestidas.

—¡Oh, joder, Alex, se siente tan bien!

—Te sientes increíble, Katherine.

Se sumerge en mí, una y otra vez. Sus embestidas son constantes, sin prisa pero profundas. Cada una arranca jadeos y gemidos de mí mientras mi cuerpo se rinde ante la pura fuerza del suyo. Me dejo llevar, permitiéndome estar completamente a su merced, dejando que me tome.

Sus ojos son una imagen perfecta del deseo. Me está mirando directamente, pero casi parece perdido, me encanta ver lo absorto que está en esto. Lo absorto que está en mí.

—Más fuerte, Alex. Tómame, ¡por favor! —aúllo mientras comienzo a sentir esa sensación familiar construyéndose de nuevo.

Y es como si mis palabras encendieran una mecha en él. Me da la vuelta y me coloca de manera que mis rodillas soporten mi peso y esté a cuatro patas, arqueo mi espalda por el puro deseo de sentirlo follarme así.

Cuando su miembro se desliza de nuevo, es como si me volviera loca.

Me empujo, mis caderas moviéndose salvajemente mientras persigo el cielo. Pero no me deja perseguirlo sola. Sus manos agarran mi cintura con firmeza, deteniendo mis movimientos, y luego toma el control.

Me golpea con una fuerza que nunca podría reunir por mi cuenta, el sonido de su piel golpeando mi trasero mientras embiste dentro de mí resuena por la habitación. Se intensifica cuando muevo mi cintura de nuevo, siguiéndolo mientras se estrella contra mí.

Me folla. Y yo también lo follo a él. Mi cuerpo envuelto en sensaciones alucinantes mientras tomo cada centímetro de este hombre.

Sucedieron muchas cosas hoy. Demasiadas.

Descubrí que Alex es un cambiaformas de lobo.

Casi muero.

Se siente como si todo mi mundo hubiera sido puesto patas arriba, retorcido en algo irreconocible.

Pero lidiaré con eso más tarde. Mañana, quizás.

Ahora mismo, dejo que todo se desvanezca. Todo lo que puedo pensar en este momento, todo lo que quiero pensar son las dulces sensaciones que Alex está enviando dentro de mí.

Capítulo Once

Katherine

Despierto lentamente, los bordes brumosos del sueño desvaneciéndose mientras mi mente se pone al día con la realidad. Mi cuerpo protesta incluso ante los movimientos más pequeños, cada músculo vibrando con un dolor sordo y placentero, un recordatorio de la noche anterior. Me retuerzo bajo la manta, y los recuerdos me golpean como una marea.

Fue apasionado. Fue... primitivo, como nada que haya sentido antes. Alex no fue solo un amante anoche—fue algo indómito, algo salvaje. Mi piel se calienta solo de pensarlo, y mi corazón se acelera. Cierro los ojos otra vez, permitiéndome revivirlo, aunque hace que mi pecho se tense y mi respiración se acelere.

La manera en que me miró... Dios, esa mirada. Era tan intensa, como si yo fuera lo único en el mundo que le importaba. Sus ojos estaban oscuros, tormentosos, pero también había una extraña suavidad. Y su cuerpo—cada movimiento era poderoso, como si supiera exactamente cómo volverme loca. Era implacable, como si no pudiera tener suficiente de mí, y yo no quería que parara. No lo dejé parar.

Mis dedos recorren las sábanas distraídamente mientras recuerdo cómo se sentían sus manos sobre mí—callosas, cálidas, dominantes. Cada caricia enviaba chispas recorriendo mi piel. Mi cuerpo todavía lo recuerda, todavía lo anhela.

Pero entonces los otros recuerdos empiezan a filtrarse. El accidente de coche. La visión de él lanzando esa rama fuera de su pecho. Mi

estómago se retuerce, y el cálido resplandor de anoche se desvanece un poco. Él no es... humano. Todavía no puedo asimilar eso. Alex, el conserje callado, el hombre con quien he estado cenando en mi oficina... es un cambiante de lobo.

Un escalofrío recorre mi columna, pero no es del tipo agradable. Es del tipo que te pica en la base del cuello, hace que tus instintos susurren peligro. Ni siquiera sé por qué lo siento. Él no me ha hecho daño, no me ha dado ninguna razón para pensar que lo haría. Pero aun así, hay esa pequeña chispa de miedo.

¿Qué más no sé?

Giro la cabeza, observándolo acostado a mi lado. Su pecho sube y baja con un ritmo constante, su rostro relajado en sueños. Se ve tan pacífico, tan... normal.

Y esas palabras que me dijo—están en un bucle en mi mente. "Compañeros destinados". Suena tan ridículo, como algo sacado de un cuento, pero cuando lo dijo, su voz era tan firme, tan segura. Como si no fuera una pregunta o una opinión sino un hecho. Estoy vinculada a él. Estamos vinculados el uno al otro.

El hilo dorado. Así es como lo llamó. Pensé que estaba perdiendo la cabeza cuando lo vi por primera vez—este hilo brillante y resplandeciente que parecía conectarnos, incluso cuando no nos tocábamos. Pero él también lo vio. Sabía de ello. Y anoche, mientras... mientras hacíamos el amor, lo vi de nuevo. Una y otra vez, destellaba ante mis ojos, más brillante cada vez. Como si nos uniera más cerca con cada respiración, cada caricia, cada beso desesperado.

Mi garganta se tensa mientras lo miro fijamente, mi mente dando vueltas en círculos. ¿Qué significa siquiera ser compañeros destinados? ¿Es solo alguna cosa de cambiantes, o cambia... todo?

Alex se mueve a mi lado, su cuerpo girando bajo la manta. Mi corazón se salta un latido cuando sus ojos se abren, esos ojos tormentosos fijándose en los míos.

—Buenos días —murmura, su voz áspera por el sueño.

—Buenos días —respondo, manteniendo mi voz firme aunque el barítono profundo y áspero de Alex, cálido por el sueño, envía una onda directamente a través de mi estómago. Es ridículo cómo incluso algo tan simple como su voz puede deshacerme, pero aquí estoy, acostada en la cama con mi corazón acelerado.

Me mira. No es solo una mirada—es más, como si me estuviera absorbiendo, empapándose de cada detalle. Mi cabello desordenado, la manera en que estoy medio enterrada en la manta, probablemente luciendo como un desastre. Y sin embargo, su mirada es tan tierna, tan absorbente, que hace que mi pecho duela. Su mano se mueve, lenta, suavemente, como si tuviera miedo de asustarme. Sus dedos rozan mi mejilla y esto envía un calor que sube por mi columna.

Luego se inclina, cerrando el pequeño espacio entre nosotros, y planta un beso en mi mejilla. Es cálido, pausado, como si tuviera todo el tiempo del mundo para saborear el momento. ¿Y ese pequeño temblor en mi estómago? Sí, ahora son temblores completos.

—Anoche fue increíble —susurra, sus labios rozando mi oreja.

Me muerdo el labio, tratando de evitar que el calor se extienda por completo hasta mi cara. Los recuerdos me inundan de nuevo, nítidos y vívidos. Cómo se sentían sus manos sobre mí. Cómo se movía su cuerpo. Cómo me miraba, como si yo fuera su mundo entero. Mi piel hormiguea solo de pensarlo. Anoche fue increíble.

Pero aun así. Hay preguntas. Tantas preguntas.

Me giro de lado para enfrentarlo más completamente, respirando profundamente mientras intento ordenar mis pensamientos. —Anoche —comienzo, mi voz más baja ahora—, dijiste que soy tu compañera destinada. También mencionaste este... hilo dorado. El que he estado viendo durante un tiempo, especialmente cada vez que nosotros.... —Dudo, buscando la palabra correcta.

Sus labios se curvan en una sonrisa conocedora, y su voz se vuelve más baja, provocativa. —¿Hacemos el amor?

Mis mejillas se sonrojan, y pongo los ojos en blanco un poco, pero no puedo evitar la pequeña sonrisa que tira de mis labios. —Sí... —digo suavemente—, eso. —Exhalo lentamente, dejando atrás la vergüenza—. No lo entiendo.

Se sienta ligeramente, con su mano apoyada contra la almohada mientras me mira. Su expresión cambia—seria ahora, pensativa. Inhala profundamente, como si se estuviera preparando para explicar algo monumental.

—Es mucho para explicar —comienza, su voz firme y tranquila—, pero para decirlo simplemente... a veces, dos almas están unidas entre sí. Como si estuvieran hechas la una para la otra. Creadas justo la una para la otra. Y lo sienten—no es solo una idea o un sentimiento; es como una fuerza. Una atracción que los acerca, ya

sea que lo entiendan o no. Eso es lo que son los compañeros destinados.

No puedo apartar la mirada de él, aunque mi cerebro se siente como si estuviera en pausa, tratando de procesar todo.

—Y el hilo dorado —continúa, su voz suavizándose mientras habla—, es una señal. Un signo del vínculo entre nosotros. Es raro—la mayoría de las personas nunca llegan a verlo—pero cuando estás destinado, está ahí. Y cada vez que estamos juntos, fortalece ese vínculo.

Se detiene, observándome, como si estuviera esperando a que los engranajes en mi cabeza empezaran a girar de nuevo. Y lo hacen, lentamente. Sus palabras encajan como piezas de un rompecabezas, explicando tanto, y sin embargo... todavía se siente surrealista.

He visto el hilo. He sentido la atracción. Diablos, la he estado sintiendo desde que lo conocí. Pero escucharlo así, explicado de esta manera... Es mucho. Demasiado, quizás.

Y entonces mi mente va a un lugar más oscuro, a algo afilado y dentado. El accidente. El jeep. El hecho de que alguien—Frank, probablemente—intentó matarme. Mi respiración se entrecorta cuando la imagen de Alex, atravesado por esa rama, destella en mi mente. La visión de él quitándosela, su mano cambiando a una garra, todavía arde en mi memoria, clara como el día.

Es demasiado. Mi cabeza comienza a latir, y presiono mis labios intentando evitar que mis emociones se desborden.

Debo no estar haciendo un gran trabajo ocultándolo porque Alex extiende su mano, apoyándola en mi brazo. Su tacto es firme y su voz es suave, cuidadosa. —Katherine... ¿estás bien?

Asiento, pero es un gesto débil, casi vacilante. —Es solo que... —Mis palabras fallan, y miro hacia otro lado, buscando la forma correcta de decirlo—. Estás diciendo todo esto, y luego está el hecho de que descubro que eres un cambiante de lobo... y alguien ahí fuera podría quererme muerta. Solo... —Me detengo, mi voz apenas un susurro ahora—. Es mucho.

Él asiente, su rostro suavizándose aún más, sus ojos llenos de comprensión. Él comprende.

—No dejaré que nadie te haga daño —dice, su voz baja pero firme, impregnada de una confianza inquebrantable. Y la forma en que lo dice, la forma en que me mira, no deja lugar a dudas. Lo dice en serio. Cada palabra.

Le creo. Sé que puede protegerme—ya lo ha hecho. Si no fuera por él, ni siquiera estaría aquí ahora mismo.

Pero aun así... —Solo necesito algo de tiempo —digo en voz baja, mi voz temblando solo un poco—. Necesito darle sentido a todo esto. Siento como si toda mi vida hubiera sido puesta patas arriba.

Sus ojos permanecen en los míos, y asiente de nuevo, lento y deliberado. —Entiendo —dice, su voz tan suave como su tacto—. Tómate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí.

Sus palabras se posan sobre mí como una manta, cálidas y reconfortantes. Me está dando espacio, dejándome resolver todo esto.

Pero una cosa está clara en mi mente ahora. Si voy a darle sentido a esto—a cualquiera de esto—necesito empezar por averiguar quién me quiere muerta. Y por qué.

Con cuidado. Esa palabra ha estado flotando sobre mi cabeza como una nube estos últimos días. Se ha convertido en el tema de mi vida, mi mantra. Siempre he sido cuidadosa. Cuidadosa en mi trabajo, cuidadosa en mis tratos personales, cuidadosa al navegar rivalidades y venganzas. He enfrentado desafíos antes—competidores despiadados en el trabajo, ex-amigos amargados, incluso el ocasional conspirador con rencor. Pero ¿esto? ¿Despertar cada mañana con el pensamiento obsesivo de que alguien podría quererme muerta? Eso es territorio inexplorado.

No puedo evitar que mi mente vuelva constantemente al accidente. El Jeep. La forma en que vino hacia mí, sin vacilación, como un depredador fijándose en su presa. Una parte de mí quiere creer que no fue nada más que un horrible accidente, que el conductor perdió el control, entró en pánico y nos embistió. Pero ¿las probabilidades? No parecen estar a mi favor.

Mi instinto sigue apuntando en una dirección: Frank. Su nombre persiste en mi cabeza como un mal sabor. Mi sospecha se hizo más aguda cuando supe que había abandonado convenientemente la ciudad justo un día antes del incidente. Un viaje repentino, no me cuadra. ¿Y luego, días después, un Jeep intenta sacarme de la carretera?

Claro. Totalmente aleatorio.

Pero la sospecha por sí sola no es suficiente. Es endeble. No me acerca más a la verdad, y ciertamente no se sostendrá si quiero obtener justicia. Necesito respuestas. Hechos duros y concretos.

Por eso, hace una semana, contacté a James.

James es mi investigador privado de confianza. Es discreto, confiable y lo suficientemente agudo como para captar detalles que la mayoría de la gente pasa por alto. Lo he usado en el pasado, generalmente para tareas mundanas—verificaciones de antecedentes de posibles socios comerciales o un poco de investigación ligera sobre alguien que no me daba buena espina. Diablos, incluso le pedí que investigara brevemente a Alex cuando las cosas empezaron entre nosotros. Solo como precaución.

Pero ¿esto? ¿Pedirle que investigue algo que parece ser un asunto de vida o muerte? Esto es un juego completamente diferente.

James se reunirá conmigo en mi oficina hoy. Tiene una actualización, y no sé qué esperar. He pasado la mañana caminando de un lado a otro entre la anticipación y el temor, alternando entre querer respuestas y estar aterrorizada de lo que esas respuestas podrían ser.

He tratado de distraerme con el trabajo—correos electrónicos, hojas de cálculo, la rutina habitual—pero mi concentración sigue escapándoseme. Mis ojos recorren las palabras en mi pantalla, pero no se quedan. Es como si mi cerebro estuviera atascado en una cuenta regresiva, marcando los segundos hasta que James llegue.

El murmullo de mi oficina es su mezcla habitual de ruido blanco: el murmullo distante de voces en el pasillo, el ocasional clic de un teclado, el suave zumbido del aire acondicionado. Normalmente, es reconfortante. Hoy, se siente como estática.

Miro el reloj. Diez minutos más. Mi pie golpea inquietamente contra el suelo, y dejo escapar un aliento que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Mis dedos tamborileo contra el escritorio

mientras miro fijamente a mi pantalla, las palabras fundiéndose unas con otras.

Necesito claridad. Necesito entender qué está pasando, quién está detrás de esto, y por qué. Porque hasta que lo haga, no hay manera de que vuelva a sentirme segura.

El golpe llega, cortando a través del pesado silencio de mi oficina. Respiro profundamente, estabilizándome aunque mi pulso está martilleando en mis oídos. —Adelante —digo, mi voz tensa pero firme.

James entra. Es un hombre delgado, del tipo cuya presencia nunca grita por atención pero de alguna manera logra comandarla de todos modos. Su rostro está marcado con arrugas que lo hacen parecer mayor de lo que probablemente es, y su cabello gris está peinado hacia atrás pulcramente, dándole un aire pulido pero desgastado. Camina hacia la silla frente a mi escritorio con paso medido, llevando un maletín delgado.

—Buenas tardes, Sra. Lockhart —saluda, su tono profesional pero impregnado de una suavidad que no paso por alto.

—Buenas tardes, James. Por favor, tome asiento. —Señalo la silla frente a mí, tratando de parecer compuesta, pero mis dedos están demasiado apretados alrededor del borde de mi escritorio.

Se sienta, colocando su maletín a su lado, y me mira con una seriedad que inmediatamente pone mis nervios de punta.

—Entonces... ¿qué actualizaciones tiene para mí? —pregunto, saltándome cualquier cortesía. No tengo paciencia para ellas ahora mismo.

James asiente, como si esperara que fuera directa al grano. —Hicimos un barrido completo de todas las cámaras CCTV de las calles en el área que rodea el sitio del accidente —comienza—. Cada cámara que podría haber captado imágenes del Jeep esa noche. Desafortunadamente, las más cercanas al sitio no tenían grabaciones de ese día. —Hace una pausa, dejando que las palabras caigan, antes de añadir—: Parece que han sido manipuladas o directamente borradas.

Lo miro fijamente, el peso de sus palabras presionando contra mi pecho. —Así que lo que estás diciendo es que no estamos más cerca de descubrir quién hizo esto —digo, mi voz más aguda de lo que pretendía.

James se mueve en su asiento, su expresión tranquila pero cautelosa. —Todavía no —admite—. Aparte de la descripción del coche que usted proporcionó, no hemos podido rastrear el vehículo.

Aprieto la mandíbula, la frustración burbujeando justo bajo la superficie.

—Pero —continúa, y capto un destello de algo en sus ojos, ¿vacilación, quizás?—, amplié el alcance de nuestra búsqueda. Si alguien va tras usted, hay una buena posibilidad de que la hayan estado vigilando. Manteniendo un ojo en su casa, las rutas que toma para ir al trabajo, cualquier lugar que frecuente. Así que, hice que se revisaran las grabaciones de CCTV de esas áreas, retrocediendo semanas... meses, incluso años.

Asiento lentamente, mi anticipación creciendo. —¿Y?

Exhala, como si se estuviera preparando. —No encontramos nada sospechoso cerca de su casa o sus rutas habituales. Pero... —Su voz

vacila ligeramente, y se inclina hacia adelante, juntando sus manos en su regazo—. Encontré algo.

La forma en que lo dice, cuidadosamente, envía un escalofrío que sube por mi columna. Mi paciencia, ya delgada, está colgando de un hilo. —¿Qué encontró, James?

James duda por un momento antes de hablar, su tono casi apologético. —Esto va a ser difícil de escuchar, Sra. Lockhart —dice suavemente—. Mientras revisaba las grabaciones, decidí incluir las rutas hacia la villa de sus padres. Dada la naturaleza de lo que le sucedió a usted, pensé que valía la pena mirar las grabaciones del día de su accidente.

Mi sangre se congela.

—Las grabaciones de ese día estaban codificadas —explica—. Inmediatamente levantó banderas rojas. Así que lo llevé de vuelta a mi equipo. Hemos estado trabajando en descodificarlo, y ahora tenemos una vista clara de exactamente lo que sucedió.

Extiende la mano, sacando un ordenador portátil de su maletín. Lo coloca en mi escritorio, girando la pantalla hacia mí. En ella hay una grabación en blanco y negro de un camino familiar, el que conduce a la finca de mis padres.

—Lo siento, Sra. Lockhart —dice en voz baja, su rostro marcado por la simpatía—. Esto no será fácil de ver.

Hace clic en reproducir.

Mis ojos se fijan en la pantalla, mi pulso retumbando en mis oídos. El coche de mis padres aparece, moviéndose rápido, demasiado rápido, como si estuvieran siendo perseguidos. Y entonces lo veo.

Un Jeep negro, sin placas de matrícula, acelerando detrás de ellos, golpeando su parachoques trasero con una fuerza estremecedora.

Mi respiración se entrecorta. Mis uñas se clavan en la madera de mi escritorio.

El Jeep los embiste de nuevo, implacable, como un depredador jugando con su presa. El coche de mis padres se tambalea, luchando por mantenerse en la carretera, pero el Jeep no cede. Se coloca junto a ellos y golpea su lado. El coche se sale de la carretera, girando fuera de control antes de desaparecer entre los árboles.

La grabación se corta.

Mi visión se nubla, y por un momento, no puedo moverme, no puedo respirar.

Nunca lo cuestioné—ni una vez. Creí lo que me dijeron, que mis padres estuvieron en un accidente. Que el coche perdió el control. Vi los restos, estaban tan destrozados, tan irreconocibles, no había razón para sospechar nada más.

Pero ahora... Viendo esto...

Todo lo que pensé que sabía se hace añicos como el cristal.

La voz de James rompe la niebla. —Lo siento, Sra. Lockhart —dice, su tono cargado de pesar—. Sus padres no murieron en un accidente. Fueron asesinados. Y quienquiera que sea responsable... creemos que es la misma persona que la atacó a usted la semana pasada.

No puedo hablar. Mi garganta está demasiado apretada, mi pecho demasiado pesado. Mis manos tiemblan contra el escritorio.

James ofrece algunas disculpas más, pero apenas las registro. Recoge sus cosas en silencio y se escabulle de la habitación, dejándome sola con el peso aplastante de lo que acabo de ver.

Mamá. Papá. Fueron asesinados.

Las palabras resuenan en mi mente, una y otra vez, hasta que siento que voy a quebrarme. Mi corazón late erráticamente, mi respiración superficial e irregular.

No puedo quedarme aquí. No puedo quedarme quieta, no cuando cada nervio en mi cuerpo está gritando que me mueva, que haga algo.

Me levanto de mi silla, mis piernas temblorosas pero decididas. Mi mente se aferra a un pensamiento: Alex.

Lo necesito. Necesito sus brazos a mi alrededor, su voz anclándome, su fuerza sosteniéndome cuando estoy a punto de desmoronarme.

Sin pensarlo más, agarro mi bolso y me dirijo a la puerta, mis pasos apresurados, mi visión borrosa por las lágrimas. El pasillo parece interminable mientras lo atravieso, desesperada por alcanzarlo. Por decirle. Por no estar sola en este momento insoportable.

Conduzco más rápido de lo que debería, agarrando el volante tan fuerte que mis nudillos comienzan a doler. Las lágrimas siguen viniendo, sin importar cuánto intente parpadear para alejarlas, nublando el camino por delante. Mi pecho se siente como si hubiera sido agrietado, crudo y expuesto, y mi mente está dando vueltas con demasiado—demasiado dolor, demasiada ira, demasiada confusión. Necesito a Alex.

Cuando llego a mi apartamento, ni me molesto en aparcar derecho. El coche se detiene bruscamente, y salgo por la puerta en un

instante, sin importarme el golpe de metal al cerrarse detrás de mí. Mis piernas se sienten inestables debajo de mí, temblando mientras subo las escaleras, pero sigo adelante. Mis respiraciones salen superficiales y desiguales para el momento en que meto torpemente la llave en la cerradura, con las manos temblando tanto que me lleva más tiempo de lo que debería.

La puerta finalmente se abre, y me apresuro a entrar. El aire se siente quieto, el apartamento demasiado silencioso excepto por el sonido de mi propia respiración entrecortada.

—¿Alex? —Mi voz se quiebra, pero no hay respuesta. Mi corazón está acelerado ahora, mi pulso un tambor constante en mis oídos.

La sala de estar está vacía, pero mis pies parecen saber dónde llevarme. Me conducen por el pasillo al dormitorio, y me detengo en la puerta. Está ligeramente entreabierta, lo justo para que pueda echar un vistazo de él dentro.

Escucho su voz antes de ver su cara.

—Katherine no es tan importante como nuestra misión, Jack.

Las palabras me sacan el aire directamente de los pulmones. Me congelo, mi mano flotando sobre el marco de la puerta, mi corazón de repente latiendo tan fuerte que ahoga todo lo demás.

¿Escuché bien?

A través del pequeño hueco, puedo verlo de pie con su espalda hacia mí, su teléfono presionado contra su oreja.

—Le di un soplo sobre su primo —dice, su tono calmado, calculado —. El que ha estado robando de la empresa. Pero ahora, es hora de que regrese. Tengo todo lo que necesito de Pinnacle Group. Es hora de que el usurpador pague.

Las palabras se sienten como si me apuñalaran, afiladas y dentadas.

¿El archivo que encontré sobre Frank. ¿Fue Alex?

Mi mente se esfuerza por darle sentido, por conectar los puntos, pero nada encaja.

¿De qué está hablando? ¿Quién es Jack? ¿Qué misión?

Exhala audiblemente, y sus hombros caen ligeramente antes de terminar la llamada y bajar el teléfono. El movimiento rompe el hechizo que me mantenía inmóvil, y antes de darme cuenta, he entrado en la habitación. Mis pies se mueven sin que mi cerebro se ponga al día, como si actuaran por cuenta propia.

Él se gira al sonido de mí, y la expresión en su rostro cuando me ve —es como si una máscara se deslizara. Sus ojos se ensanchan por un momento, luego su expresión se suaviza a algo ilegible.

—¿Alex...? —Su nombre escapa de mis labios, frágil e inestable, mientras me acerco a él con cautela medida. Mi corazón se siente como si se estuviera astillando en mi pecho—. ¿Qué está pasando?

Silencio. Ni un parpadeo, ni un pestañeo. Solo la intensidad de su mirada, fija en mí, atravesándome de una manera en que nunca me ha mirado antes. No es la mirada del hombre que conozco. El hombre por quien he llegado a sentir un profundo afecto.

—¿Qué misión, Alex? —pregunto de nuevo, mi voz temblando ahora, traicionando la confianza que estoy tratando desesperadamente de aferrarme—. Te escuché por teléfono. Dijiste que... dijiste que yo no era tan importante como tu misión.

Todavía nada. Sin respuesta, sin explicación. Es una fortaleza, impenetrable e inflexible. Ni siquiera se acerca a mí, no me busca, no intenta suavizar el dolor que su silencio está tallando en mí.

Se siente como si hubiera caído en un abismo oscuro e interminable, arañando la nada, buscando un salvavidas que no está ahí.

Trago con dificultad, mi garganta apretada por la emoción. —El archivo que vi —logro decir, mi voz quebrada a través de las palabras—. El que expuso a Frank... ¿fuiste tú?

Finalmente, una respuesta. Un solo asentimiento. Es rápido, casi desdeñoso. Frío. Distante. No es él. No es Alex.

Mi respiración se entrecorta, luego se acelera, los pedazos de cualquier calma frágil que me quedaba rompiéndose de una sola vez. La confusión y el dolor se agitan dentro de mí, el video que James me mostró se reproduce en mi mente como una presentación de diapositivas inquietante. Pero ahora, la ira comienza a hervir desde las profundidades, levantándose, afilada y caliente, cortando a través de todo lo demás.

—¡Alex! —espeto, mi voz rompiéndose, el sonido rebotando entre nosotros—. ¿Qué demonios está pasando?

La pregunta cuelga allí, temblando en el espacio entre nosotros. Pero no es solo una pregunta. Es una súplica, una demanda, un grito desesperado por algo—cualquier cosa—que dé sentido a esto.

Por un largo momento, solo me mira. Sus ojos son oscuros, intensos, como si estuviera sopesando algo en su mente. Luego, lentamente, endereza su postura. Todo su comportamiento cambia frente a mí—sus hombros se echan hacia atrás, su barbilla se levanta, y de repente parece aún más alto, más ancho, más dominante.

El hombre que veo ahora se siente como un extraño.

—No es así como quería hacer esto —dice por fin, su voz firme, inquietantemente tranquila. Demasiado tranquila. Es como si se hubiera convertido en piedra, inamovible, insensible. Incluso su tono es diferente—más afilado, más preciso. Y su acento—es... extranjero. Completamente extranjero. Es como si estuviera mirando a un extraño envuelto en la piel de Alex—. Pero no tengo elección.

Hace una pausa, dejando que sus palabras persistan, dejando que se enrollen a mi alrededor como un nudo corredizo que se aprieta. Mi pulso se dispara, y cada músculo en mi cuerpo se tensa mientras espero a que continúe.

—Es hora —dice—. Es hora de que sepas quién soy realmente. Y de dónde vengo realmente.

Mi estómago se retuerce, y mis piernas se sienten como si pudieran ceder debajo de mí. Las palabras apenas se registran al principio, como si mi mente se negara a comprenderlas.

—Mi nombre es Alex Valkov —dice, su voz llevando una autoridad que se siente centenaria—. Y soy el Príncipe y heredero del Reino Lobo Europeo.

Por un momento, se siente como si el mundo dejara de girar, el aire arrancado de mis pulmones. Solo puedo mirarlo fijamente, a este hombre que pensé que conocía, mientras la verdad destroza todo lo que creía.

Las palabras son tan absurdas, tan completamente inesperadas, que por un momento pienso que le he oído mal. —¿Q-qué? —La palabra sale a tropezones de mí, apenas audible.

—No soy un simple conserje, Katherine. Nunca lo fui —dice, su voz firme y desapegada—. Durante el último año, he estado encubierto

en tu empresa. Recogiendo la información que necesitaba para mi misión.

Las palabras me golpean, afiladas y dolorosas, mi mente girando tan rápido que apenas puedo mantenerme erguida. —¿Qué misión? —pregunto de nuevo, de alguna manera logrando sacar la pregunta a pesar del nudo en mi garganta.

—Eso no es algo que te concierna —responde secamente, su tono más frío de lo que jamás lo he escuchado.

¿Qué demonios está pasando? No puedo entenderlo. Este hombre, este Alex—mi Alex—es irreconocible.

—¿Todo lo que me dijiste... todo lo que pasó... eran todas mentiras? —Mi voz se quiebra, la furia y la angustia sangrando en cada palabra —. ¿Todo parte de tu misión?

No contesta. Ni siquiera se inmuta. Solo está ahí, inamovible, una estatua de indiferencia.

El silencio me desgarra, enfurecedor e insoportable. —¡Maldita sea, Alex! —grito, mi respiración entrecortada, mi ira burbujeando—. ¿Solo fui un peón en tu misión? ¿Me estuviste utilizando todo este tiempo?

Hay un latido, un momento donde el mundo parece contener la respiración, y me encuentro esperando—¿por qué?, ni siquiera lo sé. ¿Una negación? ¿Una explicación? Algo que me aleje del borde de la desesperación.

Pero cuando finalmente habla, es como si tomara cualquier esperanza frágil que me quedaba y la hiciera añicos más allá de la reparación.

—Sí, Katherine —dice, sus ojos inquebrantables y despiadados—. Te he estado utilizando.

Las palabras me golpean como un golpe físico, y mi corazón... no solo se rompe. Colapsa, se hace añicos, y se quema en el mismo instante.

—Tú... Dijiste que estábamos destinados. Dijiste que teníamos un vínculo. —Mi voz sale más ligera de lo que quiero, más débil—. Hablaste del hilo que he estado viendo, las cosas que he estado sintiendo.

Me mira, su expresión ilegible, vacía de cualquier cosa a la que pueda aferrarme. —Algunas cosas son simplemente más importantes que eso, Katherine.

Mi corazón tropieza, luego cae en picado. —¿Qué estás diciendo?

Se queda allí por un momento, en silencio, como si me diera un último segundo antes de que caiga el golpe.

—Estoy diciendo que esto, tú y yo... ya no importa.

Es como si un ancla cayera en mi estómago.

—Acabo de descubrir que mis padres fueron asesinados... y ahora... esto —susurro, las palabras saliendo como si estuviera hablando más conmigo misma que con cualquier otra persona.

Por un fugaz segundo, algo parpadea a través de su rostro—remordimiento, culpa, algo. Pero tan rápido como apareció, se ha ido, enterrado bajo la misma máscara impenetrable. Cualquier parte de Alex que pensé que reconocía se ha ido. Y nunca volverá.

Me obligo a pararme más recta, preparándome contra la tormenta que se agita dentro de mí. —Bueno —digo, mi voz temblando pero

decidida—, espero que hayas conseguido todo lo que necesitabas, Alex. En cuanto al contrato, puedes considerarlo terminado.

No responde. No se mueve. Solo me mira fijamente con esa misma expresión fría e intransigente.

—Sal de mi casa —digo, mi voz más firme ahora, más fuerte de lo que me siento.

El silencio que sigue es casi insoportable. No se mueve al principio, solo se queda ahí, mirándome.

—¡He dicho que te vayas! —grito, mi voz áspera por la ira, con algo mucho más doloroso debajo—. ¡No quiero verte nunca más. ¡Jamás!

Inhala profundamente, su pecho subiendo y bajando en un movimiento lento y deliberado. Luego, sin decir una palabra más, se gira y camina hacia la puerta. Pasa a mi lado, sus pasos pesados. El sonido de la puerta del apartamento cerrándose detrás de él es como un golpe final, sellando el espacio entre nosotros.

Y entonces, me desmorono.

Mis piernas ceden, y me hundo al suelo, mi espalda golpeando la pared con un golpe sordo. Mi cabeza cae hacia adelante, y las lágrimas vienen con toda su fuerza ahora, incontrolables, imparables.

Lloro. Sollozos fuertes, feos, desconsolados que sacuden todo mi cuerpo. Mi pecho duele, y mis manos tiemblan mientras me aferro a nada, agarrando el aire vacío donde solía estar mi corazón.

El apartamento se siente más frío ahora, más vacío. Como si todo el calor hubiera sido succionado junto con él. Apoyo mi cabeza contra la pared, mis lágrimas deslizándose por mis mejillas y acumulándose en mi barbilla, pero no me molesto en limpiarlas.

Todo duele. Mi pecho, mi garganta, mi cabeza—todo se siente como si estuviera en llamas, y no puedo hacer que pare.

Pensé que lo conocía. Pero ahora, no sé nada. Y no estoy segura de que alguna vez lo hice.

Capítulo Doce

Katherine

Tres meses después

Mi pie golpea suavemente bajo la larga y pulida mesa de juntas. Mantengo la mirada fija en la pantalla del proyector al extremo de la sala, la brillante exhibición de gráficos y proyecciones financieras no hace nada para calmar la tormenta que se agita dentro de mí. Andrew, uno de nuestros directores, está de pie junto a la pantalla del proyector, exponiendo algunos hechos que conozco demasiado bien. Hechos que desearía no fueran reales.

Últimamente, he estado más callada en estas reuniones, quizás demasiado. Pero ¿cómo se supone que hable libremente cuando estoy sentada en la misma mesa que personas que podrían haber tenido algo que ver con el atentado contra mi vida? ¿O peor aún, con la muerte de mis padres? Ese tipo de sospecha cambia a una persona.

Te vuelve más... cautelosa. Desde que James me mostró ese desgarrador video, es como si mi mente no pudiera dejarlo ir. Se repite una y otra vez, cada detalle marcado a fuego en mis pensamientos, sin importar cuánto quiera cambiar mi enfoque.

James ha sido metódico. Su teoría es que probablemente quien mató a mis padres también me quiere muerta, y el denominador común es el poder que tenemos en el grupo Pinnacle. La conclusión es bastante fácil: Alguien quiere la posición que ahora ocupo, la posición que tenía mi padre. James ha elaborado una lista de sospechosos principales.

Frank y Lawrence están en la cima, pero ha dejado claro que no podemos hacer suposiciones todavía. No podemos descartar a nadie. Podría ser cualquiera sentado aquí en esta misma mesa. Ese pensamiento por sí solo me revuelve el estómago.

Pero hoy, mi silencio no se debe solo a la investigación. No se trata solo de preguntarme cuál de estas personas podría haber orquestado un intento contra mi vida.

—Con todo lo que se ha dicho, está claro que estamos en una posición desesperada —la voz de Andrew corta mis pensamientos como un cuchillo en mantequilla. Ahora está caminando, sus zapatos pulidos hacen clic contra el suelo de madera mientras rodea la mesa —. Sin una importante inyección de inversión, y con las cosas como están... el Grupo Pinnacle podría no tener más opción que declararse en bancarrota.

La palabra queda suspendida en el aire como veneno, filtrándose en la habitación y asentándose en el fondo de mi estómago.

Bancarrota.

Ni una sola vez durante el liderazgo de mi padre esa palabra rozó siquiera a esta empresa. Pero ahora, aquí estamos, mirando al cañón de algo que nunca imaginé que sería posible. Y está sucediendo bajo mi vigilancia.

Andrew vuelve a tomar asiento, sus palabras hacen eco en mi cabeza. Quiero responder, discutir, ofrecer algún tipo de seguridad, pero no puedo. Porque sé que tiene razón.

La expansión asiática. Mi expansión. Mi gran visión para el futuro de esta empresa—lo único que se suponía iba a consolidar al Grupo Pinnacle como una potencia global—se está desmoronando ante mis

ojos. Lo que debería haber sido nuestro mayor logro es ahora el iceberg que amenaza con hundir todo este barco.

Y todo es por culpa de Frank.

De alguna manera, logró sabotear todo sin ser obvio al respecto. No firmó los costos críticos de infraestructura en los que habíamos estado trabajando con nuestros socios. No sé cómo no lo noté durante tanto tiempo, pero cuando lo descubrí, el daño ya estaba hecho.

Los socios se retiraron. Los terrenos que habíamos estado negociando durante meses fueron repentinamente arrebatados por empresas regionales—o peor aún, con precios astronómicamente más altos que lo que habíamos acordado originalmente. Algunos precios han saltado a más de cuatro veces lo que presupuestamos.

Es como ver algo que construí con mis propias manos desmoronarse a cámara lenta. Puse todo en este plan: tiempo, recursos, mi reputación. El potencial estaba ahí, y todavía lo está. Pero ahora, debido a un estúpido acto de negligencia, se me está escapando entre los dedos.

Miro fijamente la pantalla del proyector, los números y gráficos se vuelven borrosos. Mi pecho se tensa. Todas las cifras apuntan directamente a un desastre financiero. No puedo dejar que eso suceda. No lo permitiré.

Pero mientras estoy aquí sentada, la realidad se cierne más grande que nunca, y por primera vez en mi carrera profesional, me siento completamente impotente.

La sala está en completo silencio, y todos los ojos están fijos en mí. Todos esperan que diga algo, que saque alguna solución mágica de

la nada. La empresa se está hundiendo, y se supone que yo soy quien debe salvarla.

—Caballeros —comienzo, mi voz firme, aunque me cuesta todo mantenerla así—. Entiendo que la situación en la que nos encontramos ahora es... difícil. —*La subestimación del año*—. Como ha indicado Andrew, necesitamos una inyección de inversión para evitar la bancarrota, y elaboraré un plan para conseguir los fondos que necesitamos.

Las palabras salen de mi boca con profesionalismo ensayado, pero el silencio que sigue es ensordecedor. Sus rostros permanecen inexpresivos: estoicos, inmóviles, fríos. Es como si estuviera hablando con una sala llena de estatuas. Casi puedo sentir sus dudas irradiando hacia mí.

Pero me han visto hacerles ganar dinero antes. Eso es lo que les importa, ¿verdad? Resultados. Dólares. Números en una página. He demostrado que puedo hacerlo, aunque no tengo idea de cómo sacarnos de este lío.

Entonces, justo cuando el silencio se extiende lo suficiente como para empezar a asfixiarme, Lawrence se aclara la garganta. El sonido corta la tensión, y todas las cabezas en la sala giran hacia él.

—El Grupo Pinnacle ha existido durante ciento veintidós años —dice, su tono medido, casi reverente. Deja que las palabras se asienten. Está preparando algo grande, algo calculado.

—Y en todo ese tiempo —continúa, dirigiendo ahora su mirada hacia mí—, nunca hemos cortejado la catástrofe como lo hacemos ahora. Estos no son solo tiempos difíciles. Son tiempos desesperados.

El énfasis en esas últimas palabras es como una daga. Mi garganta se tensa mientras trago con dificultad, obligándome a no estremecerme bajo su mirada penetrante.

—Y los tiempos desesperados —dice, alargando la frase como si la saboreara—, requieren medidas desesperadas.

Antes de que pueda decir algo, saca su teléfono. Mis cejas se fruncen confundidas, pero antes de que pueda preguntar qué está haciendo, presiona un botón y habla por el receptor, con voz tranquila y decisiva: —Puedes entrar ahora.

Frunzo aún más el ceño mientras miro alrededor de la mesa. Nadie más parece sorprendido. Todos se sientan allí, tranquilos y serenos, como si supieran que esto iba a pasar.

Las grandes puertas dobles al final de la sala de juntas se abren suavemente, y mi respiración se detiene.

Frank.

Entra en la sala con paso firme como si fuera el dueño, con la cabeza en alto, su expresión tranquila y compuesta. Es la primera vez que lo veo desde que lo suspendí, la primera vez desde el accidente de coche. Mi estómago se revuelve mientras las palabras de James hacen eco en mi cabeza: Frank y Lawrence son los principales sospechosos. Y ahora siento como si estuviera rodeada de todas las serpientes que quieren bombear veneno en mis venas.

Pero mantengo la compostura. Apenas.

—Tu suspensión no ha sido levantada, Frank —digo, con tono cortante y seco. Mis ojos se fijan en los suyos.

Él se detiene, su mirada firme mientras me observa. Luego, sin decir palabra, se vuelve hacia Lawrence.

—En estos tiempos desesperados, necesitamos a todas las manos disponibles —dice Lawrence con suavidad, su voz rezumando autoridad—. No podemos permitirnos tener a alguien con la experiencia y las capacidades de Frank al margen cuando la existencia misma de la empresa está en juego.

Mi mandíbula se tensa. —Frank es la razón por la que tenemos este problema para empezar —espeto.

Lawrence inhala profundamente, como si estuviera reuniendo cada onza de paciencia que tiene. —Sea como sea —dice lentamente—, lo necesitamos. —Mira alrededor de la mesa, su mirada se detiene en cada uno de los otros miembros de la junta—. Y la junta está de acuerdo.

Miro alrededor, mis ojos examinan los rostros de cada uno de ellos. Y lo veo en sus ojos: cada uno de ellos está de su lado. Todos han decidido que este es el camino a seguir, y sé que si me opongo, estaré arriesgándome a un motín.

Sumado a eso el hecho de que alguien en esta sala podría estar tratando activamente de matarme, y mi miedo aumenta.

Así que no digo nada.

Frank aprovecha el momento. —Ahora que eso está aclarado —dice, con voz suave y confiada—, necesitamos una solución a este lío causado por una expansión que nunca necesitamos en primer lugar. —Se vuelve hacia mí mientras lo dice, su mirada afilada, y siento que mi ira burbujea justo debajo de la superficie.

Pero mantengo la calma. Apenas.

—A la luz de esto —continúa—, propongo que celebremos un evento este fin de semana. Una gala. Invitamos a todas las personas

importantes que conocemos: cada político, cada empresario, cada socio, cada amigo del Grupo Pinnacle. Y les pedimos que inviertan. Que compren. Es la última oportunidad que tenemos, y quizás salvemos esta empresa.

Los otros miembros de la junta asienten. Es como si colectivamente hubieran decidido olvidar que Frank es la razón por la que estamos en este lío en primer lugar.

—De acuerdo —digo finalmente, levantándome de mi asiento. Mi voz es tranquila, pero por dentro, me siento como una extraña en mi propia empresa—. Eso es lo que haremos.

No espero una respuesta. Salgo de la sala de juntas y me dirijo directamente a mi oficina.

Las ruedas en mi cabeza giran mientras camino. Con todos los defectos de Frank, su sugerencia podría ser la única oportunidad que tenemos. Por pequeña que sea, es algo. Un rayo de esperanza en el caos.

Me hundo en la silla de mi oficina, dejando que el familiar crujido del cojín de cuero me envuelva. Mi escritorio es un desastre: un amontonamiento de informes, correos electrónicos, contratos y una lista de tareas pendientes que se extiende mucho más allá de lo que parece humanamente posible. Intento perderme en el trabajo, pero la realidad se cierne sobre mí.

No importa en qué me enfoque, cada número, cada informe, cada correo electrónico apunta al mismo resultado sombrío: la bancarrota.

Incluso las notificaciones que recibo en mi teléfono de todos los blogs de noticias de negocios están hablando de ello.

Y entonces empeora, mi mente me traiciona, vagando hacia donde siempre lo hace estos días: de vuelta a un tiempo en que todo parecía más simple. Ni siquiera fue hace tanto, pero bien podría haber sido toda una vida. En ese entonces, el plan de expansión era mi boleto dorado, mi visión para el futuro del Grupo Pinnacle.

Tenía a la junta algo controlada, los ancianos de la familia no estaban tan pendientes de mí, y no estaba mirando por encima del hombro cada cinco segundos, preguntándome si alguien estaba planeando acabar con mi vida.

Y luego estaba Alex. Pienso en las cenas que solíamos compartir en esta misma oficina, la conversación fácil. Era el tipo de relación que te hacía creer que todo estaría bien, que no estabas corriendo esta carrera sola. Y luego, en un instante desgarrador, descubrí que me estaba usando todo el tiempo, manipulándome como un peón en algún juego retorcido.

Ahora, la supervivencia de mi empresa parece estar al borde del abismo, mi vida está en peligro, y mi mundo se desmorona más rápido de lo que puedo atraparlo.

El consejo de James resuena en mis oídos. *Ten cuidado. No te confíes. Cambia tus rutinas. Duerme en hoteles. Toma un taxi en lugar de conducir. Asegúrate de que no puedan predecir tus movimientos.* Es agotador vivir así, siempre mirando por encima del hombro, siempre cuestionando todo. Pero ¿qué otra opción tengo?

Sacudo la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos. Ahora mismo, nada de eso importa. Todo lo que importa es encontrar una forma de salvar al Grupo Pinnacle. Esta gala del fin de semana, es

una posibilidad remota, pero es la única que tenemos. Tengo que hacer que funcione.

El suave tecleo de mi teclado llena la habitación, un ritmo constante que casi me calma. Casi. Hasta que es interrumpido por el sonido del pomo de la puerta de mi oficina girando.

Mis dedos se congelan a mitad de tecleo, y mis ojos se dirigen a la puerta. Mi corazón se salta un latido cuando la puerta se abre. No hay golpes. Ninguna advertencia. Y entonces el tío Lawrence entra con paso firme como si fuera el dueño del lugar.

—Tío Lawrence —digo con calma, ocultando mi sorpresa—. ¿Olvidaste llamar?

No responde de inmediato. Cruza la habitación con pasos decididos. Sin esperar una invitación, se hunde en la silla frente a mí, sus manos descansando casualmente en los reposabrazos.

Por un momento, solo se queda mirándome.

—Quería saltarme las cortesías e ir directo al grano, Katherine —dice finalmente.

—Perfecto —respondo, inclinándome ligeramente hacia atrás, manteniendo mi tono neutral.

Sus ojos permanecen sobre mí, sin parpadear. —Si no puedes salvar al Grupo Pinnacle de la bancarrota, si no aseguras las inversiones que necesitamos en la gala, lideraré un voto de no confianza contra ti.

Las palabras golpean como una bomba estallando en mi pecho. Mi visión se nubla por un segundo mientras intento procesar lo que acaba de decir.

No se detiene ahí. —Has visto a la junta. Creo que es justo decir que tus posibilidades de sobrevivir a un voto de no confianza son... prácticamente nulas.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula.

—Y —continúa, como si retorcer el cuchillo no fuera suficiente—, puedo asegurarte que no habrá ninguna objeción de los ancianos de la familia tampoco. —Hace una pausa, dejando que eso se asimile antes de dar el golpe final—. Así que, vine a hacerte saber que si no logras evitar la bancarrota al final de la gala, sería en tu mejor interés renunciar. Al menos de esa manera, podrás irte con algo de dignidad intacta. Frank asumirá como CEO cuando te vayas.

Mi respiración se acelera, y mis sienes palpitan con la fuerza de la sangre que bombea por mis venas. Va a sacarme y a entregar todo a Frank, el hombre que causó este desastre en primer lugar.

Lawrence se levanta, su mensaje entregado. Se gira y se dirige hacia la puerta, dándome la espalda.

Y algo en mí se rompe.

Me pongo de pie de un salto, mi silla raspando contra el suelo mientras exclamo: —¡Esta situación fue provocada por Frank! ¡Frank robó a esta empresa, y usted lo sabe. La junta lo sabe. ¿Y dejaría que él liderara la empresa a través del lío que creó?

Lawrence se detiene en seco pero no se vuelve para mirarme. Su voz es tranquila, casi condescendiente, cuando dice: —La junta te toleró porque los hiciste muy ricos. Pero ahora, bajo tu liderazgo, están mirando de frente a un desastre financiero. La amenaza de bancarrota es un fracaso de tu parte.

Comienza a caminar de nuevo, sus pasos haciendo eco en la habitación.

Mi corazón retumba en mi pecho, mi compostura se desmorona por completo. —¡Siempre me has odiado! —Las palabras estallan antes de que pueda detenerlas, mi voz temblando de frustración y dolor. Lawrence se detiene nuevamente, esta vez lentamente, y sigo adelante, mis palabras saliendo atropelladamente—. ¿Por qué? ¿Qué te hice alguna vez?

Se gira ahora, sus ojos me escanean con una expresión que apenas puedo describir. No hay simpatía, no hay remordimiento, solo un frío vacío.

—Buena suerte este fin de semana, Katherine —dice, su voz destilando finalidad.

Y entonces se ha ido, la puerta cerrándose tras él.

Mi pecho sube y baja rápidamente, mi respiración corta y superficial. El significado puro de sus palabras se asienta pesadamente en la habitación, presionándome como una fuerza insoportable. Mi mente corre, girando fuera de control mientras la completa gravedad de la situación cae sobre mí.

La gala de este fin de semana, ya era importante. Ya era un esfuerzo desesperado y de última hora para mantener a flote al Grupo Pinnacle. ¿Pero ahora? Ahora lo es todo. Es el punto de inflexión entre la supervivencia y la ruina, no solo para la empresa, sino para mí.

Las apuestas no son solo altas; son colosales.

Esta empresa no es solo un nombre en un edificio para mí. Es el legado de mi padre. Y ahora es mi legado. He vertido cada onza de

mí misma en el Grupo Pinnacle: mi tiempo, mi energía, mi ambición. Todo.

Y maldita sea si dejo que Lawrence, o cualquier otra persona, me lo arrebate de las manos.

La gala ya no es solo un salvavidas, es mi campo de batalla. Y lucharé como una condenada para ganar.

Capítulo Trece

Katherine

La gala se siente diferente esta noche. No solo porque mi corazón retumba en mi pecho, o porque las apuestas son tan altas que cada momento parece una cuenta regresiva hacia el desastre, o incluso porque el destino del Grupo Pinnacle —y mi carrera— descansa en el filo de navaja del éxito de esta noche.

No, es diferente porque *luce* diferente. El salón, que alguna vez brilló con opulencia y energía, se siente más pequeño, más silencioso. La habitual inundación de afilados esmóquines negros y elegantes vestidos sin espalda ha sido reemplazada por una modesta cantidad ahora. Esta noche, el vacío es casi ensordecedor.

Echo un vistazo alrededor de la menguante multitud, mis ojos buscando rostros familiares. Frank está aquí, por supuesto, junto con los otros miembros de la junta, y el tío Lawrence se encuentra con el resto de los ancianos de la familia, todos ellos logrando traer acompañantes. Eso es lo que hacen, incluso en los peores momentos: se aferran a sus rituales, exhiben a sus parejas como si fueran trofeos. No debería molestarme.

Pero lo hace.

Me envía una punzada directamente a través del pecho, aguda y fría. No es porque los envidie y ciertamente no es porque extrañe a Alex —no realmente. Es lo que su recuerdo representa. Su traición. Su manipulación. La forma en que me hizo sentir cosas que nunca antes me había permitido sentir, solo para quitarme la alfombra bajo los pies. Ver a estas parejas esta noche, sonriendo y charlando, solo

me recuerda lo estúpida que fui al creer en él, lo ridícula que debí haberme visto cuando sonreía y charlaba con él durante meses.

Durante semanas, después de enterarme, me quedaba en mi escritorio mucho después de que terminara la jornada laboral, a la hora en que normalmente teníamos esas cenas tardías, mirando fijamente la puerta de mi oficina como si pudiera hacer que él pasara por ella con la fuerza de mi voluntad. Una parte de mí esperaba una explicación, algún tipo de... no sé, ¿razón? Algo que diera sentido a todo. Quizás diría que no era él, que fue incriminado o chantajeado o que tuvo algún tipo de colapso mental. Cualquier cosa para justificar lo que me dijo aquel día.

Pero la fría e innegable verdad es que fue él. Me utilizó. Me usó. Y yo se lo permití.

Arrastro mis pensamientos de vuelta al presente, forzando mi concentración en la tarea que tengo entre manos. No hay espacio para la autocompasión esta noche. No hay lugar para distracciones.

—Señorita Lockhart.

La voz detrás de mí me saca de mi espiral. Me giro para ver al maestro de ceremonias de pie a unos metros de distancia, con un portapapeles en la mano y una expresión incierta en su rostro.

—Creo que puede dar su discurso ahora —dice cuidadosamente, dudando antes de añadir—: No estoy seguro de si esperaremos más invitados esta noche.

Sus palabras caen como un peso en mi estómago, aunque sabía que esto iba a suceder. Las personas a las que llamé —amigos, colegas, inversores— no aparecieron. Había pasado horas esta semana marcando cada número en mi teléfono, comunicándome con

cualquiera que pudiera tener aún algo de fe en el Grupo Pinnacle, cualquiera que pudiera ser convencido de venir esta noche. Políticos, magnates de negocios, antiguos aliados... incluso viejos conocidos con los que no he hablado en años.

Las respuestas fueron tibias en el mejor de los casos. La mayoría ni siquiera se molestó en ocultar su duda, su escepticismo goteando de cada excusa educada que dieron. Y honestamente, ¿quién puede culparlos? Todos los blogs de negocios y los medios de comunicación han estado hablando de la inminente bancarrota de la empresa; desde una perspectiva puramente empresarial, es difícil convencer a alguien de que tenga algo que ver con el Grupo Pinnacle ahora. Se sentía como suplicarle a la gente que abordara el Titanic cuando ya se estaba hundiendo.

Y luego estaba Alice.

Odiaba llamarla. Es mi mejor amiga, y siempre he tratado de evitar arrastrarla a cosas como estas. Es una reina literal, por el amor de Dios —tiene suficientes responsabilidades sin que yo le arroje mi desastre encima.

Pero la desesperación te hace hacer cosas que odias. La llamé de todos modos, sabiendo que probablemente diría que sí porque es ese tipo de persona.

Excepto que no estaba disponible. Algún guardia real contestó el teléfono para decirme que estaba ocupada con deberes reales, y solo entonces recordé que me había dicho hace meses que estaría ocupada durante este tiempo. Lo había olvidado.]

Miro de nuevo al maestro de ceremonias y asiento, logrando una leve sonrisa. —Gracias —digo, manteniendo mi voz firme.

Él asiente educadamente y se dirige hacia el escenario. Lo sigo, cada paso sintiéndose más pesado que el anterior mientras me acerco al micrófono.

La sala se siente imposiblemente vasta mientras subo al escenario, los dispersos invitados mirándome con diversos grados de interés. Algunos esperan un milagro. Otros solo están aquí por el espectáculo.

El micrófono zumba suavemente bajo mis dedos. Mi pecho se tensa. Las filas de rostros ante mí parecen estar a kilómetros de distancia, sus expresiones ilegibles bajo el suave resplandor de las arañas de luces. Mi garganta se siente seca, pero trago con fuerza y supero el nudo que se forma allí. Este no es el momento de flaquear.

—Buenas noches —comienzo, mi voz firme, pero más baja de lo que pretendo. La sala no se mueve, sin murmullos, sin asentimientos. Solo silencio.

Ajusto ligeramente mi postura, agarrando el borde del podio. —Quiero agradecer a cada uno de ustedes por estar aquí esta noche. Sé que los últimos meses han sido... difíciles. Para todos nosotros. El Grupo Pinnacle ha permanecido erguido durante décadas, resistiendo innumerables desafíos, y estoy aquí hoy para asegurarles que nos mantendremos firmes nuevamente.

Mi voz se vuelve más fuerte.

—En este momento —continúo—, los titulares pintan un panorama sombrío de esta empresa. Todos los han visto. Hablan de bancarrota, especulan sobre nuestro futuro, dudan si Pinnacle puede sobrevivir a esta tormenta. —Hago una pausa, permitiendo que mi mirada recorra la sala. Algunos ojos se encuentran con los míos,

pero la mayoría desvía la mirada, hacia sus copas o los manteles, como si evitaran por completo mis palabras.

—Pero estoy aquí para decirles que el Grupo Pinnacle sobrevivirá —prosigo, la urgencia en mi tono afilándose—. Esta empresa se construyó sobre la resiliencia. Sobre la innovación. Sobre una visión que nos ha impulsado hacia adelante a través de cada obstáculo. Y seguimos en pie. Seguimos aquí. Esta noche, les pido a ustedes —nuestros socios, nuestros partidarios y nuestros amigos— que se mantengan con nosotros. Que crean en nosotros, como siempre lo han hecho.

Bajo la mirada hacia mis manos por un momento, estabilizando mi respiración. —Sé que es difícil ver más allá de los desafíos que tenemos delante, pero también sé esto: el Grupo Pinnacle ha enfrentado desafíos antes. Y los hemos superado. No solo por nuestra estrategia comercial o nuestros números, sino por las personas detrás de esos números. Por ustedes.

Me inclino ligeramente, mi voz suavizándose pero aún firme. —Ahora mismo, los necesitamos. No solo como inversores, sino como socios que creen en el futuro que podemos crear juntos. Esto no se trata solo de capear el temporal. Se trata de usar la tormenta para reconstruir con más fuerza, para alcanzar mayores alturas. Juntos, podemos hacerlo.

Permito que mis palabras finales se asienten, mis ojos escaneando la multitud nuevamente en busca de una reacción. Cualquier cosa. Pero el silencio se extiende, como si mis palabras hubieran sido tragadas por completo por la sala.

Nadie aplaude. Nadie asiente. Nadie se mueve siquiera en sus asientos. Por un momento, me pregunto si me escucharon.

Los miembros de la junta se sientan con indiferencia pétrea, la satisfacción arrogante de Lawrence apenas disimulada mientras se recuesta en su silla. Frank, a su lado, susurra algo al hombre a su derecha, una leve sonrisa burlona tirando de sus labios.

Aparto mi mirada, escaneando el resto de la sala. Algunos invitados se miran incómodamente entre sí, algunos fingiendo estar absortos en sus bebidas o los patrones de los manteles. Incluso el personal de servicio apostado en los bordes del salón parece congelado, sin saber si se supone que deben reaccionar.

Asiento una vez, secamente, y retrocedo del micrófono. Me dirijo hacia mi asiento, con la cabeza en alto, aunque por dentro, mis pensamientos son un torbellino de frustración, ira y duda.

Se suponía que este sería el momento para cambiar todo. El momento para inspirar confianza. Pero en cambio, se siente como el último clavo en mi ataúd.

Trago el champán tan pronto como tomo asiento. El líquido burbujeante está frío mientras se desliza por mi garganta, pero no hace nada para amortiguar el calor que se arrastra por mi cara.

Mañana, la junta votará. Me reemplazarán como CEO, alegando que no fui lo suficientemente fuerte para liderarlos. Que no fui lo suficientemente buena para salvar el legado de mi padre. Me despertaré con titulares llamándome fracasada, una historia de advertencia, la mujer que dejó caer el imperio Pinnacle.

El pensamiento hace que mi estómago se revuelva.

—Hola, Katherine.

La voz es suave, punzante y demasiado familiar. Mis hombros se tensan instintivamente cuando la escucho, sacándome de la espiral de caos en mi cabeza.

Me giro, mis ojos elevándose para encontrar la fuente de la voz. No sé a quién espero ver, pero cuando me doy cuenta de quién es, un suspiro se me escapa antes de que pueda detenerlo.

—Buenas noches, Chris Winter —digo, con tono plano, sin esforzarme por ocultar la decepción que impregna mis palabras.

Chris está ahí, con las manos casualmente metidas en los bolsillos, su traje perfectamente confeccionado captando el suave destello de las arañas de luces arriba. Mira alrededor del salón, la más leve sonrisa de suficiencia tirando de la comisura de su boca. —No parece que tu grito de guerra haya funcionado —dice, su voz baja y petulante, cada palabra llevando ese irritante subtono de condescendencia que ha dominado tan bien.

No respondo. No porque no tenga una réplica mordaz lista —oh, la tengo—, sino porque no tengo energía para pelear con él ahora mismo. En cambio, vuelvo a mirar hacia el salón que se vacía, mirando fijamente a la nada, dejando que el silencio entre nosotros se extienda.

Chris, por supuesto, no capta la indirecta. Saca la silla a mi lado y se desliza en ella. Se inclina, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el borde de su presencia rozándome.

—Deberías estar feliz de que esté aquí —dice, bajando aún más su voz—. Soy el tipo que podría salvar al Grupo Pinnacle de la bancarrota.

Casi pongo los ojos en blanco, pero sus palabras tiran de algo en mí. Un destello de curiosidad. Un susurro de esperanza. Lo suficiente para hacerme morder el anzuelo.

—¿Es así? —pregunto, sin siquiera intentar enmascarar el escepticismo en mi voz.

—Sí —dice suavemente, recostándose en su silla como si todo esto fuera una reunión de negocios casual—. Eres muy consciente de que la familia Winter ha respaldado al Grupo Pinnacle durante décadas.

—Y los Winter fueron los primeros en cortar sus pérdidas y huir al primer signo de problemas cuando esta situación comenzó —respondo, con tono frío y desdeñoso.

Su sonrisa vacila por una fracción de segundo antes de recuperarse, suspirando ligeramente como si yo fuera la que está siendo difícil aquí. —Soy un hombre de negocios, Katherine. Tengo una junta e inversores a quienes responder, igual que tú. Y a diferencia de ti, no tengo intención de decepcionarlos.

Sus palabras caen como una bofetada, el insulto apenas velado haciendo que mi mandíbula se tense. Él lo nota y esa sonrisa irritante regresa a su rostro, como si disfrutara viéndome erizarme.

—Sin embargo —dice, inclinándose ahora, su tono tornándose más pesado—, estoy aquí para decirte que salvaré tu empresa. Le daré al Grupo Pinnacle la inversión que necesita para mantenerse a flote.

Una pequeña chispa de esperanza se enciende en algún lugar profundo dentro de mí. *¿Podría ser esto real?* El alivio roza los bordes de mis pensamientos, pero lo fuerzo a retroceder, conteniéndolo antes de que pueda echar raíces.

Este es Chris Winter. Nunca es tan simple.

Uno mis manos sobre la mesa, finalmente volteándome para mirarlo de frente. —¿Qué quieres, Chris?

Su sonrisa se ensancha, como si hubiera estado esperando que hiciera esa exacta pregunta. —¿Qué? —dice, fingiendo inocencia—. ¿Está más allá del reino de la posibilidad que esté haciendo esto como un gesto amable? Una muestra de fe. Después de todo, nuestras empresas han tenido una excelente relación laboral durante décadas.

Entrecierro los ojos. —Déjate de tonterías, Chris. —Mi voz se endurece, mi paciencia agotándose—. ¿Qué quieres?

Suspira, casi dramáticamente, y luego su expresión cambia ligeramente, la petulancia juguetona dando paso a algo más frío. Más calculado.

—Los Winter darán al Grupo Pinnacle la inversión que necesita urgentemente para evitar la bancarrota... con la condición... —Hace una pausa, sus ojos fijos en los míos, un destello de algo ilegible pasando a través de ellos antes de que sus labios se curven en una leve sonrisa.

—De que te cases conmigo, Katherine.

Si la situación no fuera tan terrible, me habría reído. Casi lo hago —una pequeña y amarga risa subiendo por mi garganta—, pero en cambio, sale como una burla. Sacudo la cabeza, con los ojos fijos en nada en particular mientras me alejo de él nuevamente.

Predecible.

Por supuesto, Chris Winter esperaría hasta mi hora más oscura para hacer algo así. Es tan... propio de él.

Pero no ha terminado. Se inclina más cerca, invadiendo mi espacio personal como si tuviera derecho a ello, su voz es más insistente ahora. —Vamos, Katherine, no seas estúpida. Estás a punto de perderlo todo. Tu empresa quiebra, y ni siquiera estarás por aquí para ver cómo intentan salvaguardar los restos, porque tu junta te echará más rápido de lo que puedes parpadear. —Hace una pausa, dejando que sus palabras se asienten por un momento, como si estuviera entregando alguna profunda verdad.

Me quedo callada, mis dedos apretándose ligeramente contra el borde de la mesa.

Chris exhala, su tono volviéndose suave otra vez, la voz de un hombre que cree que está cerrando el trato. —Te estoy ofreciendo una oportunidad para salvar tu empresa. Para hacerla mejor de lo que jamás ha sido. Piénsalo: las empresas de nuestras familias, unidas bajo mi liderazgo. Juntos, llevaríamos al Grupo Pinnacle a alturas que nunca ha soñado.

Las palabras me golpean como una ola lenta y helada, y por un segundo, solo puedo mirarlo, las cejas elevándose ligeramente. No solo está proponiendo matrimonio. Está proponiendo absorber el Grupo Pinnacle en su empresa. El legado de mi padre, reducido a una nota al pie en el imperio de Chris Winter.

Es risible. Insultante. El calor sube a mi pecho antes de que pueda detenerlo, quemando cualquier mínimo de curiosidad o esperanza que pudiera haber persistido en los rincones de mi mente.

—Puedes irte al infierno con tu oferta, Chris —digo, afilada y cortante, y aparto mis ojos de los suyos después de decirlo.

No lo toma bien.

—¿Qué demonios te pasa? —Su voz estalla, más fuerte ahora, su fría fachada agrietándose—. ¿Eres tan estúpida? ¿No ves lo que está pasando aquí? ¡No tienes muchas opciones, Katherine! Ya has demostrado que no puedes dirigir una empresa... la has llevado directo a la ruina.

Mi mandíbula se tensa, pero no lo interrumpo.

—Te estoy ofreciendo una salida de este lío. ¡Una oportunidad para salvar tu reputación! Tendrás un marido que sabe cómo dirigir realmente un negocio, e incluso serás elogiada por tomar la decisión inteligente de salvar al Grupo Pinnacle. —Su voz está subiendo ahora, atrayendo la atención de los pocos invitados dispersos que aún quedan en el salón. Un par de miradas curiosas se dirigen hacia nosotros, pero Chris no parece importarle.

—Deberías estarme agradeciendo por esto —gruñe, sus palabras goteando arrogancia—. Deberías estar colmándome de gratitud, porque mira a tu alrededor, Katherine. Soy el único aquí tratando de ayudarte cuando nadie más lo haría.

Ayuda. Así es como llama a esto.

E incluso si fuera a entretener esta ridícula proposición, ¿cuál es el punto? Sacrificaría todo —mi libertad, mi dignidad— solo para ver al Grupo Pinnacle desaparecer, devorado y remodelado en algo irreconocible bajo su control.

Eso nunca sucederá.

Me vuelvo hacia él, mi mirada dura e inquebrantable. —La respuesta es no, Chris.

El color sube a su rostro, su expresión retorciéndose de frustración. —¡Deja de ser tan terca! —ladra, su voz haciendo eco en los altos

techos—. ¡Deja de ser tan estúpida! Estás tirando por la borda la única oportunidad que tienes de...

—Yo haré la inversión necesaria para evitar la bancarrota.

La voz corta la sala como un látigo, tranquila pero autoritaria, reverberando a través de los altavoces. Chris se congela a mitad de su diatriba, su cabeza girando bruscamente hacia el escenario. Mi corazón se salta un latido, la repentina interrupción arrancándome del momento.

La energía en todo el salón cambia, murmullos ondulando entre los invitados restantes mientras todos los ojos se vuelven hacia el escenario. Lawrence y los ancianos, Frank y el resto de la junta. Todos se giran hacia el orador.

Mi propia mirada sigue, y cuando veo al hombre de pie detrás del micrófono, mi respiración se detiene.

¡¿Qué?!

Mi mente tropieza, tratando de procesar lo que estoy viendo.

—El Grupo Pinnacle no va a quebrar —dice la voz nuevamente, firme y segura—. No lo permitiré. Haré la inversión necesaria y ejecutaré un plan para poner a la empresa de nuevo en marcha.

Chris se pone de pie de golpe, la ira prácticamente irradiando de él. —¡¿Quién demonios eres?! —grita, su voz resonando a través del salón.

Hay un breve golpecito en el micrófono, un débil sonido metálico cortando la tensión, y luego el hombre habla de nuevo, su tono frío y autoritario. —Digamos que soy un empresario con base en Europa.

Hace una pausa, su mirada recorriendo la sala mientras termina: —Y mi nombre... —Deja que el momento se extienda.

—...es Alex Valkov.

Capítulo Catorce

Katherine

Siempre he sido la última en llegar a estas reuniones del consejo. Se ha convertido en mi costumbre: esperar hasta que todos los demás estén instalados. A veces, es porque tengo una montaña de trabajo que terminar; otras veces, simplemente necesito un minuto para centrarme antes de entrar. Prefiero saber que todos están en sus asientos, listos, antes de aparecer.

Pero hoy es diferente.

Soy la primera en llegar. Estoy temprano. Me reclino ligeramente en el enorme sillón de cuero, mi mente zumbando con un millón de pensamientos sobre anoche. Casi siento como si estuviera viendo todo esto desarrollarse desde fuera. Todo es surrealista, como si estuviera atrapada en una extraña bruma.

Alex volvió. De la nada, como si hubiera estado escondido en las sombras todo este tiempo. Y cuando subió al escenario anoche, no podía creer lo que estaba viendo. Pensé que estaba alucinando por un segundo. Juro que parpadee sólo para asegurarme de que no estaba perdiendo la cabeza.

Ahí estaba, erguido frente a todos en la gala, declarando que iba a salvar al Grupo Pinnacle. Dijo que proporcionaría la inversión que necesitábamos para mantener el negocio a flote, para sacarnos del borde de la bancarrota.

No pude quedarme después de eso. Tuve que irme. Era demasiado para asimilar. ¿Cómo podía simplemente aparecer así? El tipo que me había tomado por estúpida durante meses.

Uno a uno, los demás miembros del consejo van entrando, cada uno tomando su asiento. No comentan que estoy aquí temprano, aunque puedo ver la sorpresa escrita en sus rostros.

El tío Lawrence entra con ese aire de autoridad habitual que lleva como si fuera su derecho de nacimiento. No me saluda. Yo no lo saludo. Hay una tensión entre nosotros ahora, prácticamente palpable. Se sienta a varias sillas de distancia, manteniendo su espacio.

Frank se desliza un minuto después, todo ojos afilados y energía contenida. Aunque sé lo que está pasando detrás de esa cara tranquila: me quiere fuera. El tío Lawrence ha dejado cristalino que planea liderar un voto de no confianza contra mí hoy, y no puedo imaginar que una sola persona en esta sala no lo respalde. Nunca han estado de mi lado.

Pero ¿incluso Lawrence? ¿Incluso Frank? Ambos parecen... inseguros. Todos están inquietos. Nadie sabe qué va a suceder. Demonios, ni siquiera yo sé cómo va a desarrollarse esto.

Y entonces, así sin más, las puertas se abren de par en par.

Alex entra en la sala con una confianza inconfundible. Su cabello está perfectamente peinado, su traje negro parece lo suficientemente afilado para cortar cristal. Dos hombres enormes —guardaespaldas, supongo— lo flanquean a cada lado.

Ambos son prácticamente tan altos como Alex, vistiendo trajes negros idénticos y gafas de sol. No parecen amistosos. Diablos, parecen que podrían destrozarte sin siquiera sudar. Pero sé lo que son, sin embargo. Soy la única en la habitación que lo sabe. Cambiaformas lobos, igual que Alex.

Lo miro mientras toma el asiento en el extremo opuesto de la larga mesa del consejo, y no puedo evitar los sentimientos que burbujean dentro de mí. Esa ira cruda y no expresada, la traición. Puedo sentirla subiendo por mi columna, y mi pecho se tensa, pero no lo miro el tiempo suficiente para dejar que me consuma. Aparto la mirada e intento concentrarme en algo —cualquier cosa— más.

Y entonces su voz resuena, baja y autoritaria, llenando el espacio. —Bien, todos están presentes. Comencemos.

Alex hace un gesto a los dos imponentes guardaespaldas que están junto a él, y sin mediar palabra, comienzan a moverse por la sala, entregando gruesos expedientes a cada uno de los miembros del consejo. Caminan lenta y metódicamente, como si estuvieran en una misión, asegurándose de que cada persona reciba una pulcra pila de papeles.

—Encontrarán todo lo que necesitan ahí —la voz de Alex corta el silencio, con un tono firme y autoritario—. Los detalles de mi plan, junto con un informe sobre algunas de las empresas que poseo, mis propiedades y un estado de cuenta bancario. Para asegurarles que soy plenamente capaz de realizar la inversión necesaria.

Sus palabras flotan en el aire, y hay un cambio en la atmósfera de la sala. Todos comienzan a hojear los papeles. Algunas cejas se levantan. Algunos de los miembros más veteranos del consejo intercambian miradas.

El guardaespaldas finalmente llega hasta mí y, con una ligera inclinación de cabeza, coloca un archivo frente a mí. Echo un vistazo rápido alrededor, observando a los demás hojeando los documentos,

algunos parecen impresionados, otros un poco más escépticos. Lo tomo lentamente, manteniendo mi rostro neutral.

Me quedo inmóvil por un momento, conteniendo la respiración.

Es un multimillonario.

Mi mente está tratando de procesar las cifras que estoy viendo en este archivo, pero la voz de Alex interrumpe nuevamente, suave e imperturbable. —Todo es verificable, en caso de que alguien tenga dudas —añade, recorriendo la sala con esa mirada fría y penetrante.

Andrew, siempre el tecnólogo, ya ha abierto su portátil, sus dedos golpeando furiosamente las teclas. Levanta la mirada un momento después, su expresión cambiando de concentrada a sorprendida. —Todo está en orden —murmura, con los ojos muy abiertos—. Las propiedades están todas registradas a su nombre.

La energía en la sala cambia inmediatamente. Los miembros del consejo comienzan a susurrar entre ellos, murmullos bajos que suben y bajan como una ola creciente. La chispa de entusiasmo es palpable ahora. Sus ojos —antes escépticos— comienzan a iluminarse.

La cara de Frank sigue bloqueada en confusión, sus ojos verdes entrecerrados como si estuviera tratando de resolver un rompecabezas al que le falta una pieza para completarse. Lawrence, por otro lado, simplemente mira el documento frente a él, sus dedos recorriendo lentamente las líneas como si estuviera sopesando lo que está en juego.

Mantengo mi expresión lo más neutral posible, aunque siento que mi pulso se acelera.

Alex deja que los murmullos se calmen antes de hablar de nuevo, su tono haciéndose aún más autoritario ahora que la prueba está frente a todos. —Ahora, sobre el plan. —Se inclina ligeramente hacia adelante, su voz cortando el aire.

—Como verán, propongo que Grupo Pinnacle traslade los activos necesarios para la expansión asiática prevista a mis propiedades en Europa. Pueden establecer su infraestructura allí hasta que se reparen las relaciones con los socios asiáticos y pueda reanudarse la expansión. —Hace una pausa antes de continuar, cada palabra cargada de autoridad—. En cuanto a la inversión financiera, la cifra que estoy dispuesto a comprometer está en ese archivo. Y es más que suficiente para evitar la bancarrota. Esto no solo mantendrá viva a la empresa, la ayudará a prosperar.

Mis ojos vuelven a bajar a los números, escaneando la página nuevamente. Las cifras aquí... van más allá de cualquier cosa que podría haber esperado de la aportación combinada de todos los que invité a esa gala. No solo está ofreciendo dinero, sino acceso a sus bienes raíces —propiedades en Europa, sin costo alguno. Eso es... enorme.

Los susurros estallan de nuevo por toda la sala. Las miradas van y vienen. La gente está hablando, intercambiando miradas, pero Frank corta el ruido. Su voz es aguda, cortante. —Y... ¿por qué está haciendo esto? —Su pregunta queda suspendida en el aire—. El archivo no indica qué se beneficiará usted de todo esto.

Alex gira la cabeza, mirando fijamente a Frank, y por un momento, veo el más leve destello de diversión en su rostro. —Todo lo que requiero —dice lentamente, con un tono frío—, es un papel como

director y un asiento en el consejo. Al menos hasta que la empresa se estabilice.

Hay un momento de silencio, y luego uno de los otros miembros del consejo habla inmediatamente, su voz goteando aprobación. —Eso suena como un trato más que justo.

La cabeza de Frank gira rápidamente, sus ojos entrecerrados como rendijas, lanzando dagas a través de la sala. Mira con furia al miembro del consejo que habló, pero el momento pasa.

Su atención vuelve a Alex, y ahora hay un borde en su voz. —Durante meses, trabajó aquí como conserje. Un conserje. Y luego, de la nada, aparece con bolsillos profundos, propiedades, conexiones... ¿Le importaría explicar por qué estuvo haciéndose pasar por conserje durante tanto tiempo?

Alex ni se inmuta. Apenas reacciona. Da un pequeño encogimiento de hombros, con la misma sonrisa arrogante curvándose en sus labios. —Estaba trabajando en mis habilidades de actuación —dice con un gesto casual de la cabeza.

Una modesta risita surge de uno de los miembros del consejo, aunque la mirada fulminante de Frank se intensifica, si cabe. Alex se reclina ligeramente, su expresión tornándose más fría, más seria.

—Puede seguir haciéndome preguntas sobre cosas que no son relevantes, Frank. O podemos centrarnos en lo que sí es relevante. —Su voz es firme ahora, como una barra de hierro—. Mis condiciones han sido establecidas. La verdadera pregunta es: ¿Qué decide el consejo?

Y entonces, así sin más, mueve su mirada, fijándola directamente en mí.

—¿Qué decide la CEO. Katherine? —Escucharle decir mi nombre de nuevo envía una nueva ola de angustia a través de mí. Mi mandíbula se tensa, y siento mis uñas clavarse en la mesa mientras descanso mis manos allí, tratando de mantenerme firme.

El recuerdo de la última vez que me miró, esa frialdad en sus ojos mientras me decía que no era más que un peón en su plan, vuelve corriendo, y esta vez, la furia se mezcla con algo que no comprendo del todo.

Antes de que pueda siquiera formar una respuesta, Lawrence habla. Su voz es profunda, llena de esa autoridad envejecida y practicada que nunca deja de exigir atención. —El trato que ha propuesto parece bueno —dice, entrecerrando ligeramente los ojos—.

—Pero podríamos tener un cambio de liderazgo después de hoy. —Se gira lentamente, casi dramáticamente, hacia mí—. Tengo la intención de seguir adelante con un voto de no confianza contra la actual CEO por llevar a la empresa a esta posición en primer lugar.

Mi corazón se acelera. Pero mantengo mi rostro firme. Sabía que esto vendría.

La ceja de Alex se levanta ligeramente, como si estuviera intrigado, pero no hay pánico en su voz cuando responde. —Oh —dice con una calma que podría congelar el hielo. Se gira en su asiento, apoyando las manos en la mesa mientras mira a Lawrence—. Bueno, entonces me gustaría añadir algo en este momento. —Su voz no se eleva, pero transmite significado—. Solo seguiré adelante con mi oferta bajo el liderazgo actual. Si Katherine no es la CEO de Grupo Pinnacle, entonces mi oferta queda fuera de la mesa.

Un jadeo recorre la sala, y mis ojos se abren a pesar de mí misma.

¿Qué está haciendo? ¿Por qué está haciendo esto? ¿Es parte de su plan? ¿Otra misión suya que todavía no entiendo?

Rápidamente reprimo la sorpresa, tratando de ocultarla. Fuerzo mi expresión a volver a la neutralidad.

Toda la atmósfera en la sala de juntas cambia de nuevo. La tensión, tan espesa que podría ahogar, se enrosca en el aire como un cable vivo. Los miembros del consejo —esos mismos hombres que habían pasado meses dudando de mí, desafiándome, esperando que fracasara— ahora están todos mirando a Lawrence, sus ojos abiertos de expectación.

Lawrence no habla. No inmediatamente. Pero puedo verlo: las ruedas girando en su cabeza, los cálculos haciéndose detrás de esa expresión indescifrable suya. Siempre ha sido un viejo astuto, y ahora mismo, está uniendo las piezas, viendo exactamente lo que está pasando aquí.

Sabe que el consejo quiere el trato de Alex.

Puede que no les guste yo. Demonios, lo han dejado claro más veces de las que puedo contar. Pero si hay algo que les disgusta aún más, es perder dinero. Y si Grupo Pinnacle quiebra, cada uno de ellos recibe un golpe donde más duele: sus bolsillos.

Alex está ofreciendo la única salida.

Y Lawrence, siempre el superviviente, ha visto hacia dónde se está inclinando la balanza.

—Bueno, entonces —dice finalmente, su voz medida, deliberada—. En interés de la empresa, retiro oficialmente mi moción para un voto de no confianza.

Hay un momento de silencio aturdido, luego, un suspiro colectivo de la sala. Es sutil, pero está ahí. Una onda de alivio pasando por el consejo como una corriente.

Al otro lado de la mesa, Alex sonríe. —Excelente —dice suavemente, reclinándose en su asiento, sus dedos tamborileando ligeramente contra el reposabrazos—. Ahora, ya que eso está fuera del camino, podemos...

—¡Mentira!

La voz de Frank corta el momento como una cuchilla, destrozando el frágil aire de resolución que acababa de asentarse.

La sala entera se queda inmóvil.

Todas las cabezas se giran hacia él.

Su cara está enrojecida de ira, la mandíbula tensa, las manos agarrando la mesa con tanta fuerza que sus nudillos se han puesto blancos.

—La votación debe seguir adelante —espeta, elevando su voz.

Lawrence se mueve ligeramente en su asiento, su expresión volviéndose cautelosa. —Frank...

—No —lo interrumpe Frank, su voz aguda, casi frenética—. Esta farsa tiene que parar. Ella casi ha llevado esta empresa a la ruina, y hoy es el día en que termina.

Mi ceja se levanta ligeramente. *¿Casi llevado la empresa a la ruina?* ¿Como si él no fuera la razón por la que estamos en este lío para empezar?

Pero no digo nada.

Lawrence suspira, el tipo de suspiro que dice que está tratando de mantener intacta su paciencia. —Frank, cálmate.

—¡No me digas que me calme! —grita Frank, su voz retumbando por toda la habitación.

Los otros miembros del consejo se mueven incómodamente, lanzándose miradas nerviosas entre ellos. Algunos parecen conmocionados, otros cautelosos, como si no supieran si intervenir o dejar que Frank cave su propia tumba.

Frente a mí, Alex sigue sentado, con los brazos cruzados, pareciendo completamente entretenido por todo el espectáculo. Como si estuviera viendo desarrollarse una obra particularmente divertida.

Frank exhala fuertemente por la nariz, los ojos ardiendo de frustración. —Si no tienes las agallas para seguir adelante con ello, yo lo haré —escupe, empujando hacia atrás su silla mientras se pone de pie—. Oficialmente presento una moción de no confianza contra la CEO.

Su mirada se inclina entonces, dirigiéndose hacia Alex como un golpe venenoso. —Y tú —apunta con un dedo hacia él— no puedes simplemente entrar aquí y dictar cómo dirigimos esta empresa solo porque estás lanzándonos dinero.

Alex levanta una ceja, pareciendo genuinamente divertido ahora. —No he dictado nada —dice, con voz tranquila, casi perezosa—. Simplemente he afirmado que si Katherine es removida como CEO, mi oferta queda fuera de la mesa. Eres más que bienvenido a continuar con tu votación.

Silencio.

La tensión es algo vivo, respirando, enroscándose alrededor de la habitación, presionando desde todos los lados.

Tomo un respiro constante, luego aclaro mi garganta.

Todos los ojos se dirigen a mí ahora.

—Caballeros —comienzo, manteniendo mi tono uniforme, firme, imperturbada incluso cuando mi pulso se acelera un poco—. De acuerdo con la política de la empresa, en el caso de un voto de no confianza a nivel del consejo, realizaremos la votación de manera simple e inmediata.

Hago una pausa, dejo que eso se asiente. Luego, con la espalda recta y la mirada inquebrantable, digo: —Todos a favor del voto de no confianza en mi liderazgo, por favor levanten la mano.

Me preparo.

La mano de Frank se dispara inmediatamente. La suya es la única mano levantada.

Incluso Lawrence —que había sido quien inició todo esto— no levanta su mano.

El rostro de Frank visiblemente se oscurece, un rubor subiendo por su cuello, su respiración volviéndose superficial con rabia apenas contenida.

—Bueno —comienzo, mi voz ligera, casi indiferente—, supongo que eso lo resuel...

—¡Cobardes!

La palabra explota de Frank como una bomba, cortando el aire, haciendo eco contra las paredes.

Cada músculo de su cuerpo está tensamente enrollado, sus puños apretados a sus lados mientras mira furioso alrededor de la habitación. —Cada uno de ustedes es un maldito cobarde —sisea, su voz temblando de ira.

—¡Ya es suficiente!

La voz de Lawrence se eleva, aguda, autoritaria, cortando la diatriba de Frank como un látigo.

Por primera vez, los otros miembros del consejo realmente se sobresaltan.

Incluso yo estoy un poco sorprendida.

Frank se gira hacia él, ojos ardiendo, su pecho subiendo y bajando como si apenas se mantuviera unido.

Y entonces Lawrence, frío e imperturbable, añade: —Harías bien en recordar que tuviste parte en llevar a la empresa a esta situación. —Su voz baja, más aguda—. Entre tus otras ofensas.

Un momento de silencio.

Frank respira con dificultad, mirando fijamente a Lawrence, sus ojos verdes brillando con pura e incontrolada rabia.

Alex se reclina en su silla, dedos tamborileando perezosamente contra la mesa, observando el caos que acaba de encender extenderse como un incendio. Su expresión está completamente imperturbada, su voz tan suave como la seda.

—Eso me recuerda —reflexiona, su tono llevando la misma indiferencia casual que alguien comentando sobre el clima—. He hecho mi debida diligencia, y soy consciente de que ha habido algunos... robos en esta empresa.

Las palabras caen como un martillo, rompiendo la ya frágil tensión en la sala.

La cabeza de Frank se gira hacia él lentamente, demasiado lentamente, como si acabara de darse cuenta de que ha estado caminando directamente hacia una trampa y solo ahora nota las fauces cerrándose a su alrededor. Todo su cuerpo se pone rígido, y la cautela en su movimiento es casi palpable.

Alex continúa, como si no lo notara —o más probablemente, como si lo notara y estuviera disfrutando cada segundo de ello.

—De hecho, Frank aquí fue suspendido después de que se descubriera que había estado desviando fondos de la compañía. —Hace una pausa, inclinando ligeramente la cabeza—. Si mi memoria no me falla.

Hay una suficiencia deslizándose en su tono ahora, una diversión casi perezosa. Está estirándolo, dejando que cada palabra se asiente, girando el cuchillo con tanto cuidado, justo lo suficiente para enviar los nervios deshilachados de Frank en caída libre.

—No creo que fuera un hombre de negocios muy inteligente si hiciera el tipo de inversiones que pretendo hacer en esta empresa sabiendo que el CFO es un ladrón.

Su mirada se fija en Frank ahora, ya no perezosa, ya no divertida —solo firme, aguda e implacable.

Frank le devuelve la mirada, y por primera vez en toda la mañana, parece que su fanfarronería se está evaporando. Su cara es un desastre de emociones —ira, vergüenza, el horror de lenta combustión al darse cuenta de que está perdiendo el control de la sala.

Y entonces, realmente le golpea.

El silencio se extiende, y cuando se atreve a mirar alrededor, lo ve: cada miembro del consejo lo está mirando.

Y no solo mirando. Evaluando. Calculando.

Están haciendo las cuentas.

Si existe la más mínima posibilidad de que la presencia de Frank pueda poner en peligro el acuerdo con Alex, lo tirarán por la borda sin dudarlo.

Lo ve en sus caras.

Su mandíbula se afloja ligeramente, sus labios se separan como si quisiera discutir, pero las palabras no salen inmediatamente. Su confianza —tan sólida hace minutos— se está desvaneciendo rápidamente.

—Ustedes... ustedes no están pensando... —balbucea, mirando alrededor como si esperara que alguien saliera en su defensa.

Nadie lo hace.

De hecho...

—Tiene un punto válido —dice Andrew, su voz la primera en romper el silencio.

—Sí, bastante razonable de hecho —repite otro miembro del consejo, asintiendo ligeramente.

—Nunca estuve de acuerdo con su regreso —murmura alguien más, su voz bordeada con una convicción recién descubierta.

—Será en interés de la empresa si se apartara por un tiempo —añade otro, y esta vez, la convicción en su tono lo deja claro: Frank está acabado.

Frank visiblemente se tensa, su respiración volviéndose más rápida ahora. Sus ojos saltan de cara en cara, buscando algún tipo de salvavidas, pero todo lo que encuentra es indiferencia.

Traga con dificultad.

Y luego, con compostura forzada, levanta sus manos ligeramente. —Esperen... esperen un minuto. Vamos todos a calmarnos un momento.

Su voz es más tranquila ahora, más suave, casi suplicante.

Pero es demasiado tarde.

La marea ya ha cambiado.

Lawrence, de todas las personas, añade su voz ahora, siempre el oportunista, siempre el que nada con la corriente. Se inclina ligeramente hacia adelante, su tono llevando el filo de la finalidad.

—Señora CEO, creo que, dada la importancia del trato en cuestión y lo vital que es que se desarrolle sin problemas, debe tomarse una decisión con respecto al CFO. Y creo que el consejo está de acuerdo.

Un murmullo de aprobación recorre la sala. Cabezas asintiendo, el cambio en su postura tan flagrante que es casi risible. Asombroso, realmente, lo que el dinero puede hacer.

Hace unas horas, este mismo consejo estaba más que ansioso por verme despojada de mi posición, dispuesto a culparme por una crisis que el propio Frank creó. ¿Y ahora? Ahora que Alex ha entrado con una tabla de salvación, de repente han redescubierto sus principios.

Casi me río.

Los ojos de Frank se ensanchan de sorpresa ante las palabras de Lawrence, como si genuinamente pensara que el hombre estaría de

su lado. Lo mira como si estuviera esperando algún tipo de retractación, pero Lawrence ni siquiera parpadea.

Está en el lado perdedor ahora. Y lo sabe.

Lentamente, Frank se gira hacia mí, y la mirada en su cara es casi cómica.

Súplica silenciosa. Una desesperada, muda petición de piedad.

Es una locura.

Hace un momento, estaba prácticamente salivando ante la idea de que me echaran de mi propia empresa. ¿Y ahora? Ahora me está mirando como si fuera la única persona que puede salvarlo.

Me enderezo, manteniendo mi expresión fría, mi voz firme. —Frank, con efecto inmediato, tu suspensión de tu cargo se reanudará indefinidamente, pendiente de una revisión completa.

Ni siquiera discute. Sin réplicas, sin rabieta justiciera. Simplemente se queda ahí, su rostro desmoronándose, la realidad hundiéndose.

Está acabado.

Inclino mi mirada hacia el resto del consejo. —Dado que todos estamos de acuerdo con el trato que se ha presentado, nosotros en Grupo Pinnacle aceptamos oficialmente estos términos.

Mis ojos se posan en Alex ahora, encontrando su mirada a través de la habitación.

Él sonríe.

No se la devuelvo.

—Esta reunión ha terminado —declaro.

Lawrence es el primero en levantarse. Se abrocha la chaqueta del traje y sale a grandes zancadas, sin dedicar a Frank ni siquiera una

mirada. Pero Frank lo ve marcharse, ve cómo el hombre que claramente pensó que lo respaldaría le da la espalda por completo.

Los otros miembros del consejo siguen, saliendo, hablando entre ellos en voces bajas.

Frank se queda quieto.

Se queda allí durante un largo y patético momento, su expresión una mezcla de incredulidad y tranquila derrota. Y luego, finalmente, también sale, hombros caídos, pareciendo más pequeño de lo que parecía cuando entró.

Y entonces... silencio.

La sala de juntas está vacía ahora, excepto por mí.

Y Alex.

Me siento en la cabecera de la mesa. Él permanece en el otro extremo, sus guardias flanqueándolo, pero por lo demás, la habitación se siente cavernosa, como si hubiera demasiado espacio entre nosotros y no suficiente al mismo tiempo.

No sé por qué no me muevo.

Una tormenta de emociones agita mi pecho, emociones que no quiero nombrar. Porque la verdad es que hoy se suponía que iba a ser un desastre.

Deberíamos haber declarado la bancarrota. Debería haber sido votada fuera. Frank debería haber tomado el control.

Pero nada de eso sucedió. Por causa de Alex.

Y sin embargo... ¿qué? ¿Se supone que debo agradecerle por esto? ¿Se supone que debo correr hacia él, echándome en sus brazos,

olvidar todo lo que me hizo porque entró en el último segundo con su dinero y sus guardaespaldas y salvó el día?

La ira hierve bajo mis costillas, mezclándose con algo más pesado.

Porque recuerdo.

Recuerdo cómo me sentí ese día —cómo me permití sentir, cómo ya me estaba derrumbando solo para que él me destrozara por completo. Recuerdo lo estúpido que fue ser vulnerable con él.

Y nunca volveré a cometer ese error.

Pasa un largo momento. Y entonces me levanto, reuniendo mis archivos con manos firmes y dirigiéndome a la puerta.

A mitad de camino, oigo el giro de la tela, el raspado de una silla contra el suelo.

Alex se levanta. Yo no me detengo.

Mientras paso junto a él, se acerca, bajando la voz. —Katherine, por favor. Déjame explicar...

—No.

La palabra es tranquila pero firme. No lo miro. No le doy esa satisfacción.

Simplemente sigo caminando, pasando de él, pasando de sus guardias, pasando de la puerta.

Alex Valkov puede haber salvado al Grupo Pinnacle.

Puede haber salvado mi trabajo.

Pero nunca podré olvidar lo que me hizo.

Capítulo Quince

Alex

Solo necesito hablar con ella.

Ese pensamiento retumba en mi cabeza, implacable, volviendo una y otra vez como un maldito himno. Si tan solo pudiera hacer que me entienda, si pudiera explicarle por qué tuve que fingir ser un conserje, por qué me fui de esa manera... ella lo vería desde mi perspectiva. Cambiaría de opinión. Sé que lo hará.

Pero no me da la oportunidad.

La semana pasada ha sido un torbellino de actividad, la mayor parte bajo mi supervisión. Los activos del Grupo Pinnacle ya están en movimiento, transferidos sin problemas a mis propiedades inmobiliarias en Europa. Los pagos que he realizado a la empresa aseguran que todo siga funcionando sin contratiempos, sin tropiezos financieros, sin retrasos. He estado en las reuniones del consejo, sentado frente a ella mientras discutimos el desarrollo de infraestructura, cambios estratégicos, el nuevo panorama financiero. Algunos de mis principales asociados de Europa han volado hasta aquí, y hemos estado repasando los detalles, definiendo la visión a corto y largo plazo.

En el papel, todo está encajando perfectamente.

Pero mi mente no ha estado realmente en nada de eso.

Porque todo en lo que puedo pensar es en ella.

Todo en lo que puedo pensar es en lo mucho que necesito hablar con ella a solas. Pero cada vez que lo intento, ella mantiene la distancia, como si yo fuera una mina terrestre a la que se niega a

acercarse demasiado. Mantiene las cosas estrictamente profesionales: cortante, profesional, distante.

Es frustrante.

Habría pensado —esperado— que después de todo lo que he hecho por ella, después de salvar la empresa, asegurarme de que la junta no la despidiera, incluso lograr que esos cobardes sin espina dorsal se volvieran contra su traicionero y ladrón primo, ella al menos me habría permitido explicarme.

Pero lo entiendo. De verdad.

Fui frío antes de irme. Era necesario. Sé que está herida y sé que ya no confía en mí.

Pero sigue siendo mi pareja destinada.

Sigue siendo mía.

Y cuando finalmente pueda explicarle todo, cuando escuche la verdad, volverá a mí.

Respiro profundamente, inhalando el aroma del ramo de flores en mi mano mientras camino. La fragancia florece en mi nariz: rica, delicada, persistente. Mis dos guardaespaldas van ligeramente detrás de mí, sus pasos firmes contra el suelo de mármol.

Una pequeña sonrisa tira de la comisura de mi boca cuando noto las miradas de algunos del personal que aún permanecen en el edificio: jefes de departamento, asistentes, los rezagados nocturnos terminando su trabajo.

Asienten respetuosamente cuando paso, murmurando saludos educados, reconociéndome con sutil deferencia.

Es casi risible.

Estas mismas personas nunca me dedicaron una segunda mirada cuando estaba aquí como conserje. En aquel entonces, era invisible, un elemento del fondo, alguien junto al que pasarían sin pensarlo.

Llego a la puerta de la oficina de Katherine.

Sé que está ahí, aunque la jornada laboral terminó hace mucho. Siempre está ahí. Siempre trabajando hasta tarde, mucho después de que todos se hayan ido a casa.

Miro mi reloj. 8:59 PM. Una hora familiar.

Era cuando solía venir. Cuando nos sentábamos juntos en su oficina, cenando, hablando de todo y de nada.

Lo extraño. Lo extraño tanto.

Extraño el sonido de su voz, la forma en que su risa llenaba el espacio, la manera en que divagaba sobre su día, a veces desahogándose, a veces bromeando, a veces simplemente hablando por hablar.

Extraño lo fácil que era simplemente estar con ella.

Miro fijamente la puerta durante un largo segundo, dejando que el momento se asiente.

Y entonces... 9:00 PM.

En el segundo en que el minutero encaja en su lugar, inhalo profundamente, calmándome.

Y llamo a la puerta.

—Adelante.

Su voz resuena, firme y familiar. De la misma manera que siempre lo decía cuando yo solía venir a esta hora, cuando era solo el conserje. Cuando ella no sabía quién era yo realmente.

Me giro ligeramente, mirando a los guardias detrás de mí. Ellos no pertenecen a este espacio. No a nuestro espacio.

—Esperen aquí.

Inclinan la cabeza en silencioso reconocimiento, retrocediendo mientras alcanzo el pomo de la puerta. Con una respiración profunda, la abro y entro.

Y ahí está ella, justo como la recuerdo.

Sentada en su escritorio, bañada por el suave resplandor de la pantalla de su ordenador, sus rasgos nítidos e impecables, como siempre son. Su expresión es indescifrable, concentrada, sus ojos moviéndose por la pantalla como si lo que tiene delante fuera más importante que mi presencia.

Por un momento, simplemente me quedo ahí. Absorbiéndola con la mirada.

He pasado meses observándola desde esta misma puerta. Viéndola reír, viéndola suspirar frustrada, viéndola perderse en sus pensamientos mientras trabajaba. Solía pararme justo aquí, a veces haciendo una pregunta cuya respuesta ya conocía o haciendo un último comentario solo para robar un segundo extra contemplándola antes de irme.

Levanta la mirada, finalmente mirándome.

Su rostro no se inmuta, no al principio. Luego, capto el sutil parpadeo de sus ojos moviéndose más allá de mí, hacia el pasillo, posándose en los guardias que están detrás de mí.

Sus cejas se fruncen muy ligeramente, apenas un atisbo de desaprobación. Entro completamente en la oficina, cerrando la puerta tras de mí.

El silencio se instala entre nosotros.

Me quedo ahí, con el ramo de flores en la mano, esperando, observando.

Ella no habla. No se mueve. Simplemente me mira, y por mucho que intente descifrar su expresión, no puedo leer lo que está pasando por su mente.

Lo único que sé es que mi pulso se acelera, mi pecho se tensa con las emociones de estar a solas con ella nuevamente en este espacio.

Finalmente rompo el silencio.

—Buenas noches, Katherine.

Ella se endereza en su asiento, con las manos perfectamente quietas sobre su escritorio.

—Buenas noches, Sr. Valkov.

Su tono es seco. Cortante. Frío.

Y mi corazón se hunde al escucharlo.

—Katherine —doy un paso lento hacia adelante—. Sabes que puedes llamarme Alex.

Exhala por la nariz, negando ligeramente con la cabeza, como si hubiera dicho algo agotador. Luego, sin otra mirada hacia mí, vuelve a su pantalla, despidiéndome con la inclinación de su barbilla.

—La jornada laboral ha terminado, Sr. Valkov. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

Sr. Valkov.

Como si fuera solo otro empresario. Otro socio. Como si no fuera nada para ella.

Doy otro paso adelante, agarrando el ramo un poco más fuerte.

—Katherine —digo, con la voz más baja ahora—. Necesitamos hablar.

Ni siquiera levanta la mirada.

—Creo que ambos estamos al día en todos los asuntos relacionados con el trabajo. A menos que haya alguna actualización de la que deba estar al tanto...

—Katherine, para —las palabras salen atropelladamente antes de que pueda detenerlas—. No estoy aquí para hablar del trabajo. Estoy aquí para hablar de nosotros.

Un momento de silencio.

Finalmente, aparta la mirada de la pantalla y me mira de nuevo.

Hay algo ilegible en su expresión. Algo reservado.

—¿Nosotros?

Dice la palabra como si fuera extraña. Como si no perteneciera a su boca. Luego, niega con la cabeza, más tajante esta vez, más decidida.

—Si no está aquí para hablar de trabajo, entonces no hay nada de qué hablar, Sr. Valkov.

Inhalo profundamente, tratando de calmarme, tratando de encontrar las palabras correctas.

Otro paso más cerca. No demasiado, solo lo suficiente. Mi voz es más suave ahora, cuidadosa.

—Katherine, sé que te lastimé. Sé que fui terrible contigo antes de irme. Pero por favor, tienes que escucharme. Tienes que dejarme explicarte.

Su cabeza se inclina ligeramente, con la mandíbula tensa.

—No tengo que escuchar nada que no esté relacionado con nuestro acuerdo comercial.

Sus palabras cortan limpia y agudamente, cada sílaba con un mordisco, como si la mera sugerencia de que *tiene* que escucharme la irritara.

Exhalo, el aliento me abandona en un lento suspiro.

Solo necesito que escuche. Solo por un momento.

—¿No me he ganado al menos eso? —insisto—. Ayudé a salvar la empresa. Impedí que la junta te reemplazara. Incluso me deshice de Frank...

Sus ojos destellan, su expresión se retuerce en algo entre incredulidad e irritación.

No sé por qué me mira así. No le estoy echando nada en cara. Solo estoy exponiendo hechos y presentando un argumento para que al menos escuche lo que tengo que decir.

—Como mínimo, creo que me he ganado un minuto para explicarme. Para decirte por qué hice lo que hice.

Deja escapar una burla, negando con la cabeza como si acabara de decir algo blasfemo.

—Oh, ¿así que crees que debería estar agradecida? ¿Es eso? —Se recuesta, cruzando los brazos, su voz impregnada de sarcasmo—. ¿Crees que debería levantar las manos al aire y darte un abrazo?

—No es eso lo que estoy diciendo. Yo...

—No, Alex.

La forma en que dice mi nombre... es cortante, definitiva.

—No puedes venir aquí y hacerme exigencias.

Duele, la manera en que me habla así. Como si fuera solo un extraño forzando mi entrada en su mundo. Pero una pequeña parte de mí —la parte desesperada— al menos está aliviada de que me llamara Alex y no Sr. Valkov.

—Apareces aquí, flanqueado por tus guardias, como si estuvieras haciendo algún tipo de demostración de poder. Te apoderas de mi junta. Utilizas una crisis para imponer tu voluntad en mi empresa, haciendo que presionen por la expulsión de un miembro...

Algo en mí tira ante esa declaración.

—¿Frank? —interrumpo—. Hice eso para protegerte. Él quería sacarte más que nadie, y estaba robando a la empresa. Lo hice por ti.

Ella ni siquiera duda.

—¿Me lo preguntaste?

Silencio.

Trago saliva. No tengo respuesta para eso.

Ella continúa, su voz inquebrantable. —Pero ¿sabes qué? Te lo agradeceré, Alex.

Se endereza en su silla, sosteniendo mi mirada. Y por primera vez, no hay frialdad, no hay filo... solo sinceridad.

—Salvaste al Grupo Pinnacle. Salvaste mi posición. Y por eso, gracias.

Escucho la honestidad en su voz. Lo dice en serio. Pero entonces el acero regresa, la ira hirviendo bajo la superficie mientras continúa.

—Y tal vez eso te hace pensar que tienes derecho a pasear por aquí con tus guardias, alardeando de tu poder y riqueza. Tal vez te hace pensar que puedes entrar en mi oficina y exigir una conversación.

Sus ojos se endurecen, y cuando habla de nuevo, su voz es firme, inflexible.

—Pero déjame ser muy clara, Alex: lo que sea que hayas hecho, lo que sea que hayas arreglado, las jugadas de poder que hayas realizado... nada de eso te da derecho a pararte aquí y decirme que te debo algo más allá del trabajo.

Vuelve su atención a su ordenador, sus dedos moviéndose sobre el teclado con golpes rápidos y decisivos. —Ahora, si no hay nada más, me gustaría que saliera de mi oficina.

Sus palabras resuenan en mis oídos. Por un momento solo la miro fijamente, aunque ella no me concede ni una mirada. Solo fortalece mi determinación. Tengo que hacerle entender.

—No me iré a ninguna parte hasta que diga lo que necesito decir —respondo.

Se congela por una fracción de segundo, su cuerpo tensándose antes de volver sus ojos hacia mí. Y maldita sea si no duele, la manera en que me mira... sus ojos brillando, no con anhelo, sino con algo agudo y doloroso.

Extiende la mano, apagando su ordenador con un clic decisivo, y empieza a recoger sus cosas.

Un pánico silencioso se aprieta en mi pecho.

No puedo dejar que se vaya. No sin contarle todo.

—Katherine... —doy un pequeño paso adelante, viéndola meter archivos en su bolso—. ¿Qué estás haciendo?

—Me voy a casa —su tono es plano—. Si usted no se va, entonces lo haré yo.

Y entonces se mueve. Dirigiéndose a la puerta, pasando junto a mí como si no fuera más que aire.

Cada fibra de mi ser me grita que la detenga. Que extienda la mano, que la atraiga hacia mí, que la toque. Solo una vez. Para recordarle, y a mí mismo, cómo se siente en mis brazos.

No lo hago.

Pero trato de retenerla con mis palabras.

—Katherine, aquel día que me escuchaste hablando por teléfono... —las palabras salen precipitadamente antes de que pueda pensarlo —. Nunca quise hacerte daño. Lo siento. Solo lo hice porque...

Ella se detiene.

Y luego se gira.

Sus ojos se clavan en los míos, y el fuego en ellos casi me abrasa donde estoy.

—¿Acaso sabes lo que me hiciste ese día?

Su voz es diferente ahora. Baja. Temblorosa. Algo en ella hace que mi pecho se tense.

Da un paso más cerca. —¿Tienes alguna idea de lo que me hiciste, Alex?

Trago saliva, con la garganta seca.

No espera a que le responda.

—Ese día, descubrí que mis padres fueron asesinados.

Las palabras golpean como un puñetazo.

Está mirándome fijamente, pero es como si estuviera viendo algo completamente distinto. Su pérdida. El dolor. El horror de todo ello.

—Katherine, yo...

—Ese día, supe que las personas que los mataron podrían haber estado detrás del accidente de coche que casi me quita la vida. Que mi vida estaba en peligro.

Un fuerte suspiro escapa de sus labios, tembloroso y desigual, pero continúa.

—Lo vi en un video, Alex —traga con dificultad—. ¿Sabes lo que eso me hizo? ¿Ver imágenes de mis padres siendo asesinados? Después de creer todo este tiempo que fue un accidente? ¿Y luego descubrir que venían por mí después?

Su voz tiembla, y cada instinto en mí quiere atraerla a mis brazos, protegerla, hacer que todo desaparezca y decirle la verdad sobre el accidente de coche.

Doy un paso adelante. —Katherine, puedo expli...

—Y entonces fui a buscarte.

Me interrumpe, y todo mi cuerpo se tensa.

—No sabía a dónde más ir. Me estaba desmoronando, y todo en lo que podía pensar era: 'Si tan solo pudiera llegar a Alex'.

El dolor en mi pecho se profundiza.

—Corrí hacia ti.

Sus palabras sacuden algo dentro de mí.

—¿Y qué encontré?

Da otro paso más cerca, su expresión retorciéndose con dolor y furia a la vez.

—Que me habías estado utilizando todo el tiempo.

Mi mandíbula se tensa. —Katherine, eso no es...

—Pasé semanas... Meses incluso... pensando, esperando que fuera algún tipo de error —deja escapar una risa hueca—. Tal vez estabas drogado. Tal vez te estaban chantajeando. Pero no. Eras tú.

Su voz baja, cruda y herida.

—Me estaba desmoronando, Alex. Y corrí hacia ti.

Una única lágrima corre por su mejilla. Y eso es todo. Ese es mi punto de quiebre.

Me acerco a ella, mi mano rozando su brazo.

Ella la aparta de un manotazo.

—Ni se te ocurra.

Pasa un momento.

El aire entre nosotros es espeso, sofocante. El único sonido es nuestra respiración: la mía lenta y controlada, la suya inestable.

Se limpia la cara, su mano temblando por solo un segundo antes de recuperar la compostura. Se recompone ahora, como si se exigiera a sí misma no volver a ser vulnerable conmigo jamás, y cuando habla, su voz es como el acero.

—Durante tanto tiempo, tuve tantas preguntas.

Exhala, sus ojos fijos en los míos.

—Pero ahora? Ya ni siquiera me importa.

La finalidad en su voz me golpea más fuerte que una bala.

—No me importa cuál era tu misión. No me importa por qué hiciste lo que hiciste. Gracias por tu oferta de negocios. Salvaste mi empresa, y por eso, estoy agradecida. Pero por favor, ¿fuera del trabajo?

Su voz se vuelve fría. Distante.

—Quiero que me dejes en paz.

Se gira. Camina hacia la puerta.

Agarro el ramo de flores en mi mano, los tallos presionando contra mi palma.

Abre la puerta de golpe. Mis guardias siguen allí de pie.

Apenas los mira mientras pasa entre ellos. —Apártense de mi camino.

Se mueven al instante.

Me quedo allí, inmóvil, escuchando el sonido de sus tacones haciendo clic por el pasillo. El eco se desvanece, haciéndose más débil con cada paso.

Bajo la cabeza, mi pulso martilleando en mis oídos. Mi pecho duele, mi agarre apretando las flores hasta que los pétalos se arrugan.

Y en lo profundo de mí, mi lobo se agita.

Deja escapar un gruñido bajo y agitado... débil, dolorido.

Katherine es mi pareja destinada.

Y acaba de rechazarme.

Mi lobo se está debilitando. Adormecido. El rechazo filtrándose en mi ser.

Inhalo bruscamente, mi mandíbula tensándose.

No.

La recuperaré. Debo hacerlo.

Cueste lo que cueste.

Capítulo Dieciséis

Katherine

Han pasado dos semanas desde que Pinnacle Group estuvo al borde del colapso. Catorce días desde que la compañía casi se declaró en bancarrota, desde que estuve a punto de ser expulsada de mi propio puesto como CEO.

Ahora, todo es diferente. Casi milagrosamente. La recuperación ha sido nada menos que impresionante, el tipo de repunte que hace que los analistas financieros se queden boquiabiertos. Las cifras no solo han vuelto a donde solían estar, están subiendo más alto, más fuerte. Hay impulso. Hay esperanza. Hay una oportunidad real de llevar esta empresa más allá de lo que jamás ha sido.

Debería sentirse como una victoria. Debería sentirme aliviada, quizás incluso un poco triunfante.

Y en cierto modo, lo estoy. Es más fácil respirar ahora, sin el peso constante del desastre inminente presionando sobre mis hombros. La sala de juntas ya no es un campo de batalla estos días. Frank se ha ido. Y con él, al menos parte del peligro. Lawrence y los ancianos de la familia también han retrocedido.

Y lo más importante: James está progresando. Un progreso lento y frustrante, pero progreso al fin y al cabo. Cada día, está más cerca de descubrir la verdad. La verdad sobre quién mandó matar a mis padres. La verdad sobre quién me quiere muerta.

Eso debería ser mi enfoque. Eso debería ser lo que ocupa mi mente.

Pero no lo es.

Porque durante las últimas dos semanas, he tenido que lidiar con él.

Alex.

Cada día, está ahí. Sentado frente a mí en las reuniones del consejo, merodeando en los bordes de mi vida laboral como una sombra inevitable. Como si no tuviera ya suficientes recordatorios de cómo me dejé engañar por él.

Y luego, están las flores.

Rosas. Lirios. Orquídeas. Algunas enviadas a mi oficina, otras entregadas directamente a mi ático, porque aparentemente, se niega a reconocer el espacio personal. Siempre con una nota. Siempre con alguna variación de *Necesitamos hablar o Por favor escúchame.* Como si algún arreglo floral bellamente dispuesto pudiera borrar la traición.

Bueno. Todo eso termina hoy.

Marcho por el pasillo, mis manos apretando la carpeta que sostengo. La reunión del consejo está a punto de comenzar, y este es el día. Este es el día en que pondré fin a cualquier juego que él crea que está jugando.

Las puertas de la sala de juntas se abren cuando las empujo, y apenas disminuyo mi paso mientras me dirijo hacia mi asiento en la cabecera de la larga y reluciente mesa.

—Buenos días —digo, ofreciendo un breve asentimiento a los miembros del consejo mientras paso.

Todos están aquí: cada uno de ellos sentado, listo, carpetas abiertas, bolígrafos en mano. Los sospechosos habituales. Las personas que dirigen esta empresa junto a mí, los que casi me derribaron, y ahora pretenden que nunca lo consideraron.

Y luego está él.

Alex está sentado en el extremo opuesto de la mesa, directamente frente a mí, como siempre.

No lo miro. No realmente. Solo una mirada. Solo lo suficiente para notar que, por una vez, tuvo el sentido de no traer a sus guardaespaldas con él hoy. Al menos eso es algo.

Me acomodo en mi silla, ordenando los papeles frente a mí.

—Muy bien —digo, dejando que mi voz corte limpiamente a través de los murmullos de pequeñas conversaciones que aún persisten en la sala—. Comencemos.

Andrew es el primero en hablar, como de costumbre. Es rutina: siempre inicia las cosas con una actualización sobre la situación actual de la empresa. Pero hoy, su voz lleva un poco más de entusiasmo, el tipo de energía que viene de entregar solo buenas noticias. Suena como un hombre que ama lo que está a punto de decir.

—Buenos días a todos —comienza, aclarándose la garganta ligeramente antes de lanzarse—. Me gustaría empezar informando al consejo sobre los avances que han surgido como resultado de nuestra asociación con el Sr. Alex Valkov.

Con eso, hace un gesto hacia Alex, quien permanece sentado, tan ilegible como siempre. Su expresión es tranquila, compuesta, incluso pulida.

Andrew continúa, su entusiasmo creciendo.

—En primer lugar, los números se ven excelentes. No solo estamos fuera de peligro, estamos bien lejos de la bancarrota. Y todavía mejora. Actualmente estamos generando ganancias que superan

algunos de nuestros mejores períodos de rendimiento. Pero, ¿la verdadera emoción? Las proyecciones.

Una ondulación se mueve por la sala. Comienzan los murmullos, bajos pero inconfundiblemente complacidos. Ya puedo verlo, los cambios sutiles en la postura, los asentimientos de aprobación, las miradas complacidas intercambiadas entre los miembros del consejo.

Andrew apenas hace una pausa antes de rematar. —Tal como están las cosas, estamos en camino de generar ingresos récord en el próximo trimestre.

Ahora, las reacciones son más pronunciadas: susurros complacidos, sonrisas formándose, algunos incluso inclinándose hacia adelante en sus asientos. Es el tipo de noticias que les encanta escuchar. El tipo que llena sus bolsillos.

Andrew continúa, su energía solo creciendo. —La transferencia de activos e infraestructura a las propiedades inmobiliarias en Europa, que el Sr. Valkov tan gentilmente nos permitió usar, ha sido un cambio de juego. Nos ha abierto los ojos al potencial y las posibilidades de expandirnos al mercado europeo.

—Además, a través de las conexiones del Sr. Valkov, hemos construido relaciones de trabajo sólidas con contratistas en Europa. Los beneficios de continuar por este camino son innegables. Hemos encontrado un mercado viable. Hay acceso a mano de obra asequible, acceso a materiales asequibles. Una base europea, junto con una expansión a largo plazo, presenta enormes oportunidades.

Más asentimientos de aprobación. Más murmullos de acuerdo. Ahora prácticamente están resplandecientes, todos y cada uno de ellos. Esto es lo que querían. Más dinero. Mayores oportunidades.

Yo, sin embargo, mantengo mi expresión neutral. Inmóvil. Impasible.

Andrew continúa, todavía radiante. —En resumen, estamos en una posición notablemente estable. Podría decirse que mejor de lo que estábamos antes de que comenzara la crisis. Con nuestra posición financiera actual, no solo podemos mantener nuestra presencia europea, sino incluso reconsiderar el plan de expansión asiático en un futuro próximo.

Hace una pausa, dejando que el peso de eso se asiente antes de finalmente añadir: —Nada de esto hubiera sido posible sin el apoyo financiero, el acceso inmobiliario y los invaluables contactos proporcionados por el Sr. Alex Valkov. Así que, me gustaría agradecerle personalmente, y creo que hablo por todos nosotros cuando lo hago.

Se sienta de nuevo, todavía sonriendo. Todos están sonriendo ahora, todos mirando hacia Alex con lo que solo puedo describir como gratitud.

Alex, a su vez, ofrece un pequeño asentimiento. Nada exagerado. Solo un reconocimiento tranquilo y controlado de su agradecimiento. Hay un leve rastro de satisfacción en su rostro, pero nada que revele alguna emoción real.

Aclaro mi garganta, y justo así, cada par de ojos en la sala se vuelve hacia mí. Sus expresiones aún no han cambiado: todavía brillantes, todavía complacidos con la brillante actualización que acaban de recibir.

Me dirijo a Alex, manteniendo mi postura compuesta, mi rostro ilegible. Mi voz es profesional.

—En nombre de todo Pinnacle Group, me gustaría agradecerle formalmente, Sr. Valkov —digo, cada palabra medida—. Su ayuda ha sido invaluable para nuestra empresa. Usted intervino en nuestra hora más oscura, y no lo olvidaremos.

Aplausos estallan casi inmediatamente. Algunos incluso asienten como para enfatizar su acuerdo.

Alex mantiene mi mirada, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. Hay un ligero fruncimiento en su ceño cuando digo Sr. Valkov. Es sutil, solo un destello de algo antes de suavizarlo. Sé que quiere que lo llame Alex. Pero no lo hago.

Y no le devuelvo la sonrisa. Ni siquiera un atisbo de una. Mi rostro permanece inexpresivo, impasible.

Los aplausos duran más de lo que espero, pero espero, dejando que sigan su curso. Y cuando finalmente se apagan, hablo de nuevo.

—Sin embargo —comienzo, con un tono nítido—, tengo un anuncio importante que hacer con respecto a nuestra asociación con el Sr. Valkov.

La energía en la sala cambia. Los murmullos se desvanecen, pero el aire permanece expectante. Todavía están emocionados por las noticias.

Y entonces suelto la bomba.

—Me gustaría anunciar que para fin de mes, terminaremos nuestra asociación con el Sr. Valkov.

Silencio.

Es como si el aire hubiera sido succionado de la habitación.

La reacción es inmediata. Las sutiles sonrisas desaparecen, reemplazadas por confusión. Las cejas se fruncen. Los miembros del consejo intercambian miradas, buscando en los rostros de los demás como si uno de ellos pudiera tener una respuesta garabateada en su frente.

Alex solo me mira. Su expresión es ilegible, pero hay algo ahí, algo hirviendo bajo la superficie que no tengo la paciencia para descifrar.

No me importa. Continúo.

—En el próximo mes, comenzaremos el proceso de redirigir nuestros activos de vuelta al suelo nacional —declaro firmemente—. Esto nos permitirá liberar las propiedades inmobiliarias del Sr. Valkov y facilitar una transferencia completa. Nuevamente, quiero expresar nuestra gratitud por su generosidad, pero la empresa ahora está estable. Podemos avanzar por nuestra cuenta.

Silencio.

La confusión en la sala se convierte en incomodidad, inquietud.

Nadie sabe qué decir.

Entonces, Lawrence se aclara la garganta a mi lado. Su voz es tranquila, cuidadosa. —Sra. CEO, esto es... bastante sorprendente. Creo que deberíamos tomarnos un tiempo antes de tomar esa decisión. Como mínimo, deberíamos deliberar.

Mi respuesta es inmediata. —¿Qué hay que deliberar? La empresa está saludable. Podemos volver a nuestro modo estándar de operación. No podemos esperar seguir siendo una carga para el Sr. Valkov.

Andrew duda, luego habla. —Si me permite... no parece que sea una gran carga para él. —Su tono es cauteloso, como si ya supiera que

no me gustará lo que está diciendo.

Y entonces Alex habla.

—No es una carga en absoluto.

Su voz es profunda, firme. Del tipo que corta la tensión sin esfuerzo. Y de repente, todos los ojos de la sala vuelven a estar en él.

Su mirada permanece en la mía. Firme. Intensa.

—Nunca es una carga —dice, su voz lenta, intencional—. No cuando lo estoy haciendo por ella.

Mi estómago se contrae. El calor sube por mi cara, parte frustración, parte algo más que me niego a nombrar.

¿Por qué diría eso? ¿Por qué demonios diría algo así aquí, frente a todo el consejo?

Lo reprimo. Trago la irritación, trago todo lo demás, y mantengo mi voz uniforme. Profesional. Distante.

—Pinnacle Group no se construyó sobre la caridad. —Mis palabras son precisas—. Agradecemos su ayuda. Realmente lo hacemos. Pero ahora estamos estables, y comenzaremos a tomar medidas para volver a operaciones independientes.

Nadie habla.

Recojo mis cosas. La reunión ha terminado. Me pongo de pie, empujando hacia atrás mi silla, y me dirijo hacia la puerta.

Cada paso es pesado bajo la intensidad de sus miradas.

No lo aprueban. Por supuesto que no.

Alex los está haciendo más ricos de lo que jamás imaginaron. Esta asociación es una mina de oro, y quieren seguir excavando.

Pero no puedo.

No puedo seguir viéndolo en mi espacio. No puedo seguir sintiendo el aguijón de la traición cada vez que lo miro. No puedo seguir reviviendo el momento en que me di cuenta de que no era más que un medio para un fin para él.

Lo quiero fuera de mi empresa.

Fuera de mi vida.

Giro el picaporte de mi oficina, entro y la cierro detrás de mí. Por un momento, simplemente me quedo ahí parada en medio de la habitación, inhalando profundamente, luego dejando escapar un suspiro largo y medido. Es en parte para liberar la tensión de los eventos de esa sala de juntas, pero principalmente debido al estado absoluto de mi oficina.

Alex la ha convertido en un maldito jardín botánico.

Flores. Por todas partes.

Ramos de todo tipo —lujosos arreglos de rosas, lirios, tulipanes, orquídeas— desbordándose sobre el escritorio, la mesa de café, las estanterías. Algunos están equilibrados precariamente en el alféizar de la ventana, otros apilados desordenadamente cerca de la pared donde la mujer de entrega debe haberlos dejado. Ya ni siquiera me molesto en seguir el ritmo de las notas.

Llegan todos los días, cada una con algún mensaje que me niego a leer. Al principio, intenté devolverlas, pero eso se convirtió en todo un lío: la mujer de entrega se quedaba ahí parada, nerviosa, insistiendo en que tenía que dejarlas. Después de un tiempo, simplemente me rendí y le dije que las pusiera en cualquier lugar.

Y ahora mi oficina parece una maldita exhibición del Día de San Valentín.

Niego con la cabeza, caminando cuidadosamente entre el caos floral mientras me dirijo a mi escritorio. El aire está impregnado con el aroma de las flores: dulce, empalagoso, abrumador.

No me conmueve. No de la manera en que Alex probablemente espera que lo haga.

Si acaso, solo me irrita más. Cada ramo es un recordatorio de lo estúpida que fui, de lo ingenua que me permití ser. Por lo que sé, esto podría ser solo otro de sus juegos, otra estratagema.

Me siento en mi silla, exhalo otro suspiro y aparto todo lo demás de mi mente. Hay trabajo que hacer. Trabajo real. Especialmente ahora que tengo que comenzar a poner las cosas en marcha para la terminación de nuestra asociación.

Me pongo a ello inmediatamente, los dedos tecleando en mi teclado, los ojos fijos en mi pantalla.

No sé cuánto tiempo trabajo. Podría ser una hora. Quizás más. El tiempo siempre se escapa cuando estoy concentrada. Pero entonces...

Alguien llama a la puerta.

Dejo de escribir, pero no levanto la mirada. Mis labios se aprietan, la irritación surgiendo instantáneamente.

No respondo.

Vuelve a sonar. Más insistente esta vez.

Cierro los ojos brevemente, preparándome para lo que está por venir. Otra ronda de Alex apareciendo, tratando de hacer que lo

escuche. Otro episodio agotador de mí diciéndole que no estoy interesada en nada de lo que tenga que decir.

Exhalo bruscamente. —Adelante.

La puerta se abre.

No es Alex.

Es Lawrence.

Una extraña mezcla de emociones me invade. No puedo decir si es alivio o decepción, o ambos al mismo tiempo. Hay una parte de mí, una parte que sigo tratando de reprimir, que quiere que sea Alex. Que quiere que atraviese esa puerta, su presencia llenando el espacio como siempre lo hace.

Ignoro esa parte. La sofoco.

Encuentro la mirada de Lawrence, mi expresión firme. —Tío Lawrence. ¿A qué debo esta visita? —Mi tono es cortante, profesional.

Él da unos pasos más adentro de la habitación, sus ojos agudos recorriendo el desorden de flores. Deja escapar una breve risa. —Veo que el Sr. Valkov ha estado dejando muy claras sus intenciones.

No reacciono. No reconozco la declaración. Solo levanto una ceja hacia él, esperando.

Toma asiento frente a mí, apoyando sus manos en los brazos de la silla, su postura relajada pero su mirada aguda. —Katherine. Necesitamos hablar.

Por supuesto que sí.

Suspiro, recostándome en mi silla. —Tío Lawrence, si entras en mi oficina, ya sé que es porque necesitamos hablar. Ve al grano.

No pierde el tiempo.

—Tu anuncio en la reunión —dice, con voz firme—. Este plan para terminar la asociación con el Sr. Valkov. Es absurdo.

Inclino ligeramente la cabeza, estudiándolo.

Él continúa. —Esa asociación es la razón por la que esta empresa sigue en pie. Es la razón por la que no solo nos hemos estabilizado, sino que estamos en posición para una expansión importante. Es, francamente, la movida más inteligente que esta empresa ha hecho jamás. Así que dime, Katherine, ¿por qué demonios querrías terminarla? Y de manera tan innecesaria, además.

—Ya declaré mis razones —respondo uniformemente—. Esta empresa no se construyó sobre la caridad. Necesitamos volver a operaciones independientes, y necesitamos hacerlo ahora.

Su mirada no vacila. —Estás tomando una decisión que impactará directamente los intereses financieros del consejo. Si creen que estás amenazando sus ganancias, se resistirán. ¿Te das cuenta de que podrían destituirte?

Mis labios se contraen ligeramente, el humor de esto llegándome. ¿Es el mismo Lawrence que estaba a medio suspiro de liderar una votación para destituirme? ¿Ahora de repente me está dando consejos sobre cómo mantener mi posición?

Sus cejas se juntan. —¿Esto te... parece gracioso?

—Sí, de hecho. Lo es. —Me inclino ligeramente hacia adelante, apoyando mis brazos en mi escritorio—. No hace mucho tiempo, estabas listo para liderar una votación para que me reemplazaran por tu querido Frank. Y ahora estás preocupado por decisiones que podrían costarme mi trabajo? Por supuesto que es gracioso. —Mi voz

es seca cuando continúo—. Siempre me has odiado, tío Lawrence. Si estoy tomando decisiones que podrían costarme mi trabajo, deberías estar encantado.

Sus ojos permanecen fijos en los míos, firmes, ilegibles. Entonces...

—No te odio —dice, con voz baja—. No me gustas particularmente. Pero no te odio. Así como tampoco amo particularmente a Frank.

Arqueo una ceja.

Se mueve ligeramente, enderezándose en su silla, su tono volviéndose declarativo. —Soy el líder de los ancianos de la familia. Los ancianos, como estoy seguro que sabes, son responsables de asegurar que Pinnacle Group, una empresa construida sobre el nombre Lockhart, permanezca fuerte. Y que continúe adhiriéndose a las tradiciones que la han hecho exitosa durante generaciones.

Mantiene mi mirada, sus siguientes palabras lentas, deliberadas.

—Tú, Katherine, eres la persona más rebelde que conozco. Escupes en la cara de las tradiciones. No estás casada. Diriges esta empresa sin un marido a tu lado. Así no es como se hacían las cosas en esta familia. Por eso favorecí a Frank, porque está casado y alineado con los valores que he jurado defender.

No digo nada. Solo escucho.

—Pero ahora —continúa—, Frank ya no está en el consejo. Y tú estás coqueteando con un motín en toda regla. Si tus acciones son vistas como una amenaza directa a las ganancias del consejo, tendrán una razón para destituirte. Y si eso sucede, por primera vez en la historia, un Lockhart no será el CEO de Pinnacle Group.

Su voz baja, final e inquebrantable.

—Eso no sucederá bajo mi vigilancia.

Inhalo lentamente.

Siempre he sabido que los ancianos estaban obsesionados con sus tradiciones obsoletas. Me han resentido desde el momento en que tomé el control, no porque fuera incompetente, sino porque era una mujer. Porque no tenía marido que me "guiara".

¿Pero ahora? Veo el panorama completo.

Lawrence no me es leal. No le es leal a Frank. Su única lealtad es a los ancianos. Al nombre.

Dejo que el silencio se extienda, luego asiento lentamente. —Presentaré un plan para asegurar al consejo que la empresa será igual de rentable sin la asociación. —Mi voz es tranquila, decisiva—. Pero de una forma u otra, la asociación con Alex termina.

Lawrence no rompe el contacto visual. Me estudia, su mandíbula tensándose ligeramente, como si estuviera sopesando si presionar más. Entonces, finalmente, exhala por la nariz.

—Eres terca —dice.

—Eres observador —respondo secamente.

Él sigue mirando, como si buscara una grieta, una vacilación, algo con lo que trabajar. Pero no lo encontrará.

Después de un momento, se recuesta en la silla, cruzando una pierna sobre la otra. —Espero, por tu bien, que tu plan sea tan sólido como tus convicciones.

—Lo será.

Pasa un momento. Luego su mirada recorre una vez más el mar de flores. Su expresión es ilegible, pero hay algo en la forma en que sus

ojos se detienen en ellas, como si estuviera armando algún rompecabezas que solo él puede ver.

Luego se vuelve hacia mí, su voz bajando a ese tono bajo y medido suyo. —Es extraño. —Una pausa, un destello de algo conocedor en su mirada—. Cuando este hombre fingía ser un conserje, por razones que ni conozco ni entiendo, parecías decidida a estar con él. Y ahora que ha revelado su riqueza, ahora que está dejando claras sus intenciones de manera evidente, parece que no quieres nada más que deshacerte de él.

Mi mandíbula se tensa. Muevo mi enfoque a la pantalla de mi computadora, mis dedos flotando sobre el teclado. No voy a involucrarme en esto.

—Ese es un asunto privado —digo cortante, con desdén.

Lawrence apenas reconoce mis palabras. Simplemente se recuesta, completamente imperturbable. —Bueno —dice, con voz casual, como si estuviera discutiendo algo tan trivial como el clima—, los ancianos han estado observando. Y por todas las indicaciones, ciertamente es una buena opción.

Mis dedos se curvan en un puño sobre el escritorio.

—También está bastante claro que va detrás de ti —continúa—. Y todos estamos de acuerdo en que la familia y la empresa se beneficiarían si te casaras con él.

Mis ojos vuelven a él de golpe.

La pura audacia.

Esa irritación aguda y abrasiva surge a través de mí, caliente y amarga. Pero me obligo a permanecer quieta, mi expresión cuidadosamente compuesta.

Lawrence, por supuesto, simplemente continúa, completamente ajeno, o peor, indiferente, a lo irritantes que son sus palabras. —Sería un compañero fuerte para ti —reflexiona—. Y un excelente líder para la empresa. Tiene la aprobación del consejo. Y de los ancianos.

La misoginia prácticamente goteando de sus palabras.

Esa es su manera, estos ancianos. Siempre buscando a un hombre para tomar las riendas, siempre conspirando para empujarme al fondo. No importa cuánto haya hecho por esta empresa. En sus ojos, nunca seré suficiente, no por mí misma.

Me siento más erguida, mi columna rígida con desafío. —Yo soy la líder de esta empresa, tío Lawrence. —Mi voz es fría, inquebrantable —. No Alex. No ningún hombre.

Un pesado silencio cae entre nosotros.

Lawrence me mira fijamente por un largo e ilegible momento.

Entonces, sin una palabra más, se levanta de su silla y se dirige hacia la puerta.

Pero justo cuando la alcanza, se detiene. Se vuelve.

—Considera tu próxima línea de acción con mucho cuidado, Katherine.

Su voz es tranquila, pero la gravedad de sus palabras es inconfundible.

Y luego se ha ido. La puerta se cierra con un clic detrás de él.

Obligo a mis ojos a volver a la pantalla, forzándome a concentrarme. *Trabajo, Katherine. Concéntrate en el trabajo.*

Pero mi mente ya ha comenzado a dar vueltas, mis pensamientos girando en bucles implacables.

Alex.

Solo pensar en su nombre envía una punzada a través de mi pecho, un agudo e inoportuno recordatorio de todo lo que hizo. De cómo me dejé engañar por él. De lo estúpida que fui al ser tan abierta, tan vulnerable.

¿Y ahora? Ahora los ancianos de la familia están presionando por una unión. Como si mi vida fuera algún tipo de transacción comercial que ellos pueden negociar.

Alex, implacable como siempre, se niega a captar la indirecta, sin importar cuántas veces lo haya rechazado, sin importar cuán claro le haya dejado que no quiero verlo, hablar con él, tener nada que ver con él.

¿Y el consejo? Por supuesto, quieren que se quede. ¿Por qué no lo harían? Está asegurando sus inversiones. Para ellos, es un activo.

Para mí, es un problema.

Un problema que no desaparecerá.

Me recuesto en mi silla, exhalando bruscamente mientras presiono mis dedos contra mi sien. Tengo que alejarlo de mí. Tengo que se me ocurra algo. Alguna manera de hacer que se vaya. Para siempre.

Capítulo Diecisiete

Katherine

El bar está vivo con un tipo de energía tranquila, de esa que te envuelve y te hace olvidar el caos que hay fuera de sus puertas. El suave murmullo de las conversaciones, el ocasional tintineo del hielo contra el cristal, el ritmo lento y seductor de la música... todo se mezcla en algo reconfortante, algo que me permite respirar un poco más fácilmente.

El aire está impregnado con el aroma del whisky añejo, los cítricos macerados y el rastro tenue y persistente de colonia cara de los hombres y mujeres dispersos por el salón. Es un lugar hecho para relajarse, para perderse en la tenue iluminación y el cómodo peso de una copa en la mano.

He estado esperando este día con ansias. Desde que Alice llegó a la ciudad hace unos días, he estado contando los minutos para que podamos tomar algo y ponernos al día.

Ahora está sentada frente a mí. Su presencia me da estabilidad de una manera que pocas cosas logran estos días. Hace meses que no nos vemos y, sin embargo, nada de esto me resulta extraño. Siempre ha tenido esa capacidad de hacerme sentir segura, incluso cuando todo lo demás en mi vida está fuera de control.

Agito distraídamente mi cóctel, observando cómo la luz atrapa el líquido, transformándolo en profundos tonos ámbar y dorado. Es casi hipnótico, una distracción del peso de todo lo que acabo de soltar a sus pies.

Porque acabo de contarle absolutamente todo.

Le hablé sobre el accidente de coche, ese que casi acaba con mi vida. Le conté sobre el vídeo que James me mostró, ese que reabrió heridas que no estaba preparada para afrontar, ese que me hizo darme cuenta de una verdad desgarradora: mis padres fueron asesinados. Y quien lo hizo no ha terminado aún.

Le conté que Alex no era quien yo pensaba. Que nunca fue solo un conserje que estuvo en el lugar y momento adecuados. Que era un lobo cambiante. Un príncipe. Un hombre con una misión... un hombre que me engañó y me dejó destrozada en un millón de pedazos.

Y, como si eso no fuera suficiente, cómo apareció en el último segundo, haciendo alarde de su absurda riqueza e influencia para salvar a Pinnacle Group del borde del colapso. Y cómo ahora Lawrence y los ancianos de la familia están entusiasmados con la idea de que me case con él, y que la junta directiva está pendiente de cada una de sus palabras.

Lo solté todo. Dejé que cada palabra se derramara en el aire entre nosotras, esperando la reacción de Alice, algún tipo de confirmación de que lo que siento es válido, de que toda esta situación es tan absurda como suena.

Ella no parece sorprendida.

Arquea ligeramente la ceja, su expresión indescifrable, pero no hay conmoción. No hay incredulidad con ojos abiertos. Solo... algo conocedor que permanece en la forma en que me observa.

Sus dedos descansan ligeramente sobre el tallo de su copa, y finalmente habla.

—Habría estado allí en un instante si hubiera sabido lo que estaba pasando con la empresa antes —dice, su voz cálida, sincera.

Algo tenso en mi pecho se afloja solo un poco. Sé que lo dice en serio.

—Sé que lo habrías hecho —digo suavemente, tomando un sorbo de mi bebida.

Ella asiente, con la mirada pensativa. Cuando habla de nuevo, su voz se vuelve más baja, cuidadosa y medida.

—Y el vídeo sobre tus padres... debe haber sido difícil.

Me esfuerzo por mantener una expresión neutral, pero el recuerdo aún escuece, un dolor agudo y sordo que se asienta en mis costillas.

—Lo fue —las palabras salen parejas, firmes, pero ella debe oír algo en mi tono, algo que no pretendo dejar escapar.

No insiste. En cambio, extiende la mano por encima de la mesa y posa su mano sobre la mía, un pequeño gesto silencioso que dice más que cualquier otra cosa.

—Estoy aquí para ti, Katherine —murmura—. Esto debe ser... mucho.

Asiento porque, sí, esa es la subestimación del siglo. Es mucho. Y lo que lo hace peor es que Alex sigue ocupando espacio en mi mente, dando vueltas como algún fantasma que se niega a ser exorcizado.

—Lo peor ya ha pasado —digo, intentando sonar como si lo creyera —. La empresa está estable, y mi investigador privado está trabajando para desentrañar la verdad sobre quién mató a mis padres y quién está intentando matarme —tomo un respiro lento, dejando que las palabras se asienten—. Ahora mismo, solo necesito

alejar a Alex de mí. Ya he empezado a redactar un plan para mostrar a la junta que no lo necesitamos para generar dinero.

Alice asiente, lenta, deliberadamente, su expresión tan indescifrable como siempre. Me estudia por un momento, como si estuviera sopesando algo, y luego habla.

—Yo sabía quién era.

Parpadeo. Mis cejas se levantan ligeramente. No esperaba eso.

—¿Lo sabías? —las palabras se escapan casi por voluntad propia.

Ella no duda.

—La primera noche que me hablaste de él, percibí un olor en ti. Pude notar que habías estado cerca de un cambiante.

Así que por eso tenía esa mirada ese día.

—Un tiempo después me lo encontré en tu oficina. El día que fui a despedirme antes de regresar. Y confirmé quién era. Alex Valkov, Príncipe del Reino de los Lobos Europeos.

Un momento de silencio se extiende entre nosotras. Me giro ligeramente en mi asiento, tratando de procesar lo que acaba de decir.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Su expresión se suaviza.

—Honestamente, porque pensé que sería mejor si él te lo decía por sí mismo —hay algo casi apologético en su voz, algo sincero—. Era obvio que realmente te importaba. Y merecías escucharlo de él.

Es dulce. Realmente lo es. Pero también es un poco amargamente divertido, de una manera retorcida. El hecho de que fuera tan obvio

para todos —incluida Alice— que yo tenía sentimientos por él. Y sin embargo, para Alex, no fui más que un medio para un fin.

Dejo escapar un suspiro silencioso.

—Bueno... tanto para eso —las palabras saben amargas en mi boca —. Ahora, solo quiero alejarlo de mí.

Alice inclina ligeramente la cabeza.

—¿Se niega a dejarte en paz?

Resoplo.

—No deja de decir que necesita explicarse, como si hubiera algo que pudiera decir para arreglarlo todo. Ni siquiera sé cuál era su supuesta misión, y sinceramente —niego con la cabeza—, ya no me importa.

Ella se queda callada por un momento, como si estuviera dando vueltas a algo en su mente. Entonces, de repente, algo cambia en su expresión. Una idea surge detrás de sus ojos.

—Tal vez deberías empezar a salir con alguien más.

Parpadeo.

—¿Qué?

Ella se inclina ligeramente hacia adelante.

—Si estuvieras con otra persona, él vería que has seguido adelante. Y también ayudaría con los ancianos de tu familia, les quitaría la presión sobre él.

Dejo que sus palabras se asienten, dándoles vueltas en mi mente. No se equivoca. Lawrence y los ancianos ya están prácticamente salivando por Alex. Si estuviera con otra persona, serían receptivos a la idea de que lo corte. Y si puedo convencer a la junta de que no lo

necesitamos, entonces tal vez, solo tal vez, no tendré que seguir soportando su presencia en mi vida.

Solo hay un problema.

—Eso podría funcionar —admito—. Pero no es como si tuviera muchas opciones ahora mismo. No tengo tiempo para citas con todo lo demás que está pasando.

Alice apenas duda antes de decir:

—Yo te presentaré a alguien.

Arqueo una ceja, sin poder evitar la sonrisa que tira de mis labios.

—¿Desde cuándo te dedicas a hacer de casamentera, Alice? —mi voz está impregnada de humor, la pura absurdidad de esta conversación alcanzándome.

Alice ni siquiera levanta la mirada. Ya está sacando su teléfono, sus dedos volando sobre la pantalla como si estuviera cerrando un trato de negocios, no entrometiéndose en mi vida amorosa.

—Recuerdas a Jimmy, ¿verdad? El segundo al mando de mi pareja —dice, con los ojos aún pegados a su teléfono mientras teclea—. Le estoy enviando un mensaje ahora mismo para que se ponga en contacto contigo.

Parpadeo.

—Vaya. No estamos perdiendo el tiempo, ¿eh? —hay una falsa sorpresa en mi tono, pero sinceramente, no debería sorprenderme. Alice nunca ha sido del tipo que duda una vez que ha tomado una decisión.

—Bueno —arrastra las palabras, mirándome finalmente, una sonrisa jugando en la comisura de sus labios—. Ya que has desarrollado una

cosa por los lobos cambiantes, soy una experta en el campo —hay un destello burlón en sus ojos, uno que hace imposible no poner los míos en blanco en respuesta.

Pero entonces, justo así, el humor se transforma. Me mira, y su expresión se estabiliza, volviéndose seria. No exactamente pesada, pero firme. Segura.

—Es poderoso, lo suficientemente poderoso como para que Alex pueda captar la indirecta y retroceda. Y es exactamente el tipo de persona que los ancianos de tu familia aprobarían.

Mientras la escucho, sé que tiene razón. Jimmy es bastante poderoso, incluso en el mundo humano. Y aunque nunca lo he visto como más que un conocido amistoso, cumple con todos los requisitos que Lawrence y los ancianos querrían para una posible pareja para mí.

Si no otra cosa, podría ser suficiente para mantener a Alex alejado.

Exhalo, asintiendo ligeramente.

—Gracias, Alice.

Alice me sonríe antes de levantarse, alisando la tela de su vestido.

—Necesito ir al baño. Estos cócteles tienen ese efecto cuando llevas varias copas —pone los ojos en blanco consigo misma, ya girándose hacia el aseo.

Y es entonces cuando me golpea.

Un pensamiento. Un recuerdo. Algo que Alex dijo, enterrado bajo todo lo demás que ha estado sucediendo, pero de repente, ahora, en este momento, resurge con asombrosa claridad.

Ni siquiera pienso, solo hablo.

—Ah, y hay otra cosa.

Alice se detiene a mitad de paso, volviéndose hacia mí, con una ceja levantada en señal de interrogación.

Encuentro su mirada.

—Alex me dijo una vez que estábamos... predestinados —la palabra se siente extraña en mi lengua, demasiado pesada, demasiado envuelta en algo que no entiendo completamente—. Que estamos unidos el uno al otro de alguna manera.

Su expresión cambia instantáneamente.

Sus ojos se ensanchan, el cambio tan inmediato que hace que mi pulso se acelere. Hay un destello de algo —¿reconocimiento? ¿comprensión?— y me clava en el lugar, con la respiración atrapada en algún lugar de mi pecho.

Continúo.

—Sonaba como algo de cambiantes. Algo que no podía entender en ese momento. Quería descartarlo como una mentira, algo que dijo para manipularme debido a cualquier misión en la que estuviera —hago una pausa, dudando por un segundo antes de añadir—: Pero mencionó un hilo. Un hilo dorado.

La expresión de Alice se profundiza. La alegría de antes ha desaparecido hace tiempo, reemplazada por algo mucho más serio.

—Y lo he estado viendo —continúo, con voz un poco más baja ahora —. Como destellos ante mis ojos. Algún tipo de visión o algo así. Era más fuerte cuando él estaba cerca. Después de que se fuera, se detuvo. Pero ahora que ha regresado... está sucediendo de nuevo.

Hay un momento de silencio.

Alice simplemente me observa. Como si estuviera leyendo algo en mí que ni siquiera yo entiendo. Como si estuviera viendo una imagen para la que aún no tengo todas las piezas.

Abro la boca para decir algo más, para preguntarle exactamente qué está pensando, pero antes de que pueda, exhala, inclinando ligeramente la cabeza.

—Hmm —es un sonido pensativo, como si estuviera midiendo sus palabras. Y entonces, después de un momento, habla—. Bueno... ese es su problema. Debería haber pensado en eso antes de mentirte.

Parpadeo.

—Entonces... ¿es real?

Ella asiente, lenta y deliberadamente.

—Lo es —pero entonces su expresión se suaviza, y hay algo cálido en su tono cuando añade—: Pero no te preocupes. No es un problema para ti.

Quiero insistir. Debería insistir. Pero antes de que pueda, me da una pequeña mirada conocedora.

—Volveré en un minuto.

Y así, sin más, se gira, dirigiéndose al baño, dejándome solo con mi bebida, mis pensamientos, y el fantasma de un hilo dorado persistiendo en los bordes de mi visión.

A medida que pasan los minutos, no puedo sacarme de la cabeza cómo reaccionó Alice cuando mencioné el hilo. Algo en la mirada de su rostro cuando mencioné lo de las parejas destinadas no me deja en paz. Parecía preocupada, y Alice no es del tipo que se preocupa

fácilmente. Es la reina de un reino de lobos, por el amor de Dios. Si ella piensa que algo es serio, entonces probablemente lo sea.

Y aunque me dijo que no es algo de lo que deba preocuparme, la forma en que habló sobre ello... como si fuera algo con lo que Alex tendrá que lidiar... sonaba como si hubiera algún tipo de consecuencia. Como si todo este asunto del vínculo predestinado no fuera solo alguna tontería poética de cambiantes, sino una fuerza real y tangible que hace algo.

Tomo otro sorbo de mi bebida, dejando que el alcohol se asiente en mi sistema, deseando que me estabilice. Debería estar furiosa con Alex. Estoy furiosa. No debería importarme si algo le sucede. Me mintió. Me usó. Me hizo creer en algo que nunca fue real. Debería estar perfectamente feliz de dejar que sea su problema lo que sea que esto es.

Pero no lo estoy.

Porque no importa cuánto quiera suprimirlo, hay una parte de mí — una pequeña y obstinada parte— que sí se preocupa. Que no quiere que algo malo le suceda.

Odio esa parte.

Doy otro sorbo, exhalando lentamente.

Entonces escucho una voz desde atrás.

—¿Katherine?

Mi cuerpo se pone rígido antes incluso de girarme. Y cuando lo hago, mis ojos se ensanchan ligeramente con incredulidad al posarse sobre Alex.

Está ahí de pie, su amplia figura pareciendo aún más grande desde donde estoy sentada. Su presencia me envuelve instantáneamente, engullendo el espacio entre nosotros sin siquiera moverse.

Hay una fracción de segundo en la que mi mente se apresura a ponerse al día, donde absorbo la visión de él, la forma en que sus ojos están fijos en mí, indescifrables pero intensos.

Entonces la comprensión me golpea como agua helada.

¿Me... siguió hasta aquí?

El calor sube por mi cuello mientras mi pulso se acelera, mi estómago retorciéndose con irritación.

Da un paso adelante, lento, cauteloso.

—Katherine —dice de nuevo, su voz profunda y segura—. Realmente necesitamos hablar.

Dejo escapar un suspiro cortante.

—¿Me has seguido hasta aquí?

—Sí, lo hice —su tono es irritantemente objetivo, como si estuviera afirmando algo completamente normal. Como si la gente simplemente siguiera a otras personas y no fuera gran cosa.

Mi ceño se frunce.

—¿Crees que eso está bien?

Exhala por la nariz, con la mandíbula tensa.

—Katherine, sé que estás molesta. Pero tenemos que hablar.

Algo en la forma en que dice eso, que *tenemos* que hablar, raspa contra cada nervio de mi cuerpo. Como si le debiera esto. Como si tuviera que escucharlo.

¿Y lo peor? Alguna pequeña y traidora parte de mí quiere escuchar.

Pero empujo esa parte muy, muy profundo. No voy a caer en nada de nuevo.

—No tenemos que hablar, Alex —mi voz es firme, mis palabras cortantes.

Su expresión se endurece, solo un poco.

—Katherine...

—No quiero hablar contigo, Alex. Ya hemos tenido esta conversación.

—No la hemos tenido —argumenta, su voz todavía tranquila pero más insistente ahora—. No realmente. Y es importante. Necesito explicarte las cosas.

Antes de que pueda responder bruscamente, otra voz interviene.

—Creo que es suficiente —dice Alice.

Su voz es afilada, firme, impregnada de una autoridad que exige atención. Avanza, interponiéndose entre nosotros, su presencia como un muro de ladrillos entre Alex y yo.

Sus ojos se fijan en los de él, sin vacilar.

—Ella ha dejado muy claro que no quiere hablar contigo.

Alex no se inmuta. Pero hay un cambio en su expresión, un destello de algo indescifrable. Está claro para mí que no esperaba ver a Alice aquí.

El momento se extiende entre ellos, cargado de tensión. Están midiéndose ahora, de pie a solo un suspiro de distancia, atrapados en algún enfrentamiento silencioso. Mi pulso late con más fuerza.

Entonces Alice inclina ligeramente la cabeza, su voz más baja, bordeada de algo frío.

—Te advertí que no hirieras a mi amiga.

Alex inhala profundamente, su expresión torciéndose, pensativa, casi arrepentida. Todavía se parece a él, todavía lleva esa confianza inquebrantable, pero hay algo más en sus ojos. Algo... inquieto.

Alice se vuelve hacia mí entonces, sus ojos suavizándose.

—No tienes que escucharlo si no quieres.

Se mantiene firme, una barrera constante entre Alex y yo.

Por encima de su hombro, Alex encuentra mi mirada. Hay algo sincero en sus ojos, algo gentil. Una súplica silenciosa, como si quisiera que escuchara lo que sea que tiene que decir.

Pero no puedo. No me permitiré pensar en ello.

Porque recuerdo. Recuerdo aquel día en mi apartamento. Recuerdo cómo la verdad se desenredó justo frente a mí, lo tonta que me sentí, lo usada que me sentí.

Y me prometí a mí misma que nunca permitiría que nada me hiciera sentir tan estúpida de nuevo.

Me levanto de mi asiento lentamente.

—Alice, podemos irnos ahora —digo. Mantengo mis ojos en ella, negándome a mirar a Alex siquiera.

Ella asiente, cogiendo su bolso de la mesa en un movimiento rápido. Sin decir una palabra más, nos dirigimos hacia la salida.

Siento sus ojos sobre mí mientras me voy. El peso de ellos, la atracción de ellos. Pero no me detengo.

Tal vez esto con Jimmy ayudará. Tal vez me dará la distancia que necesito. Tal vez, con alguien más en el panorama, no tendré que seguir mirando a los ojos de Alex y reviviendo el dolor de lo que me hizo.

Porque una cosa es cierta: no puedo seguir así. No lo haré. Quiero seguir adelante sin él, convertirlo en nada más que un recuerdo, una sombra en el pasado donde pertenece.

Y eso es exactamente lo que haré. Cueste lo que cueste.

Capítulo Dieciocho

Katherine

El restaurante es hermoso. De esos lugares con iluminación dorada tenue, suave jazz de fondo y camareros que se mueven como si flotaran. El aroma a pan recién horneado permanece en el aire, mezclándose con la sutil y cara colonia de los elegantes clientes a nuestro alrededor. Las paredes están revestidas de caoba oscura, dando al espacio una sensación acogedora e íntima. Es el tipo de restaurante al que llevas a citas que realmente quieres impresionar.

Y aquí estoy, en una cita con Jimmy.

Miro al otro lado de la mesa, dejando que mi mirada se pose en sus facciones por un momento. No lo negaré: es increíblemente guapo.

Cabello negro azabache, espeso e impactante, ligeramente despeinado pero todavía pulcro de una manera que parece intencional. Mandíbula fuerte, pómulos altos, una barba bien recortada que le da un toque de rudeza mientras sigue siendo elegante. Y sus ojos, de un gris acero profundo, agudos y observadores. No revelan nada, pero hay algo intenso en ellos, algo que sugiere que ha visto mucho.

Esta es apenas nuestra segunda cita. Segunda cita en solo unos días.

El pensamiento hace que algo se tense en mi pecho. No sé qué es, quizás el ritmo de todo, lo rápido que parece estar avanzando todo. O tal vez es el simple hecho de que estoy aquí, sentada frente a un hombre que es, por todos lados, una pareja perfecta.

Y sin embargo...

Jimmy levanta la mirada justo entonces, pillándome mirándolo. Sus labios se curvan en una sonrisa lenta y despreocupada. —¿Me estás revisando de arriba abajo?

Parpadeo, atrapada. Mis labios se tensan en algo educado. —Ya quisieras —respondo con ligereza, tomando mi copa de vino y dando un sorbo.

Él se ríe, con una risa profunda y grave. —Es justo.

Vuelvo la mirada a mi plato, reconcentrándome en mi comida. Pero mi mente no me deja respirar.

Porque he estado sentada frente a una mesa como esta antes.

Con él.

Recuerdo cómo solía comer Alex, tan tranquilo, tan seguro. Como si nada en el mundo pudiera alterarlo jamás. Nunca se apresuraba, nunca vacilaba. Solo esa confianza silenciosa, como si fuera dueño de cada espacio en el que entraba. Y lo hacía con tanta naturalidad.

Recuerdo cómo a veces me observaba comer, con esa mirada profundamente intensa que me hacía estremecer cada vez que la veía.

Y recuerdo cuánto me encantaba eso.

Inhalo lentamente, forzando el recuerdo hacia abajo, encerrándolo. Trato de concentrarme en el hombre frente a mí. Jimmy es encantador. Es amable. Tiene esta presencia tranquila, como si nada realmente le afectara. Es atento, está presente. Es todo lo que una mujer debería desear.

Entonces, ¿por qué siento que cada momento que paso con él solo profundiza mis recuerdos de Alex?

Jimmy me observa por un momento y luego inclina ligeramente la cabeza. —Bien —dice, dejando el tenedor—. ¿Qué está pasando por esa cabeza tuya?

Lo miro. —Nada —digo automáticamente.

Me lanza una mirada de complicidad. —¿Ves esa respuesta? Esa es la mentira número uno que dicen las mujeres cuando todo está pasando por sus cabezas.

Una pequeña sonrisa reticente tira de mis labios. —¿Ah, sí?

—Oh, sí —asiente, inclinándose hacia adelante, apoyando sus brazos en la mesa—. Eso, y "Estoy bien". Un clásico.

Suelto una pequeña risa, sacudiendo la cabeza. —Bueno, por suerte para mí, aún no he usado la carta de "Estoy bien".

—Sí, y estoy aterrorizado para cuando lo hagas. —Sus ojos brillan con diversión, pero hay algo más por debajo. Una agudeza silenciosa, una perspicacia. Él sabe un poco sobre Alex, le conté sobre el cambiante que resultó ser un príncipe durante nuestra primera cita. Y de repente me siento mal porque es obvio que estoy pensando en él.

Me muevo en mi asiento, mirando hacia mi plato, moviendo la comida con el tenedor. Debería decir algo. Cambiar de tema. Llevar esta conversación a cualquier otro lugar.

Pero no puedo. Porque la verdad es que mi mente sigue atrapada en el pasado, enredada en hilos dorados que no comprendo, acosada por un par de ojos penetrantes que todavía me tienen atrapada, sin importar cuánto trate de ignorarlo.

No debería estar pensando en Alex, no cuando Jimmy está sentado justo aquí frente a mí. No cuando está intentándolo. Y sin embargo,

es en todo lo que puedo pensar.

El resto de la cena pasa rápidamente, y pronto Jimmy y yo salimos del restaurante tomados del brazo. Agarro mi bolso un poco más fuerte, sacudiendo ligeramente la cabeza, como si el movimiento por sí solo pudiera obligar a mi mente a centrarse en el momento y dejar de divagar hacia Alex.

Jimmy me empuja juguetonamente con el codo, devolviéndome al momento. —No puedo esperar a echar un vistazo a lo que pasa por esa mente tuya —dice, su voz ligera, burlona.

Parpadeo hacia él y luego esbozo una pequeña sonrisa, aunque se siente más educada que genuina. —Oh, créeme, te aburrirías en un instante.

—Lo dudo. —Sonríe, sus ojos brillando divertidos.

Mientras caminamos hacia el estacionamiento, lo miro. Objetivamente hablando, es un hombre hermoso. Y sin embargo, estando aquí, con mi brazo enlazado con el suyo, no hay chispa. No hay fuego. No hay dolor.

Y entonces noto una pequeña mancha de salsa en la comisura de su boca. Sin pensar, levanto la mano y paso el pulgar por su labio inferior para limpiarla. Es un gesto inocente, uno que ni siquiera registro.

—Cuidado, Katherine —murmura Jimmy, con un tono burlón en su voz—. Parece que empiezo a caerte bien.

Pero antes de que pueda responder, una voz corta el aire nocturno, aguda, baja y familiar.

—¿Katherine?

Mi cuerpo se tensa instantáneamente. Cada nervio en mi sistema se pone en alerta máxima.

Lentamente, me doy la vuelta, y Alex está justo ahí.

Está a unos metros de distancia, su postura tensa, sus anchos hombros rígidos, y sus ojos, afilados y ardiendo con algo ilegible. Pero es la forma en que nos está mirando, a Jimmy, lo que realmente hace que mi pulso se dispare.

Tomo aire, forzando a la sorpresa a bajar. —Alex, ¿qué estás haciendo aquí?

Mi voz sale más firme de lo que me siento, pero la ira está burbujeando bajo la superficie ahora mientras mi mente comienza a armar lo que está sucediendo. Me siguió hasta aquí.

Alex no me responde. No de inmediato. Toda su atención está fija en Jimmy, su expresión oscura, indescifrable. Sus manos están cerradas en puños a los costados, pero no se mueve.

Entonces, después de un momento de silencio, su voz corta el aire de nuevo. —¿Quién diablos eres tú?

Jimmy se queda callado por un momento, luego, de manera totalmente relajada, sonríe con suficiencia. —Solo soy un tipo en una cita con una mujer hermosa.

Y entonces, me acerca más a él.

El movimiento es sutil, casual, pero deliberado. Y siento la reacción de Alex antes incluso de verla.

Todo su cuerpo se vuelve rígido, su expresión oscureciéndose de una manera que envía una sacudida de tensión directamente a través de mí. Da un solo paso adelante y, por un segundo, juro que está a

punto de hacer algo. Sus músculos se tensan como un depredador a punto de atacar, pero entonces... se detiene.

Inhala bruscamente, su pecho subiendo y bajando, y cuando finalmente dirige sus ojos hacia mí, hay algo allí que hace que mi estómago se caiga.

Dolor. Decepción.

—¿Por qué estás haciendo esto? —dice, su voz más tranquila ahora, pero no menos intensa.

Parpadeo, mi cuerpo bloqueándose. —¿Haciendo qué?

Sus ojos taladran los míos. —¿Por qué estás perdiendo el tiempo?

Algo en mí estalla.

La osadía. El descaro puro.

Doy un paso adelante, desenredándome del agarre de Jimmy, mi propia ira elevándose como un incendio. —No tienes derecho a preguntarme eso, Alex. —Mi voz es firme, más alta de lo que pretendo—. No tienes derecho a cuestionar mis decisiones.

Su mandíbula se tensa, su expresión indescifrable, pero veo el destello de algo en sus ojos, algo crudo, algo real.

Jimmy simplemente se ríe. —Hombre, tienes agallas. —Da un paso adelante, su presencia tranquila pero sin retroceder—. Pero lo entiendo. Debe ser duro ver lo que dejaste escapar.

La mirada de Alex se dirige a él tan rápido que casi me estremezco.

Jimmy deja escapar otra risa baja, sacudiendo la cabeza mientras da un paso adelante, su confianza prácticamente goteando de cada uno de sus movimientos. Inclina ligeramente la cabeza, su sonrisa se

profundiza mientras mira a Alex como si ya hubiera ganado cualquier guerra silenciosa que se está gestando entre ellos.

—¿Sabes, Alex? Casi siento lástima por ti —reflexiona Jimmy, su voz impregnada de diversión—. Parado aquí, viendo a otro tipo tomar tu lugar. Debe estar comiéndote por dentro.

Alex no se mueve, ni siquiera parpadea, pero veo la tensión ondular a través de él. Sus dedos se contraen a sus costados, y sus ojos arden con algo oscuro, algo controlado, pero apenas.

Inhala profundamente, sus fosas nasales dilatándose, y luego, lentamente, exhala, recuperando su compostura de hierro. Cuando finalmente habla, su voz es inquietantemente tranquila, suave como el terciopelo pero afilada como un cuchillo.

—¿Crees que esto es un juego? —dice Alex, inclinando ligeramente la cabeza, estrechando los ojos hacia Jimmy—. ¿Crees que porque ella está parada junto a ti ahora mismo significa algo?

Jimmy levanta una ceja, pareciendo divertido. —Estoy bastante seguro de que eso es exactamente lo que significa.

Alex sonríe, pero no es amistoso. Es letal.

—No —dice simplemente—. Significa que está tratando de ponerme celoso. Y lo admito, Katherine, es un esfuerzo sólido. —Su mirada se dirige a mí, aguda y conocedora—. Casi convincente.

Una oleada de irritación se enciende dentro de mí, caliente y eléctrica.

La osadía.

Mis dedos se curvan en puños a mis costados mientras lo fulmino con la mirada. —En serio crees que todo gira alrededor de ti,

¿verdad?

Alex ni siquiera duda. —No. Solo tú.

Mi respiración se corta durante medio segundo antes de que lo supere. Sacudo la cabeza, exhalando bruscamente. —Increíble.

Alex continúa, su atención fijada únicamente en mí. —No sé por qué estás perdiendo el tiempo, Katherine. —Su voz baja, más firme ahora, más segura—. Él no es yo. Nunca lo será.

Jimmy se burla, pero apenas lo registro porque Alex da un paso adelante, su presencia envolviéndome como un campo de fuerza.

—Lo sabes —continúa Alex, su voz aún más baja ahora, más suave pero no menos intensa—. En el fondo, sabes que él es solo una distracción. Porque lo que tenemos... —Exhala bruscamente, sacudiendo la cabeza—. No es algo que puedas reemplazar. No con él. No con nadie.

Debería alejarme. Pero no lo hago.

Porque mi cuerpo está congelado, inmovilizado por sus palabras, la verdad en ellas que no quiero reconocer.

Porque parte de mí sabe que tiene razón.

Y odio eso.

Odio que no importa cuán enojada esté, no importa cuánto quiera borrarlo de mi vida, él todavía me conoce. Todavía me ve de una manera que nadie más lo hace. Y sabe que yo también lo siento.

Lo que solo hace que mi ira aumente más.

Enderezó los hombros, levantando la barbilla desafiante. —Vaya. Realmente eres así de engreído, ¿no?

La expresión de Alex no cambia, pero hay algo en sus ojos, algo feroz e implacable. —Somos destinados, Katherine.

Algo en mi pecho se tensa ante la mención de la palabra.

Como si esto fuera algún tipo de destino sobre el que no tengo control. Como si no tuviera elección.

Dejo escapar un fuerte suspiro, mi paciencia rompiéndose oficialmente. Sacudo la cabeza y tomo la mano de Jimmy, entrelazando mis dedos con los suyos sin pensarlo.

Jimmy aprieta mi mano al instante, siguiendo el juego como si fuera natural.

Los ojos de Alex bajan a nuestras manos unidas y por primera vez desde que comenzó esta conversación, veo algo vulnerable en su rostro.

Mi agarre se aprieta alrededor de la mano de Jimmy, mis uñas clavándose en su piel mientras doy un paso hacia Alex, mi sangre hirviendo, mi corazón doliendo.

—¿Realmente crees que eres tan importante, ¿verdad? —Mi voz tiembla, no con miedo, sino con una rabia que ha estado hirviendo durante demasiado tiempo—. ¿Crees que tú decides a quién quiero? ¿A quién elijo? —Me burlo—. Déjame aclarar algo, Alex: no me importa todo esto de "compañeros destinados". No lo quiero. Puedo estar con quien yo quiera. Y ahora mismo, no eres tú.

Alex no se mueve. Pero su mandíbula se tensa, su respiración se agudiza, y en el tenue resplandor de las farolas, veo algo en sus ojos. Un destello de dolor.

Bien.

Porque merece sufrir.

—No tienes derecho a seguirme a todas partes —escupo, mi voz quebrándose, mis emociones borboteando—. ¡No puedes rastrearme, aparecer en mis citas, actuar como si me poseyeras! ¡No me posees, Alex!

Trago con dificultad, forzándome a continuar, a decir lo que terminará con esto de una vez por todas.

—No te quiero en mi vida —digo, y las palabras duelen, Dios, duelen, pero necesito decirlas. Necesito superar esto, superarlo a él —. Quiero que me dejes en paz. Solo déjame ir, Alex.

Por una fracción de segundo, solo me mira, su rostro indescifrable, su expresión cuidadosamente en blanco. Pero sus ojos están gritando.

Sin decir una palabra más, agarro la mano de Jimmy con más fuerza, tirando de él conmigo, mi pulso martilleando mientras pasamos junto a Alex, mientras lucho contra el impulso de volver, de mirarlo una última vez.

Pero justo entonces, él habla de nuevo.

—Sé quién intentó matarte.

Las palabras apenas son más que un susurro, pero me detienen en seco.

Mi corazón golpea contra mis costillas. Me giro lentamente, mi pulso un ritmo caótico en mi pecho.

—¿Qué acabas de decir? —Mi voz apenas está por encima de un susurro, pero corta a través del aire espeso y cargado entre nosotros.

Alex inhala profundamente, luego se vuelve hacia Jimmy con una mirada que deja en claro que lo que está a punto de decir a continuación, es solo para mí.

Mi ira todavía arde, y por un momento, considero rechazarlo rotundamente. Pero sus palabras permanecen en el aire, demasiado pesadas para ignorarlas. Mi mente vuelve al accidente, a lo cerca que estuve de morir. Y si Alex sabe quién estaba detrás, necesito escuchar lo que tiene que decir.

Me vuelvo hacia Jimmy. Él encuentra mi mirada, una pregunta silenciosa en sus ojos.

Asiento. —Está bien, Jimmy. Danos un minuto, por favor.

Él me estudia por un momento, luego asiente lentamente antes de alejarse, metiéndose más en el estacionamiento, poniendo suficiente distancia entre nosotros.

En el momento en que está lo suficientemente lejos, Alex no duda. Habla.

—El accidente de auto —dice, su voz baja, firme—. No fue tu primo ni nadie de la junta. —Da un paso adelante—. Fue mi tío.

El mundo se inclina.

Entrecierro los ojos, la confusión nublando mi mente.

—Es lo que he estado tratando de decirte —dice, su voz baja, urgente. Hay una sinceridad allí que puedo sentir profundamente en mi pecho, sin importar cuánto quiera luchar contra ella.

Da un paso más cerca. —Te dije quién era, pero nunca te dije por qué estaba aquí. Lo que estaba haciendo, actuando como conserje en tu empresa.

Su voz es firme, pero hay algo pesado debajo, algo cargado con el tipo de verdad que sacude el suelo debajo de ti.

—Te dije que era el Príncipe del Reino de los Lobos Europeos —continúa, y luego su expresión se endurece—. Y ahora, estoy ante ti como el Rey. Pero tuve que luchar por ello, Katherine. Tuve que luchar contra mi tío.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, y juro que el aire a mi alrededor cambia. Hay una opresión en mi pecho que no puedo explicar, como algo que presiona, obligándome a absorber cada sílaba.

—Después de que mi padre murió —dice Alex, su voz oscureciéndose—, mi tío Valerian usurpó el trono que legítimamente era mío. Lo hizo a través de mentiras, a través de sobornos, manipulando al consejo, convenciéndolos de que su reclamo era más fuerte que el mío. —Su mandíbula se tensa—. Los compró, uno por uno, hasta que las personas que debían proteger el trono se lo entregaron a él.

Esto es una locura. Esto va más allá de cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Y sin embargo... le creo.

Puedo verlo en su rostro, en la forma en que sus manos se aprietan a sus costados cuando habla de ello. Esto no es una historia. Esto no es alguna estratagema para que lo perdone. Esta es su vida.

Alex continúa hablando.

—Me exiliaron de mi propio reino —dice, sus labios presionándose por un breve momento—. Sabía que no podría regresar hasta que pudiera probar que Valerian robó el trono. Eso es lo que me llevó al Grupo Pinnacle.

Mi ceño se frunce ligeramente. *¿Qué tiene que ver mi empresa con todo esto?*

Alex capta el destello de confusión en mis ojos y responde antes de que pueda preguntar.

—Valerian sabía que no podía hacer sus sobornos directamente. Habría sido demasiado obvio, demasiado fácil de rastrear. Así que usó tu empresa, Katherine. Usó Grupo Pinnacle para facilitar las transferencias de activos, para mover el dinero a los miembros del consejo que estaban dispuestos a traicionar a su propio rey.

El aliento que finalmente logré tomar desaparece.

Mi cabeza se sacude ligeramente, mi voz apenas estable mientras trato de darle sentido a todo. —Así que te infiltraste —murmuro, juntando las piezas—. Por eso estabas allí.

Alex asiente. —Tenía que conseguir las pruebas, Katherine. Tenía que probar lo que hizo. Pasé meses haciéndome pasar por conserje, reuniendo cada documento, cada registro financiero que pudiera exponerlo. Esa era mi misión.

Sacudo la cabeza, mi mente luchando por seguir el ritmo, por procesar todo lo que me está diciendo. Y sin embargo, hay una cosa que todavía no tiene sentido, una cosa que me aterroriza más que cualquier otra.

—¿Por qué querría tu tío verme muerta? —pregunto, y odio cómo suena mi voz. Insegura. Pequeña.

Alex no duda. Su respuesta es inmediata.

—Por mí.

Sus ojos no dejan los míos. Arden en mí, clavándome en el lugar, haciendo imposible moverme.

—Porque me importas —dice.

Mi mente queda en blanco. Completa, aterradoramente en blanco.

Hay algo en su voz, algo que hace que mi estómago se retuerza.

Pero Alex no para.

—Mientras estaba en Pinnacle, Valerian descubrió lo que estaba haciendo —continúa, su voz más tranquila ahora—. Intentó detenerme. Por eso vino por ti. —Traga con dificultad, como si físicamente le doliera decir la siguiente parte—. Porque sabía que si algo te pasaba... —Su voz vacila por solo un segundo antes de recomponerse—... no habría podido continuar.

Se siente como si un velo hubiera sido arrancado en mi mente, desnudando todo, obligándome a verlo todo de manera diferente.

Él... ¿Hizo eso para protegerme? ¿De su tío?

Alex avanza, cerrando el espacio entre nosotros. Está cerca ahora, demasiado cerca, más cerca de lo que lo he dejado estar en mucho tiempo. Y sin embargo, no me muevo.

Mi cabeza se inclina hacia atrás mientras miro a sus ojos, esos ojos penetrantes que me han perseguido cada noche desde que salió de mi vida.

—Katherine —dice, su voz firme, baja—. Ese día que me escuchaste por teléfono. El día que te dije que solo te estaba usando... fue el día más difícil de mi vida.

Una respiración aguda se atasca en mi garganta.

—Había visto hasta dónde llegaría Valerian —continúa—. Estuve tan cerca de perderte para siempre, y sabía que no se detendría. Él seguiría viniendo por ti, seguiría encontrando nuevas formas de hacerte daño... por mi culpa. —Su mandíbula se tensa, todo su cuerpo tenso con tensión—. Así que hice lo único que se me ocurrió. Te alejé.

Su voz baja más, casi un susurro. —Era la única forma que conocía.

Las palabras me golpean como un golpe físico, sacándome el aire de los pulmones.

Alex da otro paso adelante, y siento el calor de su cuerpo, la pura presencia de él como la gravedad atrayéndome.

—Lo siento, Katherine —dice, su voz quebrándose ligeramente en los bordes—. No he dejado de pensar en la mirada en tus ojos ese día. En la forma en que te lastimé. En la forma en que te hice dudar de todo. Odié cada palabra que te dije. —Exhala, y juro que veo sus manos cerrarse como si físicamente se estuviera conteniendo—. Pero tenía que asegurarme de que estuvieras a salvo.

Hace una pausa, sus ojos buscando los míos. Son inquebrantables, crudos con emoción, con verdad.

—Entiendo que estés enojada conmigo. Y tienes todo el derecho a estarlo. —Su voz apenas está por encima de un suspiro ahora—. Pero necesito que entiendas.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada latido golpeando mis costillas con una fuerza insoportable.

Alex hizo eso... ¿para protegerme?

Todo lo que creía saber, todo de lo que me convencí que era verdad, acaba de ser desgarrado en las costuras.

No sé cómo procesar esto.

Capítulo Diecinueve

Katherine

El horizonte de la ciudad se extiende más allá de las paredes de cristal de mi oficina, pero apenas lo veo. Mis manos descansan inmóviles sobre mi escritorio, con los dedos curvados alrededor de un bolígrafo con el que no he escrito ni una sola palabra. Mi mente es un caos, un torbellino de emociones que no puedo controlar.

La noche anterior se repite una y otra vez en mi cabeza como una película atascada.

La voz de Alex. Sus ojos. La forma en que me miró, como si yo fuera lo único en el mundo que importaba. Como si se estuviera ahogando y yo fuera lo único que lo mantenía a flote.

Cierro los ojos por un segundo, inhalando bruscamente, tratando de borrar esa imagen de mi mente, pero no se va.

La verdad en su voz, la honestidad cruda en sus ojos cuando me contó todo... sacudió algo muy profundo dentro de mí. Pasó por un infierno. Luchando por su trono. Traicionado por su propia sangre. Exiliado. Y encima de todo eso, también cargó con el peso de tratar de protegerme.

Y sin embargo, por mucho que la verdad me estremezca... no es eso lo que mantiene mi pulso acelerado. No es eso lo que hace que mi estómago se retuerza y mi respiración se entrecorte.

Es la forma en que me sentí cuando se acercó. Su calor. Su aroma. Su atracción.

Lo odio. Odio que no importa cuánto lo intente, no importa cuántas murallas levante, mi cuerpo me traiciona en cuanto él está cerca. Es

como si mi alma reconociera algo que me niego a admitir.

Todavía siento algo muy fuerte por él.

Aprieto los dientes, mis dedos se tensan alrededor del bolígrafo con frustración. Por eso me fui anoche. Era demasiado... demasiado intenso.

Apenas logré soportar el viaje en coche a casa con Jimmy, mi mente tan enredada en Alex que apenas podía formar una frase. Jimmy no insistió. No preguntó. Solo me dio esa mirada tranquila y comprensiva, por la que estuve profundamente, profundamente agradecida.

Antes de bajar del coche, mencionó que pasaría por mi oficina hoy. Dijo que necesitábamos hablar. Y ahora, durante la última hora, he estado preguntándome qué quiere decirme.

Un golpe en la puerta me devuelve al presente.

Me enderezo, ajustándome el puño de la blusa, alisando una mano por mi regazo como si eso de alguna manera pudiera arreglar el desorden en mi cabeza.

—Adelante —digo, con voz firme a pesar de la tormenta en mi interior.

La puerta se abre, y Jimmy entra, vestido elegante, como siempre. Esa misma confianza natural en su forma de moverse. Pero hay algo diferente en su expresión hoy: menos juguetona, más pensativa.

Trago saliva, forzando una pequeña sonrisa. —Hola.

—Hola. —Cierra la puerta detrás de él, luego se apoya contra ella por un segundo, observándome—. ¿Cómo te sientes?

Una risa irónica se me escapa antes de que pueda detenerla. —Como si mi cerebro estuviera corriendo un maratón para el que no me inscribí.

Sonríe con sorna, apartándose de la puerta y dirigiéndose hacia mi escritorio. —Sí. Me lo imaginaba.

Hay un momento de silencio. Entonces, exhala y mete las manos en sus bolsillos. —Escucha... sobre anoche.

Mi garganta se tensa. —¿Sí?

Su mirada parpadea sobre mí, como si estuviera evaluando algo, antes de señalar la silla frente a mí. —¿Te importa si me siento?

Niego con la cabeza.

Se sienta, con los codos apoyados en sus muslos, las manos unidas sin apretar.

—Solo quiero decir... que lo entiendo.

Mi estómago se contrae. —¿Entiendes qué?

Exhala, frotándose la nuca. Su habitual sonrisa burlona ha desaparecido, reemplazada por algo más suave, algo real.

—Mira —comienza, con voz firme pero más suave de lo que jamás la he oído—. Creo que ambos sabemos lo que está pasando aquí.

Me muevo en mi asiento, tragando con dificultad. —¿Qué quieres decir?

Sus labios se contraen como si estuviera conteniendo una risita. —Katherine. —Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. No tienes que fingir conmigo. Lo veo. Lo vi anoche. —Sus ojos se encuentran con los míos, sin vacilar—. Todavía sientes algo por él.

Las palabras caen como un golpe directo a mi pecho.

Abro la boca para discutir, para negarlo, para decir algo, pero no sale nada. Porque, ¿qué demonios se supone que debo decir?

Tiene razón.

Aparto la mirada, mi mente buscando desesperadamente una explicación que no me haga parecer un completo desastre.

Pero entonces, Jimmy suelta una pequeña risa, ligera y despreocupada. —Relájate, Kat. No estoy enfadado. ¿Honestamente? Ni siquiera creo que realmente empezara a sentir algo por ti.

Mi cabeza se levanta de golpe, los ojos muy abiertos.

Él sonríe. —No me malinterpretes: eres preciosa, eres inteligentísima, y cualquier hombre tendría suerte de tenerte. —Inclina la cabeza, estudiándome—. ¿Pero yo? Nunca estuve realmente interesado, no como debería haberlo estado.

Una lenta comprensión se apodera de mí.

—Tú... —Niego con la cabeza, parpadeando—. ¿Solo estabas... protegiéndome?

Se encoge de hombros, como si fuera la cosa más simple del mundo. —Alice me lo pidió.

Una pequeña risa atónita se me escapa. Por supuesto. Alice lo envió cuando pudo ver lo molesta que estaba por tener a Alex constantemente a mi alrededor.

Niego con la cabeza otra vez. —Sabes, para un tipo que ha pasado los últimos días coqueteando conmigo, esa es una confesión bastante poco romántica.

Jimmy sonríe con picardía. —¿Qué puedo decir? Me gusta mantener las cosas interesantes.

Dejo escapar una pequeña sonrisa. Jimmy me observa por un momento, luego se levanta, enderezándose la chaqueta.

—Bueno, esto ha sido divertido —dice, ofreciéndome su mano—. ¿Sin resentimientos?

Yo también me levanto, aún sonriendo, extendiendo la mano para estrechar la suya. —Sin resentimientos. Y por lo que vale, me divertí contigo. Eres un hombre encantador, Jimmy.

Su sonrisa se ensancha. —Lo sé.

Ambos nos reímos, y así, sin más, cualquier incomodidad que pudiera haber quedado entre nosotros desaparece. Él se gira hacia la puerta, dispuesto a irse, pero se detiene, mirándome de nuevo.

Su expresión se retuerce, todavía ligera, todavía burlona, pero hay un destello de algo más serio debajo.

—No te diré qué hacer —dice—. Tomarás tu propia decisión. Debes tomar tu propia decisión.

Asiento, apretando los labios.

—Pero... —continúa, inclinando ligeramente la cabeza—, si tú y Alex sois compañeros destinados, entonces ambos corazones deben estar rompiéndose por estar separados tanto tiempo.

Sus palabras tocan algo profundo dentro de mí, porque, Dios mío, lo siento. Ha sido un constante y doloroso tirón en mi pecho.

Jimmy mantiene mi mirada un segundo más, como si estuviera esperando a ver si digo algo. Pero no lo hago. Solo asiento, porque es lo único que puedo hacer.

Me lanza una mirada de complicidad, luego sonríe de nuevo. — Cuídate, Kat.

Y con eso, se gira y sale por la puerta, dejándome sola en el silencio de mi oficina.

Me acomodo de nuevo en mi silla e intento centrarme en el trabajo del día. Los números en mi pantalla se difuminan a medida que pasan las horas. Incluso echo un vistazo a la actualización más reciente que recibí por correo electrónico de James. Esa en la que explica que está más cerca de encontrar pruebas de que algunos miembros de la junta estuvieron involucrados en el asesinato de mis padres, pero no puede encontrar nada que los vincule con el ataque contra mí, excepto la forma del ataque.

Inhalo profundamente, mis dedos se mueven contra mi sien mientras pienso en lo que Alex dijo, cómo el ataque fue orquestado por su tío.

Está pasando demasiado todo a la vez. Mis pensamientos se sienten enredados, como un lío de cables que chispean en todas direcciones, y no importa cuánto intente ordenarlos, nada conecta como debería.

Miro la hora en la pantalla de mi ordenador y me doy cuenta de que la jornada laboral ha terminado. Ni siquiera recuerdo que hayan pasado las últimas horas. Suspiro, frotándome las sienes una vez más antes de recoger mis cosas.

Mientras alcanzo mi bolso, mi mirada se desvía hacia el calendario en la esquina de mi escritorio. 12 de junio. Mis dedos se congelan.

Mañana es mi cumpleaños.

Inhalo bruscamente, algo pesado presiona contra mi pecho. Es curioso, no pienso mucho en mi cumpleaños. No lo celebro, no lo he

hecho desde que era niña. Pero de alguna manera, siempre me encuentro recordándolo en el último momento.

Mi estómago se anuda mientras viejos recuerdos emergen, recuerdos en los que no quiero pensar.

Tenía quince años la última vez que me permití preocuparme por mi cumpleaños.

Recuerdo lo emocionada que estaba cuando mis padres me prometieron conseguirme un cachorro. Pasé semanas pensando en qué tipo quería, cómo lo llamaría, cómo lo cuidaría.

Y entonces llegó mi cumpleaños. Y el cachorro nunca llegó.

Recuerdo estar de pie en medio de nuestro enorme salón, apenas pudiendo contener mi decepción mientras les preguntaba al respecto. Mi madre ni siquiera levantó la vista de su portátil cuando dijo: "Oh, Katherine. No seas tonta".

Tonta.

Como si mis sentimientos no fueran reales. Como si fuera ridículo querer algo de ellos.

Ese fue el momento en que dejé de pedir. Cualquier cosa. Y nunca más volví a celebrar mi cumpleaños.

Mi garganta se tensa, y alejo el recuerdo, forzándome a moverme.

Salgo de la oficina, adentrándome en el fresco aire nocturno, y hago señas a un taxi. Conducir ya no es una opción para mí, no con las advertencias de James sobre la imprevisibilidad y cambiar mi rutina para que nadie pueda rastrearme.

Para cuando llego a mi apartamento, el agotamiento pesa sobre mí, tanto físico como mental. Dejo caer mi bolso junto a la puerta, me

quito el abrigo y me dirijo directamente a la cocina, llenando la tetera para prepararme una taza de té.

Necesito algo cálido. Algo que alivie el dolor en mi pecho.

Estoy a mitad de los movimientos —agarrando una taza, alcanzando las bolsitas de té— cuando suena el timbre.

Me quedo paralizada. Mi corazón salta a mi garganta.

Miro el reloj. 10 p.m.

Nadie debería estar aquí. Un escalofrío recorre mi espina dorsal, y mis dedos se tensan alrededor de la taza.

¿Y si son ellos? ¿Y si el tío de Alex, o quien sea con quien esté trabajando, sabe dónde vivo?

Mi pulso se acelera mientras me muevo con cautela hacia la puerta, apenas respirando mientras presiono el ojo contra la mirilla. Y es Alex.

Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en mi garganta mientras lo miro a través de la mirilla. No se mueve, no se inquieta como alguien inseguro de estar aquí. No. Está ahí de pie, sólido y firme, como una fuerza de la naturaleza que decidió plantarse fuera de mi puerta.

El momento se alarga insoportablemente hasta que su voz lo atraviesa.

—Katherine. ¿Puedo pasar, por favor?

Su voz es tranquila, incluso suave, pero hay ese inconfundible deje por debajo. Esa autoridad. Ese aire de Alex.

Mis dedos se envuelven alrededor del pomo de la puerta antes de que siquiera lo piense. Lo giro, y la puerta se abre.

En el segundo en que entra, es como si el aire cambiara. Toda la atmósfera se dobla, cede ante su presencia. Su puro tamaño, su pura existencia en mi espacio, hace que todo se sienta diferente. Más pequeño. Más intenso.

Cierro la puerta tras de mí y me giro, cruzando los brazos bajo mi pecho en un intento de centrarme, de poner algún tipo de barrera entre nosotros. Pero Alex solo me mira. Sin decir nada. Sin moverse. Solo mirando.

Y durante un momento imposiblemente largo, simplemente existimos en este silencio cargado, mirándonos el uno al otro, sintiendo lo que sea que esto es estirado entre nosotros.

No quiero admitirlo, pero extraño esto. Extraño verlo de pie en mi apartamento como si perteneciera aquí. Extraño la forma en que se siente natural de una manera que nada más lo hace.

Finalmente, habla. —Realmente tenía que venir a verte —dice, con voz baja, tranquila—. Lo siento todo el tiempo, pero hoy... hoy fue peor. Más insistente.

Debería decir algo. Pero mi garganta se bloquea. Mi mente busca palabras, pero no se forma nada.

Y entonces, Alex se acerca más. Sus manos encuentran las mías, y lo dejo. Sus palmas están cálidas, sus dedos fuertes pero gentiles mientras envuelven los míos. Y por un momento, simplemente los miro. La manera en que engullen los míos tan fácilmente.

—Katherine. —Su voz es más suave ahora, pero sus ojos arden con algo profundo, algo serio—. No puedo disculparme lo suficiente por lo que te hice. Por las cosas que dije. Por cómo te hice sentir.

Exhala, su agarre en mis dedos se aprieta.

—Pero espero... rezo para que me perdones.

Asiento. Solo un pequeño, casi imperceptible asentimiento. Porque no puedo hablar. Todo es demasiado abrumador.

Y de alguna manera, él lo sabe. Ve a través de mí.

—Katherine. —Su voz está impregnada de preocupación—. ¿Estás bien?

Es cómo lo pregunta.

Tan despistado e inocente, tan sincero, de la manera en que solía preguntar cuando las cosas eran simples. Cuando él era solo ese misterioso conserje con ojos amables y una presencia tranquila que se sentía como una red de seguridad que no me di cuenta que necesitaba.

Una pequeña, diminuta sonrisa tira de mis labios.

Aclaro mi garganta. —Sí, Alex. Sólo estoy... pensando en muchas cosas.

Él asiente, como si esperara eso. —Cualquier pregunta que tengas, te explicaré todo.

—Lo sé. Es sólo que... —Exhalo, pasando mi pulgar por el dorso de su mano distraídamente. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Porque eso es lo que sucede cuando estoy cerca de Alex durante demasiado tiempo: mis muros simplemente se agrietan—. No es sólo eso.

Sus cejas se juntan ligeramente, sus dedos dibujando círculos lentos, apenas perceptibles en mi piel. —¿Entonces qué es?

Suspiro. —Mañana es mi cumpleaños.

Sus ojos destellan con algo ilegible.

—Ni siquiera sé por qué estoy pensando tanto en ello. Me siento tonta. Tal vez es todo lo que ha sucedido últimamente. El accidente de coche. Casi morir. No lo sé.

El rostro de Alex se contorsiona. Su expresión se agudiza.

—No hay nada tonto en tu cumpleaños, Katherine. —Su voz es firme, segura—. Y es completamente comprensible sentirse así después de lo que has pasado.

Asiento lentamente, dejando que sus palabras se asienten.

—Es extraño —murmuro—. Normalmente no siento nada respecto a mi cumpleaños.

Su cabeza se inclina ligeramente, curiosidad destellando en sus ojos.

Dudo por un segundo. Luego, antes de que pueda detenerme, simplemente... se lo cuento.

—Podría tener algo que ver con tonterías de la infancia. —Exhalo, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Quería un cachorro cuando tenía quince años. Mis padres me prometieron uno. Estaba tan emocionada. Y luego llegó mi cumpleaños y... nada.

Una risa amarga se me escapa.

—Me enfadé. En serio, muy enfadada. Y mi madre, bueno... digamos que no fue exactamente comprensiva al respecto. Me dijo que estaba siendo tonta. Que solo era un cachorro. Que tenía muchos cumpleaños por delante.

Me encojo de hombros, forzando una pequeña sonrisa.

—Desde entonces, creo que simplemente comencé a sentirme insensible al respecto.

No sé por qué le estoy contando todo esto.

No. Eso es mentira.

Sí lo sé.

Porque él me hace esto. Tiene una forma de sacar cosas de mí.

Las cejas de Alex se fruncen, su rostro se retuerce con pensamientos que no puedo leer del todo. Y entonces... sonríe. No una sonrisa burlona. No esa expresión ilegible y controlada que lleva tan bien. Una sonrisa real.

—Bueno entonces —dice, con voz cayendo en algo casi juguetón—. ¿Qué tal si cumplimos ese deseo de cumpleaños para ti?

Parpadeo, completamente tomada por sorpresa. Una risa sorprendida brota de mí. —¿Qué? ¿Vas a conseguirme un cachorro?

—Oh no, Katherine —dice, sacudiendo la cabeza, diversión bailando en sus ojos—. Voy a ser tu cachorro.

Lo miro fijamente. Mis cejas se contraen, la confusión parpadea en mi rostro.

Él simplemente tira suavemente de mi brazo, guiándome hacia la puerta. —Vamos —dice—. Te lo mostraré.

Antes de darme cuenta, estamos afuera. El aire nocturno es fresco, frío contra mi piel. Una suave brisa agita mi cabello, envolviéndome como un susurro. Alex sostiene mi mano, su agarre firme, seguro, pero nunca exigente.

Caminamos sin hablar, el ritmo de nuestros pasos sincronizándose naturalmente mientras cruzamos la calle, moviéndonos hacia el denso bosque que tenemos delante. Los árboles se extienden altos, sus copas espesas, la luz de la luna atravesándolas en rayos plateados. El mundo se siente diferente aquí, más silencioso, más

íntimo. Sólo somos Alex y yo, tragados por la noche, y sin embargo, no hay miedo dentro de mí. No hay pánico. Solo esta extraña e inesperada tranquilidad asentándose profundamente en mis huesos.

Me guía unos pasos dentro del bosque antes de detenerse, girándose para mirarme con algo ilegible en su expresión. Y entonces, con una pequeña y conocedora sonrisa, dice:

—Hagamos realidad ese deseo, ¿de acuerdo?

Y entonces... cambia.

Sucede rápido.

Un segundo, está de pie frente a mí, alto y dominante, y al siguiente, su cuerpo cambia, el movimiento tan fluido pero tan antinatural que un sobresalto de alarma pulsa a través de mí. Retrocedo instintivamente, mi respiración se entrecorta mientras lo observo, veo cómo sus huesos se realinean, sus músculos se desplazan, todo su ser transformándose.

También lo oigo. El sonido de los huesos estirándose, reformándose. Un crujido profundo que debería sonar doloroso pero no parece afectarle. Su rostro cambia, su forma se contorsiona, y luego, en cuestión de segundos, ya no es Alex.

Es un lobo. Uno enorme.

El proceso es simplemente impresionante. Aunque he visto a Alice transformarse en su forma de loba antes, ver la transformación nunca deja de asombrarme.

La luz de la luna se derrama sobre él, destacando el pelaje elegante y poderoso que ondula sobre su musculoso cuerpo. Su presencia es tan imponente como antes. Hay algo casi... etéreo en él, algo primitivo e indómito, pero completamente seguro de sí mismo.

Y entonces miro sus ojos. Incluso en esta forma, incluso con el cambio drástico, sigue siendo Alex. La misma mirada penetrante, la misma intensidad tranquila.

Por un momento, solo miro, suspendida en el asombro.

Y entonces... se mueve.

Lenta, cuidadosamente, se acerca, sus enormes patas silenciosas contra el suelo del bosque. Me empuja suavemente con su hocico, su cola dando un pequeño meneo.

Y eso es lo que rompe la tensión. Porque es tan inesperadamente adorable que no puedo evitarlo: me río. Una risa completa, burbujeante, real.

El sonido me sorprende, la forma en que brota de mí tan naturalmente, tan fácilmente. Me arrodillo, extendiendo la mano, mis dedos recorriendo tentativamente su pelaje. Es increíblemente suave, pero debajo, puedo sentir el poder en sus músculos, la fuerza silenciosa que lo hace ser quien es.

Se inclina hacia mi toque, un sonido bajo y complacido retumbando desde su pecho, y entonces, justo cuando pienso que tengo una idea de lo que está sucediendo, hace la cosa más ridícula...

Me lame. Justo en la mejilla. Dejo escapar una risa sorprendida, empujando ligeramente su grueso pelaje. —¡Alex! Qué asco.

Él simplemente me empuja de nuevo, más insistente esta vez, retrocediendo ligeramente antes de bajarse sobre sus cuartos traseros. Su cola se balancea, y luego... se gira, su cuerpo desplazándose lo suficiente como para que sea casi una invitación.

Parpadeo. Me toma un segundo entender lo que está haciendo.

—Oh, no puedes hablar en serio —digo, entrecerrando los ojos.

Alex menea la cola.

Oh, habla en serio.

Dudo. Solo por un momento. Luego, sin pensarlo demasiado, me muevo. Me subo a su espalda, acomodándome cuidadosamente contra él. Y en el segundo en que lo hago, se levanta, alzándose a toda su altura, sus movimientos suaves y sin esfuerzo.

Y entonces... nos movemos.

Sus pasos son pesados pero firmes, el suave golpeteo de sus patas contra la tierra llenando la noche. Los árboles pasan borrosos, el viento deslizándose a través de las hojas, y me río de nuevo.

Un sonido completo y sin restricciones que se siente como libertad. Es ridículo, surrealista, algo sacado directamente de un sueño, pero no me importa.

Porque justo ahora, en este momento, me siento como una niña otra vez.

Capítulo Veinte

Alex

El sonido de su risa llena la noche, serpenteando entre los árboles, brillante y lleno de algo ligero. Algo libre.

Sus brazos se estrechan alrededor de mí, su cuerpo presionado contra mi espalda, su calor penetrando en mi pelaje, y mi lobo está fuera de sí. La siente, siente cómo se aferra a nosotros, confía en nosotros, y vibra de alegría, una emoción profunda y pulsante que sacude mi pecho. No puedo evitarlo: la empujo suavemente, instándola a que se agarre con más fuerza.

Y lo hace.

Aprieta sus brazos alrededor de mí, su cuerpo amoldándose a mi espalda, y ese simple contacto —ese simple e inocente abrazo— me destruye. Puedo sentir su corazón latiendo contra mí, rápido y vivo, sincronizándose con el mío, alimentando algo dentro de mí, algo instintivo e inquebrantable.

Y entonces corro.

El bosque se desdibuja a nuestro alrededor mientras me muevo, mis patas golpeando contra la tierra, el viento azotándonos al pasar. Ella suelta otra risa —fuerte, sin restricciones, llena de alegría pura y sin filtros— y juro que la siento en mi alma. Es como si fuera ingrávida, como si el mundo no hubiera estado sobre sus hombros, como si nada hubiera intentado quebrarla. Vivo para este momento. Por la forma en que confía en mí lo suficiente como para dejarse llevar.

Me impulso más rápido, la emoción de la carrera recorre todo mi ser. Sus piernas agarran mis costados, sus manos se aferran a mi pelaje,

y sé que este es uno de los momentos más felices que he tenido jamás.

Ella está aquí. Está conmigo. Después de todo. Después de todas las formas en que lo he jodido.

Finalmente, disminuyo la velocidad, mis patas presionando más suavemente la tierra mientras me detengo en un claro, los árboles elevándose por encima de nosotros, las estrellas parpadeando contra el profundo cielo azul marino. Hay un árbol enorme en el centro, sus ramas extendiéndose ampliamente, y dejo escapar un lento exhalar antes de bajarme lo suficiente para que ella pueda descender.

Se desliza hacia abajo, sus dedos recorriendo mi pelaje una última vez, y joder —ese simple toque, esa despreocupación, casi me deshace.

Todavía está riendo, su voz sin aliento, sus mejillas sonrojadas, todo su cuerpo resplandeciente. Y entonces cambio de forma. Mi cuerpo se recompone, los huesos crujiendo y realineándose, el pelaje retrayéndose en la piel, y en segundos, estoy parado frente a ella nuevamente. Humano.

Sus ojos se encuentran con los míos, todavía llenos de risa, y miro mi reloj. Es medianoche.

Vuelvo a mirarla.

—Feliz cumpleaños, Katherine.

Su sonrisa es inmediata, tan condenadamente espontánea, y exhala una pequeña risa casi incrédula. —Me siento como si fuera Katherine a los quince años otra vez.

Algo dentro de mí se contrae ante eso, ante la forma en que lo dice, ante lo que significa. Trago con dificultad y fuerzo una pequeña

sonrisa. —Me alegra haber podido hacer realidad tu deseo.

Nos sentamos bajo el árbol, con la tranquilidad asentándose a nuestro alrededor. Y durante un largo momento, ninguno de los dos habla. Porque así es como debería sentirse.

Solo nosotros dos. Sin tensión. Sin enojo. Sin peso entre nosotros. Solo ella. Solo yo. Solo esto.

Me froto la cara con la mano, exhalando lentamente. Mi pecho se siente pesado, mis pensamientos presionando fuertemente contra mis costillas. Y entonces, antes de que pueda pensarlo dos veces, antes de que mi propio orgullo vuelva a retenerme, la miro y digo:

—Katherine, necesito decir esto.

Sus ojos se vuelven hacia mí, la luminosidad en ellos disminuyendo ligeramente.

Me aclaro la garganta, odiando el espesor en mi voz. —Lo siento.

Ella parpadea.

—Por todo —continúo, con la voz más baja ahora—. Por cómo te dejé. Por cómo te dije que te había utilizado. Por hacerte pensar, incluso por un segundo, que no eras... —Me detengo, pasándome una mano por el pelo, apretando los dientes antes de obligarme a mirarla de nuevo—. Era la única forma en que podía pensar para protegerte de Valerian. Pensé que si te lastimaba lo suficiente, te mantendrías alejada de mí. Que tú...

Mi garganta se tensa. Sacudo la cabeza.

—Solo quería mantenerte a salvo.

Sus labios se presionan juntos, su expresión ilegible.

Sigo hablando.

—Lo siento por seguirte —admito, con la voz ronca—. Por intentar mantenerme cerca de ti incluso cuando no tenía derecho. Yo... —Exhalo bruscamente—. Fui un idiota. Un idiota orgulloso y testarudo, y debería haberte dicho la verdad desde el principio. Debería haber luchado por ti en lugar de intentar alejarte.

El silencio se extiende entre nosotros.

Espero.

El silencio persiste más tiempo, espeso con el peso de todo lo que acabo de decir. Mi corazón late con fuerza mientras la observo, esperando —rezando— que diga algo, que me dé algo a lo que aferrarme.

Entonces, finalmente exhala suavemente.

—Acepto tus disculpas, Alex.

Las palabras llegan en voz baja, pero golpean mi pecho con la fuerza de un maremoto. Mi lobo se agita, sus orejas se levantan, su presencia vibrando con más fuerza dentro de mí de lo que ha hecho en meses.

—No voy a mentirte —dice, su voz firme pero bordeada con algo frágil—. No sé cómo perdonarte todavía. Pero estoy dispuesta a intentarlo.

Algo dentro de mí —algo que ha estado doliendo— se libera. Un fuerte suspiro escapa de mi pecho y, sin pensarlo, alcanzo sus manos, agarrándolas con fuerza, presionando mi frente contra ellas.

—Gracias —murmuro, con voz espesa—. No sabes lo que esto significa para mí. —Levanto la mirada hacia la suya, fijándome en esos ojos que he extrañado tanto.

Ella inhala bruscamente, y por primera vez esta noche, sus ojos se llenan de lágrimas. Su garganta trabaja como si estuviera tratando de contener algo, pero luego...

—Te necesitaba, Alex.

Su voz es cruda. Casi rota. Siento que mi estómago se hunde.

Retira sus manos de las mías, envolviéndose con sus brazos como si tratara de mantenerse unida. —Ese día, cuando me dejaste... cuando me dijiste esas cosas... —Sacude la cabeza, sus labios presionándose en una línea apretada antes de continuar—. Todavía las oigo a veces. La forma en que lo dijiste. Cómo me miraste.

Un nudo se aloja en mi garganta.

—Contraté a un investigador privado para que investigara el accidente —continúa, su voz apenas por encima de un susurro—. Aquel en el que estuvimos. —Exhala temblorosamente—. Descubrió que mis padres fueron asesinados, Alex.

Su mirada se dirige hacia mí, dolorida y distante. —Y te necesitaba. —Su voz se quiebra, solo un poco—. Te necesitaba más que nada en ese momento. Y en cambio... —Deja escapar un suspiro tembloroso, sus brazos apretándose alrededor de sí misma—. En cambio, me dijiste que no significaba nada para ti.

Mierda. No puedo soportarlo.

Agarro sus manos nuevamente, la atraigo hacia mí —hacia dentro de mí— hasta que su cabeza descansa contra mi pecho, hasta que puedo envolverla con mis brazos y simplemente sostenerla.

Su cuerpo tiembla ligeramente.

Mi mandíbula se aprieta mientras presiono mis labios en la parte superior de su cabeza, mis brazos estrechándose alrededor de ella. —Lo siento mucho, Katherine —murmuro en su cabello—. Te juro que nunca quise lastimarte así. Pensé que te estaba protegiendo, pero ahora veo... veo lo terriblemente que te fallé. —Sacudo la cabeza—. No volveré a cometer ese error. No te dejaré de nuevo.

Al principio no dice nada. Solo se queda ahí, respirando, sintiendo. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho, y es rápido. Hace que algo dentro de mí duela.

—Siempre intento ser fuerte —murmura, con voz pequeña—. Pero todo me golpeó a la vez. Descubrir lo de mis padres, perderte a ti, la empresa en bancarrota... ni siquiera sabía cómo mantenerme en pie.

Sus palabras me desgarran. Me muevo, lo suficiente para llevar mi mano a su mejilla, inclinando su rostro para mirarme.

Odio el dolor que veo allí. Odio haber puesto parte de él allí.

—Debería haber estado allí —susurro—. Debería haberte sostenido cuando no podías mantenerte en pie.

No responde de inmediato. Solo me observa. Y luego...

—Te extrañé, Alex.

Su voz es tan suave, tan desprotegida, y joder, lo siento en todas partes.

Trago con fuerza, mis dedos apretándose en su rostro.

—Yo también te extrañé, Katherine —murmuro, mi frente inclinándose para tocar la suya—. Más de lo que he extrañado nada en mi vida.

Y entonces ella me besa.

Es suave al principio, como si estuviera probando la sensación de mí nuevamente, como si estuviera recordando lo que es quererme tan cerca.

Y entonces la beso de vuelta. Más fuerte. Más profundo.

Todos los meses de anhelo, todos los meses de sufrimiento en silencio, todo el dolor, todo el arrepentimiento... todo se vierte en ese beso.

Ella aprieta sus manos en mi camisa, atrayéndome más cerca, y joder... he necesitado esto. La he necesitado a ella. Y ahora que la tengo de nuevo, nunca quiero dejarla ir. Mis brazos lo confirman mientras la atraigo instintivamente más hacia mí, el beso volviéndose más completo, más insistente ahora, llevando el peso de todo lo que siento por ella. Su boca se entreabre ligeramente y nuestras lenguas chocan como dos animales enjaulados finalmente liberados.

Bebo de ella, y ella bebe de mí. Nos devoramos con un frenesí tan indómito que hace que mi pulso se acelere. Ella se mueve ahora, sentándose en mi regazo, nuestros labios nunca separándose ni por un segundo durante el movimiento. Su mano arañando mi camisa casi como si estuviera enfadada con ella, y la complazco. Me desabrocho los botones, dejando que la camisa se deslice de mis hombros mientras sostengo su peso en mi regazo.

Puedo sentirme palpitando, el firme dolor de mi necesidad por ella ondulando a través de mí como un fuego salvaje. Agarro su blusa, y ella levanta los brazos al aire, dejándome deslizarla por encima de su cabeza. Seguimos besándonos mientras sus dedos trazan mi pecho y

torso con una energía frenética, casi tan frenética como su respiración ahora.

La forma en que su pecho se mueve arriba y abajo mientras respira me llama, y mi atención se dirige a su sujetador. Desaparece en un instante, deslizándose de sus esbeltos hombros mientras ella se gira para darles espacio para caer. Su beso es tan urgente, un espejo de ese deseo intenso que arde en mí, pero me separo del beso. Necesito mirarla así.

Y Dios mío, qué visión es, mordiendo su labio inferior, todavía respirando pesadamente de forma que hace que sus firmes y redondos pechos parezcan aún más irresistibles. Mi boca se aferra a su pezón, y ella deja escapar un suave gemido mientras acuna mi rostro. Su aroma llena mis fosas nasales mientras chupo y lamo su pezón endurecido y puntiagudo, y puedo decir que le gusta por cómo suena y cómo se frota contra mi entrepierna.

Sentirla así, verla así, con el deseo apoderándose de ella, alimenta algo en mí. Quiero verla complacida. Quiero hacerla llegar al orgasmo. Mi mano encuentra la cremallera de su falda, bajándola, y ella se contonea suavemente mientras le quito la falda. La levanto en mis brazos y es como si tuviera el peso de una pluma. La coloco en la hierba suave y acolchada y trazo besos por su cuello.

Beso cada centímetro de ella. Saboreando el sabor de su piel en mis labios. Su cuello, bajando por su clavícula, hasta sus hermosos senos y sus pezones endurecidos, hasta su ombligo. Cuando llego a sus muslos, su mano se extiende y agarra un puñado de mi cabello. Saboreo su aroma aquí, saboreo la visión de sus bragas empapadas. El hecho de que pueda hacer que me necesite tanto envía una emoción a través de mí como nada más podría hacerlo.

Suavemente, obedezco su impaciente arañazo en mi cuero cabelludo. Deslizo sus bragas empapadas a un lado e inhalo profundamente, absorbiendo el aroma de mi manjar servido justo frente a mí. Y luego, sin más preámbulos, me sumerjo.

—¡Oh, joder. Alex! —Aúlla, sus piernas temblando con cada lamida de mi lengua contra su hermoso y húmedo centro. Sus manos se hunden más profundamente en mi cabello, empujándome más hacia ella. Empujo mi lengua tan profundamente como puedo, permitiendo que toda su longitud se deslice dentro. Y luego chupo su clítoris hinchado, y empujo mis dedos medio y anular dentro de ella.

Ella sigue el ritmo de mis manos, empujando sus caderas hacia mí, moviéndose contra mí mientras mi nombre cae de sus labios. Dice mi nombre en suspiros bajos, sus ojos apenas abiertos. Pero entonces jala mi rostro, haciéndome mirar a sus ojos.

—Alex. Te necesito ahora —dice en un gemido ronco. Y joder, la forma en que lo dice casi me destroza allí mismo.

En cuestión de segundos, libero mi miembro palpitante y rígido de la jaula en la que se han convertido mis pantalones. Es solo entonces cuando me doy cuenta de que estoy empapado en líquido preseminal, mi claro deseo por ella evidente en lo inconmoviblemente duro que estoy ahora. Casi me hace reír de mí mismo. La he deseado por tanto tiempo, la he añorado... esto.

Ella mantiene sus piernas abiertas, una invitación silenciosa en sus ojos mientras me mira con su labio inferior firmemente bajo sus dientes. Y no dudo.

Cuando mi duro miembro se hunde en ella, en ese exacto momento, se siente como una bienvenida a casa. No solo se siente bien. Se

siente correcto. Se siente justificado de una manera que está más allá de la descripción. Se siente como si estuviera destinado a ser. Sus ojos se ponen en blanco con ese primer empuje, y sé que el sentimiento que tengo es el mismo en ella.

Embisto dentro de ella con determinación, cada uno llevando dentro todo lo que siento por ella. Es una promesa... es una disculpa. Es todo. —Te extrañé tanto, Katherine —las palabras salen de mi boca.

—Quería odiarte. Quería odiarte tanto —gime ella.

—Lo siento, cariño —mi voz está cruda, tan cruda como todo lo que siento.

—Te extrañé tanto —grita de nuevo, sus manos moviéndose frenéticamente en mi espalda. Sus dedos se clavan en mí, arañando a lo largo de mi espalda mientras la follo. Solo alimenta mi fuego, mis embestidas se vuelven más firmes, más duras, más intensas.

—Joder... Joder... Voy a correrme —grita.

—¡Sí, cariño! Córrete conmigo —grito mientras mis caderas se mueven como algo enloquecido. El bosque se llena con nuestros ruidos. Con el sonido de nuestra piel golpeando uno contra el otro y nuestras voces perforando la noche mientras la luna brilla sobre nosotros. Me pierdo completamente en el momento, quiero que la luna misma nos mire y se ponga verde de envidia, deseando ser la que experimente lo que estamos experimentando ahora.

Y entonces, estallamos. Y es hermoso. Su boca se abre pero no salen palabras, ni siquiera un grito audible. Es solo un largo jadeo en busca de aire mientras sus ojos permanecen fijos en los míos. La visión es lo que me lleva al límite, exploto dentro de ella como lo hice la última vez que estuve dentro de ella así. Y mientras el

orgasmo me hace pedazos, el hilo dorado destella en mis ojos. Se queda allí por lo que parece un segundo eterno. Parece más fuerte, más hermoso de lo que jamás lo he visto, y sé que ella también puede sentirlo.

Mi cuerpo se siente flácido y caigo sobre ella. No de una manera brusca, sino de una manera que la hace envolverse alrededor de mí. Mi cabeza descansa en su pecho y puedo escuchar el estruendo de su corazón.

Y luego, simplemente nos quedamos allí, sin importarnos el tiempo ni nada más. En este momento somos solo nosotros, desnudos en esta sombra bajo la luz de la luna, envueltos el uno en el otro.

La noche está tranquila a nuestro alrededor, el aire fresco contra nuestra piel, pero todo lo que siento es ella. El calor de su cuerpo, el ritmo constante de su respiración mientras descansa contra mi pecho, sus dedos trazando ociosamente a lo largo de mi costado. Mi brazo está envuelto alrededor de ella, mi mano moviéndose lentamente sobre su espalda desnuda, saboreando la sensación de ella —de este momento.

Esto es perfecto.

Por primera vez en meses, me siento en paz. Como si estuviera exactamente donde debo estar.

Aprieto mi agarre sobre ella, presionando un beso lento en la parte superior de su cabeza. Mi corazón está tan lleno que no puedo mantenerlo dentro.

—Eso fue increíble —murmuro, mis labios rozando su cabello—. Tú eres increíble.

Ella tararea divertida, acurrucándose más cerca.

Sonrío, pasando mis dedos por su cabello. —Espero haber hecho de este uno de tus cumpleaños favoritos.

—Bueno... —Levanta su cabeza lo suficiente para mirarme, sus ojos brillando a la luz de la luna—. Admitiré que definitivamente es mejor que cualquier cumpleaños que haya tenido desde que era niña.

Algo en eso me tira.

Ella sonríe, sacudiendo ligeramente la cabeza. —¿Pero en serio? Siento esta... calidez dentro de mí que no había sentido en mucho tiempo. Y... —Su sonrisa se vuelve nostálgica—. Cuando estaba en tu espalda, cabalgando por el bosque... fue como un sueño que tuve de niña. Un deseo que finalmente se hizo realidad.

Algo se hincha dentro de mí ante eso —esta profunda e intensa satisfacción por haberle dado ese momento.

La observo, grabando cada detalle de ella en mi memoria —su cabello despeinado, su piel resplandeciente a la luz de la luna, la suavidad en su mirada que nunca pensé que volvería a ver.

Ella se mueve ligeramente, apoyando su cabeza de nuevo en mi pecho, trazando patrones ausentes contra mi piel. Y luego, casi distraídamente, habla de nuevo. De la misma manera en que siempre parece hablar cuando estamos juntos.

—Cuando tenga hijos —dice casualmente—, quiero asegurarme de que sus cumpleaños sean especiales.

Mi respiración se detiene.

Ella no lo nota. Solo sigue hablando, su voz ligera, pensativa.

—Siempre me dije eso, después de que mis padres nunca me consiguieran ese cachorro que quería cuando tenía quince años.

Parece tonto ahora, pero en ese entonces... —Exhala suavemente—. Significaba todo para mí. Así que me prometí que si alguna vez tenía hijos, me aseguraría de que nunca sintieran que sus deseos no importaban.

Mi mano se detiene sobre su espalda. Mi pecho se tensa. No digo nada, no puedo decir nada. Solo sigo sosteniéndola, sigo acariciando su piel con mis dedos como si nada hubiera cambiado.

Pero por dentro, mi mente está acelerada. Porque sé lo que ella no sabe.

Sé que para una mujer humana, llevar el hijo de un cambiaformas es peligroso. Letalmente peligroso. La fuerza de nuestros genes... la forma en que crece el feto... es demasiado para un cuerpo humano. Sé muy bien lo arriesgado que es. He escuchado múltiples casos de mujeres humanas que murieron mientras estaban embarazadas de un cambiaformas. Es una de las razones por las que no se fomenta el matrimonio con humanos entre los cambiaformas.

Y de repente, no puedo respirar.

Pero sé una cosa con seguridad...

No la pondré en peligro. Nunca.

Podemos ser felices sin hijos. Tenemos esto, nos tenemos a nosotros. Eso es suficiente. Tiene que ser suficiente.

Pero mientras ella yace aquí, cálida y suave contra mí, no puedo sacudirme la forma en que lo dijo. El anhelo tranquilo en su voz. Como si fuera algo en lo que ha pensado mucho. Como si fuera algo que quiere.

Cierro los ojos, apretando la mandíbula. No digo ni una palabra. Simplemente sigo sosteniéndola, sigo pasando mis dedos por su

cabello, dejando que descanse contra mí. Incluso mientras un peso silencioso e inquieto se asienta en mi pecho.

Capítulo Veintiuno

Katherine

El sol de la tarde se cuela por las altas ventanas del restaurante. Me siento cerca de la ventana, revolviendo distraídamente mi bebida con la pajita, mi mente a un millón de kilómetros de distancia.

Debería estar concentrada en el presente —en el almuerzo de cumpleaños que Alice insistió en organizar—, pero en cambio, mis pensamientos vuelven a la noche anterior.

Todavía puedo sentir sus manos sobre mí, la forma en que me tocaba como si intentara compensar todo el tiempo que perdimos. Recuerdo el calor de su cuerpo, la manera en que encajamos tan perfectamente, como si no hubiera pasado el tiempo.

Pero más que eso, es el recuerdo de montarlo en su forma de lobo lo que persiste en mi mente. Se sintió como un sueño de infancia cumplido de una manera que nunca podría haber imaginado. Lo sentí, fuerte y poderoso debajo de mí, su cuerpo llevándome como si yo perteneciera allí. Fue liberador, como si me hubiera deslizado a un mundo encantado donde nada podía tocarnos.

Y la forma en que me miró en su forma de lobo, esos ojos profundos y familiares llenos de afecto y algo primitivo e inquebrantable.

—Feliz cumpleaños.

Levanto la mirada justo cuando Alice se desliza en el asiento frente a mí, con su expresión aguda y perspicaz. Ni siquiera espera al camarero antes de hacerle señas a uno.

—Alice —sonrío.

Las bebidas se sirven rápidamente, y Alice toma un sorbo lento antes de dirigirme una mirada significativa.

—Así que —dice arrastrando las palabras—, Jimmy ha vuelto. Y me dijo que las cosas no funcionaron entre ustedes dos.

Niego con la cabeza.

—Tú lo incitaste a eso, ¿verdad?

Se encoge de hombros, con expresión despreocupada.

—Alguien tenía que cuidar de ti.

Exhalo, dejando mi bebida.

—Aprecio eso, de verdad. Y Jimmy fue dulce. Pero... nunca iba a suceder.

Alice me observa por un momento y luego asiente.

—Sí, Jimmy mencionó eso. También mencionó que tú y Alex... — Levanta una ceja, tomando otro sorbo de su bebida.

Inhalo lentamente.

—Hablé con él. Lo escuché. —Miro mis manos—. Me contó muchas cosas. Sobre su reino en Europa. Sobre cómo su tío lo usurpó. Cómo perdió su trono y terminó en mi empresa, fingiendo ser un conserje solo para reunir pruebas para recuperar lo que era suyo. —Mi voz se suaviza—. Me habló del accidente de coche, y que no fue quien yo sospechaba, fue su tío quien lo orquestó cuando descubrió que Alex estaba trabajando para conseguir pruebas en su contra. Y cómo pensaba que la única forma de protegerme era alejándome.

Alice exhala, su expresión tornándose seria.

—Así que realmente estaba tratando de protegerte después de todo.

Asiento, mis dedos apretando el vaso.

Ella permanece en silencio un momento, luego, casi como si pensara en voz alta, dice:

—Ese tipo de protección surge naturalmente cuando estás destinada. Debería comenzar a recuperar su fuerza ahora que ha ganado tu perdón.

Parpadeo mirándola.

—¿Qué quieres decir?

Alice inclina la cabeza.

—Me refiero a tu vínculo con él, Katherine. Las parejas destinadas son... todo el uno para el otro. ¿Estar separada de él? No fue solo emocional. Debe haber sido físicamente doloroso para él. Haría que su lobo estuviera inquieto, ansioso por estar contigo de nuevo.

Una sensación extraña se retuerce en mi pecho. Y entonces, antes de que pueda evitarlo, mi mente vuelve a la noche anterior. A mí sobre la espalda de Alex, el viento pasando rápidamente, el mundo difuminándose a nuestro alrededor.

—Creo que ahora lo entiendo —murmuro, casi para mí misma.

Y entonces, como si fuera una señal, aparece un camarero, colocando cuidadosamente un plato con un pequeño pastel coronado por una sola vela.

Alice empuja el plato hacia mí.

—Feliz cumpleaños, Katherine.

Miro la vela, algo cálido floreciendo en mi pecho.

—Pide un deseo —dice Alice, su voz más suave ahora.

Cierro los ojos. *Deseo ser feliz.* Es simple. Honesto. Lo único que realmente quiero, y luego soplo la vela. Tomo mi tenedor.

Empezamos a comer, la conversación fluye con facilidad de nuevo, pero de repente, mi estómago se revuelve.

El pastel que era dulce hace segundos ahora se siente mal, demasiado empalagoso. Una oleada de náuseas me invade, tan repentina e intensa, que apenas tengo tiempo de murmurar "Disculpa" antes de salir corriendo al baño.

Apenas llego antes de vomitar. Mi cuerpo tiembla mientras agarro el borde del lavabo, mi respiración acelerada. Me enjuago la boca, me salpico agua fría en la cara y respiro profundo y tranquilizadoramente antes de regresar.

Alice me observa cuando regreso, con una ceja levantada.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Sí, creo que el pastel era demasiado empalagoso.

Alice, sin embargo, parece poco convencida. Me estudia por un largo momento, luego se inclina, bajando la voz.

—Katherine... ¿tú y Alex han estado juntos?

La manera en que lo dice hace que algo encaje, y mis cejas se disparan hacia arriba.

Alice nota la expresión en mi cara y añade:

—Deberías hacerte una prueba.

En el momento en que Alice lo dice, algo encaja. Como un rompecabezas que se acopla, las piezas de las últimas semanas se reordenan en mi mente. Las oleadas aleatorias de náuseas que he tenido, la forma en que me he sentido mal sin saber realmente por qué.

Y luego está el hecho de que mi período está retrasado.

Me he estado diciendo que ha sido el estrés, que todo el peso de la empresa estaba desajustando mi cuerpo. Pero ahora, escuchando esas palabras, es como si una bombilla se encendiera en mi cabeza.

Y así, sin más, me invade una oleada de emoción.

Un sentimiento que llevo desde la infancia, desde los días en que soñaba con tener un hijo propio, un hijo al que colmaría con todo el amor y la atención que siento que me faltaron cuando era niña.

Alice saca su teléfono y hace una llamada. Momentos después, uno de sus guardias aparece, esperando instrucciones.

—Ve a buscar un test de embarazo —le indica. Él asiente y se va.

Y yo me quedo sentada aquí, con el pulso acelerado, mi mente dando vueltas.

Podría estar embarazada.

El guardia regresa en pocos minutos y me entrega una pequeña bolsa de papel. Le doy las gracias y murmuro un "Disculpa" a Alice mientras me levanto. Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en la garganta mientras entro al baño. La puerta se cierra tras de mí, amortiguando los sonidos del restaurante, encerrándome en un espacio tranquilo donde solo estoy yo y los pensamientos que corren por mi cabeza.

Agarro la pequeña bolsa de papel que me entregó el guardia de Alice, mis dedos tiemblan ligeramente mientras saco la prueba. Ya sé lo que estoy esperando.

Un hijo. *Mi hijo.*

Celebrar cumpleaños juntos, organizar fiestas extravagantes, asegurarme de que nunca se sienta olvidado o sin amor ni por un solo segundo. Me veo sosteniéndolo, consolándolo, viéndolo crecer, dándole todo. Y el pensamiento —solo la idea— llena algo profundo dentro de mí.

Respiro temblorosamente, agarro la prueba con más fuerza y hago lo que tengo que hacer.

Luego espero.

Juro que los segundos se estiran hasta convertirse en horas mientras miro la pequeña pantalla, mi corazón latiendo en mi pecho. Mis manos se sienten húmedas, mi respiración superficial.

Entonces... Una segunda línea. Mi respiración se entrecorta.

Positivo.

Un pequeño sonido aturdido se me escapa. Parpadeo rápidamente, mi visión se vuelve borrosa por un segundo. Mi pulso se acelera mientras busco a tientas otra prueba, mis manos inestables mientras la hago.

Ambas positivas. Presiono una mano contra mi estómago, mi cuerpo temblando de emoción.

Dios mío. Estoy embarazada.

Una oleada de calidez se extiende por mi cuerpo, tanta alegría que ni siquiera sé cómo contenerla. Una sonrisa tira de mis labios antes de que me dé cuenta de que está sucediendo, y de repente estoy aquí, en medio del baño de un restaurante, sonriendo como una idiota a una prueba de embarazo.

Me río suavemente, sacudiendo la cabeza. Esto es real.

Voy a ser madre.

El pensamiento me llena de tanta luz que siento que podría flotar en el aire. Presiono mis labios, tomándome un momento para recomponerme antes de salir.

Camino por el restaurante, mi cuerpo vibrando con emoción apenas contenida. Intento mantener la compostura, pero en el momento en que me deslizo de nuevo en mi asiento frente a Alice, no puedo evitarlo...

Sonrío.

Alice me mira fijamente, sus dedos curvados alrededor del tallo de su copa, y puedo decir que ya lo sabe.

—Bueno —digo, con voz ligera, un poco sin aliento—, parece que voy a ser madre.

Por un segundo, la expresión de Alice parpadea. Solo un breve momento casi imperceptible donde sus ojos se ensanchan, algo como shock cruza por su rostro. Luego algo más, algo más cauteloso. Un indicio de vacilación, la sombra más tenue de preocupación.

Desaparece tan rápido que casi pienso que lo imaginé.

Aún así, antes de que pueda abrir la boca para preguntar, Alice sonríe —una pequeña y cuidadosa sonrisa— y extiende la mano por la mesa, sus dedos cerrándose sobre los míos.

—Felicidades, Katherine.

Su voz es suave. Sincera. Pero no puedo quitarme la sensación de que hay algo más detrás. Le devuelvo la sonrisa, sin embargo,

eligiendo concentrarme en el momento. Esto es enorme. Esto cambia la vida. Y ahora mismo, solo quiero sentirlo.

Por un momento, ninguna de las dos habla. Alice mira nuestras manos unidas, su pulgar rozando el dorso de la mía como si estuviera considerando algo cuidadosamente. Luego exhala, encontrándose con mi mirada.

—¿Solo has estado con Alex en los últimos meses? —pregunta suavemente—. ¿Con nadie más?

Parpadeo, ligeramente desconcertada por la pregunta.

—Sí —digo lentamente—. Nadie más.

Alice asiente, las comisuras de sus labios curvándose en otra sonrisa. Pero lo veo de nuevo, ese algo en sus ojos. Es sutil, enterrado bajo la superficie, pero está ahí. Una vacilación. Un pensamiento que no está expresando en voz alta.

Abro la boca, a punto de preguntar, pero antes de que pueda, ella habla primero.

—Entonces —dice, inclinando la cabeza, su tono cambiando ligeramente—, ¿cuándo vas a decírselo?

Justo así, la emoción burbujeante dentro de mí se detiene.

Mi mente me lleva de vuelta a anoche. A la forma en que yacíamos enredados en los brazos del otro bajo los árboles, sus dedos recorriendo suavemente mi piel. Al momento en que le dije, sin siquiera pensarlo realmente, que siempre había querido hijos. Que quería dar a mis hijos el tipo de amor y atención que mis padres nunca me dieron.

Recuerdo lo natural que se sintieron esas palabras saliendo de mi boca. Lo cálida y segura que me sentí simplemente diciéndolas. Y luego, recuerdo su silencio.

Sin acuerdo. Sin palabras suaves de sueños compartidos. Solo silencio.

Lo sentí entonces, la forma en que su cuerpo se tensó ligeramente, la forma en que su tacto vaciló durante medio segundo antes de continuar acariciando mi piel como si nada hubiera pasado.

Como si no quisiera hablar de ello. Como si no quisiera hijos.

Un sentimiento pesado se instala en mi pecho.

¿Y si no quiere esto? ¿Y si se lo digo y, en lugar de alegría, veo temor en sus ojos?

Un nudo se aprieta en mi estómago, mis dedos moviéndose nerviosamente contra la mesa.

—Yo... —trago, mirando mi bebida—. Creo que esperaré un poco antes de decírselo.

Alice inclina la cabeza, observándome atentamente.

—¿Por qué?

Fuerzo una pequeña sonrisa, pero mi corazón se siente inestable.

—Solo... quiero estar segura de algunas cosas primero.

Alice no insiste. Simplemente asiente, pero puedo sentir su curiosidad. Aun así, no digo más. Porque por primera vez desde que vi esas dos líneas rosas, la duda se infiltra.

El resto del almuerzo con Alice pasa como en una nebulosa. Apenas puedo concentrarme en lo que hablamos, mi mente dando vueltas alrededor de ese pequeño palito que lo ha cambiado todo. Para

cuando salimos del restaurante, entrando en el cálido sol de la tarde, todo lo que puedo pensar es que tengo que averiguar cómo se siente Alex respecto a los niños antes de decírselo.

Trato de no dejar que me pese demasiado mientras voy a casa y me preparo para esta noche. Voy a tener una cena de cumpleaños con Alex esta noche. Se siente más que una noche para celebrar mi cumpleaños, se siente como si también fuera una reunión. Es la primera cita que tenemos desde aquel terrible día en que se marchó.

Pero incluso mientras me rizo el cabello y me abrocho mi collar de perlas, el peso de la pregunta se cierne sobre mí: ¿Cómo pregunto sin que sea obvio?

Respiro lentamente, alisando mis manos sobre el ajustado vestido negro que abraza mi cuerpo. *Encontraré la manera.*

Y entonces, así sin más, las horas se desvanecen. Antes de darme cuenta, estoy en un taxi, viendo las luces de la ciudad parpadear por la ventana, mi estómago retorciéndose de nervios.

Para cuando entro en el restaurante, echo un vistazo a mi reflejo en un espejo al pasar, solo una rápida comprobación. Me veo bien. Serena. Pero mi pulso me traiciona, rápido y desigual mientras camino hacia nuestra mesa reservada.

Alex ya está allí. Y cielos, se ve impecable. Traje oscuro, líneas nítidas, elegancia sin esfuerzo. Se levanta cuando me acerco, su mirada recorriéndome de una manera que hace que el calor se enrolle en mi estómago. Luego, se inclina, presionando un beso lento y prolongado en mis labios.

Mis rodillas flaquean.

Por un segundo, me dejo hundir en el momento.

Se separa, sonriéndome, y luego, con esa forma tan natural suya, retira mi silla, su mano guiándome suavemente en la parte baja de mi espalda mientras me siento.

El calor de su tacto persiste mientras rodea la mesa, tomando asiento, y por un momento, solo lo miro.

Dios, lo extrañé.

Pedimos, y mientras empezamos a comer, me doy cuenta de cuánto extrañé esto también. La intimidad fácil de compartir una comida con él. Ya sea ramen salado en mi oficina a alguna hora intempestiva o sentada frente a él en un restaurante tenuemente iluminado. Siempre es cómodo. Siempre se siente como en casa.

Alex me observa, una pequeña sonrisa tirando de sus labios.

—Lo sientes también, ¿verdad?

Miro hacia arriba, tragando un bocado de comida.

—¿Sentir qué?

Se inclina ligeramente hacia adelante, su voz baja, íntima.

—Lo bien que se siente esto. He extrañado tanto tener comidas contigo.

Mi corazón se encoge, y no puedo evitar sonreír.

—Sí. Lo siento.

Por un momento, todo es perfecto. Pero justo entonces, su teléfono suena. Suspira, ya alcanzándolo.

—Voy a colgar. Esta noche es para ti. —Pero en el segundo que ve el nombre en la pantalla, su expresión cambia.

—Lo siento —dice, mirándome, sus cejas ligeramente fruncidas—. Tengo que atender esta.

Asiento, observando en silencio mientras se lleva el teléfono al oído.

—Jack, ¿qué sucede?

Su tono es todo negocios ahora. Esa autoridad controlada que lleva tan naturalmente. Pero entonces, mientras escucha, algo cambia.

Es sutil —su mandíbula tensándose, sus cejas juntándose—, pero lo veo. Lo siento. La manera en que una seriedad se asienta sobre él, la forma en que toda su postura se tensa. Lo que sea que esté escuchando, no parece bueno.

Apenas dice algo, solo suaves y medidos *ajá*, absorbiendo lo que le están comunicando.

Entonces, finalmente:

—Te llamaré después, Jack —cuelga, mirando su plato, su expresión ilegible.

Dudo antes de preguntar:

—¿Todo bien?

Me mira, forzando una pequeña sonrisa.

—Sí. Todo está bien. Solo algunos pequeños problemas en los reinos de Europa.

Se siente como una mentira. O al menos, no toda la verdad. Puedo verlo en la forma en que sus dedos golpean contra la mesa, la ligera arruga en su frente.

Insisto de nuevo.

—Alex.

Niega con la cabeza.

—Katherine, está bien. Esta noche es para ti. No dejaré que nada se interponga en esto.

Y así sin más, lo hace a un lado. Comemos en silencio por un momento, pero apenas puedo concentrarme. El embarazo. La pregunta que necesito hacer. Es un latido constante en mi cabeza, y finalmente, no puedo contenerlo más.

—Entonces —digo cuidadosamente—, anoche. ¿Recuerdas cuando dije que siempre había querido hijos? ¿Que quería asegurarme de que siempre se sintieran especiales?

Alex se queda inmóvil. Es apenas perceptible —la forma en que sus hombros se tensan, la manera en que su mano se detiene a medio movimiento—, pero lo veo.

Fuerza una pequeña sonrisa.

—Sí. Lo recuerdo.

Respiro hondo.

—Noté que no dijiste mucho al respecto. Y me hizo preguntarme.

Su expresión se tensa ligeramente.

—¿Preguntarte qué?

Encuentro su mirada.

—Si el sentimiento es mutuo. Si es algo en lo que tú también piensas.

Hay una pausa. Sus ojos sostienen los míos por un largo momento, pero luego, mira hacia abajo, como si no tuviera una respuesta. O no quisiera responder.

Espero. Cuando el silencio se extiende demasiado, insisto de nuevo.

—¿No vas a responder?

Su mandíbula se tensa.

—¿Qué es exactamente lo que me estás preguntando?

Exhalo bruscamente.

—Simplemente te estoy preguntando si quieres hijos. Si esto entre nosotros va a alguna parte, creo que debería saberlo.

Suelta su tenedor y respira profundamente. Su voz es medida cuando finalmente habla.

—Simplemente no es algo en lo que piense.

Algo dentro de mí se enfría. Parpadeo.

—¿No piensas en tener hijos?

Su voz es más suave ahora, como si estuviera tratando de mantener las cosas en calma.

—No es eso... es solo que... —Exhala—. Katherine, acabo de recuperarte. Y este momento, estar aquí contigo, es todo para mí. Soy feliz simplemente estando contigo. —Sus ojos buscan los míos —. Tú eres toda la felicidad que necesito.

Algo en la forma en que lo dice me molesta. Me recuesto, cruzando los brazos.

—Alex. Te hice una pregunta simple. ¿Quieres hijos?

Su frustración se enciende ahora.

—¿Por qué estamos hablando de esto ahora mismo?

—Porque es importante para mí. Porque quiero saber qué estamos haciendo aquí.

Niega con la cabeza, exhalando bruscamente.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? Katherine, no necesitamos hijos para ser felices. Soy más feliz cuando estoy contigo. ¿No soy suficiente para ti?

Odio eso. La forma en que convierte esto en algo completamente diferente. Me burlo.

—No hagas eso. No conviertas esto en otra cosa. ¿Por qué te resulta tan difícil responder?

Me mira, frustración en sus ojos, pero luego sacude la cabeza.

—Por favor. No hagamos esto ahora. —Su voz se suaviza—. No arruinemos este momento.

Dejo escapar una risa hueca. Está tan claro ahora. No quiere hijos. Nunca los ha querido. Y, como siempre, solo está pensando en sí mismo.

Me levanto bruscamente, agarrando mi bolso.

—No me siento bien. Me voy a casa.

—Katherine, espera. Por favor.

Pero no me detengo. Ni siquiera miro atrás. Mientras salgo a la noche, con el corazón pesado, sé una cosa con certeza: Si Alex no quiere hijos, entonces no podemos estar juntos. Y este bebé que crece dentro de mí, nunca permitiré que se sienta no deseado, ni por mí ni por ningún padre que tenga.

Criaré a este niño sola. Ni siquiera molestaré a Alex con la noticia de su existencia. Si no quiere hijos, entonces no necesita saber que tiene alguno.

Seré todo lo que mi bebé necesita. Aunque me rompa el corazón.

Capítulo Veintidós

Alex

No mira atrás. Ni siquiera se detiene.

Su vestido negro ondea tras ella mientras atraviesa las puertas del restaurante, desapareciendo en la noche.

—Katherine —mi voz es baja, desesperada, apenas más alta que el murmullo de conversaciones a mi alrededor. Me levanto de mi asiento, pero es demasiado tarde. Ya se ha ido.

Me hundo de nuevo en mi silla, exhalando bruscamente mientras mis manos recorren mi rostro.

Ella no lo sabe.

No sabe que daría cualquier cosa por construir una vida con ella, por tener una familia, por criar a un hijo juntos. No sabe que la idea de sostener a un niño con sus ojos, su risa, su calidez, es algo que me daría más alegría que casi cualquier cosa que pueda imaginar.

Pero no es tan simple.

Porque llevar a mi hijo podría matarla.

Solo pensarlo me revuelve el estómago. Cierro los ojos, tensando la mandíbula, las manos cerrándose en puños contra la mesa. Katherine piensa que no quiero hijos. Cree que soy egoísta, que solo me importa lo que yo quiero. Y me mata que ella crea eso.

Pero no puedo decirle la verdad.

Porque si lo hago, si le digo lo que llevar al hijo de un cambiante, mi hijo, podría hacerle... ¿y si decide que ya no quiere estar conmigo?

Lo veo en sus ojos. Lo escucho en su voz. Ella quiere una familia algún día. La forma en que su rostro se iluminó cuando habló sobre criar a su propio hijo... claramente es algo que siempre ha anhelado. Y si se entera de que no puede tener eso conmigo... ¿entonces qué?

O peor aún, ¿y si me desafía? ¿Y si me mira a los ojos y me dice que es fuerte, que puede soportarlo, que está dispuesta a correr el riesgo?

Pero yo no estoy dispuesto a correr ese riesgo. No lo haré.

Ya la vi una vez al borde de la muerte. Y fue uno de los peores momentos de mi vida.

Todavía se repite en mi mente como una pesadilla. El coche precipitándose peligrosamente, el metal gimiendo mientras rodaba por el bosque, su grito atravesando el caos. Ese trozo irregular de madera perforando el parabrisas, cortando el aire, apuntando directamente hacia ella. Ocurrió tan rápido, el puro reflejo tomando el control... me lancé, poniéndome delante de ella, protegiéndola con mi cuerpo antes de que mi cerebro pudiera procesar lo que pasaba. La salvé. Pero, ¿y si hubiera llegado un segundo tarde? ¿Y si, en lugar de protegerla, todo lo que hubiera hecho fuera observar?

No volveré a arriesgar su vida. No seré la razón de su muerte.

Y, sin embargo, empieza a parecer que esas son mis únicas opciones: quedarme con ella y ponerla en peligro, o mantenerla a salvo alejándome y vivir con el dolor insoportable de perderla.

Mi mente vuelve a la llamada telefónica de antes. Sé que ella notó el cambio en mi expresión, la forma en que mis hombros se tensaron. Lo vio. Lo sintió. Sabía que algo andaba mal. Y tenía razón.

Intenté disimularlo, pero podía sentir las señales reveladoras de mi ira traicionándome: mis cejas frunciéndose, mis dedos temblando a mis costados mientras Jack hablaba. Me dijo que Valerian y esos miembros deshonrados y deshonestos del consejo que aceptaron sus sobornos habían estado provocando inquietud. Difundiendo por todo el reino que yo pretendía hacer de una humana mi pareja. Mi Reina. Omitiendo convenientemente que ella es mi compañera destinada.

Pero no fue eso lo que desató una lenta y ardiente rabia en mis venas, haciendo que apretara el teléfono con más fuerza.

Fue lo que vino después.

El consejo había decidido. Solo la aceptarían como Reina si me daba un heredero.

Jack lo sabe. El consejo lo sabe. Todos saben exactamente lo que sucede cuando una humana lleva al hijo de un cambiante. Y, sin embargo, me lo presentan como una exigencia, como un ultimátum. Como un cebo. Todo por culpa de Valerian. Porque está retorciendo la verdad, convirtiéndola en algo peligroso. Usando a Katherine como un peón para impulsar su propia agenda.

Apenas había logrado decirle a Jack que lo llamaría más tarde. No podía lidiar con esto. No en ese momento. No cuando estaba tratando de darle a Katherine una noche normal, una noche intacta por todo esto. Una cena de cumpleaños normal, solo nosotros dos.

Pero ahora, el momento ya está arruinado. Así que bien podría enfrentarlo. Podría averiguar la magnitud total de este desastre.

Alcanzo mi teléfono donde descansa en la mesa, mis dedos envolviéndolo con fuerza. Una exhalación silenciosa, y luego

presiono el número de Jack, llevándolo a mi oído.

No suena ni dos veces. En el momento en que Jack responde, apenas puedo contener la ira en mi voz.

—Sigue hablando —mi agarre se tensa alrededor del teléfono, mis dedos apretando tan fuerte que la carcasa de plástico cruje bajo la presión. Mi mandíbula duele de tanto apretarla.

—Sí, Su Majestad —dice Jack inmediatamente. Su voz es firme, pero hay un tono afilado en ella.

—Los rumores que Valerian y sus seguidores han estado difundiendo... están echando raíces. Algunas de las familias de la manada que siempre te han sido leales están inquietas. Temen que puedas tomar una compañera que no sea capaz de darte un heredero. Y Valerian está usando ese miedo, retorciéndolo para ganar influencia política.

La rabia me golpea al instante, caliente y viciosa. Mi mano libre se cierra en un puño contra la mesa. Mis nudillos arden mientras mis uñas se clavan en mi palma, pero no detienen la furia que se extiende por mi pecho como un incendio.

El descaro de ese bastardo.

Está tratando de destrozar mi reino, alimentando la duda, sembrando la discordia... todo porque perdió. Porque fue expuesto. Porque no pudo soportar que yo recuperara lo que era legítimamente mío.

Jack exhala bruscamente. —Pero hay buenas noticias —hace una pausa—. Hemos encontrado su ubicación.

Parpadeo.

Durante meses, esa serpiente esquiva ha logrado mantenerse oculto, escapando de cada búsqueda, evadiendo cada pista. Desde que lo expuse por sobornar su camino al trono, ha estado huyendo, evitando la justicia, evitando el juicio.

Pero ahora...

—¿Sabes dónde está Valerian? —mi voz es afilada, elevándose ligeramente.

—Sí, mi Rey. Lo hemos localizado. Pero lo que encontramos es... preocupante. Y urgente.

Mi paciencia se agota por segundos. —Dime lo que has encontrado.

Jack no vacila. —Valerian está en las afueras del reino —dice, con voz firme, directa—. Pero no está solo. Ha estado reuniendo fuerzas. Miles de ellos. Él y los miembros corruptos del consejo que huyeron con él. Se están preparando para algo. Tenemos razones para creer que un ataque es inminente.

Mi sangre hierve. Mi agarre en el teléfono se aprieta aún más, mi otra mano temblando de furia contenida. Mis ojos se entrecierran, la mandíbula apretándose aún más fuerte.

Por supuesto que está planeando algo. Por supuesto que no se limitó a escabullirse derrotado. Ha estado esperando. Conspirando. Reuniendo sus fuerzas, manipulando a los lo suficientemente tontos como para escucharlo. Y ahora amenaza con arrojar a todo el reino a la guerra, solo para alimentar sus propias ilusiones de poder.

La voz de Jack continúa, urgente. —Dados los rumores que ha difundido, está claro que planean desatar una guerra civil. Para destronarte, Su Majestad. Y si atacan primero, será el caos. Un baño de sangre. Tenemos que actuar ahora. Sabemos dónde está. Si nos

movemos rápido, podemos eliminar sus fuerzas antes de que tengan la oportunidad de ejecutar cualquier plan.

Miro fijamente la mesa, mi mente girando, tormentosa.

Debería haberlo sabido. Debería haberlo anticipado. Valerian nunca iba a dejarlo pasar. Pero, ¿esto? Esto es una locura.

La voz de Jack corta mis pensamientos, afilada e insistente. —Alex. Esta es nuestra oportunidad de acabar con esto. Sabes lo que está en juego. Si él se mueve primero, la guerra que comenzará llevará a la muerte de muchos civiles inocentes. Podemos detener esto antes de que comience. Tienes que regresar al reino. Ahora.

Así es como sé que es grave. Que Jack está tenso. Cuando me llama Alex.

Hemos sido amigos durante años, y cuando se trata de deberes oficiales, siempre lo mantiene formal. Siempre me llama por mis títulos reales. Pero cuando hay un peligro real, cuando algo está al borde del desastre, me llama por mi nombre.

No respondo de inmediato. El silencio se extiende entre nosotros, espeso y pesado.

Katherine permanece en mi mente. La forma en que me miró antes de marcharse furiosa, el dolor en sus ojos, la frustración en su voz. Odio dejar las cosas así. Odio saber que está sufriendo, que está molesta, que no puedo arreglarlo antes de irme. Desearía tener más tiempo. Tiempo para explicar. Para arreglar las cosas, aunque no pueda decirle todo.

Pero no tengo tiempo.

Si me quedo, la pongo en mayor peligro. Si espero, le doy a Valerian más tiempo para actuar. Y si ataca primero, las consecuencias serán

catastróficas.

Exhalo, tensando la mandíbula.

No más esperas. No más dejar que él dicte el campo de batalla. Esto termina ahora.

—Voy a volver —digo finalmente, mi voz fría, firme. Letal—. Y Valerian pagará por esto.

Jack exhala, con alivio evidente en su voz. —Excelente. Haré los preparativos.

No digo ni una palabra más. Solo termino la llamada y dejo caer el teléfono sobre la mesa, mi mente dando vueltas, mis manos cerradas en puños.

Todo dentro de mí se siente como una tormenta.

Las horas vuelan después de que dejo el restaurante y regreso a mi apartamento en el ático de la ciudad. El que puedo usar ahora que ya no tengo que fingir ser un conserje.

Doy vueltas en mi cama durante toda la noche. El sueño me elude mientras mi mente no se apaga. Es un bucle constante de pensamientos, recuerdos, posibilidades. Mi reino. Valerian. Katherine. Cada vez que cierro los ojos, algo más me devuelve a la vigilia.

Tendido en mi cama, mirando al techo de mi ático, pienso en lo que viene. La batalla que tengo que librar. La guerra que debo detener antes de que comience. Durante meses, Valerian ha acechado en las sombras, esperando su oportunidad para atacar, y ahora que finalmente lo tengo a mi alcance, debería estar enfocado en eso. Necesito estar concentrado en eso.

Pero luego está Katherine.

Me paso una mano por la cara, exhausto pero inquieto. Todavía está oscuro afuera, pero sé que no voy a poder dormir esta noche. Así que tomo una decisión.

Tengo que verla antes de irme. No sé qué voy a decir. No sé si estoy listo para decirle que tener un hijo conmigo podría poner en peligro su vida. Pero sé que tengo que hablar con ella.

Para cuando llega la mañana, apenas he dormido. En el momento en que el reloj marca las 9 de la mañana, la hora en que sé que Katherine llega a la oficina, salgo. Mis guardias ya están esperando, siempre presentes mientras salgo del edificio y me dirijo al auto.

El edificio de Pinnacle Group es elegante y moderno, todo vidrio y acero, elevándose sobre la ciudad. Mis guardias se quedan atrás en el coche, tal como les indiqué. No quiero añadir más tensión a esto de la que ya hay.

El viaje en ascensor parece interminable. El peso en mi pecho solo se hace más pesado cuando salgo a su piso, avanzando por el pasillo hacia su oficina.

Llamo una vez.

—Adelante —su voz llama desde el interior.

Dudo durante una fracción de segundo antes de abrir la puerta y encontrarla sentada detrás de su escritorio, luciendo impresionante e inaccesible a la vez. Su cabello está recogido hacia atrás, su atuendo profesional y preciso, pero son sus ojos los que me cautivan. Están fríos. Protegidos. Un muro se ha construido durante la noche, y sé que es por mi culpa.

No se levanta. No me saluda. Simplemente levanta la mirada, sus labios presionados en una delgada línea mientras espera a que yo hable.

—Katherine —comienzo, avanzando más adentro, cerrando la puerta tras de mí.

Ella exhala lentamente, dejando su pluma, juntando las manos sobre el escritorio. —¿Qué quieres, Alex?

Su tono es cortante, distante.

Me paso una mano por el pelo, exhalando. Quiero decírselo, explicarle lo profundo que es esto. Lo desesperadamente que quiero protegerla de cualquier cosa que pueda hacerle daño, incluso si eso significa ser la madre de mis hijos. Pero no puedo decirlo, y cuando hablo, digo otra cosa.

—Hay algo que debo atender en casa. Algo urgente.

Ella asiente una vez, casi robóticamente. —Bien.

Eso es todo. Solo "bien". Como si mi partida no significara nada. Como si yo no significara nada.

Pero lo veo. El destello de algo en sus ojos antes de que mire hacia otro lado. La forma en que sus dedos se tensan ligeramente sobre el borde del escritorio. Está herida. Está molesta. Y está haciendo todo lo posible por enterrarlo.

Me acerco más. —Katherine, yo...

—No me debes ninguna explicación —su voz es afilada, cortando lo que estaba a punto de decir—. Estoy segura de que tienes asuntos reales muy urgentes que atender. Lo entiendo.

La frustración se enrosca con fuerza en mi pecho. —Te prometo. Cuando regrese, hablaremos de la conversación que tuvimos anoche. Te explicaré.

—¿Explicar qué, Alex? —espeta, mirándome finalmente, y esta vez, hay fuego en sus ojos—. No tienes que explicar nada. El mensaje quedó perfectamente claro anoche.

Abro la boca, todo en mí deseando decirle. Mi lobo gruñe dentro de mí, instándome a hablar. Pero lo contengo.

Porque si le digo la verdad, si le digo que la única razón por la que no quiero tener hijos con ella es porque podría matarla, ¿y si no lo entiende? ¿Y si decide que ya no quiere estar conmigo?

O peor aún, ¿y si lo entiende pero aún así elige arriesgarse? No puedo permitir que eso suceda.

Así que, en cambio, hago lo que siempre hago. Mantengo mis muros altos. Mantengo la verdad encerrada dentro.

Exhalo, sacudiendo la cabeza. —Volveré pronto.

Ella no dice nada. El silencio se extiende entre nosotros, pesado y asfixiante.

Quiero arreglar esto. Quiero quedarme. Pero si lo hago, no seré capaz de irme. Así que me doy la vuelta. Me obligo a caminar hacia la puerta, a agarrar el pomo, a salir de la oficina sin mirar atrás. Porque si miro atrás, podría no ser capaz de irme en absoluto.

Salgo directamente del edificio. Forzando cada paso al llegar al estacionamiento. Mi teléfono vibra mientras camino. Lo saco y miro la pantalla. Un mensaje de Jack.

El avión privado está listo. Estamos esperando recibirte cuando llegues.

Exhalo, mirando al cielo por un momento antes de guardar mi teléfono.

Mis guardias están en posición junto al coche, esperándome. Pero antes de entrar, me vuelvo hacia ellos, mi voz baja, firme. —Quedaos atrás.

Intercambian una rápida mirada, confundidos. Uno de ellos da un paso adelante. —¿Su Majestad?

—Quedaos atrás —repito—. Vigiladla. Protegerla con vuestras vidas. Pero no lo hagáis obvio. No dejéis que lo sepa —miro a sus ojos, mi expresión mortalmente seria—. No quiero que la molesten. Solo que esté segura. ¿Entendido?

Asienten inmediatamente. —Sí, Su Majestad.

Satisfecho, abro la puerta del coche y me meto dentro.

Mientras el conductor se aleja de la acera, mi mente sigue con ella.

Incluso mientras me dirijo al aeropuerto, incluso mientras me preparo para volver a mi reino y acabar con Valerian de una vez por todas, ella es lo único en lo que no puedo dejar de pensar.

Capítulo Veintitrés

Katherine

Ha pasado un día desde que Alex se fue. Y, ¿sinceramente? No sé cómo me siento al respecto. Una parte de mí se siente aliviada de no haberlo dicho. De no haberlo soltado mientras él estaba aquí en mi oficina.

Pero quería decírselo.

Las palabras estaban justo en la punta de mi lengua. *Estoy embarazada. Vas a ser padre.* Quizás si lo hubiera dicho, habría cambiado de opinión. Tal vez le habría hecho ver las cosas de manera diferente, le habría hecho desear esto —querer un hijo— sin dudarlo.

Pero no lo hice. Y me alegro de no haberlo hecho. Porque está claro cómo se siente respecto a tener hijos. Y lo último que haría jamás es hacer que mi hijo pase por la agonía de no ser deseado, de tener un padre que solo lo ve como una obligación. Ningún hijo mío se sentirá así jamás.

Exhalo, presionando mis dedos contra las sienes antes de volver a prestar atención a la pantalla del ordenador frente a mí. Mi bandeja de entrada está saturada, pero un correo en particular permanece abierto, mirándome como una bomba de relojería. La última actualización de James sobre la investigación.

Le dije que cambiara su enfoque, que se concentrara en el asesinato de mis padres ahora que sé que el ataque contra mí fue orquestado por el tío de Alex. Valerian. Un hombre al que nunca he conocido, pero que, por alguna razón, quisiera verme muerta.

Pero las cosas finalmente están avanzando. Las piezas del rompecabezas están encajando.

El correo de James lo explica todo con hechos fríos y duros. Dos miembros de la junta, confirmados. Los tenemos. Evidencia sólida contra ellos. Pero está seguro de que hay más, y ahora solo es cuestión de probarlo.

Sin embargo, un nombre me revuelve el estómago. Frank.

James aún no está convencido del todo, la evidencia no es lo suficientemente fuerte. Pero lo sabe. Está seguro de que Frank está involucrado. Y si James está seguro, tengo todas las razones para creer que está en lo cierto.

Me recuesto, tamborileando con los dedos sobre el escritorio, tratando de procesar todo cuando un golpe resuena por mi oficina.

Miro el reloj. 1 PM. Justo a tiempo.

—Adelante —digo, sabiendo ya quién es.

La puerta se abre y Alice entra con paso firme. Se mueve con ese tipo de confianza sin esfuerzo: hombros erguidos, barbilla alta, pasos decididos. Una reina en todo el sentido de la palabra. Se dirige directamente a la silla frente a mí, pero se detiene justo antes de sentarse. Su mirada aguda y evaluadora me recorre, su expresión suavizándose hasta convertirse en algo que solo puedo describir como maternal.

Entonces, sus ojos bajan... hacia mi vientre.

Me cruzo de brazos. —¿Cómo te sientes? —pregunta, con voz cálida pero escrutadora, como si esperara que me derrumbara en cualquier momento.

Arqueo una ceja. —Estoy bien, Alice. Estoy embarazada, no me estoy muriendo.

Finalmente se hunde en la silla, pero no parece convencida. Si acaso, parece más preocupada, sus ojos aún clavados en mí como si fuera un frágil trozo de cristal a punto de romperse.

Suspiro. —¿Alice? Deja de mirarme así. Te prometo que estoy bien.

Inhala profundamente, como si estuviera tratando de decidir si me cree o no, y finalmente asiente. —Regresaré a mi ciudad hoy.

Parpadeo. —¿Te vas tan pronto?

—Desafortunadamente, sí. El deber llama. —Me da una pequeña sonrisa, casi como disculpándose—. Solo pude reservar un par de días para tu cumpleaños.

Asiento lentamente. Lo entiendo. Es una reina, y con eso vienen un millón de responsabilidades, todas exigiendo su atención. El hecho de que incluso haya hecho tiempo para estar aquí lo significa todo para mí.

—¿A qué hora es tu vuelo? —pregunto.

—No hasta más tarde esta noche. —Mira brevemente alrededor de la oficina antes de volver a mirarme—. Quería pasar a despedirme antes de prepararme para irme.

Asiento de nuevo, empujando mi silla hacia atrás mientras me pongo de pie. Ella hace lo mismo, alisando el frente de su vestido.

Doy un paso hacia ella. —Gracias por venir, Alice. Sé que siempre estás ocupada, y significa mucho para mí que hayas estado aquí.

Sonríe, una sonrisa real esta vez, cálida y sincera. —Siempre, Katherine. No me lo perdería por nada del mundo.

Me atrae hacia un abrazo, y me dejo caer en él, absorbiendo el consuelo de su presencia. Por un momento, simplemente nos quedamos ahí, aferradas la una a la otra, sin necesidad de palabras.

Luego, lentamente, me aparto. Y justo como antes, sus ojos inmediatamente bajan hacia mi vientre.

Dejo escapar un gemido, sacudiendo la cabeza. —Dios, Alice. Actúas como si nunca hubieras visto a una mujer embarazada antes.

Ella simplemente me da esa misma mirada maternal indescifrable. —Si surge algo, no dudes en llamar. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —digo, caminando con ella hacia la puerta. La abre, haciendo una pausa para mirarme de nuevo, dándome una última mirada prolongada antes de ofrecer una pequeña sonrisa. Luego se ha ido.

Cierro la puerta tras de mí, y la ausencia de Alice ya se siente más pesada de lo que debería. Hay algo en su presencia, firme y reconfortante de una manera que no necesita palabras. No revolotea, no mima, pero de alguna manera, solo saber que está cerca hace que todo se sienta un poco menos abrumador. ¿Y ahora que se ha ido? Siento que el vacío se apodera de mí.

O quizás solo estoy siendo dramática. Tal vez mis hormonas me están ablandando.

Con un lento suspiro, me alejo de la puerta y camino hacia la enorme ventana de cristal que abarca casi toda la longitud de mi oficina. Bajo la mirada hacia el estacionamiento, recorriendo las filas de coches caros y personas ocupadas que van y vienen.

Pasan unos minutos antes de que la vea. Alice, caminando hacia el elegante coche negro que la espera. Sus guardias se mueven en

sintonía, abriendo la puerta con esa eficiencia profesional y silenciosa que dice que han hecho esto un millón de veces antes. Ella se desliza dentro y, justo así, el coche arranca, desapareciendo en el tráfico de la ciudad.

Una pequeña sonrisa tira de mis labios. *Si surge algo, no dudes en llamar*. Esa es Alice, siempre tranquila, siempre cuidando de mí.

Doy un paso lento hacia atrás, lista para volver a mi escritorio, cuando algo capta mi atención.

Un SUV negro, estacionado justo más allá del aparcamiento de la oficina.

Mi respiración se detiene por un momento, una extraña sensación de familiaridad me pica mientras mis ojos se fijan en los dos hombres parados junto a él. Están vestidos con trajes negros, con gafas de sol en sus rostros a pesar del cielo nublado. Una lenta y inquietante revelación se desliza por mi columna vertebral.

Los conozco.

Me toma unos segundos, pero entonces lo entiendo.

Los he visto antes, parados a cada lado de Alex durante las reuniones de la junta, su presencia silenciosa e imponente imposible de pasar por alto. Estaban allí cuando vino a mi oficina una vez, posicionados justo fuera de la puerta como centinelas.

Mi estómago se revuelve.

Alex partió a Europa ayer. Pero sus guardias siguen aquí. Lo que solo puede significar una cosa.

Los dejó para vigilarme.

Una ira aguda y ardiente se enciende dentro de mí, extendiéndose tan rápido que casi me marea.

¿Estás bromeando?

¿Qué diablos cree que está haciendo? ¿Vigilándome como si fuera una damisela indefensa que necesita ser protegida? ¿Como si fuera su propiedad? ¿Está aterrorizado de tener hijos, pero aparentemente no tiene ninguna duda en colocar a sus hombres fuera de mi oficina como si yo fuera una especie de posesión frágil que necesita ser custodiada?

Ni siquiera me doy cuenta de que me estoy moviendo hasta que estoy saliendo furiosa de mi oficina, mis tacones golpeando fuerte y rápido contra los suelos de mármol. La ira en mi pecho es tan densa que ahoga todo lo demás: cada pensamiento, cada impulso de dudarlo.

No espero el ascensor. No puedo esperar. Tomo las escaleras, descendiendo tan rápidamente que mi respiración se vuelve entrecortada, mi pulso martilleando. En el momento en que llego a la planta baja, paso por las puertas de cristal del vestíbulo y salgo al exterior.

El calor del mediodía me golpea, espeso y húmedo, pero apenas lo registro. Mi atención está fija, aguda y mortal, en el SUV negro y los dos hombres parados junto a él.

Me ven acercarme, pero ni siquiera tienen la oportunidad de reaccionar antes de que esté justo frente a ellos, con los brazos cruzados, mi irritación emanando de mí en oleadas.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —exijo, con voz afilada y tajante. No estoy de humor para juegos.

Los guardias se miran entre sí, y por una fracción de segundo, capto algo en sus expresiones, algo como decepción. Como si realmente estuvieran tratando de evitar que los notara. Bueno, fracasaron.

Sus manos permanecen juntas frente a ellos, hombros cuadrados, espalda recta: las perfectas estatuillas disciplinadas que están entrenados para ser. Pero no responden. Y eso me enfurece aún más.

Entrecierro los ojos. —¿Dónde está su jefe?

Otro intercambio silencioso entre ellos. Entonces, finalmente, uno de ellos da un paso adelante.

—Su Majestad, el Rey, ha regresado al reino por asuntos urgentes. —Su voz es pareja, cortante, completamente desprovista de emoción. Robótica—. *"Su Majestad, el Rey".* Como si me importara un bledo su título oficial.

—¿Entonces qué demonios siguen haciendo ustedes dos aquí? —replico, mi paciencia agotándose por segundos.

Otra mirada entre ellos. La vacilación es exasperante. Entonces, el otro finalmente habla.

—Su Majestad nos ha instruido para protegerla sin molestarla, señora. Debemos cuidar de usted, pero no seremos una molestia.

Dejo escapar un breve suspiro exasperado. —¿Oh? Bueno, felicidades, porque su mera presencia ya es una molestia para mí.

El guardia ni siquiera se inmuta. —Señora, si me permite —dice, con voz aún perfectamente educada como si no lo hubiera llamado prácticamente una plaga—. Nuestras instrucciones son vigilarla sin causarle ningún problema. Le aseguramos que permaneceremos

fuera de su vista. Pero por favor, permítanos cumplir con nuestro deber hacia el Rey.

Arqueo una ceja. —Hmm. Me pregunto cómo se sentirá su Rey cuando le diga que ustedes dos me han estado molestando, siguiéndome a todas partes y entorpeciendo mi trabajo. —Inclino la cabeza, dejando que la amenaza se asiente—. Porque eso es exactamente lo que voy a decirle si no se van. Ahora mismo.

Por primera vez, veo un indicio de algo debajo de su profesionalismo impenetrable. Incertidumbre. No quieren irse. Pero realmente no quieren arriesgarse a enfadar a su jefe tampoco. Difícil elección.

Observo cómo intercambian otra mirada, y a pesar de las gafas de sol que ocultan sus ojos, puedo sentir la incomodidad emanando de ellos. Solo siguen órdenes, haciendo su trabajo. Pero no me importa.

Finalmente, se vuelven hacia mí, con las espaldas tan rígidas como siempre. —Como usted desee, señora.

Sin otra palabra, suben al SUV, el motor ronroneando al cobrar vida. Un segundo después, los neumáticos ruedan contra el pavimento, y observo, inmóvil, cómo desaparecen calle abajo, su elegante vehículo negro fundiéndose con el tráfico.

Solo cuando desaparecen por completo exhalo, la tensión en mis hombros aflojándose solo un poquito.

Bien. Eso está resuelto.

Con una última mirada a la ahora vacía acera, giro sobre mis talones y vuelvo adentro. Tengo trabajo real que hacer.

Las horas pasan en un borrón, mis dedos volando sobre el teclado mientras me sumerjo en el trabajo. Hay demasiado que hacer, demasiados cabos sueltos que atar, especialmente con cómo están

las cosas con Alex ahora. Una pequeña parte de mí consideró posponer mis planes de recuperar todos nuestros activos de sus propiedades en Europa, pero ahora estoy avanzando con esos planes con renovada urgencia.

Justo cuando estoy a punto de abrir otro documento, mi mirada cae sobre algo pequeño y familiar que está en la silla frente a mí. Un bolso.

El bolso de Alice.

Exhalo por la nariz, sacudiendo la cabeza con una pequeña sonrisa. Lo olvidó. Puede que sea literalmente una reina, pero a veces es tan olvidadiza como cualquiera.

Tomo mi teléfono y la llamo. Contesta al segundo timbre.

—Hola —digo, reclinándome en mi silla—. Parece que dejaste tu bolso aquí.

—Me preguntaba dónde estaba —suspira, seguido por el más leve sonido de sus labios chasqueando—. Iré por él.

Miro mi reloj. 7 PM. —¿A qué hora es tu vuelo de nuevo?

—10 PM. Pasaré por tu oficina antes de ir al aeropuerto —dice.

—Tiempo de sobra —murmuro, asintiendo aunque no pueda verme —. Muy bien, estaré aquí. De todos modos estoy trabajando hasta tarde.

—Como siempre —bromea. Cuelgo, dejando el teléfono a mi lado.

Es solo ahora, en la pausa momentánea, que me doy cuenta de lo tarde que se ha hecho. La oficina está más silenciosa que antes, el habitual zumbido de voces y pasos reducido a nada más que el ocasional sonido distante del personal de limpieza. Fuera de mi

ventana, las luces de la ciudad parpadean contra el cielo que se oscurece, los coches serpenteando por las calles como estrellas en movimiento.

Aun así, no tengo planes de irme pronto. Queda demasiado por hacer. Me inclino hacia adelante de nuevo, volviendo a centrarme en mi pantalla, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Pasan unos minutos y entonces, hay un golpe en la puerta.

Levanto la mirada, las cejas juntándose. Extraño. La mayoría de los empleados ya se habrían ido a casa a estas horas.

¿Alice? Tal vez no estaba muy lejos cuando la llamé.

No le doy más vueltas. —Adelante —digo.

Parpadeo. Una vez. Dos veces. Y por un segundo, se siente como si toda la habitación se congelara. El aire se espesa, el leve zumbido de la ciudad afuera se apaga, y todo lo que puedo oír es el constante y rítmico latido de mi propio corazón.

De pie en la puerta, como una sombra que no debería estar aquí, está Frank.

—Buenas noches, prima —dice, su voz suave, estudiada. La puerta se cierra tras él con un clic, el suave sonido enviando una inquietante onda por mi columna vertebral.

Su nombre sale de mis labios antes de que pueda detenerlo. —¿Frank?

Sale casi sin aliento, impregnado de una sorpresa que desearía no fuera tan obvia. Mi cerebro inmediatamente vuelve al correo de James, su advertencia. *Estoy seguro de que Frank estuvo involucrado en la muerte de tus padres, pero aún no hay pruebas.*

Me muevo en mi asiento, forzando mi expresión a algo más neutral, más ilegible. Mi corazón todavía martillea, pero me niego a dejarlo ver.

—No esperaba verte —digo, con voz firme.

Frank avanza, sus movimientos lentos y deliberados, como si saboreara cada segundo de este momento. Se acomoda en la silla frente a mí, su postura relajada, sus labios curvados en una sonrisa fácil. Pero hay algo debajo, algo frío y afilado.

—Esa no es una manera agradable de saludar a un primo que no has visto en un tiempo, Katherine. —Su tono es ligero, casi juguetón, pero hay un peso detrás, algo que hace que mi pulso se acelere.

Inhalo profundamente, mis dedos presionando contra el borde de mi escritorio. —¿Cómo pasaste la seguridad? —Mi tono es seco, cortante.

Se encoge de hombros, completamente imperturbable. —Vamos, Katherine. Soy un Lockhart, igual que tú. Además, he trabajado aquí el tiempo suficiente para pedir algunos favores.

No respondo. El silencio se extiende entre nosotros.

Frank inclina ligeramente la cabeza, estudiándome con esos afilados ojos verdes. Está sonriendo, su expresión engañosamente cálida, pero mis instintos me están gritando. *Estás en peligro.*

—¿Qué quieres, Frank? —pregunto, directa, sin querer entretener cualquier juego que esté tratando de jugar.

No contesta inmediatamente. En cambio, su mirada vaga por mi oficina, como si solo estuviera aquí para una visita casual, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Entonces...

—¿No fue tu cumpleaños hace un día o así? —pregunta.

No me estremezco, pero mi mandíbula se tensa. —Dudo que hayas venido aquí para hablar de mi cumpleaños.

Mantiene mi mirada por un largo momento antes de dejar escapar una suave risa. —Nunca te gustaron mucho tus cumpleaños cuando eras pequeña. —Su voz es pensativa, como si estuviera reminisciendo, como si solo fuéramos dos viejos amigos poniéndose al día—. Era una de esas cosas sobre ti que siempre me pareció extraña. Todos los demás se emocionaban tanto, contando los días, haciendo fiestas. Y luego estabas tú. Siempre seria. Siempre distante. Recuerdo que decías, ¿qué era? "Los cumpleaños son tontos". —Se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos en sus rodillas—. Incluso de niña, pensabas que eras mejor que todos los demás.

Levanto una ceja, mirándolo fijamente, pero antes de que pueda responder, él continúa.

—¿Sabes qué más recuerdo? —Su tono cambia, un borde silencioso deslizándose en él—. Recuerdo lo inteligente que todos decían que eras. Era todo de lo que hablaba la gente. Cada cena de Acción de Gracias, cada visita de Navidad, siempre era Katherine esto, Katherine aquello. La perfecta y brillante heredera Lockhart.

Exhala una pequeña risa, pero no hay nada divertido en ella. —Creo que fue entonces cuando comencé a odiarte.

Su voz cae más baja, más tensa, y ahora hay un veneno inconfundible en ella, como algo que ha estado festejando durante años, esperando el momento adecuado para atacar. Mi corazón comienza a latir con fuerza.

—Frank —digo con cuidado, manteniendo mi voz firme—. ¿Por qué estás aquí?

Sus ojos verdes arden mientras me mira, los últimos restos de su sonrisa desvaneciéndose.

—Vine aquí hoy para hacer una confesión. —Se levanta de su asiento—. Una confesión sobre tus padres.

Un escalofrío me recorre, pero no tengo tiempo para reaccionar, porque en el momento en que empiezo a levantarme, su mano se mueve. Y de repente, hay una pistola. Una pequeña pistola negra, sacada de la parte trasera de su cinturón, apuntando directamente hacia mí.

Mi estómago cae.

—Ni un jodido paso —murmura, con voz baja, peligrosa—. A menos que quieras ir a saludar a tus viejos esta noche.

Mi respiración se entrecorta, mis ojos parpadeando entre él y el arma. Hay un peso oprimiendo mi pecho: miedo, ira, incredulidad, todos enredados en un nudo sofocante.

—Tú... —Mi voz apenas supera un susurro—. Tú los mataste.

Frank inclina la cabeza, observándome como un gato observa a un ratón. —Hice lo que tenía que hacer para conseguir lo que merecía —dice, como si fuera un hecho—. Y aun así, me lo quitaste. Pero ya no más.

Empieza a rodear el escritorio, lento y constante, como si supiera que no tengo a dónde correr. Su mano libre se mete en su bolsillo, sacando un pequeño paño doblado.

La comprensión me golpea como un tren de carga. Mi pulso se dispara.

Cloroformo.

Mi silla raspa contra el suelo cuando me echo hacia atrás bruscamente, pero es demasiado tarde. Se lanza, más rápido de lo que esperaba, empujando el paño contra mi nariz y boca.

Me retuerzo, las uñas arañando su muñeca, pero el olor químico es abrumador. Mi cabeza da vueltas. Mis extremidades se debilitan.

Trato de luchar. Trato de gritar. Pero mi cuerpo no está respondiendo. El mundo a mi alrededor se desdibuja, se oscurece, comienza a resbalar.

Y justo antes de que todo se vuelva negro, veo la puerta abrirse. Tres hombres entran. Vestidos de negro. Rostros cubiertos.

—Llévensela —ordena la voz de Frank a través de la neblina.

Y entonces... la oscuridad se apodera de mí.

Capítulo Veinticuatro

Alex

Han pasado dos días desde que regresé. Y cada minuto desde mi vuelta ha llevado a este momento. El aire está cargado de anticipación mientras avanzo por el gran corredor, con Jack caminando a mi lado. Las puertas de la cámara del consejo de guerra se alzan imponentes frente a nosotros, altas y majestuosas, doradas con siglos de poder. Los guardias apostados afuera se enderezan en cuanto me ven aproximarme. Luego, con perfecta sincronización, abren las puertas.

Dentro, el gran salón ya está lleno. Jefes militares. Miembros del consejo. Los oficiales de más alto rango de mi reino, todos reunidos alrededor de la enorme mesa central. Cuando entro, una ola de movimiento recorre la sala: cada persona se levanta, inclinando la cabeza en señal de respeto. Un coro de voces me saluda.

—Majestad.

Apenas los reconozco. Mis ojos recorren la sala, examinando cada rostro. Camino hacia el centro, donde un extenso mapa digital de mi reino brilla sobre la mesa. La sala vuelve a quedarse en silencio, esperando. Observando. Dejo que el silencio se prolongue un momento y luego, mi voz corta el aire.

—Ponedme al día.

El jefe de mi ejército, el General Vaughn, da un paso adelante.

—Nuestros exploradores han detectado movimiento en las afueras —comienza—. Una fuerza creciente. Los números están aumentando, y hemos confirmado avistamientos de ciertos... individuos.

No necesito preguntar. Ya sé lo que está a punto de decir.

—Los miembros corruptos del consejo —murmuro.

Vaughn asiente—. Los mismos que aceptaron sobornos y se opusieron a su derecho al trono. Los hemos visto con las fuerzas enemigas.

Exhalo lentamente, presionando mis manos contra la mesa mientras me inclino sobre el mapa. Mis ojos examinan el terreno, los marcadores parpadeantes que representan los movimientos enemigos.

—¿Cuántos? —pregunto.

Vaughn no duda—. Miles. Posiblemente más. Aún no sabemos si su número seguirá creciendo o si esta es la totalidad de su fuerza.

Levanto la mirada, encontrándome con sus ojos—. ¿Y nuestro ejército?

Sus labios se contraen ligeramente, un fantasma de sonrisa burlona —. Más que capaz de aniquilarlos, Majestad. Si da la orden, podemos aplastarlos antes de que tengan oportunidad de actuar.

Un gesto brusco y decisivo es mi única respuesta.

—Majestad —continúa Vaughn, con la voz tensa—. Hay algo más.

Ya lo sé antes de que lo diga. Jack me ha informado.

—Valerian —afirmo.

La mandíbula de Vaughn se tensa—. Ha sido visto entre ellos.

Un calor lento y ardiente se extiende por mi pecho. La habitación está cargada de tensión, el aire mismo rebosante de anticipación. Doy un paso atrás alejándome de la mesa, recorriendo con la mirada a los oficiales reunidos. Están esperando mis órdenes.

—Todos sabemos lo que está en juego —digo, con voz firme y segura—. Una guerra significará bajas. Significará vidas inocentes perdidas. No permitiré que eso suceda. —Hago una pausa, dejando que mis palabras se asienten—. Acabamos con esto antes de que empiece. Los aplastamos y llevamos a Valerian y sus aliados traidores ante la justicia.

Un coro de aprobación recorre la sala. Pero antes de que pueda decir otra palabra, las puertas se abren de golpe.

Un explorador entra tambaleándose, sin aliento, con el pecho agitado mientras lucha por recuperar la respiración. Toda la sala se vuelve hacia él. Todos los ojos están clavados en el soldado que parece haber cruzado medio reino corriendo.

Me enderezo—. Habla.

Se toma un segundo, inhalando bruscamente—. Se han ido —suelta de golpe—. Las fuerzas de Valerian. Se han dispersado.

La sala cae en un silencio absoluto y atónito.

Entrecierro los ojos—. ¿Dispersado?

El explorador asiente frenéticamente, todavía jadeando—. Todo su campamento ha desaparecido. Abandonaron sus posiciones, se dispersaron en diferentes direcciones. Sin formación, sin coordinación... es como si simplemente se hubieran marchado.

Una profunda inquietud me recorre.

Detrás de mí, Vaughn ya está ladrando órdenes, exigiendo actualizaciones inmediatas de vigilancia. Los otros generales intercambian miradas, algunos murmurando entre ellos. Jack, de pie junto a mí, frunce el ceño profundamente, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No tiene sentido —murmura entre dientes—. ¿Por qué demonios huirían?

No respondo. Mi mente ya está corriendo. Valerian no es un tonto. Es un estratega, un hombre que juega a largo plazo. No huiría sin motivo.

En cuestión de segundos, los informes empiezan a llegar de los generales. Todos confirman lo mismo. Las fuerzas enemigas se han ido. Me giro hacia Jack, nuestras miradas se encuentran. Él también lo ve, la pregunta tácita que flota entre nosotros.

Algo va mal.

Sin vacilar, tomo mi decisión—. Vamos allí —digo con firmeza.

Jack asiente—. Estoy contigo.

Me dirijo a los generales—. Reunid una pequeña unidad. Nos dirigimos a las afueras ahora. Quiero ver esto por mí mismo.

Nadie duda.

No espero más discusión. Sin decir otra palabra, me doy la vuelta y salgo del salón a grandes zancadas, con Jack y un puñado de mis mejores hombres siguiéndome.

Y necesito saber exactamente qué demonios está pasando.

En cuestión de segundos, estamos fuera del palacio y en camino. El convoy cruza la ciudad. Jack se sienta a mi lado en el vehículo principal, con la mandíbula tensa y los ojos fijos en la carretera.

Cuando llegamos, soy el primero en bajar, mis botas golpean la tierra con determinación. El aire está inquietantemente quieto, perturbadoramente silencioso. Sin movimiento. Sin sonido. Solo los restos de un campamento militar que ha sido limpiado. Las tiendas

han sido desmanteladas, los fuegos extinguidos hace tiempo, una comida a medio comer pudriéndose sobre una mesa improvisada. Pero no hay señal de ellos.

Jack se coloca a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras examina el área—. Menudo truco de magia —murmura.

No respondo de inmediato. Todo mi cuerpo está tenso, mi mente contemplando cien escenarios diferentes. Ninguno tiene sentido. Valerian tenía un ejército aquí. Miles. Se estaba preparando para la guerra. Y ahora, sin siquiera un susurro, ¿han desaparecido en el aire?

No. Así no es como funciona esto.

Exhalo bruscamente, girándome hacia Jack—. Contacta con los generales. Cualquiera con inteligencia. Quiero ojos en todas partes. Quiero saber adónde han ido, y lo quiero saber ya.

Jack saca su teléfono, ya marcando—. Alex, no se han reagrupado en otro lugar. Se han dispersado.

—Y eso es exactamente lo que me preocupa —espeto—. Están planeando algo, Jack. Necesito saber qué.

Jack no discute. Sabe que tengo razón. Se lleva el teléfono a la oreja, alejándose mientras la llamada se conecta. Me paso una mano por el pelo, la inquietud en mi pecho creciendo por segundos.

Esto no es solo una retirada. Valerian no está huyendo. Está moviendo las piezas del juego a su posición. Y no tengo ni idea de dónde va a atacar a continuación.

En ese momento, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco, frunciendo el ceño ante la pantalla. El número es desconocido, bloqueado. Algo frío se desliza por mi columna vertebral.

Contesto—. ¿Quién es?

La voz que se desliza a través del receptor convierte mi sangre en hielo.

—Tengo algo que te pertenece, pequeño sobrino.

Valerian.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula—. ¿Dónde estás? —Mi voz es baja, letal.

Una suave risa. Divertida. Como si esto fuera un juego para él—. No se trata de dónde estoy. Se trata de qué, o más bien, quién tengo. —Una pausa. Luego, suave como la seda, añade—: Te ofrezco un intercambio justo. Renuncias al trono que me corresponde por derecho... y perdonaré la vida de tu compañera.

Por un segundo, no puedo respirar. El mundo que me rodea deja de existir. El aire en mis pulmones se desvanece. Mi pulso ruge en mis oídos.

Mi agarre en el teléfono se tensa hasta que me arden los nudillos—. Estás mintiendo —gruño.

Pero antes de que pueda exigir pruebas, la llamada se corta. Un segundo después, llega un mensaje. Miro hacia abajo. Y en el momento en que la imagen aparece en mi pantalla, una rabia aguda y asesina explota dentro de mí.

Katherine.

Está inconsciente, sus oscuras pestañas descansando sobre su piel pálida. Sus muñecas están atadas, su boca amordazada. Parece sin vida. Indefensa. Una neblina roja nubla mi visión. Mis manos tiemblan.

El teléfono se hace añicos en mi agarre, la pantalla rompiéndose en mil fragmentos inútiles.

Jack se gira al oír el sonido—. ¿Qué demonios...?

Pero con una mirada a mi cara, su expresión cambia. Todo su cuerpo se tensa—. Alex... ¿qué ha pasado?

Apenas puedo oírlo por encima del rugido de mi propia sangre. Mi respiración es entrecortada, mis dedos están curvados en puños tan apretados que mis uñas se clavan en las palmas de mis manos.

—La tiene —digo entre dientes—. Valerian tiene a Katherine.

Todo el cuerpo de Jack se pone rígido. Su mandíbula se tensa, sus cejas se juntan.

—¡La ha secuestrado, Jack! —exploto, mi pecho subiendo y bajando en respiraciones rápidas y furiosas—. Y la está usando para llegar a mí. Quiere que abdique. Que renuncie al trono.

Jack se pasa una mano por la cara, exhalando bruscamente—. Hijo de puta. —Empieza a caminar de un lado a otro, sus botas levantando polvo mientras su mente analiza las implicaciones—. Sabíamos que algo no cuadraba con su desaparición. Sabía que esto era una trampa, pero esto... esto está a un nivel completamente distinto de jodido.

Sacudo la cabeza, con las manos agarrando la parte posterior de mi cuello mientras trato de pensar, trato de respirar. Pero todo lo que puedo ver es esa imagen. Katherine. Atada. Amordazada. Inconsciente. Está atrapada en esto por mi culpa.

—¿Dónde está, Jack? —Mi voz es cruda, hirviente—. ¿Dónde demonios está?

Jack exhala por la nariz, sus dedos ya volando sobre su teléfono—. Necesitamos volver a la sala de guerra. Podemos ejecutar vigilancia por satélite, rastrear vuelos privados, cotejar informes de movimiento...

—¡No tenemos tiempo para eso! —espeto, pero incluso mientras las palabras salen de mi boca, sé que tiene razón.

Jack mantiene mi mirada, sin titubear—. Vamos.

No discuto. Empujo el pánico al fondo, lo entierro bajo capas de furia, y me muevo.

No registro nada del viaje de regreso al palacio. Y para cuando regresamos a la sala de guerra, es puro caos. Cada pantalla está llena de información: imágenes de satélite, informes de inteligencia, seguimiento de comunicaciones. Mis hombres trabajan a un ritmo vertiginoso.

—¿Podría estar reteniéndola en Estados Unidos? —Mi voz es áspera, mi paciencia escasa—. La dejé allí. Si Valerian tenía gente vigilándola, podría haberla capturado.

Jack exhala por la nariz—. Es posible, pero aún no lo sabemos.

Me paso las manos por el pelo, mi mente un nudo de rabia y culpa. Katherine es inocente. No ha hecho nada. No merece verse atrapada en esta maldita guerra.

Entonces Jack se vuelve hacia mí, con el rostro sombrío, su teléfono fuertemente apretado—. Otro mensaje —dice.

Un músculo late en mi mandíbula—. Muéstramelo.

Jack duda solo un segundo. Luego extiende su teléfono. Lo agarro, mis ojos fijándose en la pantalla. Y mi corazón se detiene.

Es otra foto.

Esta vez, Katherine no está solo inconsciente. Está tendida, su cuerpo desplomado, su cabello esparcido sobre un suelo de concreto. Y de pie sobre ella, con expresión arrogante, está Valerian. Debajo de la imagen, un único mensaje:

"Tienes 24 horas para anunciar tu abdicación, Alex. De lo contrario, ella muere".

La sala de guerra se desvanece. Los sonidos de mis hombres trabajando desaparecen. El aire en mis pulmones se evapora. Todo lo que puedo oír es el rugido ensordecedor de mi propia furia.

Jack me observa con cuidado—. Estamos analizando la imagen ahora —dice—. Tratando de localizar la ubicación.

—No es suficiente —digo, mi voz inquietantemente calmada, mortal —. Nada de esto es suficiente.

Jack se endereza—. Estamos haciendo todo lo posible, Alex. Pero rastrearlo en veinticuatro horas... —Exhala bruscamente—. Podríamos necesitar más tiempo.

No tengo más tiempo.

Me alejo, mi mente girando, mi pulso martilleando contra mi cráneo. Siento que las paredes se cierran. El peso de mi corona. El peso de mis decisiones—. ¡Todos fuera! ¡Ahora! —ordeno bruscamente. Ni siquiera tardan un segundo en pensarlo, la sala se vacía en un instante. Pero Jack espera detrás, se queda conmigo como si no quisiera dejarme solo en este momento.

Me permite unos segundos a solas, luego se acerca, bajando la voz —. Alex.

No lo miro.

—¿Qué estás pensando?

Inhalo profundamente, forzando a mis pulmones a expandirse contra el peso aplastante en mi pecho. Luego me giro hacia él.

—Voy a darle lo que quiere.

Jack se queda inmóvil—. No.

—Tengo que hacerlo.

—Alex, piensa... si entregas el trono, devuelves el reino a Valerian y al consejo corrupto. Sabes lo que eso significa. Sabes lo que harán. —Su voz es aguda, urgente—. Entiendo que necesites salvarla, pero todavía tenemos tiempo. Podemos encontrarla antes de...

—¿Y si no lo hacemos? —Mi voz se eleva—. ¿Y si se nos acaba el tiempo y ella muere porque yo era demasiado orgulloso para hacer un trato?

Jack sacude la cabeza—. La encontraremos. Nosotros...

—Si la pierdo, Jack, nada más importa —mi pecho se agita—. Podemos vivir para luchar otro día. Pero ahora mismo? Ahora mismo, necesito asegurarme de que está viva.

El rostro de Jack está marcado por líneas duras—. Y si abdicas, Valerian no te dejará simplemente marcharte. Te matará.

Mantengo su mirada—. Entonces que así sea.

Silencio. Denso y pesado. Jack traga, sus puños cerrándose—. No hagas esto.

Antes de que pueda responder, las puertas se abren de nuevo. Me giro bruscamente, mi furia encendiéndose—. Dije que quería la sala despejada...

Un guardia se inclina bruscamente—. Perdóneme, Majestad —dice rápidamente—. Pero hay un invitado importante. Uno que exige verlo inmediatamente.

No tengo tiempo para esto. —Que se vaya.

El guardia duda—. Es la Reina Alice del Reino Lobo Americano.

Mis cejas se levantan. Y entonces, las puertas se abren de golpe. Alice irrumpe, su presencia crepitando con energía, sus tacones resonando con fuerza contra el suelo de mármol. Se mueve con determinación, sus ojos afilados clavándose en los míos como si estuviera lista para destrozarme.

—Alex —espeta, deteniéndose a solo centímetros de mí—. Necesitamos hablar. Ahora.

Me pongo de pie en el segundo en que Alice irrumpe, mi cuerpo zumbando con adrenalina apenas contenida. No tengo tiempo para esto. No ahora. No cuando la vida de Katherine pende de un hilo.

—Alice, sea lo que sea, tiene que esperar —digo, con la voz tensa—. Tengo asuntos urgentes que atender.

—Sé lo que está pasando, Alex —espeta ella—. Katherine ha sido secuestrada.

Me tenso, mis puños apretándose a mis costados—. Entonces entiendes por qué no tengo tiempo para lo que sea esto.

Pero Alice no se mueve. No retrocede. En cambio, entra directamente en mi espacio, su cara a centímetros de la mía—. Te lo advertí —sisea—. Te dije que no debía ocurrirle ningún daño.

Antes de que pueda reaccionar, el cuerpo de Alice cambia. No completamente, pero lo suficiente para recordarme exactamente

quién es. Sus colmillos se alargan. Sus garras se afilan. Sus pupilas se estrechan hasta convertirse en rendijas finas como navajas.

Normalmente, mi lobo reaccionaría instintivamente ante algo así. Cualquier metamorfo, cuando se enfrenta a hostilidad, cambiaría a medias en respuesta. Mi cuerpo debería tensarse, mis propios dientes afilarse, un gruñido bajo arrancándose de mi garganta.

Pero... nada. No siento nada. Ningún movimiento de mi lobo. Ninguna agresión instintiva surgiendo para enfrentar la suya. Esa realización rasca los bordes de mi mente, arañando algo que no acabo de entender. Pero no tengo tiempo para reflexionar sobre ello. Porque Alice no se equivoca.

Una aguda culpa se acumula en mi estómago. Ella me advirtió. Dejó claro que Katherine no debía sufrir daño alguno. Y ahora está en manos de Valerian... por mi culpa.

Mi garganta se tensa, pero obligo a mi voz a mantenerse firme—. Valerian... Mi tío la tiene —le digo a Alice—. Me envió un mensaje: 24 horas. O abdico el trono, o la mata.

Los colmillos de Alice se retraen, sus garras volviendo a su forma humana, pero el fuego en su mirada no se desvanece. Cruza los brazos—. Sé que ha sido secuestrada —su voz es más baja ahora pero no menos furiosa—. Estaba con ella. Hablamos minutos antes de que la secuestraran. Cuando volví a su oficina para recoger mi bolso, había desaparecido. —Exhala bruscamente, luego saca su teléfono—. Así que la rastreé.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

—¿Sabes dónde están? —Mi voz es aguda, bordeada de anticipación repentina y violenta.

Alice asiente, inclinando su teléfono hacia mí—. Seguí la señal de su teléfono. Están en una isla no muy lejos de aquí. La Miagani.

La Miagani.

Una isla abandonada. Un lugar dejado para pudrirse, intacto durante años. Tiene sentido. Está lo suficientemente aislada como para que nadie pensaría en buscar allí.

Jack se acerca, mirando la pantalla por encima de mi hombro—. ¿Ahí es donde están? —Su tono ya está inclinándose, calculando.

Alice asiente—. Habría ido yo misma —dice—. Pero está fuertemente custodiada. Y como está en territorio de tu reino, no podía traer mis fuerzas sin causar un desastre diplomático de mierda. —Sus ojos encuentran los míos, implacables—. Pero tú sí puedes.

No dudo—. Jack, prepara a los hombres. Nos movemos ya.

Jack asiente bruscamente y sale de la habitación sin decir una palabra más.

Mi mente ya está adelante, ya allí, visualizando cada paso de lo que está por venir. La tormenta está creciendo dentro de mí, rabia y adrenalina colisionando, afilándose en un propósito singular e implacable.

Voy a encontrarlo. Voy a acabar con él. Y voy a recuperarla.

Pero justo cuando me giro para irme, Alice agarra mi brazo.

Giro mi cabeza hacia ella, mi paciencia al límite—. Alice, no tenemos tiempo...

—Hay algo que debes saber —interrumpe. Algo en su tono hace que mi estómago se retuerza. Hay una vacilación en sus ojos. Un

destello de algo bajo toda la ira y urgencia. Y me doy cuenta: no está solo enfadada. Está ocultando algo.

—¿Qué es? —Mi voz es baja, cautelosa.

Los labios de Alice se presionan en una línea delgada—. Es Katherine —dice—. Está embarazada.

Las palabras detonan en mi cráneo. Me quedo completamente inmóvil. Mi respiración se detiene.

Katherine está embarazada.

El mundo a mi alrededor se oscurece, la sala de guerra, el caos, todo se desvanece en un ruido blanco.

Por eso me ha estado preguntando cómo me siento acerca de tener hijos. Por eso estaba tan molesta cuando sugerí que seríamos felices sin hijos. Por eso significaba tanto para ella.

Oh, joder.

—¿Estás segura? —Mi voz apenas supera el susurro.

Alice asiente.

Todo mi pecho se tensa.

Esto ya no se trata solo de mi compañera destinada. No solo de Katherine.

Valerian tiene a mi hijo.

Una protección violenta y visceral explota a través de mí.

Alice mantiene mi mirada—. Necesitas llegar a ella. Ahora.

Trago con dificultad, empujando a través de la tormenta que ruge dentro de mí, fijándome en lo único que importa.

Asiento una vez—. Nos vamos.

Alice me sigue sin cuestionar. El tiempo para hablar se acabó.

Ahora, me muevo. Ahora, cazo. Y ahora, acabo con Valerian de una vez por todas.

Capítulo Veinticinco

Katherine

Dolor.

Me golpea en el momento en que me despierto, un dolor palpitante y nauseabundo que pulsa a través de mi cráneo como un tambor. Aprieto los ojos, intentando estabilizarme, pero los recuerdos—débiles y fragmentados—comienzan a atravesar la niebla. Destellos de movimiento. El rugido sordo de un motor. Un avión. Luego... ¿un coche? La sensación desorientadora de ser levantada, transportada. Y luego, oscuridad.

Parpadeo con fuerza, deseando que mi visión se ajuste. Pero no hay nada. La habitación a mi alrededor está completamente a oscuras. El aire es húmedo, impregnado con el olor a madera y algo rancio, casi podrido. Las paredes deben estar hechas de eso—madera vieja y húmeda, empapada con la humedad de cualquier lugar maldito donde me encuentre.

Intento moverme pero mis muñecas no ceden. El pánico me atraviesa al darme cuenta de que estoy atada. Manos atadas. Piernas atadas.

Tiro de nuevo, con más fuerza esta vez, pero las ataduras se clavan en mi piel, mordiendo la carne sensible de mis muñecas. Mi respiración se acelera. Mi pecho se tensa. Intento hablar—llamar, gritar—pero algo me bloquea la boca. Mis labios se separan contra la tela de una mordaza, mi voz ahogada es completamente engullida por el espeso silencio de la habitación.

¿Dónde diablos estoy?

Mi corazón golpea contra mis costillas, frenético y errático. Lo último que recuerdo es hablar con Frank. Y ahora, estoy aquí. En algún lugar desconocido. Atada. Amordazada. Completamente impotente.

Y entonces hay un crujido lento y espeluznante. La puerta se abre. Una luz dura y cegadora inunda la habitación, quemando mis ojos. Los cierro con fuerza, girando la cabeza, mientras mi respiración se entrecorta al escuchar el sonido lento y deliberado de pasos entrando en el espacio.

Los pasos son pesados, sin prisa. Cada nervio de mi cuerpo se tensa.

Intento ver, pero la luz es demasiado intensa, mis pupilas aún adaptándose al repentino brillo. Mi cuerpo se tensa mientras la presencia se acerca.

Cuando esta persona finalmente habla, su voz es grave. Arrastrada. Destilando algo frío y burlón.

—Así que esto es lo que causa tanto alboroto.—Una pausa, como si me estuviera estudiando—. Eres bonita. Parece que mi pequeño sobrino tiene buen gusto después de todo.

Mi estómago se desploma.

Valerian. El tío de Alex. El hombre que intentó matarme.

Una nueva oleada de miedo sube por mi garganta, crudo y sofocante. Mis dedos se curvan en puños apretados contra mis ataduras, las uñas clavándose en mi propia piel. Mi pulso se acelera mientras me obligo a quedarme quieta, a respirar, pero mi cuerpo me traiciona—estoy temblando.

Exhala lentamente antes de volver a hablar.

—Esperaba que nos conociéramos, ¿sabes?—Su voz es sedosa, impregnada de algo peligroso—. Es una lástima que tuviera que ser así. Pero supongo que el destino tiene esas ironías.

Intento hablar, pero la mordaza ahoga el sonido, convirtiéndolo en un desastre desesperado e ininteligible.

Él se ríe. El sonido hace que mi piel se erice.

—Debes estar muy confundida —reflexiona, dando otro paso más cerca—. Arrojada a todo esto sin siquiera conocer la historia completa. —Chasquea la lengua, como si me compadeciera—. Pero no te preocupes. Estás a punto de desempeñar un papel muy importante en todo esto.

Cierro los ojos con fuerza, preparándome mientras se agacha a mi lado.

—Tengo que agradecértelo, en realidad —continúa, bajando aún más la voz—. Gracias a ti, una vieja injusticia finalmente va a ser corregida.

Me quedo inmóvil.

Se inclina, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su aliento contra mi piel.

—Gracias a ti —murmura—, recuperaré lo que es legítimamente mío.

¿Qué quiere decir?

Se endereza, su tono volviendo a esa diversión aterradora.

—Le he dado un ultimátum a Alex —dice—. Tiene 24 horas. O abdica del trono... o te mato.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el pecho. Mi respiración se entrecorta. Puedo escuchar la certeza absoluta en su

voz. No está fanfarroneando. Habla en serio.

—24 horas —repite Valerian—. Es todo lo que tiene. —Su voz se vuelve más fría, más afilada—. Así que si no coopera... Bueno. No podrá decir que no le advertí.

Lucho de nuevo, mi respiración volviéndose más rápida, más errática. La mordaza me asfixia, cortándome la boca, sofocando las palabras desesperadas que necesito decir.

Valerian me observa durante un largo momento.

—¿Oh? —Una sonrisa burlona entrelaza su voz—. ¿Quieres decir algo?

Hay una breve pausa. Y arranca la mordaza de mi boca.

Jadeo, absorbiendo aire, con los labios agrietados y en carne viva. Mi garganta arde mientras fuerzo las palabras, mi voz ronca pero firme.

—No tiene por qué hacer esto.

Valerian simplemente me mira fijamente.

—No lo necesita —insisto, ignorando el temblor en mi propia voz—. El reino no es suyo. Pero puede arreglar esto. Puede hacer las paces con Alex y...

Valerian se ríe. El sonido es tan agudo, tan frío, que me atraviesa por completo.

—Oh, realmente eres estúpida —dice, su tono goteando condescendencia.

Aprieto la mandíbula, mi pecho subiendo y bajando rápidamente.

Justo entonces se detiene, quedándose completamente inmóvil. Una extraña mirada cruza su rostro. Luego, sus fosas nasales se dilatan

ligeramente, como si estuviera oliendo el aire.

Y entonces, sus labios se curvan.

—Oh —murmura.

Algo en su tono hace que mi estómago se hunda.

Su voz se vuelve helada.

—Estás llevando a su hijo.

Mi respiración se detiene.

Inclina la cabeza, su expresión ilegible en la oscuridad.

—Puedo olerlo en ti.

—¿Cómo?

La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, mi confusión es evidente. Incluso Alice no pudo simplemente olerlo en mí, ¿cómo puede él? Pero no duda, su voz cortando el aire, con un filo oscuro y conocedor.

—Es uno de mis poderes —dice, su tono llevando ese mordisco peligroso y frío como el hielo—. La mayoría de los lobos tienen un fuerte sentido del olfato. ¿Pero yo? El mío es más agudo que la mayoría. No importa cuán tenue, cuán sutil... lo capto.

Su mirada se fija en la mía, sin parpadear, sin vacilar. Y entonces...

—Puedo oler a un pequeño lobito comenzando a gestarse dentro de ti.

Y así, sin más, estalla en carcajadas. No solo riendo, sino riendo maníacamente, su voz rebotando en las paredes de madera como una especie de sinfonía desquiciada. Su diversión se siente enferma, retorcida, completamente equivocada. La risa continúa, extendiéndose demasiado tiempo, como si no pudiera contenerse,

como si mi existencia —mi embarazo— fuera lo más divertido del mundo para él.

El mundo a mi alrededor se tambalea, mi estómago dando vueltas, y por un momento, creo que realmente podría vomitar. Pero Valerian finalmente se calma, sus risitas desvaneciéndose en una persistente y espeluznante sonrisa mientras inclina la cabeza, estudiándome como si fuera un insecto clavado bajo un cristal.

—No lo sabes, ¿verdad? —Su voz es casi... suave ahora, como si estuviera genuinamente curioso.

Mis labios se separan, pero no salen palabras. No sé a qué se refiere. Y odio que se note en mi cara.

Su sonrisa se ensancha, una mueca cruel y conocedora.

—No sabes lo que llevar el hijo de un cambiante le hace a los humanos.

Algo frío se desliza por mi columna vertebral.

—¿Qué...? —Mi voz es ronca, apenas audible, pero él no espera a que termine.

—Eres humana, Katherine —dice, la palabra saliendo de su lengua como si fuera una maldición—. Débil. Frágil. Y ahora, llevas algo dentro de ti que es más fuerte que tú. Más rápido. Más salvaje.

Sacudo la cabeza, tratando de rechazar las palabras, pero él continúa.

—El hijo de un cambiante no crece como un bebé normal. No se queda simplemente sentado en silencio en el útero, esperando nacer. No, no, no. —Se inclina, y puedo ver la diversión en sus ojos

oscuros y sin alma—. Exige espacio. Toma lo que necesita. ¿Y tu patético cuerpo humano? —Su labio se curva—. No sobrevivirá.

Mi respiración se entrecorta. Una presión aguda y punzante comienza a acumularse detrás de mis ojos, y mi corazón tropieza.

—No —susurro.

—Oh, sí. —Sonríe más ampliamente—. Y eso es lo que hace que esto sea tan delicioso. —Extiende los brazos como si presentara alguna broma cruel y grandiosa—. ¿Crees que Alex viene a salvarte? ¿Crees que va a rescatar a su amada Katherine?

Chasquea la lengua, negando con la cabeza.

—Bueno, odio decírtelo, cariño, pero él ya te ha matado.

Mi estómago se desploma.

—Puso un bebé dentro de ti —dice Valerian, inclinando la cabeza, casi pensativo—. Sabía lo que significaba. Y, sin embargo, lo hizo. ¿Qué esperanza tienes ahora?

Mi mente se inunda de recuerdos al instante. La forma en que el cuerpo de Alex se tensó la víspera de mi cumpleaños cuando mencioné cuánto he deseado tener un hijo propio. La vacilación en sus ojos durante nuestra última cita. La manera en que sus dedos se tensaron ligeramente cuando le pregunté sobre hijos.

Pensé que era reticencia. Miedo escénico. Falta de entusiasmo por algo que yo deseaba tanto. Me había resentido con él por eso.

Pero ahora...

Ahora, lo sé.

No era reticente. Estaba aterrorizado. Porque lo sabía.

Un nudo se forma en mi garganta, espeso y sofocante.

Estaba tratando de protegerme. Y yo... estaba enojada con él por eso.

La culpa se estrella contra mí, cruda y brutal, mezclándose con el miedo que ya está arremolinándose por mis venas.

Valerian me observa, su sonrisa burlona inquebrantable.

Luego exhala, como si estuviera recordando.

—Es gracioso, realmente. Cómo la vida vuelve de esta manera.

No respondo. No puedo.

Pero él no necesita que lo haga. Continúa, su voz cayendo en algo casi distante, perdido en el pasado.

—Verás —dice—, yo debía ser rey.

Parpadeo, desconcertada.

Da un paso atrás, caminando ahora, sus dedos recorriendo distraídamente las ásperas paredes de madera.

—Yo era el mayor. El hermano mayor del padre de Alex. El heredero legítimo. Debería haber sido yo quien estuviera en ese trono. —Su mandíbula se tensa—. Pero entonces me enamoré. De una humana.

Deja escapar una risa silenciosa y sin humor.

—Me advirtieron —dice—. Todos me advirtieron. Me dijeron que era un error. Que un humano y un lobo nunca podrían estar verdaderamente juntos. Pero no escuché. La amaba. Y cuando quedó embarazada, pensé... —Traga, sus manos cerrándose en puños—. Pensé que era el comienzo de algo hermoso.

Un momento de silencio. Luego su voz se quiebra.

—Pero ella murió. —Un dolor agudo resuena en su voz.

—Murió en el parto —dice apretando los dientes—. Y también el bebé. —Sus ojos destellan—. Y debido a eso, el consejo me negó el trono. Dijeron que no era apto para gobernar. Que no tenía heredero, ni reina. Así que se lo dieron a mi hermano en su lugar. —Sus dientes rechinan—. Y lo perdí todo.

Trago con dificultad, mi pulso acelerado.

Él se vuelve hacia mí, con ojos oscuros, llenos de algo cruel.

—Es gracioso —murmura, casi divertido de nuevo—. Alex está exactamente en la misma situación ahora. —Se agacha a mi lado, sus labios curvándose—. Y déjame preguntarte, Katherine... —Inclina la cabeza—. ¿Realmente crees que cometerá el mismo error que yo?

Lo fulmino con la mirada, mi pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Alex vendrá por mí. —Mi voz tiembla, pero mi convicción es sólida.

Su sonrisa desaparece.

Entonces... Un chasquido agudo.

El dolor explota en mi cara, cegador y abrasador mientras mi cabeza se gira violentamente hacia un lado. Por un segundo, no puedo oír. Solo un fuerte zumbido estático en mis oídos. Mi mejilla arde, mi piel escuece, y mi visión se borra.

Un agarre frío y áspero rodea mi garganta. Me ahogo, jadeando, mientras Valerian aprieta, presionando sus dedos contra mi piel, cortando mi aire.

—No sabes nada de este mundo —sisea, su aliento caliente contra mi cara—. No entiendes lo que el poder le hace a la gente. Lo que le

hará a Alex. —Su agarre se aprieta—. ¿Crees que el amor es suficiente? ¿Crees que lo abandonará todo por ti?

Puntos bailan en mi visión. Mis uñas se clavan en su muñeca, pero soy demasiado débil. Mi cuerpo ya está agotado.

Los bordes de mi mundo empiezan a oscurecerse.

Pero de la nada, escucho un sonido. Un rugido. Distante, pero poderoso.

El agarre de Valerian se afloja, solo un poco, mientras levanta la cabeza de golpe.

Más ruido. Un choque. Un aullido.

Y finalmente, una voz. Fuerte. Furiosa. Inconfundible.

—¡Valerian!

Alex.

Mi corazón da un vuelco.

Está aquí.

Por un momento, Valerian simplemente mira fijamente.

Sus ojos oscuros centellean con algo... ¿confusión? ¿Frustración? Es breve, apenas un destello en sus rasgos afilados, pero lo veo. Sus cejas se fruncen, sus labios se separan ligeramente, y entonces, tan rápido como aparece la duda, su expresión se endurece.

—¿Cómo? —murmura, su voz baja, casi para sí mismo—. ¿Cómo supo que estaba aquí?

Sus dedos se contraen a sus costados, su cuerpo rígido, como si estuviera repasando cada posible explicación en su cabeza. Un hombre que siempre piensa que va tres pasos por delante, de repente dándose cuenta: no es así.

Pero entonces sus ojos se oscurecen de nuevo, y lentamente, una sonrisa se desliza en su rostro. Una sonrisa malvada, conocedora.

—Bueno —murmura, su voz bajando a algo casi complacido—, no importa, ¿verdad?

Se vuelve hacia mí otra vez, y hay algo nuevo en su expresión. Algo aún más peligroso.

—Ahora —dice, alargando la palabra, saboreándola—, ambos moriréis.

Antes de que pueda moverme, su mano se dispara, agarrando un puñado brutal de mi cabello.

El dolor explota a través de mi cuero cabelludo mientras tira, arrastrándome hacia adelante tan rápido que mis piernas apenas me sostienen. Un grito crudo y desgarrador escapa de mi garganta.

—Suéltame... —Mis manos vuelan a su agarre, arañando sus dedos, pero es demasiado fuerte.

No se detiene. Simplemente me arrastra, mis pies tropezando, mi cuerpo tambaleándose hacia adelante mientras me transporta como si no fuera más que una muñeca de trapo. Las lágrimas nublan mi visión por la pura agonía que irradia de mi cuero cabelludo, pero lucho. Me retuerzo, me sacudo, mis uñas clavándose en su muñeca, intentando cualquier cosa para aflojar su agarre, para hacer que se detenga.

Ni siquiera se inmuta.

—Lucha todo lo que quieras, pequeña humana —se burla, con voz cargada de diversión—. No cambiará nada.

La puerta de madera se abre de golpe, y de repente, estamos afuera.

Y todo estalla.

El aire está cargado con el olor a sangre y tierra y algo casi eléctrico, como la carga antes de una tormenta.

Lobos. Por todas partes.

Bestias enormes y gruñendo, trabadas en una batalla feroz. El suelo ya está empapado de sangre. El sonido de todo es ensordecedor: gruñidos, aullidos, el crujido repugnante de huesos rompiéndose bajo la fuerza de ataques brutales.

Un jadeo escapa de mis labios ante la visión de tal violencia.

Mis ojos recorren la escena, el mareo amenazando con abrumarme. Pero entonces mis ojos se posan en una figura humana, un hombre a unos metros de distancia. Entrecierro los ojos para ver claramente a través de la bruma de la batalla rugiente. Es Alex.

Está parado a pocos metros. Golpeado. Sangrando.

Su cuerpo está plagado de cortes y moretones, profundos tajos en su carne, manchando su piel de carmesí. Sus manos son garras ensangrentadas, su labio partido, y la sangre gotea de su sien, corriendo por el costado de su cara. Su camisa está rasgada, apenas colgando de su cuerpo, empapada en sangre.

Pero está de pie. Alto. Desafiante. Sus ojos están fijos en Valerian, ardiendo con algo feroz.

Mi pecho se aprieta, mi respiración llegando en jadeos cortos y entrecortados.

—Alex... —La palabra apenas escapa de mis labios.

No me mira. Su mirada nunca se aparta de Valerian.

Por un momento, todo lo demás se desvanece. La batalla. El caos. Los lobos destrozándose unos a otros a nuestro alrededor.

Todo lo que existe es esto. Ellos.

Y no sé cómo va a terminar.

Capítulo Veintiséis

Alex

La barca corta el agua, abriendo camino hacia la Isla Miagani, pero apenas registro el movimiento. Mis pensamientos están consumidos por una sola cosa: Katherine.

Mi agarre se tensa en el borde de la barca. La realización me ha estado arañando desde el momento en que Alice me lo dijo. Sé lo que llevar el hijo de un cambiante puede hacerle a un humano. Debería haber sido más cuidadoso. Pero incluso ahora, mientras la preocupación se asienta en mi pecho por lo que el embarazo podría hacerle, un instinto primitivo de protección se enciende en mí. Valerian tiene a mi compañera y a mi hijo, y por eso estoy listo para incendiar el mundo entero.

—Alex —la voz de Jack corta la tormenta que ruge en mi cabeza—. Ya casi llegamos.

Asiento con la cabeza, apenas escuchándolo. Miro a Alice; ya está preparada, todo su cuerpo tenso, esperando el momento de atacar.

Ya puedo ver la isla en el horizonte. He estado aquí antes. Conozco su terreno. Y conozco esa casa de madera anidada entre las colinas, el antiguo lugar de tortura. Un lugar donde reyes mucho antes que yo enviaban a los prisioneros del reino para ser quebrados. No hay mucho de nada en esta isla, así que sé que si Valerian ha traído a Katherine aquí, ciertamente la tiene retenida en esa casa de tortura.

El mero pensamiento hace que mi estómago se retuerza.

Llegamos a la orilla. La barca raspa contra la arena, y salto antes de que se detenga por completo. El suelo debajo de mí es áspero,

irregular, pero no disminuyo la velocidad. Los demás me siguen de cerca.

Finalmente alcanzamos la cresta de una colina, lo suficientemente alta para darnos una vista completa de la casa de abajo. Mi corazón late con fuerza mientras mis ojos recorren el terreno, captando cada detalle. Incluso desde aquí, puedo notarlo: el lugar está blindado. Fuertemente custodiado.

Jack no pierde ni un segundo. Saca unos elegantes prismáticos tecnológicos, escaneando la propiedad con ojos agudos y calculadores. Su expresión se endurece, y cuando se gira hacia mí, su voz es baja. —Está bien defendido. Cuento un poco más de cien. Si atacamos ahora, con los números que hemos traído, va a ser una lucha infernal.

Tiene razón. Vinimos rápido, solo con una pequeña fuerza. Si hubiera tenido la paciencia de movilizar incluso una fracción de nuestro ejército completo, pasaríamos sobre ellos como una tormenta. ¿Pero esperar? ¿Quedarme sentado mientras Katherine está ahí dentro, sola a merced de Valerian?

La voz de Jack interrumpe de nuevo, cautelosa pero firme. —¿Deberíamos pedir refuerzos antes de atacar, Su Majestad?

Es una sugerencia racional. Pero la racionalidad no importa ahora. Cada segundo que pasa es otro segundo que ella está ahí dentro.

—No —digo, con voz plana, definitiva—. Los refuerzos pueden estar en camino, pero avanzaremos ahora.

Jack exhala bruscamente, pero no discute. Sabe que es mejor no hacerlo. En su lugar, se gira hacia los demás, levantando una mano: una señal silenciosa. Y eso es todo lo que hace falta.

Alice ya está en movimiento. Sin palabras desperdiciadas. Sus ojos se afilan, y luego cambia de forma, sin esfuerzo, poderosamente. Su lobo masivo explota hacia adelante, los músculos ondulando bajo el pelaje grueso, cargando directamente hacia la casa. Los demás siguen instantáneamente, cambiando de forma en medio del movimiento, sus lobos tocando el suelo a toda velocidad, precipitándose colina abajo hacia la propiedad como una fuerza de la naturaleza.

No pasa mucho tiempo antes de que el enemigo lo note. Y entonces, ellos también cambian. Una inundación de lobos de pelaje oscuro saliendo de la propiedad, corriendo para encontrarse con nosotros en la base de la colina.

La distancia se cierra rápidamente. Las primeras líneas chocan entre sí en un frenesí de gruñidos y mordiscos, garras rasgando, dientes hundiéndose en carne. La sangre salpica, pintando la tierra seca. Chillidos de dolor rasgan el aire, mezclándose con gruñidos profundos y guturales.

Vislumbro a Alice desgarrando enemigos con despiadada eficiencia, su lobo un torbellino de poder, destrozando cuerpos como un cuchillo de carnicero a través de carne cruda. Jack cambia de forma a mi lado, su lobo lanzándose al caos.

Y ahora, es mi turno.

Inhalo bruscamente, absorbiendo tanto aire como mis pulmones pueden contener, alimentando el cambio que surge a través de mí como un incendio. Comienza con los colmillos, afilados, extendiéndose con un destello blanco. Luego las garras, desenvainándose como dagas afiladísimas. Mis músculos se tensan,

mi cuerpo se contrae, y en un parpadeo, mis huesos se rompen y se reorganizan, el pelaje brotando de mi piel.

Y entonces ya no soy un hombre. Soy una bestia. Una fuerza implacable y despiadada de la naturaleza.

No es solo la ira lo que me impulsa. No es solo una necesidad primitiva de luchar o un hambre de justicia. No, esto es desesperación. Mi compañera está allí fuera. Katherine está allí fuera. Atrapada. Vulnerable. Bajo el dominio de Valerian en esa casa de tortura. Y mi lobo lo sabe. Lo siente. El vínculo entre nosotros arde como un cable vivo, enviando una furia por mis venas tan cruda, tan consumidora, que ahoga todo lo demás.

Me lanzo hacia adelante, Jack justo a mi lado, y juntos, atravesamos las fuerzas de Valerian como una tormenta arrancando un bosque. Los lobos caen a nuestros pies, sus cuerpos destrozados a nuestro paso. Mis garras cortan, mis dientes chasquean, el sabor de la sangre espeso en mi lengua. Las patas retumban contra la tierra. Los huesos crujen bajo el peso de nuestro ataque. El campo de batalla es un caos: los gruñidos y aullidos hacen eco a nuestro alrededor.

Alice está en la distancia, una fuerza mortal por sí misma, destrozando enemigos con precisión cruda y despiadada. Pero no importa cuántos derribemos, siguen llegando.

Y es entonces cuando me doy cuenta de la gran desventaja que tenemos debido a nuestro número.

Al principio, es sutil. Dejamos de avanzar. Estamos atascados, inmovilizados, cortando y mordiendo pero incapaces de empujar

hacia adelante. Cada enemigo que derribamos es reemplazado por otro, y otro, y otro. Y entonces, comienzan a ganar terreno.

Mis lobos, mis hombres, comienzan a caer. Sus gritos de dolor resuenan a través del campo de batalla, uno tras otro, el olor de su sangre espeso en el aire. Jack lucha más duro, Alice también, y yo me empujo hacia adelante con todo lo que tengo. Pero incluso nosotros no podemos evitar que nuestras fuerzas se reduzcan.

El lobo de Jack encuentra mis ojos, y no necesito palabras para entender la pregunta en ellos. *¿Nos retiramos?*

Es la elección inteligente. Ya hemos pedido refuerzos. Una vez que lleguen aquí, esta isla será nuestra en minutos.

Pero Katherine está ahí dentro.

Y no voy a esperar ni un segundo más.

Dejo escapar un largo y penetrante aullido y me lanzo hacia adelante, empujando más allá de Jack, más allá de Alice, más allá de mis fuerzas, directamente a las filas enemigas. La pura desesperación por llegar a ella me impulsa, me arrastra a través de las olas de cuerpos como una fuerza de la naturaleza. Los destrozo a todos: garras rasgando, dientes hundiéndose en carne, cuerpos desmoronándose a mi paso.

Por un momento, siento que puedo hacer esto. Como si pudiera empujarlos hacia atrás, despejar un camino, guiar a mi manada hacia adelante.

Pero entonces... Dolor. Dolor agudo y abrasador cuando unos dientes se hunden en mi cola.

Gruño, girándome, mandíbulas mordiendo la garganta de mi atacante. Lo destrozo con facilidad, pero luego otro lobo está sobre

mí. Luego otro. Las garras rasgan mi costado, profundas y brutales. Una mordida se aferra a mi pata, colmillos afilados clavándose en la carne.

Estoy rodeado.

Su peso presiona sobre mí, sus garras y dientes cortando mi cuerpo desde todas las direcciones. La sangre se derrama de mis heridas, mi visión borrosa en los bordes mientras lucho por mantenerme en pie.

Tengo que seguir adelante. Tengo que llegar a ella.

Convoco todo lo que me queda, cada última onza de fuerza, y me obligo a avanzar. Pero no es suficiente. Estoy inmovilizado.

Mis aliados están detrás de mí, luchando por alcanzarme, pero están demasiado lejos, luchando contra las olas interminables.

Y entonces, el peor momento de todos. Un lobo se lanza a mi cuello. Sus mandíbulas chasquean a centímetros, aliento caliente, dientes al descubierto, listo para desgarrar mi garganta. Empujo hacia atrás con todo lo que tengo, garras barriendo, pero siento que estoy perdiendo fuerza. Siento que los lobos se acercan, presionando más fuerte, cortándome centímetro a centímetro.

No puedo resistir mucho más.

Justo entonces... el aire cambia. Los lobos a mi alrededor gruñen, su atención repentinamente dirigiéndose a otro lado. Y como un ariete a través de una puerta, mis fuerzas irrumpen. Con refuerzos a remolque.

Jack y Alice lideran la carga, desgarrando la línea enemiga como una bola de demolición a través del vidrio. El lobo de Jack me alcanza

primero, justo cuando uno de los lobos de Valerian se aferra a mi garganta.

Y con todo lo que tiene, Jack se estrella contra mí.

La fuerza me arranca de su agarre, pero el impacto es brutal. Me envía volando más allá de las líneas enemigas, cayendo colina abajo, sobre rocas dentadas y tierra áspera e implacable.

El dolor explota a través de mi cuerpo. Un aullido estrangulado escapa de mi lobo mientras ruedo, mi forma masiva golpeando el suelo una y otra vez, cada impacto enviando una nueva agonía a través de mí.

Llego al fondo. El choque es desgarrador, el impacto sacudiendo mis huesos, dejándome un desastre de sangre y carne desgarrada en la base de la colina.

Mis oídos zumban. Mi visión vacila, la oscuridad amenaza con arrastrarme. Mi lobo gime, roto, maltratado. El instinto se activa, forzando mi cambio: huesos rompiéndose, reorganizándose, piel estirándose mientras vuelvo a mi forma humana. La transformación atenúa algunas de las heridas, pero no lo suficiente. El dolor es inimaginable.

Pero cuando levanto la cabeza, cuando veo lo que está frente a mí... Nada de eso importa.

La casa de tortura.

Se alza a pocos metros, oscura y amenazante. Mi visión se agudiza. Mi determinación se endurece. Aprieto los dientes, forzando a mi cuerpo maltrecho a moverse. Me levanto, temblando, inestable, pero me pongo de pie.

Y entonces, con cada onza de furia y determinación que me queda, echo la cabeza hacia atrás y rujo:

—¡VALERIAN!

Por un momento, todo parece silencioso. Y luego, las puertas se abren de par en par.

Valerian sale, su enorme figura apretujándose por la entrada, y todo mi cuerpo se tensa. Se mueve con la misma facilidad arrogante que siempre ha tenido, esa lenta confianza de un hombre que piensa que ya ha ganado. Pero no es la visión de él lo que envía una oleada de furia desgarrando mi pecho. Es la forma en que sujeta a Katherine.

La arrastra con él, su puño cerrado firmemente alrededor de su cabello, tirándola hacia adelante. Y ella parece destrozada. Pálida, exhausta, sus ojos abiertos de miedo cuando me encuentran, cuando suplican sin palabras.

Valerian solo me mira por un momento, sus ojos recorriendo mi forma desgarrada. Mi camisa cuelga de mí en jirones ensangrentados, mis heridas, aún abiertas, aún crudas, goteando carmesí fresco sobre la tierra.

Y entonces, sonríe con suficiencia.

—No te ves muy bien, Alex —su voz es suave, llena de burla. Y luego, casualmente, arroja a Katherine a un lado. Como si no fuera nada. Un grito agudo y dolorido escapa de sus labios cuando se estrella contra el suelo, y me muevo, el instinto me empuja hacia adelante, la rabia me hace cambiar a medias. Mis colmillos se desnudan, mis garras se afilan...

Valerian ni siquiera se inmuta.

En cambio, cambia a medias, sus músculos hinchándose, sus garras extendiéndose, pero es controlado. Intencional. Está jugando conmigo. —Ni siquiera necesitaré cambiar completamente para matarte —se burla, encogiéndose de hombros—. Apenas puedes mantenerte en pie.

Aprieto los dientes, mis respiraciones irregulares, mi pecho agitado de furia. —Eres tú quien morirá aquí hoy, Valerian.

Y entonces, ataco.

Lanzo un golpe en el momento en que lo alcanzo, mis garras barriendo salvajemente, mi rabia alimentando cada golpe desesperado. Pero soy lento. Puedo sentirlo. Mi cuerpo está perdiendo demasiada sangre. Me está fallando...

Valerian esquiva con demasiada facilidad. Se está riendo, sus pasos ligeros, su sonrisa irritantemente presumida mientras esquiva cada uno de mis ataques.

—Mírate —se burla, moviéndose sin esfuerzo, sus ojos desviándose hacia Katherine solo para retorcer más el cuchillo—. Mira lo que ella te ha hecho. Mira a lo que te ha reducido.

Y entonces, por primera vez, golpea. Sus garras rasgan mi cara, un dolor abrasador explota a través de mí mientras cortes profundos y brutales desgarran mi piel. Mi cabeza se sacude a un lado. Tropiezo, el mundo inclinándose bajo mis pies, y luego, golpeo el suelo.

—Débil. Patético —sus palabras retumban en mi cráneo.

La sangre brota de mi cara, caliente y húmeda contra mis dedos mientras me levanto, forzando a mi cuerpo a moverse incluso cuando me grita que me quede abajo. Me abalanzo sobre él de nuevo.

Esta vez, atrapa mi brazo en medio del golpe. Y luego sus garras se hunden, desgarrando profundamente mi carne, arrancando un trozo de mi brazo. Grito, el dolor me ciega, pero antes de que pueda reaccionar, me patea, su bota golpeando mis costillas, enviándome desparramado sobre la tierra.

Me ahogo con mi aliento, mi cuerpo temblando.

—¡Alex!

El grito de Katherine corta a través de la neblina del dolor, crudo, desesperado, aterrorizado. Y eso me alimenta.

Supero la agonía, forzando a mi cuerpo a cambiar de nuevo. Es brutal esta vez, como desgarrarme a mí mismo mientras ya estoy abierto. Mi forma de lobo es un desastre de cortes profundos y marcas de mordidas, mi sangre empapando la tierra. Pero no me importa. Avanzo, directamente hacia Valerian.

Él cambia en el segundo en que lo hago, pero soy más rápido. En el momento en que su transformación se completa, ya estoy sobre él. Mis garras rasgan su cara, cortando profundo, enviando sangre salpicando. Su lobo gruñe, el escozor de mi golpe ardiendo en sus ojos. Pero antes de que pueda dar otro golpe, se mueve, rápido.

Demasiado rápido.

Se estrella contra mí, y no tengo la fuerza para contrarrestar. Mis heridas me ralentizan, el dolor bloquea mis extremidades. Golpeo el suelo con fuerza, el peso de su lobo presionándome. Entonces comienza el verdadero daño.

Un golpe. Luego otro. Una y otra vez, sus garras desgarran mi pecho, rasgando más profundo, reabriendo heridas que apenas se mantenían juntas.

Mi visión nada. Mi lobo gime. Mi cuerpo se desvanece.

No puedo contraatacar.

Valerian echa la cabeza hacia atrás y aúlla, triunfante, victorioso. Luego su mirada cae sobre la mía, e incluso en su forma de lobo, lo veo. La satisfacción. La forma en que saborea este momento, arrastrándolo solo para dejar que se hunda que él ha ganado.

Luego se inclina, y sé lo que viene.

Sus colmillos bajan hacia mi cuello, y esto es todo. Aquí es donde él lo termina. Aquí es donde desgarra mi garganta y me deja desangrarme en la tierra.

Pero eso no es lo que más duele. El verdadero dolor es lo que veo sobre su hombro.

Katherine. Atada. Indefensa. Su rostro retorcido de horror mientras observa.

Le he fallado.

Mi lobo gime de nuevo, un sonido roto, y sé lo que está diciendo. *Lo siento.* Es todo lo que puedo pensar mientras mis ojos se cierran, aceptando lo que viene.

Pero entonces. Un fuerte gruñido irrumpe. Un borrón. Un crujido nauseabundo. Valerian aúlla de dolor. Todo sucede tan rápido.

Jadeo, mis ojos abriéndose de golpe justo a tiempo para verlo. Alice, su forma de lobo masiva, desgarrando al lobo de Valerian con pura ferocidad desenfrenada. Le arranca el brazo limpiamente.

Alice aterriza pesadamente, girando sobre sus patas, músculos tensos, lista para atacar de nuevo. Valerian se tambalea, su cuerpo girando sobre sus talones, intentando contraatacar...

Pero no lo dejo. Uso todo, cada onza de energía, cada último trozo de fuerza que me queda, y me lanzo.

Mis colmillos se hunden en su garganta, profundo, mientras sacudo violentamente, todo mi cuerpo temblando con furia cruda e implacable. Y luego, con un último y brutal tirón, arranco su cabeza de su cuerpo. Su cadáver se desploma. Su cabeza rueda de mi boca.

Está muerto. Por fin. Pero apenas puedo reunir fuerzas para siquiera disfrutarlo. Todo se desvanece. Mis rodillas ceden. Mi visión nada. Y caigo mientras mi cuerpo comienza a cambiar una vez más a mi forma humana.

El mundo que me rodea, la batalla, la sangre, el dolor, todo se desvanece en algo distante, algo sin peso. Mi cuerpo se siente frío. Mi respiración apenas se agita en mis pulmones. Puedo sentir el calor de mi sangre derramándose. La muerte está aquí. Me está envolviendo, susurrándome que me deje ir.

Logro mirar hacia adelante, mi visión borrosa y débil. Veo a Alice cambiar de nuevo, su forma de lobo derritiéndose en su forma humana. Se mueve rápidamente hacia Katherine y se arrodilla, sus dedos trabajando hábilmente en las ataduras alrededor de sus muñecas. Las cuerdas caen.

Katherine jadea, sus manos temblando mientras las lleva frente a ella, frotando la piel en carne viva, su respiración en ráfagas frenéticas.

Está libre.

Una débil sonrisa tira de mis labios. Al menos está a salvo. Al menos tiene a Alice. Si muero aquí, si dejo que la oscuridad me lleve, no

estará sola. Alice la protegerá. Alice se asegurará de que esté a salvo.

Un grito agudo rasga el aire.

—¡Alex!

Katherine está repentinamente a mi lado, sus manos agarrando las mías, apretando, presionando, su toque tan cálido, tan vivo contra mi piel. Me sacude, sus dedos apretándose.

—¡No, no, no... por favor, no! —su voz se está quebrando. Agrietándose con algo crudo e insoportable—. No puedes morir, Alex. ¡No puedes!

Quiero decirle que está bien. Que ya no duele. Que ya he hecho las paces con esto. Que ella está a salvo, y eso es todo lo que importa.

Quiero decirle cuánto la amo, cómo cada momento en que la he lastimado me atormenta. Quiero retractarme del día en que me alejé, dejándola en la oscuridad y haciéndola sentir que no significaba el mundo para mí.

Abro la boca para hablar, pero mi cuerpo me traiciona. Mi garganta está espesa con mi propia sangre, haciéndome ahogar.

—Te amo —mi voz es apenas un susurro—. Lo siento.

Las únicas palabras que puedo darle.

Ella sacude la cabeza furiosamente.

—¡No hagas eso. No hagas eso! —solloza, sus dedos presionando con más fuerza en mi piel como si pudiera anclarme aquí, como si pudiera sujetarme a este mundo.

Trato de sonreír, pero no sé si realmente sucede. Mi cuerpo se está apagando. Puedo sentirlo.

—Te he visto sobrevivir a esto antes —llora, sus manos temblando contra las mías—. ¡Sé que puedes! ¡Como en el accidente de coche. Sobreviviste a eso, Alex!

Pero esto es diferente. No puedo luchar contra esto. No esta vez.

Katherine se gira bruscamente, su mirada dirigiéndose a Alice, todo su cuerpo temblando con energía frenética y desesperada.

—¡Alice! —grita, su voz cruda, pánica—. ¿Qué le está pasando? ¿Por qué no está sanando?

Alice no responde de inmediato. Sus labios se aprietan en una línea delgada y sombría, sus ojos afilados examinándome, observando cada centímetro desgarrado, cada herida sangrante.

Cuando finalmente habla, su voz es tranquila. Pesada. Final.

—Sus heridas son demasiadas —dice, el peso de esas palabras asentándose en el aire como un toque de muerte—. Está mortalmente herido —un momento de silencio. Luego, más suave, casi arrepentida—: Lo siento, Katherine.

—¡No!

El grito de Katherine rasga el aire, crudo y roto. Sacude la cabeza furiosamente, como si la pura voluntad por sí sola pudiera cambiar la realidad, como si negarlo pudiera reescribir el destino.

Siento sus dedos aferrarse a los míos, apretados, desesperados. Quiero hablar, decirle que está bien, que no tiene que luchar contra esto, que puede dejarlo ir. Pero las palabras no salen.

Mi voz se ha ido, robada por el peso de mi cuerpo fallido. Así que hago lo único que puedo. Aprieto su mano. Es débil, apenas la presión de mis dedos contra los suyos. Pero espero que lo sienta.

Espero que lo sepa. Espero que entienda que esto soy yo, susurrando adiós.

Y entonces todo se desvanece.

Es tranquilo aquí. Silencioso. Vacío. Se siente como si acabara de llegar, y hubiera estado aquí una eternidad al mismo tiempo.

Hay un sonido repentino. Una voz. Suave. Débil. Llamándome.

Katherine.

No escucho todo al principio, es como tratar de escuchar a través del agua, como si hablara desde un lugar muy, muy lejano. Pero cuanto más habla, más clara se vuelve.

—Te necesito, Alex —susurra, su voz espesa de emoción—. No puedo vivir sin ti. No lo haré.

Algo parpadea. Una chispa.

—Me salvaste —dice—. Dos veces ya. Estaría muerta si no fuera por ti. Estaría... —una respiración temblorosa—. No quiero un mundo donde tú no estés.

Algo cambia dentro de mí.

Algo se agita.

Está sollozando, pero suena segura. —Te amo —una pausa—. Mi compañero.

Y entonces, en la negrura absoluta de la muerte, lo veo. El hilo dorado. Brilla, ardiendo entre nosotros, irrompible, inmutable. Nunca se fue.

Escucho un aullido familiar. Una oleada de poder. Jadeo.

El aire vuelve a mis pulmones como si me estuviera ahogando y acabara de encontrar la superficie. Mi pecho se eleva, todo mi

cuerpo se estremece mientras la fuerza vuelve a fluir.

Mis ojos se abren de golpe.

Estoy vivo.

En un instante, Katherine está sobre mí, sus brazos envolviéndome, su cuerpo colapsando contra el mío mientras solloza en mi hombro.

—¡Estás vivo! —exclama ahogadamente, su voz espesa de emoción.

Alice se mantiene atrás, su rostro una mezcla de alivio e incredulidad, como si ella también apenas pudiera creer que estoy aquí.

Me aferro a Katherine, y en el momento en que siento el calor de su cuerpo contra el mío, algo se retuerce dentro de mí. La vida de repente se siente diferente, más nítida, más preciosa de lo que jamás ha sido.

Por un momento, pensé que me había ido. Que nunca volvería a ver su rostro. Nunca olería su aroma, escucharía su risa o sentiría su calor. Y ahora, teniéndola en mis brazos así... nunca la dejaré ir.

Ella se aleja ligeramente, su rostro surcado de lágrimas, una leve sonrisa temblorosa abriéndose paso.

—Pensé que te había perdido. Pensé que te había perdido para siempre —susurra, y mi corazón se derrite.

—Me salvaste, Katherine.

Ella parpadea, confundida. —¿Qué quieres decir?

—Podía sentirte. Podía oír tu voz. Me llamaste —hago una pausa, el recuerdo aún vívido, aún irreal—. Sentí que estaba en un vacío, completamente oscuro y perdido. Pero entonces te escuché hablarme... y vi el hilo —mientras hablo, la emoción brota dentro,

tan contundente que puedo escucharla en mi voz. La acerco más, mi agarre apretándose mientras miro a sus ojos.

—Katherine... nuestro vínculo, el vínculo del destino que nos une, ha sido probado, incluso herido. Hubo momentos en que mis propias acciones podrían haberlo cortado completamente, momentos en que el rechazo se cernía entre nosotros. Pero mientras yacía allí en esa oscuridad, completamente perdido y muerto, te escuché llamarme tu compañero. Y eso... eso me dio la fuerza para volver.

Ella me mira fijamente, ojos abiertos, su expresión una perfecta mezcla de asombro, conmoción y puro alivio.

—Solo estoy vivo gracias a ti, Katherine —aprieto mi agarre sobre ella, mi voz firme, segura—. Y ahora, quiero pasar el resto de mi vida viviendo para ti.

Ella se aferra a mí, acercándose más, su corazón latiendo acelerado contra mi pecho.

Y hablo en serio con cada palabra. Cada momento latente, cada respiración que tome de ahora en adelante, la tomaré con ella. La tomaré por ella.

Capítulo Veintisiete

Katherine

Un mes después

Doy un sorbo lento a mi taza de té, dejando que el calor se extienda por mi cuerpo, pero mi mente está lejos del presente. Vuelve al caos, a la pesadilla imposible que de alguna manera sobreviví.

Me secuestraron. Estuve en una casa de tortura en una isla. Alex casi muere salvándome.

Los recuerdos parecen irreales, como algo de una historia que leí en lugar de algo que viví. Exhalo. Una respiración profunda y estabilizadora. Ese capítulo ha terminado. Lo logramos.

Pero lo que persiste en mi mente, con más peso que cualquiera de esos horrores, es la vida que crece dentro de mí.

Mi mano libre se desplaza hacia mi vientre, descansando allí suavemente, casi por instinto. Todavía no hay nada que sentir, ni patadas ni movimientos, pero aun así lo siento. Ese calor. Esa certeza.

Voy a ser madre.

Miro el reloj. 8:00 PM. Casi como si fuera una señal, suena el timbre.

Dejo mi taza, alisando mis manos sobre mi suéter antes de dirigirme a la puerta. Mi corazón late un poco más rápido mientras abro la puerta a Alex.

Cuando entra, se siente como si el aire estuviera un poco más cargado. Siempre es así con él.

No hablamos de inmediato. Solo nos quedamos ahí parados.

Los ojos de Alex sostienen los míos, profundos e indescifrables, pero cálidos. No sonríe, no como lo hace la mayoría de la gente, pero su expresión es suave, algo firme y seguro. Mi pecho se tensa. Mi mente repasa todos los diferentes momentos que nos han llevado aquí. Desde que era solo un misterioso conserje, hasta cómo salvó mi vida múltiples veces. Yo he salvado la suya. Hemos pasado por cosas que deberían habernos destrozado. Y sin embargo, aquí estamos, de pie en mi puerta, mirándonos el uno al otro.

El silencio se extiende, pero no es incómodo. Y entonces, sin pensarlo, le pregunto:

—¿Te gustaría un poco de té?

Un destello de diversión cruza su rostro.

—Me encantaría.

Asiento, dirigiéndome hacia la cocina. Siento su presencia detrás de mí mientras sirvo el té. Cuando le traigo su taza, la toma con un silencioso "gracias", sus dedos rozando los míos por el más breve segundo. El contacto es fugaz, pero mi piel arde de todos modos.

Nos sentamos a mi mesa de comedor, el único sonido por un momento es el suave tintineo de la cerámica mientras bebemos nuestro té.

Finalmente, hablo.

—¿Cómo van las cosas en el reino?

Alex exhala, dejando su taza.

—El reino está avanzando —dice—. Desde la muerte de Valerian, todo ha estado... estabilizándose.

Hace una pausa, su mandíbula tensándose ligeramente, como si el peso de todo aún persistiera en sus huesos.

—He pasado el último mes realizando juicios a los miembros del consejo que se pusieron del lado de Valerian. Los que traicionaron al reino —su voz se oscurece un poco—. Todos están enfrentando la justicia ahora.

Lo observo con cuidado, notando la forma en que sus hombros se tensan ligeramente, la forma en que tamborilea con sus dedos distraídamente contra su taza.

—¿Es difícil? —pregunto.

Su mirada se levanta hacia la mía.

—¿Qué?

—Juzgarlos. Saber que te traicionaron. Saber que te habrían dejado morir.

Por un momento, no dice nada. Luego, finalmente, se recuesta, exhalando lentamente.

—Pensé que lo sería —admite—. Que me haría querer venganza —hace una pausa, sus ojos ensombrecidos—. Pero no fue así.

Frunzo el ceño ligeramente.

—¿Entonces qué te hizo sentir?

Me mira, hay algo vulnerable en su expresión.

—Cansado —dice—. Me hizo sentir cansado.

Las palabras golpean algo profundo dentro de mí. Las entiendo de una manera que no creo que hubiera podido entender antes de que todo sucediera. Hay un tipo de agotamiento que no es solo por falta

de sueño. Es más profundo. Es algo que se asienta en ti, algo que llevas sin importar cuánto tiempo pase.

Alcanzo mi taza, tomando un sorbo lento, dándole espacio para respirar. Y por un tiempo, solo nos sentamos allí, bebiendo nuestro té en silencio.

Alex se reclina en su silla, sus dedos envueltos suavemente alrededor de su taza de té. Su mirada es firme, contemplativa. Exhala suavemente, luego me mira.

—¿Y qué hay de ti?

Parpadeo, ligeramente tomada por sorpresa.

—¿Yo?

Sus labios se contraen en algo que no es exactamente una sonrisa.

—Sí, tú. ¿Cómo han ido las cosas con la empresa?

Me enderezo un poco, mis dedos apretándose ligeramente alrededor de mi taza.

—Bien —digo, y es la verdad. Dudo solo por un segundo antes de añadir—: Ha habido muchos cambios, sin embargo.

Alex no aparta la mirada. Espera, paciente, atento, como siempre es cuando hablamos.

Tomo aire.

—Hice arrestar a tres miembros de la junta.

Sus cejas se levantan, pero no interrumpe.

Continúo, mi voz firme.

—Eran miembros de alto rango, poderosos. Pero formaban parte del complot para asesinar a mis padres. Los querían fuera del camino

para poder controlar las cosas —trago saliva—. Mi investigador privado finalmente consiguió las pruebas que necesitábamos. No hay salida para ellos. Se enfrentan a largas condenas. Quizás de por vida.

Alex no reacciona de inmediato. Simplemente absorbe las palabras, su mirada oscureciéndose ligeramente mientras las procesa. Y luego, lentamente, asiente.

—Bien —dice, su voz firme—. Merecen algo peor.

Dejo salir un lento suspiro.

—No trae de vuelta a mis padres —murmuro, más para mí misma que para él—. Pero me da algo. Saber que pasarán el resto de sus vidas respondiendo por lo que hicieron.

Alex me observa, su expresión ilegible. Luego, después de un momento, pregunta:

—¿Y Frank?

Inhalo bruscamente. Mi estómago se tensa.

—También ha sido arrestado. Mi investigador descubrió pruebas. Él fue la mente maestra detrás del plan para matar a mis padres. Y... —hago una pausa, mi garganta tensándose—. Estaba trabajando con Valerian.

La expresión de Alex se vuelve fría. Puedo ver el cambio en él inmediatamente: la forma en que sus hombros se tensan, la forma en que sus dedos se curvan ligeramente contra su taza.

—Él era parte del complot que llevó a mi secuestro.

Las palabras salen de mis labios, tranquilas pero firmes, lo suficientemente pesadas como para cambiar el aire a nuestro

alrededor.

—Él lo hizo personalmente. Él me entregó a Valerian.

Inhalo profundamente. La siguiente parte, esta parte, es personal para él. Me tomo un momento, luego continúo.

—De las evidencias que reunió mi investigador privado... y de la confesión de Frank... Valerian se había acercado a mi padre, tratando de asegurar las transferencias de activos que necesitaba para persuadir a tus miembros del consejo, los que aceptaron sobornos. Mi padre debió sentir que algo andaba mal, así que se negó. Fue entonces cuando Valerian acudió a Frank. Frank y otros tres miembros de la junta lo ayudaron a realizar los acuerdos en secreto. Y cuando mi padre se dio cuenta —mi garganta se tensa, pero fuerzo las palabras—, fue cuando lo mataron.

Trago con dificultad antes de continuar.

—Frank esperaba convertirse en CEO después de eso. Cuando eso no sucedió, planeó matarme a mí también. Y cuando recuperaste tu reino, Valerian le ofreció una última oportunidad: regresar a la empresa y finalmente tomar el puesto que siempre quiso.

Dejo que las palabras finales se asienten, su peso presionando en el espacio entre nosotros.

Alex exhala, lento y medido, pero sus ojos... arden. Sus manos se cierran en puños sobre la mesa, los nudillos blanqueándose. No habla de inmediato, ni siquiera respira durante un largo y tenso momento. Simplemente mira fijamente su té.

Finalmente, exhala.

—Si dependiera de mí —murmura, su voz oscura con algo letal—, se pudriría en una mazmorra del reino.

Un escalofrío recorre mi columna. No por miedo, sino por el puro peso de su furia.

Alex sacude la cabeza, y cuando su mirada se levanta para encontrarse con la mía, hay algo inquisitivo en ella. No necesita que lo diga. Ya lo sabe, yo no querría eso.

Frank pasará el resto de su vida tras las rejas. Nunca volverá a ver la luz del día como hombre libre. Y para mí, eso es suficiente.

Alex me estudia un momento más antes de que su expresión cambie, suavizándose lo justo. Se reclina ligeramente, sus ojos aún fijos en los míos.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz más baja ahora, cuidadosa—. Quiero decir... sigue siendo tu familia. Debe ser... —exhala de nuevo, como si buscara la palabra correcta—. Difícil.

Sostengo su mirada, dejando que la pregunta se asiente en el espacio entre nosotros. Y luego, lentamente, asiento.

—Sí —admito—. Lo es. Pero es lo que se merece. Mató a mis padres. Estaba dispuesto a que me mataran. Lo único que me pesa es que mi propio primo pudiera hacer esto. Pero Frank... ¿después de todo lo que ha hecho? Que se pudra.

Alex me observa un momento más, luego extiende su mano, rozando sus dedos ligeramente sobre los míos. El gesto es breve, pero permanece en el espacio entre nosotros.

Se reclina ligeramente.

—¿Y qué hay de Lawrence? —pregunta, con tono cauteloso—. ¿No era culpable también?

Sacudo la cabeza.

—No. Resulta que solo es un anciano aferrado a valores familiares anticuados. Estaba tan sorprendido como cualquiera cuando salió a la luz la verdad sobre los miembros de la junta y Frank —suspiro—. Es una molestia, pero no es un asesino.

Alex me estudia, luego asiente lentamente.

—Entonces eso es todo —dice—. Todos los enemigos encerrados.

Un alivio parpadea a través de mí ante las palabras. Una finalidad que no me había permitido sentir hasta ahora. Asiento.

—Sí. Por fin.

Un silencio se asienta entre nosotros, no incómodo, solo... pleno. Bebemos nuestro té en tranquila comprensión, dejando que todo se asimile.

Y entonces, Alex rompe el silencio. Su voz es más baja ahora, más cuidadosa.

—Katherine.

Levanto la mirada. Su expresión es sincera, algo crudo.

Duda, como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado.

—Sobre el bebé...

Mi corazón se encoge. No hablo. Solo lo dejo continuar.

—Necesito que sepas —dice—, que nunca se trató de que yo no quisiera un hijo. No era eso. Es solo que... tenía miedo —su mandíbula se tensa—. Todavía lo tengo.

Parpadeo, mi respiración entrecortándose ligeramente.

Continúa.

—Ahora sabes que un bebé cambiante puede ser difícil de llevar para una madre humana. El parto... puede ser peligroso. Y no quiero que estés en peligro. No puedo perderte —su voz baja ligeramente, áspera.

Algo en mí se suaviza. Se profundiza.

Extiendo la mano sin pensar, deslizando mi mano sobre la suya. Su piel es cálida, su agarre fuerte, y siento la protección en él.

—Ahora entiendo —digo en voz baja—. Antes no, pero ahora sí. Tu resistencia no era porque no quisieras esto. Era porque estabas tratando de protegerme.

Él traga, su nuez de Adán moviéndose, pero no habla.

Me levanto lentamente, moviéndome hacia él. Él me observa, su mirada siguiendo cada paso. Y luego, suavemente, tomo su mano en la mía y la presiono contra mi vientre.

Su respiración se entrecorta. El aire entre nosotros se espesa.

Sostengo su mirada, mi voz firme, fuerte.

—Alex —susurro—, quiero este hijo. Nuestro hijo. Y quiero que tú también lo quieras —mi garganta se tensa, pero sigo adelante—. Este bebé... no es algo que temer. Es nuestro. Es una parte de ti y una parte de mí. Es el resultado de la profundidad de lo que somos.

Alex no se mueve. Simplemente escucha.

Aprieto su mano.

—Soy fuerte —le digo, mi voz firme—. Puedo manejar esto. Puedo manejar cualquier cosa, siempre que estés a mi lado.

Sus ojos se oscurecen. Hay algo profundo y consumidor en ellos.

Continúo.

—No quiero que sientas que siempre tienes que protegerme. Solo quiero que estés conmigo, Alex. A través de todo. Porque juntos, no hay nada a lo que no podamos enfrentarnos.

Durante un largo y silencioso momento, no habla. Y luego, lentamente, Alex se pone de pie.

El momento se espesa, convirtiéndose en algo más grande que las palabras. Me mira como si fuera algo precioso, algo frágil pero irrompible. Sus manos se levantan, agarrando mi cintura, atrayéndome como si necesitara sentirme, anclar a sí mismo en este momento.

—Estaré contigo —dice, su voz como una promesa—. A través de todo. Venga lo que venga, pase lo que pase, estoy contigo —sus manos se tensan—. Te amo, Katherine.

Mi pecho duele ante las palabras.

Alcanzo su rostro, mis dedos rozando su mandíbula.

—Yo también te amo, Alex.

Y entonces, me atrae hacia él.

Sus labios chocan contra los míos, profundos y necesitados, sus manos presionando contra mi espalda, moldeándome a él como si nunca quisiera dejarme ir.

Y sé, en este momento, que nunca lo hará.

Y yo tampoco. El beso se profundiza, lleno de tanta necesidad y desesperación. Es como una erupción de emociones, de todo lo que hemos soportado. Dejo que me empuje más profundamente hacia él, presionándome contra sí mismo como si quisiera fundir nuestros cuerpos.

Puedo sentir todo de él, cada uno de mis órganos sensoriales centrados en él. Su aroma llena mi nariz, mi lengua lo saborea, enredándose con su lengua mientras nos besamos, mi piel siente su calor y su fuerza. Su bulto empuja contra mí, firme y grueso, un claro testimonio de su necesidad. Una necesidad tan grande como la mía.

Tiro de su camisa, desabrochando los botones en un instante sin aliento. Mis manos se mueven sobre él, trazando las duras líneas de su cincelado pecho y abdomen. Él está igual de desesperado por verme sin ropa, sus fuertes brazos tiran de mi suéter y levanto mis brazos, dejando que lo deslice por encima.

Tan pronto como mi suéter desaparece, se inclina y me levanta en sus brazos. Miro sus ojos, y están llenos de cosas diferentes. Una increíble ternura mezclada con una intensidad casi aterradora. Me lleva a la habitación, empujando la puerta con una facilidad que me hace preguntarme si no peso nada en sus brazos. Se inclina, depositándome como una pluma en la cama, y sus labios chocan contra los míos de nuevo.

Yo misma desabrocho mis pantalones, desesperada por sentirlo en todas partes. Él lo nota y me ayuda a quitármelos, dejándome solo en ropa interior y sujetador. Estos tampoco duran mucho. Alex encuentra el broche, quitándome el sujetador, y su boca devora ávidamente mi pezón. La sensación es tan intensa que jadeo, mis manos agarrando su rostro, acariciando suavemente mientras chupa y pasa su lengua sobre mi pezón como un hombre hambriento. Cada succión y lamido añade combustible al fuego de mi necesidad, haciéndome anhelarlo más y más.

Y esa necesidad me empuja. Me aferro a su mano y lo guío debajo de mí, a mi centro, a la parte de mí que más lo anhela. Su boca no pierde el ritmo de lo que le está haciendo a mis pezones cuando su mano comienza a girar en un movimiento circular sobre mis bragas de encaje ahora empapadas. Sus dedos giran sobre mi clítoris, haciendo que mi respiración se entrecorte.

—¡Sí Alex! —gimo, mi cuerpo comenzando a reaccionar. Mis caderas se mueven contra su palma. Necesitando más. Él lleva su mano hasta mi boca y ni siquiera necesito que diga nada. Separo mis labios y hunde sus dedos en mi boca, acariciando mi lengua y sumergiéndose profundamente en mi garganta. Me atraganto, el acto reflejo hace que sus dedos se mojen. Y ahora tiene lo que necesita.

Desliza sus dedos ahora húmedos y los baja de nuevo, deslizando la tela de encaje empapada hacia un lado. Un dedo se desliza dentro, y luego dos, el placer agonizante atravesándome mientras sus labios continúan trabajando implacablemente en mi duro pezón.

Alex me acaricia con los dedos hasta que mis ojos se humedecen por el puro deseo por él. Su lengua lame mi cuerpo como si me estuviera adorando. La habitación se llena con el sonido de mi sexo, es tan fuerte que casi me sorprende lo mojada que estoy. Pero eso es lo que él me hace.

—Por favor... Déjame chuparte la polla —digo, mi voz ronca. Necesito sentirlo, saborearlo. Alex se levanta inmediatamente, desabrochándose los pantalones y liberando su polla gruesa y venosa. Y puedo decir por su aspecto que está ahogándose en tanto deseo como yo. Está erecto, duro. Lo agarro suavemente y lo llevo a

mi boca, envolviéndolo con mis labios, y cuando Alex deja escapar un ronco gemido, una chispa de orgullo parpadea en mi pecho.

Sus manos son lo suficientemente largas, y alcanza hacia abajo, sus dedos todavía empujando dentro de mí a velocidad vertiginosa mientras tomo su polla en mi boca. La sensación me hace chupar más fuerte, más rápido, frenéticamente mientras me acerca cada vez más al borde.

—Estás lista ahora —dice. Me giro para mirar sus ojos, y está completamente oscurecido por el deseo crudo. Me hace morderme el labio, verlo mirarme así.

Me empuja suavemente, hasta que mi espalda se tiende en la cama. No dudo, me agarro a mis piernas, manteniéndolas separadas. Lo necesito. Lo necesito ahora.

Alex se cierne sobre mí. Primero desliza su miembro rígido sobre mi entrada, provocándome. Lo golpea suavemente sobre mi sexo, como si estuviera llamando antes de entrar. Me vuelve loca.

—Alex. Ahora... Te necesito ahora —digo. Y entonces me da lo que quiero. En el momento en que su polla se hunde en mí, es como si un rompecabezas finalmente encajara. Se siente tan jodidamente bien. Ambos gemimos en voz alta con ese primer empujón.

Comienza suavemente, sus embestidas deslizando toda su longitud dentro y fuera de mí. Me aferro a su rostro, acariciando.

—Sí Alex. Esto se siente tan bien.

—Eres tan perfecta, Katherine. Eres mi Reina. Mi amor. Mi vida.

El calor sube a mi rostro mientras dice esto. Las palabras suenan tan crudas, tan indiscutiblemente sinceras.

—Te amo. Te amo tanto —exhala mientras sus embestidas se vuelven más rápidas, su polla golpeando dentro de mí.

—Te amo, cariño —dice de nuevo, embistiéndome con fuerza ahora.

—Yo también te amo —logro decir, las palabras saliendo de mí en un bajo suspiro sin aliento justo antes de que mi cuerpo sea atrapado en un temblor casi violento. Cada nervio se enciende, mis piernas tiemblan, mis ojos se ponen en blanco. Es como un terremoto en mi cuerpo mientras alcanzo un éxtasis tan grande que bien podría registrarse como una experiencia cercana a la muerte.

—Te amo —las palabras caen de mí en un grito desenfrenado. Y aunque mi cerebro está revuelto ahora por la pura fuerza de este orgasmo, lo digo en serio. Lo amo, más que a nada.

Capítulo Veintiocho

Katherine

Meses después

El viento es suave esta tarde, trayendo el aroma de las rosas y algo más intenso, algo real. Me siento en el lujoso balcón del palacio, mis dedos acariciando distraídamente la seda de mi túnica mientras mis ojos vagan por el extenso complejo de abajo. Todo en este lugar es magnífico. El césped exuberante y perfectamente cuidado se extiende como un mar esmeralda, interrumpido solo por impresionantes estatuas de mármol, cada una tallada con exquisita precisión. Lobos congelados en el tiempo, sus ojos feroces, sus posturas imponentes. Incluso en la quietud, irradian poder.

Soy rica, siempre lo he sido, pero ¿esto? Esto es diferente. Es el tipo de riqueza que hace temblar el suelo bajo tus pies, que hace que los hombres se inclinen sin necesidad de pedírselo. Todavía me cuesta acostumbrarme, incluso después de meses viviendo aquí.

Un suave arrullo me saca de mis pensamientos. Bajo la mirada, y su imagen hace que mi corazón se contraiga de la manera más hermosa.

Damien. Mi hijo.

Mi bebé.

Sus ojos grandes y curiosos me miran, del mismo color que los de Alex. Y su cabello, espeso y ya un poco rebelde, otro reflejo perfecto de su padre. Exhalo un suspiro tembloroso, abrumada por la pura fuerza del amor que siento por él. Es completamente absorbente. Este pequeño ser humano, acunado en mis brazos, es todo lo que

siempre he querido. La encarnación de un sueño que he llevado desde que era una niña pequeña. Siempre supe que quería ser madre, pero nunca imaginé que se sentiría así. Como si el mundo pudiera desmoronarse a mi alrededor y no me importaría mientras lo tuviera a él.

—Estás creciendo tanto —murmuro, rozando con la punta del dedo su mejilla increíblemente suave. Hace un sonido, algo entre una risita y un suspiro, y me llena de un calor tan intenso que lo siento en los huesos.

Presiono un beso en su frente. —Te amo tanto, cariño. Más que a nada.

Él balbucea en respuesta, una serie de sonidos sin sentido, y me río.

—¿Estás de acuerdo, eh? —bromeo, meciéndolo suavemente en mis brazos.

Otra risita. Todo mi corazón se derrite. Y entonces, mi mente vuelve atrás. Al día en que nació.

El recuerdo me golpea como una ola, vívido e implacable. El dolor. La pura y desgarradora agonía. No era solo insoportable, era letal. El tipo de dolor que amenazaba con destrozarme desde dentro. Recuerdo agarrar las sábanas, mi cuerpo empapado en sudor, cada músculo gritando por un alivio que no llegaba. Sabía que dar a luz a un cambiante dolería, pero nada podría haberme preparado para lo intenso que fue. Se sentía como si mi cuerpo se estuviera rompiendo, como si algo dentro de mí se estuviera destrozando sin posibilidad de reparación.

Y luego estaba Alex. Recuerdo cómo sostenía mi mano, su agarre firme como el hierro, su frente húmeda de sudor a pesar de que no

era él quien estaba de parto. Recuerdo la voz de Alice, firme pero tranquilizadora, diciéndonos que compartiéramos el dolor a través del vínculo de pareja. Que lo soportáramos juntos.

Así que lo hicimos.

Lo dejé entrar, le permití tomar parte del peso insoportable, y en el segundo en que sucedió, vi cómo todo su cuerpo se tensaba, su mandíbula se volvía rígida, su respiración se entrecortaba como si lo hubieran golpeado en el estómago. Lo sintió. Mi dolor. Lo tomó sin dudar, sin una sola queja.

—Quédate conmigo —había logrado decir, mis uñas clavándose en su piel.

Su mirada se había fijado en la mía, feroz e inquebrantable. —Siempre.

Y lo hizo. Se quedó conmigo durante cada segundo agonizante, soportándolo todo a mi lado. Lo vi en sus ojos: la lucha, la tensión, el esfuerzo puro de resistirlo. Habría tomado todo si hubiera podido. Sin cuestionar. Sin arrepentirse.

Ese es el tipo de hombre que es. Ese es el tipo de padre que tiene Damien.

Sonrío para mí misma mientras acaricio los diminutos dedos de Damien.

—No tienes idea de cuánto te ama tu papá —susurro—. Un día lo entenderás.

Él gorjea en respuesta, completamente satisfecho, y mi corazón se hincha.

Entonces, una voz interrumpe la quietud.

—Su Majestad.

No reacciono al principio. No porque no lo haya oído, sino porque, por un momento, olvido que soy yo a quien se dirigen.

—Su Majestad —llama la voz de nuevo, un poco más firme esta vez.

Parpadeo, levantando la mirada de mi hijo, y finalmente me volteo. Una joven doncella está en la entrada del balcón, con las manos juntas frente a ella, su postura perfectamente erguida. Baja ligeramente la cabeza en señal de deferencia antes de hablar.

—Los invitados en el salón esperan ser honrados con su presencia.

Sonrío. —Gracias.

Ella hace una reverencia y se aparta, esperando a que la siga.

Su Majestad.

Incluso ahora, el título se siente extraño, como un fino manto que no acaba de amoldarse a mi figura. Llevarlo todavía requiere ajustes, su peso se asienta sobre mis hombros de maneras que nunca esperé. Ser reina de cualquier reino es un cambio monumental, pero ¿ser reina de un reino de lobos? Eso es algo completamente distinto.

Alex ha sido mi ancla, guiándome a través de esta nueva vida con un apoyo inquebrantable. Me ha ayudado a adaptarme al papel tanto como ha podido, asegurándose de que nunca me sienta abrumada. Estoy agradecida de no estar cargada con demasiados deberes reales oficiales, al menos, no todavía. Pero cuando llegue el momento, sé que estaré lista para asumir el desafío de construir este reino junto a Alex.

Mi corazón florece cuando pienso en cómo ha sido firme en su apoyo hacia mí, no solo como su reina, sino como la mujer que era antes

de todo esto. Me anima a continuar con mi carrera, nunca pidiéndome que sacrifique las partes de mí que existían mucho antes de que una corona fuera colocada en mi cabeza.

Por eso, estoy infinitamente agradecida.

Me levanto de mi asiento y beso la cabeza de Damien antes de permitir que la doncella lo tome por un momento. Otra doncella se apresura, lista para escoltarme al interior para prepararme.

Al entrar en mis aposentos, la habitación ya está viva de movimiento. Las doncellas revolotean como mariposas, cada una atendiendo una tarea específica con meticulosa precisión.

—Mi Reina —murmura una de ellas, dando un paso adelante con un cepillo suave, inmediatamente poniéndose a trabajar en mi cabello. Otra alisa mi vestido, mientras que dos más atienden cuidadosamente a Damien, asegurándose de que esté cómodo y contento.

Todo el proceso es fluido, perfecto, un ritual bien ensayado al que aún no me he acostumbrado. Observo en el espejo cómo manos delicadas tejen a través de mis mechones, cepillando y peinando con cuidado experto. El vestido que deslizan sobre mi cuerpo es una obra maestra: seda azul profunda, bordada con hilos dorados que brillan como polvo de estrellas capturado. Un vestido digno de una reina.

Cuando terminan, luzco como la auténtica realeza que debo ser.

Damien es colocado de nuevo en mis brazos, envuelto en finos y suaves lienzos, su pequeño cuerpo cálido contra el mío.

Una de las doncellas da un paso adelante. —¿Podemos, Su Majestad?

Inhalo profundamente, calmándome. Luego, con un asentimiento, doy un paso adelante.

Los corredores están alineados con personas, cortesanos y nobles que inclinan la cabeza cuando paso. Las puertas del gran salón se alzan imponentes. Dos guardias se adelantan, sus movimientos precisos mientras las abren.

Una voz resuena a través de la cámara.

—Anunciando la llegada de la Reina Katherine.

En el momento en que entro, una cálida alegría florece en mi pecho. El salón es impresionante: candelabros resplandecientes en lo alto, sus cristales proyectando suaves reflejos sobre el gran espacio. La decoración es nada menos que espectacular, ricas sedas y adornos dorados embellecen cada superficie. Es una celebración, un acontecimiento grandioso y extravagante en honor a nuestro hijo, el príncipe y heredero al trono.

Damien se agita en mis brazos, sus pequeños dedos agarrando el aire como si él también pudiera sentir la energía en la habitación. Le doy un beso en la frente antes de dirigirme al trono en la parte delantera del salón.

Tomo asiento, sosteniendo a mi hijo cerca mientras la sala se llena de una tranquila anticipación.

Entonces, las puertas se abren una vez más.

—Anunciando la llegada del Rey Alex.

Alex avanza con la confianza de un hombre nacido para liderar, su presencia imponente pero effortlessly carismática. Lleva una sonrisa conocedora, sus ojos fijándose en los míos mientras se dirige hacia

nosotros. Cuando llega a mí, se inclina, presionando un beso prolongado en mis labios antes de dirigir su atención a nuestro hijo.

—Hola, pequeño —murmura, estirándose y tomando a Damien en sus brazos con facilidad practicada. La imagen de ellos juntos, padre e hijo, hace que mi corazón se hinche de una manera que ni siquiera puedo expresar con palabras.

Levanta la cabeza, dirigiéndose a la sala. —Esta noche, celebramos. Damos la bienvenida al príncipe y heredero de nuestro reino. —Su voz es fuerte, inquebrantable—. Que comience el baile.

El salón estalla en aplausos, y las festividades comienzan.

La música se eleva, las parejas ocupan la pista de baile, y la risa y la conversación llenan el espacio. Alex y yo nos movemos entre la multitud, saludando a nobles y distinguidos invitados, intercambiando cortesías mientras disfrutamos de la alegría de la velada.

El tiempo parece volar mientras las festividades continúan. Alex está saludando a algunos invitados del ejército real, y me encuentro enfrascada en una conversación con un grupo de distinguidos empresarios, nuevos socios de Pinnacle Group. Son hombres que Alex me presentó, todos ellos cambiantes lobo, figuras poderosas que han desempeñado un papel significativo en asegurar la transición fluida de mi empresa a Europa.

Uno de ellos, un hombre alto con pelo entrecano y un traje caro, sonríe mientras habla. —Pinnacle Group se está haciendo un nombre aquí en Europa, Su Majestad. Su expansión ha sido nada menos que extraordinaria.

Le devuelvo la sonrisa, ajustando ligeramente a Damien en mis brazos. —Eso significa mucho viniendo de usted —digo—. Ha sido un viaje increíble. Tener nuestra sede en Europa ahora, es más que solo negocios. Significa que puedo estar aquí, cerca de mi familia. Cerca del reino.

Otra socia, una mujer de mirada aguda y apretón de manos firme, asiente con aprobación. —Ha equilibrado ambos mundos a la perfección: los negocios y la realeza. No muchos podrían hacer eso.

En ese momento, un calor me envuelve desde atrás. Fuertes brazos rodean mi cintura, y una presencia familiar se presiona contra mí. Antes de que pueda siquiera reaccionar, unos labios suaves rozan el lado de mi cuello, enviando un escalofrío por mi columna.

La voz de Alex es suave, juguetona. —Disculpen —les dice a mis acompañantes—. Necesito robarme a mi esposa por un momento.

Los invitados hacen una reverencia inmediatamente, sonriendo mientras se retiran. —Por supuesto, Su Majestad.

Mientras se alejan, inclino la cabeza, mirando a Alex con diversión.

—¿Me estás secuestrando? —murmuro.

Él sonríe, sus ojos brillando con picardía mientras estira la mano para hacerle cosquillas en la barriga a Damien. Nuestro hijo deja escapar una suave risita, retorciéndose en mis brazos, y Alex se ríe, su expresión tierna.

Luego, se inclina, su aliento cálido contra mi oreja. —Ese vestido que llevas... —Su voz se hace más baja, ronca—. Me dan ganas de quitártelo.

Mi respiración se entrecorta. Una deliciosa emoción me recorre, asentándose en lo bajo de mi estómago.

Giro ligeramente la cabeza, encontrando su mirada, y ahí está esa chispa de nuevo, ese sentimiento perfecto que siempre ha existido entre nosotros.

Esta es mi vida. Mi reino. Mi hijo. Mi compañero.

Este es mi felices para siempre.

Y es perfecto.